

Arthur Conan Doyle

El mundo Perdido



E LEJANDRIA

Arthur Conan Doyle

El mundo Perdido



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL MUNDO PERDIDO

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1912

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: HODDER STOUGHTON, 1912

CAPÍTULO I

«Hay heroísmos a nuestro alrededor»

El señor Hungerton, su padre, era con toda seguridad la persona más falta de tacto del mundo: un hombre esponjoso, plumoso y desaliñado como una cacatúa, de talante perfectamente bonachón pero absolutamente centrado en su propia y necia persona. Si algo hubiera podido apartarme de Gladys, habría sido la perspectiva de semejante suegro. Tengo la convicción de que en su fuero interno creía de verdad que yo acudía a los Castaños tres veces por semana por el placer de su compañía, y en especial para escuchar sus opiniones sobre el bimetalismo, materia en la que se consideraba una autoridad.

Durante más de una hora aquella tarde escuché su monótono gorjeo acerca de cómo el dinero malo desplaza al bueno, el valor fiduciario de la plata, la depreciación de la rupia y los verdaderos patrones de cambio.

—Suponga usted —exclamó con débil vehemencia— que todas las deudas del mundo se exigieran simultáneamente y se insistiera en el pago inmediato: ¿qué ocurriría entonces en las circunstancias actuales?

Di la evidente respuesta de que yo quedaría arruinado, ante lo cual se levantó de un salto de la silla, me reprendió por mi habitual ligereza, que le impedía tratar ningún asunto sensato en mi presencia, y salió dando tumbos de la habitación para vestirse para una reunión masónica.

Por fin me encontré a solas con Gladys, ¡y había llegado el momento del Destino! Durante toda aquella velada me había sentido como el soldado que aguarda la señal que le enviará en una misión desesperada, con la esperanza de la victoria y el temor al rechazo alternándose en su mente.

Estaba sentada con ese perfil suyo, orgulloso y delicado, recortado contra la cortina roja. ¡Qué hermosa era! ¡Y sin embargo, qué distante! Habíamos sido amigos, buenos amigos incluso; pero nunca logré ir más allá de la misma camaradería que podría haber establecido con cualquier compañero reportero de la Gazette: de una franqueza absoluta, de una amabilidad absoluta y de una total ausencia de atracción. Mis instintos se rebelan contra una mujer que sea demasiado franca y esté demasiado a sus anchas conmigo. No es ningún halago para un hombre. Allí donde comienza el verdadero sentimiento amoroso, la timidez y la desconfianza son sus compañeras, herencia de viejos y perversos tiempos en que el amor y la violencia iban a menudo de la mano. La cabeza inclinada, la mirada esquiva, la voz titubeante, la figura que se encoge: estas, y no la mirada impávida ni la respuesta franca, son las verdaderas señales de la pasión. En mi breve vida ya había aprendido eso, o lo había heredado en esa memoria de raza que llamamos instinto.

Gladys rebosaba todas las cualidades femeninas. Algunos la juzgaban fría y dura; pero semejante pensamiento era una traición. Aquella piel delicadamente bronceada, casi oriental en su colorido; aquel cabello de azabache; los grandes ojos líquidos; los labios carnosos pero exquisitos: todos los estigmas de la pasión estaban allí. Pero me dolía ser consciente de que hasta entonces nunca había dado con el secreto de despertarla. Sin embargo, pasara lo que pasase, aquella noche pondría fin a la incertidumbre y llevaría las cosas a un punto decisivo. En el peor de los casos podría rechazarme, y más vale ser un amante rechazado que un hermano aceptado.

Hasta allí me habían llevado mis pensamientos, y estaba a punto de romper el largo e incómodo silencio, cuando dos ojos oscuros y

escrutadores se volvieron hacia mí, y aquella orgullosa cabeza se sacudió en reprobación sonriente.

—Tengo el presentimiento de que vas a declararte, Ned. Ojalá no lo hicieras; las cosas están tan bien como están.

Acerqué un poco mi silla.

—Pero ¿cómo sabías que iba a declararme? —pregunté con genuino asombro.

—¿Acaso no lo saben siempre las mujeres? ¿Crees que existe alguna mujer en el mundo que se haya visto tomada por sorpresa? Pero... ay, Ned, inuestra amistad ha sido tan buena y tan agradable! ¡Qué lástima estropearla! ¿No te parece maravilloso que un hombre joven y una mujer joven puedan hablar cara a cara como hemos hablado nosotros?

—No lo sé, Gladys. Verás, yo puedo hablar cara a cara con... con el jefe de estación. —No tengo la menor idea de cómo vino a colación aquel funcionario; pero el caso es que apareció y nos hizo reír a los dos.— Eso no me satisface en absoluto. Quiero tenerte entre mis brazos y tu cabeza sobre mi pecho, y... ¡oh, Gladys, quiero...!

Se había levantado de un salto de la silla al ver señales de que me disponía a demostrar algo de lo que quería.

—Lo has estropeado todo, Ned —dijo—. ¡Todo era tan hermoso y tan natural hasta que llega este momento! ¡Qué pena! ¿Por qué no puedes dominarte?

—No lo inventé yo —protesté—. Es la naturaleza. Es el amor.

—Bueno, quizá si los dos aman, sea distinto. Yo nunca lo he sentido.

—Pero debes... tú, con tu belleza, con tu alma. ¡Oh, Gladys, fuiste hecha para amar! ¡Debes amar!

—Hay que esperar a que llegue.

—Pero ¿por qué no puedes amarme, Gladys? ¿Es mi aspecto, o qué?

Se ablandó un poco. Extendió una mano —qué actitud tan graciosa y condescendiente la suya— y echó hacia atrás mi cabeza. Luego me miró la cara vuelta hacia arriba con una sonrisa muy melancólica.

—No, no es eso —dijo al fin—. No eres un chico presumido por naturaleza, así que puedo decirte con toda confianza que no es eso. Es algo más profundo.

—¿Mi carácter?

Asintió con severidad.

—¿Qué puedo hacer para enmendarlo? Siéntate y hablemos de ello. No, de verdad, no lo haré si te sientas.

Me miró con una desconfianza asombrada que me agradaba mucho más que su confianza incondicional. ¡Qué primitivo y bestial parece cuando se pone en negro sobre blanco!, y quizá al fin y al cabo sea solo una sensación peculiar mía. Sea como sea, se sentó.

—Pues dime qué me pasa.

—Estoy enamorada de otro —dijo ella.

Me tocó a mí levantarme de un salto de la silla.

—No es nadie en concreto —explicó, riendo ante mi expresión—: solo un ideal. Nunca he conocido al tipo de hombre que tengo en mente.

—Háblame de él. ¿Qué aspecto tiene?

—Oh, podría parecerse mucho a ti.

—¡Qué amable eres al decir eso! Pues bien, ¿qué hace él que yo no haga? Dilo con una sola palabra: abstemio, vegetariano, aeronauta, teósofo, superhombre. Lo intentaré, Gladys, si me das alguna pista de lo que te gustaría.

Rió ante la elasticidad de mi carácter.

—Pues bien, ante todo no creo que mi ideal hablase así —dijo—. Sería un hombre más duro, más austero, no tan dispuesto a adaptarse al capricho de una chica tonta. Pero, sobre todo, tendría que ser un hombre capaz de actuar, de hacer cosas, de mirar a la Muerte a la cara sin temerle; un hombre de grandes hazañas y experiencias extraordinarias. Nunca sería el hombre en sí lo que yo amaría, sino siempre las glorias que hubiese conquistado, pues se reflejarían en mí. ¡Piensa en Richard Burton! Cuando leí la biografía que escribió su mujer, entendí tan bien su amor. ¡Y lady Stanley! ¿Has leído alguna vez el maravilloso último capítulo de ese libro sobre su marido? Esos son los hombres que una mujer puede adorar con toda el alma, y sin embargo salir engrandecida, no disminuida, por ese amor; honrada por todo el mundo como inspiradora de nobles hazañas.

Estaba tan hermosa en su entusiasmo que estuve a punto de arruinar por completo el tono de la conversación. Me dominé con esfuerzo y seguí con el debate.

—No todos podemos ser Stanleys y Burtons —dije—; además, no se nos presenta la ocasión. Al menos, a mí nunca se me ha presentado. Si se me presentara, intentaría aprovecharla.

—Pero las ocasiones te rodean por todas partes. Lo que distingue al tipo de hombre que yo tengo en mente es que crea sus propias ocasiones. No se le puede frenar. Nunca lo he conocido, y sin embargo me parece conocerle tan bien. Hay heroísmos a nuestro alrededor esperando a realizarse. Los hombres deben llevarlos a cabo, y las mujeres deben reservar su amor como recompensa para tales hombres. Fíjate en ese joven francés que subió la semana pasada en globo. Soplaban un vendaval; pero como había anunciado que iba a salir, insistió en partir. El viento lo arrastró más de dos mil kilómetros en veinticuatro horas, y cayó en mitad de Rusia. Ese era el tipo de hombre al que me refiero. Piensa en la mujer a quien amaba, y en cuánto debían envidiarla las demás. Eso es lo que yo quisiera ser: envidiada por mi hombre.

—Yo lo habría hecho por complacerte.

—Pero no deberías hacerlo solo por complacerme. Deberías hacerlo porque no puedes evitarlo, porque es natural en ti, porque el hombre que hay en ti clama por una expresión heroica. Ahora bien, cuando relataste la explosión de la mina de carbón de Wigan el mes pasado, ¿no podrías haber bajado y ayudado a esa gente, pese al grisú?

—Lo hice.

—Nunca lo dijiste.

—No había nada de qué presumir.

—No lo sabía. —Me miró con bastante más interés.— Eso fue valiente de tu parte.

—No tuve más remedio. Si uno quiere escribir buenas crónicas, tiene que estar donde ocurren las cosas.

—¡Qué motivo tan prosaico! Parece despojar el acto de todo su romanticismo. Pero, con todo, cualesquiera que fueran tus motivos, me alegro de que bajaras a esa mina. —Me tendió la mano; pero con tal dulzura y dignidad que solo pude inclinarme y besarla.— Me temo que no soy más que una mujer tonta con fantasías de chica joven. Y sin embargo lo siento tan real, tan parte de mi propio ser, que no puedo evitar actuar en consecuencia. Si me caso, ¡quiero casarme con un hombre famoso!

—¿Y por qué no? —exclamé—. Son mujeres como tú las que infunden aliento a los hombres. ¡Dame una oportunidad y verás si la aprovecho! Además, como tú misma dices, los hombres deben *crear* sus propias ocasiones, y no esperar a que se las den. ¡Mira a Clive: no era más que un oficinista y conquistó la India! ¡Por Dios! Aún haré algo en este mundo.

Rió ante mi súbito arrebató irlandés.

—¿Por qué no? —dijo—. Tienes todo lo que puede tener un hombre: juventud, salud, fuerza, educación, energía. Lamenté que hablaras. ¡Y ahora me alegro, me alegro tanto, si despierta en ti estos pensamientos!

—Y si lo hago...

Su querida mano reposó sobre mis labios como terciopelo cálido.

—¡Ni una palabra más, señor! Debería estar en la redacción de guardia desde hace media hora; pero no tuve valor para recordártelo. Algún día, quizá, cuando hayas ganado tu lugar en el mundo, volveremos a hablar de ello.

Y así fue como aquella neblinosa tarde de noviembre me encontré corriendo tras el tranvía de Camberwell con el corazón encendido, y con la ansiosa determinación de que no transcurriera un solo día más antes de encontrar alguna hazaña digna de mi dama. Pero ¿quién, quién en este vasto mundo podría haber imaginado la forma increíble que habría de tomar aquella hazaña, o los extraños pasos que me condujeron a llevarla a cabo?

Y, al fin y al cabo, este capítulo inicial le parecerá al lector no tener nada que ver con mi relato; y sin embargo no habría habido relato sin él, pues solo cuando un hombre sale al mundo con el pensamiento de que hay heroísmos a su alrededor, y con el deseo vivo en el corazón de seguir cualquiera que pueda presentarse ante sus ojos, es cuando se aparta, como hice yo, de la vida que conoce, y se lanza a esa maravillosa y mística tierra crepuscular donde aguardan las grandes aventuras y las grandes recompensas. Véaseme, pues, en la redacción del Daily Gazette, en cuya plantilla era yo la unidad más insignificante, con la firme determinación de encontrar aquella misma noche, a ser posible, la empresa que fuera digna de mi Gladys. ¿Era dureza, era egoísmo, pedirme que arriesgara mi vida para gloria suya? Esos pensamientos quizá les vengan a los hombres de mediana edad; pero nunca al ardiente mozo de veintitrés años en la fiebre de su primer amor.

CAPÍTULO II

«Pruebe suerte con el profesor Challenger»

Siempre me cayó bien McArdle, el gruñón y viejo redactor jefe de espalda encorvada y pelo rojizo, y más bien confiaba en caerle bien a él también. Beaumont era, claro está, el jefe de verdad; pero vivía en la enrarecida atmósfera de alguna cima olímpica desde la que no alcanzaba a distinguir nada menor que una crisis internacional o una escisión en el gabinete. A veces le veíamos pasar con solitaria majestad hacia su santuario interior, los ojos perdidos en el vacío y la mente sobrevolando los Balcanes o el golfo Pérsico. Estaba por encima y más allá de nosotros. Pero McArdle era su primer teniente, y era con él con quien tratábamos. El viejo asintió con la cabeza cuando entré en la habitación, y se empujó las gafas hacia arriba, hasta la frente calva.

—Vaya, señor Malone, por todo lo que oigo parece que le va muy bien —dijo con su amable acento escocés.

Le di las gracias.

—La explosión de la mina fue excelente. Y también el incendio de Southwark. Tiene usted el auténtico toque descriptivo. ¿En qué puedo servirle?

—Para pedirle un favor.

Se sobresaltó y sus ojos esquivaron los míos.

—¡Vamos, vamos! ¿De qué se trata?

—¿Cree usted, señor, que podría enviarme en alguna misión para el periódico? Haría todo lo posible por llevarla a buen puerto y conseguirle buenas crónicas.

—¿Qué clase de misión tenía usted en mente, señor Malone?

—Pues bien, señor, cualquier cosa que tuviera aventura y peligro. De verdad que haría todo lo posible. Cuanto más difícil fuera, mejor me vendría.

—Parece usted muy ansioso por perder la vida.

—Por justificarla, señor.

—Vaya, señor Malone, esto es muy... muy elevado. Me temo que la época de estas cosas ha pasado un poco. El gasto que supone el asunto de las «misiones especiales» apenas justifica el resultado, y, naturalmente, en cualquier caso solo un hombre experimentado con un nombre que inspirara confianza pública obtendría semejante encargo. Los grandes espacios en blanco del mapa están llenándose todos, y no queda sitio para el romanticismo en ninguna parte.

¡Aunque espere un momento! —añadió con una sonrisa repentina—. Hablar de los espacios en blanco del mapa me da una idea. ¿Qué le parece desenmascarar a un farsante, un Munchausen moderno, y ponerle en ridículo? ¡Podría exhibirle como el mentiroso que es! ¿Eh, hombre? Sería estupendo. ¿Qué le parece?

—Lo que sea, donde sea. Me da igual.

McArdle estuvo sumido en sus pensamientos durante varios minutos.

—Me pregunto si sería usted capaz de entablar relación, aunque sea de habla, con ese individuo —dijo al fin—. Parece usted tener una especie de genio para establecer relaciones con la gente: simpatía, supongo, o magnetismo animal, o vitalidad juvenil, o algo así. Yo mismo lo noto.

—Es usted muy amable, señor.

—¿Y por qué no prueba usted suerte con el profesor Challenger, de Enmore Park?

Me imagino que mi cara reflejó cierta sorpresa.

—¿Challenger? —exclamé—. ¡El profesor Challenger, el famoso zoólogo! ¿No fue él quien le rompió el cráneo a Blundell, del Telegraph?

El redactor jefe sonrió con expresión torva.

—¿Le importa? ¿No dijo que buscaba aventuras?

—Todo es por el trabajo, señor —respondí.

—Exactamente. No creo que pueda ser siempre tan violento. Pienso que Blundell le pilló en mal momento, quizás, o no fue hábil en el trato. Puede que usted tenga más suerte o más tacto para manejarle. Hay algo ahí que encaja con lo suyo, estoy seguro, y la Gazette debería trabajarlo.

—Realmente no sé nada de él —dije—. Solo recuerdo su nombre por los procedimientos judiciales, por haber golpeado a Blundell.

—Tengo algunas notas para orientarle, señor Malone. Llevo algún tiempo con el ojo puesto en el profesor. —Sacó un papel de un cajón.— Aquí tiene un resumen de su historial. Se lo doy en síntesis:

«Challenger, George Edward. Nacido en Largs, N. B., 1863. Educación: Academia de Largs; Universidad de Edimburgo. Auxiliar del Museo Británico, 1892. Conservador adjunto del Departamento de Antropología Comparada, 1893. Dimitió tras correspondencia acrimoniosa el mismo año. Ganador de la medalla Crayston de investigación zoológica. Miembro extranjero de»... bueno, bastantes cosas, unos cinco centímetros en letra pequeña... «Société Belge, Academia Americana de Ciencias, La Plata, etc., etc. Expresidente de la Sociedad Paleontológica. Sección H, Asociación Británica»... etcétera, etcétera... «Publicaciones: "Algunas observaciones sobre una serie de cráneos kalmukos"; "Esbozo de la evolución de los vertebrados"; y numerosos artículos, entre ellos "La falacia subyacente del weismannismo", que provocó acalorada discusión en

el Congreso Zoológico de Viena. Aficiones: senderismo, alpinismo.
Dirección: Enmore Park, Kensington, W.»

Tome esto, lléveselo. Esta noche no tengo nada más para usted.

Me guardé el papel en el bolsillo.

—Un momento, señor —dije al darme cuenta de que era una calva rosada, y no una cara colorada, lo que tenía delante—. Todavía no tengo muy claro por qué he de entrevistar a este caballero. ¿Qué ha hecho?

La cara volvió a aparecer.

—Fue a Sudamérica en una expedición en solitario hace dos años. Volvió el año pasado. Sin duda había estado en Sudamérica, pero se negó a decir exactamente dónde. Empezó a contar sus aventuras de manera vaga, pero alguien comenzó a ponerle objeciones y se cerró en banda como una ostra. Ocurrió algo extraordinario, o el hombre es un mentiroso de primera, que es la hipótesis más probable. Tenía unas fotografías estropeadas, que según se decía eran falsas. Se ha vuelto tan susceptible que agrade a cualquiera que le haga preguntas y tira a los periodistas por las escaleras. En mi opinión no es más que un megalómano homicida con afición por la ciencia. Ese es su hombre, señor Malone. Ahora, ande, corra, y vea qué puede sacarle. Es usted lo bastante grande para cuidarse solo. En todo caso, están todos a salvo. La Ley de Responsabilidad Patronal, ya sabe.

La cara roja y sonriente se convirtió de nuevo en un óvalo rosado, bordeado de pelusa rojiza; la entrevista había terminado.

Caminé hasta el Savage Club, pero en lugar de entrar me apoyé en la barandilla de Adelphi Terrace y contemplé pensativo durante largo rato el río, marrón y oleoso. Siempre pienso con mayor serenidad y claridad al aire libre. Saqué la lista de las hazañas del profesor Challenger y la repasé bajo la lámpara eléctrica. Entonces tuve lo que no puedo calificar sino de inspiración. Como periodista, estaba seguro, por lo que me habían contado, de que nunca podría esperar entrar en contacto con ese irascible profesor. Pero aquellas

acrimonias, mencionadas dos veces en su escueta biografía, solo podían significar que era un fanático de la ciencia. ¿No había ahí un flanco expuesto por el que podría resultar accesible? Lo intentaría.

Entré en el club. Eran poco más de las once, y la gran sala estaba bastante llena, aunque el bullicio no había alcanzado su cima. Reparé en un hombre alto, delgado y anguloso sentado en un sillón junto a la chimenea. Se volvió cuando acerqué mi silla a la suya. Era el hombre que yo habría elegido entre todos: Tarp Henry, de la redacción del Nature, un ser flaco, seco y correoso que, para quienes le conocían, estaba lleno de benévola humanidad. Me lancé de inmediato al asunto.

—¿Qué sabe usted del profesor Challenger?

—¿Challenger? —Frunció el entrecejo con desaprobación científica —. Challenger fue el hombre que vino con algún cuento chino de Sudamérica.

—¿Qué cuento?

—Oh, eran tonterías de tomo y lomo acerca de unos animales raros que había descubierto. Creo que desde entonces se ha retractado. En cualquier caso, lo ha suprimido todo. Concedió una entrevista a Reuters, y hubo tal alboroto que comprendió que no iba a funcionar. Fue un asunto vergonzoso. Había una o dos personas dispuestas a tomarle en serio, pero pronto las hizo callar.

—¿Cómo?

—Con su insufrible grosería y su comportamiento imposible. Estaba el pobre viejo Wadley, del Instituto Zoológico. Wadley le envió un mensaje: «El presidente del Instituto Zoológico saluda atentamente al profesor Challenger y le agradecería como favor personal que les honrara asistiendo a su próxima reunión.» La respuesta era impublicable.

—¡No me diga!

—Bueno, una versión expurgada sería: «El profesor Challenger saluda atentamente al presidente del Instituto Zoológico y le

agradecería como favor personal que fuera al diablo.»

—¡Santo Dios!

—Sí, supongo que eso fue lo que dijo el viejo Wadley. Recuerdo su lamento en la reunión, que empezaba: «En cincuenta años de trato científico...» Le dejó al pobre hombre completamente destrozado.

—¿Algo más sobre Challenger?

—Pues veré, soy bacteriólogo. Vivo en un microscopio de novecientos aumentos. Apenas puedo pretender prestar atención seria a nada de lo que veo a simple vista. Soy un explorador de la frontera más extrema de lo Cognoscible, y me siento bastante fuera de lugar cuando salgo de mi gabinete y entro en contacto con todas ustedes, grandes, rudas y corpulentas criaturas. Soy demasiado distante para hablar de escándalos, y sin embargo en las veladas científicas *he* oído algo sobre Challenger, pues es uno de esos hombres a quienes nadie puede ignorar. Es tan listo como puede serlo alguien: una batería completamente cargada de energía y vitalidad, pero un pendenciero maniático de pésimo carácter y, por añadidura, sin escrúpulos. Llegó al extremo de falsificar algunas fotografías en el asunto de Sudamérica.

—Dice usted que es un maniático. ¿Cuál es su manía particular?

—Tiene mil, pero la última tiene que ver con Weissmann y la evolución. Creo que tuvo una disputa terrible al respecto en Viena.

—¿No puede decirme cuál es el asunto?

—En este momento no, pero existe una traducción de las actas. La tenemos archivada en la redacción. ¿Le apetece venir?

—Es exactamente lo que necesito. Tengo que entrevistar al individuo, y necesito algún hilo del que tirar para acercarme a él. Es muy amable de su parte echarme una mano. Le acompañaré ahora, si no es demasiado tarde.

Media hora después estaba sentado en la redacción del periódico con un enorme tomo ante mí, abierto por el artículo «Weissmann

contra Darwin», con el subtítulo: «Enérgica protesta en Viena. Animadas sesiones.» Como mi formación científica había sido un tanto descuidada, no pude seguir toda la argumentación, pero era evidente que el profesor inglés había abordado su tema de manera muy agresiva y había irritado sobremanera a sus colegas continentales. «Protestas», «Alboroto» y «Llamamiento general al presidente» fueron tres de los primeros corchetes que llamaron mi atención. La mayor parte del texto podría haber estado escrito en chino por todo el significado concreto que transmitía a mi cerebro.

—Ojalá pudiera usted traducírmelo al inglés —dije patéticamente a mi colaborador.

—Pues es una traducción.

—Entonces será mejor que pruebe suerte con el original.

—Es sin duda bastante profundo para un lego.

—Si pudiera encontrar una sola frase buena y sustanciosa que pareciera transmitir alguna idea humana concreta, me sería suficiente. Ah, sí, esta servirá. Tengo la vaga sensación de entenderla casi. La copiaré. Será mi vínculo con el terrible profesor.

—¿Nada más que pueda hacer?

—Pues sí: me propongo escribirle. Si pudiera redactar la carta aquí y usar su dirección, le daría cierto ambiente.

—Vamos a tener al individuo aquí armando escándalo y rompiendo los muebles.

—No, no; verá la carta: nada que dé pie a controversia, se lo aseguro.

—Bien, ahí tiene mi silla y mi escritorio. Encontrará papel allí. Me gustaría verla antes de que salga.

Costó su trabajo, pero me lisonjeo pensando que no salió del todo mal cuando la terminé. Se la leí en voz alta al crítico bacteriólogo con cierto orgullo por mi obra.

«ESTIMADO PROFESOR CHALLENGER: Como humilde estudioso de la naturaleza, siempre he sentido el más profundo interés por sus especulaciones sobre las diferencias entre Darwin y Weissmann. Recientemente he tenido ocasión de refrescar la memoria releiendo...»

—¡Mentiroso infernal! —murmuró Tarp Henry.

«...releiendo su magistral discurso en Viena. Esa declaración, lúcida y admirable, parece ser la última palabra en la materia. Hay en ella, sin embargo, una frase, a saber: "Protesto enérgicamente contra la insufrible y enteramente dogmática afirmación de que cada *id* por separado es un microcosmos dotado de una arquitectura histórica elaborada lentamente a lo largo de la serie de generaciones." ¿No siente ningún deseo, a la vista de investigaciones posteriores, de modificar esta afirmación? ¿No cree usted que está sobreenfatizada? Con su permiso, le solicitaría el favor de una entrevista, pues tengo firmes opiniones sobre la materia y ciertas sugerencias que solo podría desarrollar en una conversación personal. Con su consentimiento, confío en tener el honor de presentarme a las once de la mañana pasado mañana (miércoles).

»Quedo de usted, señor, con la seguridad de mi profundo respeto, atentamente,

EDWARD D. MALONE.»

—¿Qué le parece? —pregunté triunfante.

—Bueno, si su conciencia lo aguanta...

—Aún no me ha fallado.

—¿Y qué piensa hacer?

—Llegar. Una vez en su despacho, puede que vea alguna apertura. Incluso podría llegar al extremo de la confesión abierta. Si es un hombre de buen talante, le hará gracia.

—¡Que le hará gracia! Mucho más probable es que se la haga él a usted. Una cota de malla, o un traje de fútbol americano: eso es lo que necesitará. Bueno, adiós. Tendré la respuesta para usted aquí el miércoles por la mañana, si es que se digna contestarle. Es un personaje violento, peligroso e irascible, odiado por todos los que le tratan, y el blanco de burlas de los estudiantes, en la medida en que se atreven a tomarse libertades con él. Quizá lo mejor para usted sería no tener noticias suyas jamás.

CAPÍTULO III

«Es una persona del todo imposible»

El miedo o la esperanza de mi amigo no estaba destinado a cumplirse. Cuando fui el miércoles había una carta con matasellos de West Kensington, y mi nombre garabateado en el sobre con una caligrafía que parecía una alambrada. El contenido era el siguiente:

«ENMORE PARK, W.

»SEÑOR: He recibido debidamente su nota, en la que afirma suscribir mis opiniones, si bien no tengo conocimiento de que dependan del refrendo de usted ni de nadie más. Ha tenido usted la osadía de emplear la palabra "especulación" con respecto a mi afirmación sobre el darwinismo, y me permito señalarle que dicha palabra en dicho contexto resulta ofensiva en sumo grado. El contexto me convence, sin embargo, de que ha pecado más por ignorancia e imprudencia que por malicia, así que me doy por satisfecho pasando por alto el asunto. Cita usted una frase aislada de mi conferencia y parece tener cierta dificultad para comprenderla. Habría pensado que solo una inteligencia infrahumana podría no haber captado el argumento, pero si realmente requiere amplificación, consentiré en recibirle a la hora indicada, aunque las visitas y los visitantes de cualquier tipo me resultan en extremo desagradables. En cuanto a su sugerencia de que pudiera modificar mi opinión, sepa usted que no tengo por costumbre hacerlo tras una expresión deliberada de mis opiniones maduras. Tenga la bondad de mostrar el sobre de esta carta a mi hombre, Austin, cuando venga,

pues debe tomar toda clase de precauciones para protegerme de los entrometidos bribones que se llaman a sí mismos "periodistas".

»Atentamente, GEORGE EDWARD CHALLENGER.»

Esta fue la carta que le leí en voz alta a Tarp Henry, que había bajado temprano para oír el resultado de mi empresa. Su único comentario fue: «Hay una pomada nueva, cuticura o algo así, que va mejor que la árnica.» Hay gente con unas ideas del humor verdaderamente extraordinarias.

Eran casi las diez y media cuando recibí el mensaje, pero un taxi me llevó a tiempo para mi cita. El coche se detuvo ante una imponente casa con pórtico, y las ventanas con pesadas cortinas daban toda clase de indicios de la riqueza de ese formidable profesor. La puerta la abrió una persona extraña, morena y reseca, de edad incierta, con una chaqueta de piloto oscura y polainas de cuero marrón. Supe después que era el chófer, que llenaba los huecos dejados por una sucesión de mayordomos fugitivos. Me escudriñó de arriba abajo con un ojo azul claro y penetrante.

—¿Esperado? —preguntó.

—Tengo cita.

—¿Tiene la carta?

Saqué el sobre.

—¡Bien! —Parecía ser hombre de pocas palabras. Siguiéndole por el pasillo, una mujer pequeña me interrumpió de repente al salir por lo que resultó ser la puerta del comedor. Era una dama animada, vivaz, de ojos oscuros, más francesa que inglesa en su tipo.

—Un momento —dijo—. Puede esperar, Austin. Pase usted aquí, caballero. ¿Puedo preguntarle si ha conocido a mi marido antes?

—No, señora, no he tenido ese honor.

—Entonces le pido disculpas de antemano. Debo decirle que es una persona absolutamente imposible, del todo imposible. Si va prevenido estará más dispuesto a ser comprensivo.

—Es usted muy considerada, señora.

—Salga rápidamente de la habitación si parece inclinado a ser violento. No espere a discutir con él. Varias personas han resultado heridas por hacerlo. Después viene el escándalo público y nos afecta a mí y a todos nosotros. Supongo que no es sobre Sudamérica sobre lo que quería verle, ¿verdad?

No podía mentirle a una dama.

—¡Vaya! Ese es su tema más peligroso. No va usted a creer una sola palabra de lo que diga, cosa que comprendo perfectamente. Pero no se lo diga, pues le pone muy violento. Finja creerle y quizá salga bien parado. Recuerde que él mismo se lo cree. De eso puede estar seguro. No ha existido hombre más honrado. No espere más o puede sospechar. Si le encuentra peligroso, realmente peligroso, toque el timbre y entreténgalo hasta que yo llegue. Incluso en sus peores momentos suelo poder controlarlo.

Con estas alentadoras palabras la dama me entregó al taciturno Austin, que había esperado como una estatua de bronce de la discreción durante nuestra breve entrevista, y me condujeron al fondo del pasillo. Se llamó a una puerta, resonó un bramido de toro desde dentro, y me encontré frente a frente con el profesor.

Estaba sentado en una silla giratoria detrás de una amplia mesa cubierta de libros, mapas y diagramas. Al entrar yo, el asiento giró para quedar de frente. Su aspecto me dejó sin aliento. Estaba preparado para algo extraño, pero no para una personalidad tan abrumadora. Era su tamaño lo que cortaba la respiración: su tamaño y su imponente presencia. La cabeza era enorme, la más grande que he visto jamás en un ser humano. Estoy seguro de que su chistera, si alguna vez me hubiera atrevido a ponérmela, me habría resbalado entera y reposado sobre mis hombros. Tenía el rostro y la barba que yo asocio con un toro asirio: el primero rubicundo, la segunda tan negra que casi parecía tener un viso azulado, en forma de pala y ondeando sobre el pecho. El cabello era peculiar, aplastado por delante en un largo mechón curvado sobre la maciza frente. Los

ojos, de un azul grisáceo bajo unas grandes cejas negras, eran muy claros, muy críticos y muy autoritarios. Una enorme anchura de hombros y un pecho como un tonel eran las otras partes que asomaban sobre la mesa, a excepción de dos manos enormes cubiertas de largo vello negro. Todo ello, junto con una voz atronadora, rugiente y retumbante, constituyó mi primera impresión del célebre profesor Challenger.

—¿Y bien? —dijo con una mirada de lo más insolente—. ¿Qué hay?

Debía mantener mi engaño al menos un poco más, pues de lo contrario era evidente que la entrevista había terminado.

—Tuvo usted la amabilidad de darme cita, señor —dije con humildad, sacando su sobre.

Tomó mi carta del escritorio y la desplegó ante él.

—Ah, ¿es usted el joven que no es capaz de entender el inglés claro y llano? Mis conclusiones generales tiene usted la bondad de aprobarlas, según entiendo.

—Enteramente, señor, ienteramente! —Fui muy enfático.

—¡Vaya, vaya! Eso refuerza mi posición en gran medida, ¿verdad? Su edad y su aspecto hacen que su apoyo sea doblemente valioso. Pues bien, al menos es usted mejor que esa manada de cerdos de Viena, cuyo gruñido gregario no es, sin embargo, más ofensivo que el esfuerzo aislado del cerdo británico. —Me fulminó con la mirada como representante en ese momento de dicha bestia.

—Parece que se portaron abominablemente —dije.

—Le aseguro que soy perfectamente capaz de librar mis propias batallas, y que no tengo la menor necesidad de su compasión. Déjeme solo, señor, con la espalda contra la pared. G. E. C. es entonces cuando más a gusto se encuentra. Bien, señor, hagamos lo que podamos para abreviar esta visita, que difícilmente puede ser agradable para usted y que me resulta a mí indeciblemente

fastidiosa. Tenía usted, según me han dado a entender, algunos comentarios que hacer sobre la proposición que avancé en mi tesis.

Había en sus métodos una brutalidad directa que hacía difícil la evasiva. Debía seguir jugando y esperar una mejor apertura. Desde lejos había parecido bastante sencillo. ¡Oh, mi ingenio irlandés, no podía ayudarme ahora que tan desesperadamente lo necesitaba! Me atravesó con dos ojos agudos y acerados.

—¡Vamos, vamos! —retumbó.

—Soy, naturalmente, un simple estudiante —dije con una sonrisa fatua—, poco más, podría decir, que un sincero inquiridor. Al mismo tiempo, me pareció que era usted un poco severo con Weissmann en este asunto. ¿No ha tendido la evidencia general desde esa fecha a... bien, a reforzar su posición?

—¿Qué evidencia? —Habló con una calma amenazadora.

—Pues bien, desde luego, soy consciente de que no existe lo que podría llamarse evidencia *definitiva*. Me refería meramente a la tendencia del pensamiento moderno y al punto de vista científico general, si se me permite expresarlo así.

Se inclinó hacia delante con gran seriedad.

—Supongo que es usted consciente —dijo, contando los puntos con los dedos— de que el índice craneal es un factor constante.

—Naturalmente —dije.

—¿Y de que la telegonía está aún *sub judice*?

—Indudablemente.

—¿Y de que el plasma germinal es distinto del óvulo partenogenético?

—¡Pues claro que sí! —exclamé, y me regodeé en mi propia audacia.

—¿Pero qué demuestra eso? —preguntó con voz suave y persuasiva.

—Ah, ¿qué demuestra? —murmuré—. ¿Qué demuestra?

—¿Se lo digo? —arrulló.

—Le ruego que lo haga.

—Demuestra —rugió con una explosión repentina de furia— que es usted el mayor impostor de Londres: un periodista rastrero y vil que tiene tan poca ciencia como decencia en su composición.

Se había puesto en pie de un salto con una rabia desenfrenada en los ojos. Incluso en aquel momento de tensión encontré tiempo para asombrarme al descubrir que era un hombre bastante bajo, con la cabeza que no llegaba a mi hombro: un Hércules encogido cuya tremenda vitalidad se había volcado toda en profundidad, anchura y cerebro.

—¡Palabrería! —exclamó, inclinándose hacia delante con los dedos sobre la mesa y la cara proyectada—. Eso es lo que he estado haciéndole, señor: ¡palabrería científica! ¿Creía que podía medirse en astucia con un hombre como yo, usted con su nuez de cerebro? Creen que son omnipotentes, ¿verdad, malditos garabateadores? ¿Que su elogio puede hacer a un hombre y su censura hundirle? ¿Todos tenemos que inclinarnos ante ustedes e intentar obtener una palabra favorable? ¡A este hay que darle un empujón y a aquel hay que frenarle los pies! Alimaña rastrera, ¡les conozco bien! Se han salido de su sitio. Hubo un tiempo en que se les cortaban las orejas. Han perdido el sentido de la proporción. ¡Vejigas hinchadas! Les mantendré en su lugar. Sí, señor, no ha podido con G. E. C. Hay un hombre que sigue siendo su amo. Le avisé para que se alejara, pero si *insiste* en venir, ¡por Dios que lo hace por su cuenta y riesgo! Prenda, mi buen señor Malone, ¡reclamo la prenda! Ha jugado a un juego bastante peligroso y me parece que lo ha perdido.

—Mire usted, señor —dije, retrocediendo hacia la puerta y abriéndola—: puede insultarme cuanto quiera. Pero hay un límite. No va a agredirme.

—¿Que no? —Avanzaba lentamente de una manera peculiarmente amenazadora, pero se detuvo y se metió las manos en los bolsillos

laterales de una chaqueta corta y bastante juvenil que llevaba puesta—. He echado a varios de ustedes de esta casa. Usted será el cuarto o el quinto. Tres libras quince cada uno: así hacía la media. Caro, pero muy necesario. Pues bien, señor, ¿por qué no ha de seguir a sus hermanos de gremio? Más bien creo que debe hacerlo. —Reanudó su desagradable y sigiloso avance, apuntando con los pies al andar, como un maestro de baile.

Podría haberme escapado hacia la puerta de la calle, pero habría sido demasiado ignominioso. Además, un pequeño rescoldo de justa indignación iba encendiéndose en mi interior. Antes había estado irremediablemente en el error, pero las amenazas de este hombre me estaban poniendo en lo correcto.

—Le ruego que no me ponga las manos encima, señor. No lo consentiré.

—¡Vaya, vaya! —Su bigote negro se levantó y un colmillo blanco relució en una mueca de desprecio—. No lo consentirá, ¿eh?

—¡No sea tan necio, profesor! —exclamé—. ¿Qué espera conseguir? Peso noventa y cinco kilos, estoy duro como el acero y juego de centro tres cuartos todos los sábados con el London Irish. No soy el hombre...

Fue en ese momento cuando se me echó encima. Menos mal que había abierto la puerta, pues de lo contrario la habríamos atravesado de parte a parte. Rodamos juntos por el pasillo dando volteretas. De algún modo recogimos una silla por el camino y seguimos con ella dando tumbos hacia la calle. Tenía la boca llena de su barba, los brazos entrelazados, los cuerpos enroscados, y aquella maldita silla irradiaba patas en todas direcciones. El vigilante Austin había abierto de par en par la puerta de la calle. Salimos rodando por los escalones de la entrada dando una vuelta de campana hacia atrás. He visto a los dos Macs intentar algo parecido en los music halls, pero parece que hace falta práctica para hacerlo sin hacerse daño. La silla quedó hecha astillas al llegar abajo, y rodamos separados

hasta el arroyo. Él se puso en pie de un salto agitando los puños y jadeando como un asmático.

—¿Ha tenido suficiente? —jadeó.

—¡Matón infernal! —exclamé mientras me incorporaba.

Allí mismo habríamos llegado a las manos, pues estaba rebosante de ganas de pelea, pero por fortuna me rescataron de una situación odiosa. Un policía estaba junto a nosotros con el cuaderno en la mano.

—¿Qué es todo esto? Debería darles vergüenza —dijo el policía. Era el comentario más sensato que había oído en Enmore Park—. Bien —insistió, volviéndose hacia mí—, ¿qué ha pasado?

—Este hombre me ha atacado —dije.

—¿Le atacó usted? —preguntó el policía.

El profesor respiró con fuerza y no dijo nada.

—Y no es la primera vez —dijo el policía con severidad, sacudiendo la cabeza—. El mes pasado tuvo un problema por lo mismo. Le ha puesto a este joven el ojo morado. ¿Le denuncia, señor?

Me ablandé.

—No —dije—. No lo hago.

—¿Cómo dice? —dijo el policía.

—Yo mismo tuve la culpa. Me entrometí. Él me avisó con toda claridad.

El policía cerró el cuaderno de golpe.

—Que no se repitan estas cosas —dijo—. ¡Vamos! ¡Circulen, circulen! —Esto a un muchacho carnicero, una doncella y uno o dos vagabundos que se habían congregado. Se alejó pesadamente calle abajo, arreando a ese pequeño rebaño delante de él. El profesor me miró, y había algo de humor en el fondo de sus ojos.

—¡Entre! —dijo—. Aún no he terminado con usted.

El comentario tenía un sonido siniestro, pero no por ello dejé de seguirle al interior de la casa. El criado Austin, como una imagen de madera, cerró la puerta tras nosotros.

CAPÍTULO IV

«Es, sencillamente, la mayor cosa del mundo»

Apenas se hubo cerrado, la señora Challenger salió disparada del comedor. La menuda mujer estaba fuera de sí de rabia. Se interpuso en el camino de su marido como una gallina furiosa plantada ante un bulldog. Era evidente que había visto mi salida, pero no mi regreso.

—¡Bruto, George! —gritó—. ¡Has hecho daño a ese joven tan agradable!

Challenger señaló hacia atrás con el pulgar.

—Aquí está, sano y salvo detrás de mí.

Ella se desconcertó, aunque no demasiado.

—Lo siento mucho, no le había visto.

—Le aseguro, señora, que no ha pasado nada.

—¡Le ha dejado la cara marcada! ¡Oh, George, qué bruto eres! No hay más que escándalos de un extremo a otro de la semana. Todo el mundo te aborrece y se burla de ti. Has acabado con mi paciencia. Esto se ha terminado.

—Los trapos sucios... —masculló él.

—No es ningún secreto —exclamó ella—. ¿Crees que toda la calle... toda Londres, ya que estamos... ¡Apártate, Austin, aquí no te necesitamos! ¿Crees que no hablan todos de ti? ¿Dónde está tu

dignidad? Tú, un hombre que debería ser catedrático regio en una gran universidad con mil alumnos que te venerasen. ¿Dónde está tu dignidad, George?

—¿Y la tuya, querida?

—Me pones a prueba demasiado. Un rufián, un vulgar pendenciero, eso es en lo que te has convertido.

—Compórtate, Jessie.

—¡Un matón berreante y furioso!

—¡Ya está bien! ¡Al taburete de penitencia! —dijo él.

Para mi asombro, se agachó, la alzó en brazos y la depositó sentada sobre un alto pedestal de mármol negro que había en el rincón del vestíbulo. Tendría al menos dos metros de altura y era tan estrecho que apenas podía mantener el equilibrio. Sería difícil imaginar estampa más absurda que la que ofrecía allá arriba, con el rostro crispado de ira, los pies colgando en el aire y el cuerpo rígido por el miedo a caerse.

—¡Bájame! —gimió ella.

—Di «por favor».

—¡Bruto, George! ¡Bájame ahora mismo!

—Pase al estudio, señor Malone.

—Pero, señor... —protesté, mirando a la dama.

—El señor Malone intercede por ti, Jessie. Di «por favor» y te bajo.

—¡Oh, bruto! ¡Por favor! ¡Por favor!

La bajó como si fuera un canario.

—Tienes que portarte bien, querida. El señor Malone es periodista. Mañana lo pondrá todo en su pasquín y venderá una docena de ejemplares de más entre nuestros vecinos. «Extraña historia de la alta sociedad»: te has sentido bastante en las alturas en ese

pedestal, ¿verdad? Y un subtítulo: «Atisbo de un hogar singular». Es un carroñero inmundo, el señor Malone, un comemuertos como todos los de su especie: *porcus ex grege diaboli*, un cerdo de la piara del diablo. Así es la cosa, Malone, ¿eh?

—¡Es usted verdaderamente insoportable! —repliqué acalorado.

Soltó una carcajada atronadora.

—Vamos a formar una coalición en breve —tronó, mirando alternativamente a su mujer y a mí mientras henchía su enorme pecho. Luego, cambiando de tono de repente—: Disculpe esta frívola broma familiar, señor Malone. Le llamé de nuevo con un propósito más serio que mezclarle en nuestras pequeñas frivolidades domésticas. Vete ya, mujercita, y no te preocupes. —Posó una manaza en cada uno de sus hombros—. Todo lo que dices es perfectamente cierto. Sería mejor hombre si siguiera tus consejos, pero entonces no sería del todo George Edward Challenger. Hay muchos hombres mejores, querida, pero solo hay un G. E. C. Así que sácale el mejor partido posible. —De improviso le plantó un sonoro beso que me turbó aún más que su violencia—. Y ahora, señor Malone —prosiguió con gran aparato de dignidad—, por aquí, si USTED tiene la bondad.

Volvimos a entrar en la sala que habíamos abandonado con tan poco orden diez minutos antes. El profesor cerró la puerta con cuidado a sus espaldas, me indicó por señas que tomara asiento en un sillón y me puso una caja de puros bajo las narices.

—San Juan Colorado auténtico —dijo—. Las personas excitables como usted mejoran con los narcóticos. ¡Cielos, no lo muerda! Córtelo... ¡y córtelo con reverencia! Ahora recuéstese y escuche con atención todo lo que me plazca decirle. Si se le ocurre alguna observación, puede reservarla para un momento más oportuno.

»En primer lugar, en cuanto a su vuelta a mi casa tras su más que justificada expulsión —sacó la barba hacia delante y me miró como quien desafía e invita a la contradicción—, tras, como digo, su bien merecida expulsión. El motivo estuvo en la respuesta que usted dio

a ese agente de policía tan entrometido, en la cual creí percibir algún destello de buena disposición de su parte —más, en cualquier caso, de la que suelo atribuir a su profesión—. Al admitir que la culpa del incidente era suya, demostró cierta distancia mental y amplitud de miras que atrajo mi favorable atención. La subespecie de la raza humana a la que usted pertenece por desgracia ha estado siempre por debajo de mi horizonte intelectual. Sus palabras le elevaron de repente por encima de él. Emergió hasta llamar seriamente mi atención. Por eso le pedí que regresara conmigo, pues tenía intención de trabar mayor conocimiento con usted. Tenga la amabilidad de depositar la ceniza en el pequeño platillo japonés sobre la mesita de bambú que tiene a su izquierda.

Todo esto lo expuso con voz retumbante, como un profesor ante su clase. Había hecho girar el sillón giratorio para quedar de frente a mí, y permanecía todo hinchado como una enorme rana toro, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos a medio cerrar bajo párpados arrogantes. De repente se volvió de lado, y lo único que se veía de él era una greña de cabello con una oreja roja y saliente. Revolvía entre el revoltijo de papeles del escritorio. Al poco se volvió hacia mí con lo que parecía ser un cuaderno de bocetos muy estropeado en la mano.

—Voy a hablarle de América del Sur —dijo—. Sin comentarios, por favor. En primer lugar, deseo que entienda usted que nada de lo que le cuente ahora podrá repetirse públicamente sin mi expreso permiso. Ese permiso, con toda probabilidad humana, nunca se concederá. ¿Queda claro?

—Es muy duro —dije—. Sin duda, un relato prudente...

Volvió a depositar el cuaderno sobre la mesa.

—Con eso basta —dijo—. Le deseo muy buenos días.

—¡No, no! —exclamé—. Acepto cualquier condición. Por lo que veo, no tengo otra alternativa.

—Ninguna en el mundo —dijo él.

—Pues bien, lo prometo.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

Me miró con recelo en sus ojos insolentes.

—Después de todo, ¿qué sé yo de su honor? —dijo.

—¡Voto a bríos, señor! —exclamé indignado—. ¡Se toma usted demasiadas libertades! En mi vida me habían insultado de este modo.

Pareció más interesado que molesto por mi arrebató.

—Cabeza redonda —murmuró—. Braquicéfalo, ojos grises, pelo negro, con rasgos negroides. Celta, supongo.

—Soy irlandés, señor.

—¿Irlandés de verdad?

—Sí, señor.

—Eso, naturalmente, lo explica todo. Veamos: ¿me ha dado usted su promesa de respetar mi confidencia? Debo decir que esa confidencia distará mucho de ser completa. Pero estoy dispuesto a darle algunas indicaciones que le resultarán de interés. Para empezar, es probable que sepa usted que hace dos años hice un viaje a América del Sur, uno de esos viajes que pasarán a la historia de la ciencia del mundo. El objeto de mi expedición era verificar ciertas conclusiones de Wallace y de Bates, lo cual solo podía hacerse observando los hechos que ellos describieron en las mismas condiciones en que ellos mismos los habían constatado. Aunque mi expedición no hubiera tenido otros resultados, ya habría sido digna de nota; pero mientras estaba allí me ocurrió un curioso incidente que abrió una línea de investigación enteramente nueva.

»Usted sabe —o probablemente, en esta era de cultura a medias, no sabe— que el territorio en torno a ciertas partes del Amazonas sigue explorado solo parcialmente, y que un gran número de afluentes, algunos de ellos totalmente sin cartografiar, desembocan

en el río principal. Mi cometido era visitar ese interior poco conocido y examinar su fauna, lo que me proporcionó material para varios capítulos de esa gran y monumental obra sobre zoología que será la justificación de mi vida. Regresaba con el trabajo concluido cuando tuve ocasión de pasar la noche en una pequeña aldea india en el punto en que cierto afluente —cuyo nombre y posición me reservo— desemboca en el río principal. Los nativos eran indios cucama, una raza amable pero degradada, con capacidades mentales apenas superiores al londinense medio. Durante mi ascenso por el río les había curado algunas enfermedades y los había impresionado considerablemente con mi personalidad, de modo que no me sorprendió que me esperasen con ansia a mi vuelta. Por sus señas deduje que alguien necesitaba con urgencia mis servicios médicos, y seguí al jefe hasta una de sus chozas. Al entrar, encontré que el enfermo a cuya asistencia había sido convocado acababa de expirar en ese mismo instante. Era, para mi sorpresa, no un indio, sino un hombre blanco; diría que muy blanco, pues tenía el cabello rubio pajizo y ciertos rasgos de albino. Iba vestido con harapos, estaba muy demacrado y mostraba todas las señales de un prolongado padecimiento. Según pude entender del relato de los nativos, era un perfecto desconocido para ellos y había llegado a su aldea a través del bosque, solo y en el último extremo del agotamiento.

»La mochila del hombre estaba junto al lecho, y examiné su contenido. Su nombre estaba escrito en una etiqueta interior: Maple White, Lake Avenue, Detroit, Michigan. Es un nombre ante el que siempre estoy dispuesto a descubrirme. No es exagerado decir que figurará al mismo nivel que el mío cuando llegue el momento de repartir los méritos definitivos de este asunto.

»Por el contenido de la mochila resultaba evidente que aquel hombre había sido un artista y poeta en busca de motivos. Había fragmentos de versos. No pretendo ser un buen juez de esas cosas, pero me parecieron extraordinariamente faltos de mérito. También había algunos cuadros bastante vulgares de paisajes fluviales, una caja de pinturas, una caja de tizas de colores, algunos pinceles, ese hueso curvo que reposa sobre mi tintero, un volumen de *Moths and*

Butterflies de Baxter, un revólver barato y algunos cartuchos. En cuanto a equipo personal, o no lo tenía o lo había perdido durante el viaje. Tales eran los bienes totales de ese extraño bohemio americano.

»Me disponía a alejarme de él cuando observé que algo sobresalía del pecho de su chaqueta andrajosa. Era este cuaderno de bocetos, que estaba entonces tan deteriorado como lo ve ahora. Le aseguro que un primer folio de Shakespeare no podría haber recibido mayor reverencia que la que ha recibido esta reliquia desde que pasó a mi posesión. Se lo entrego ahora y le pido que lo examine página por página.

Se sirvió de un puro, se recostó en el asiento y clavó en mí unos ojos ferozmente críticos, atento al efecto que produciría aquel documento.

Abrí el volumen con cierta expectativa de revelación, aunque de qué naturaleza no podía imaginarme. La primera página resultó, sin embargo, decepcionante, pues no contenía más que el retrato de un hombre muy gordo con un chaquetón de marinero, con la leyenda «Jimmy Colver en el barco correo» escrita debajo. Seguían varias páginas llenas de pequeños bocetos de indios y sus costumbres. Luego aparecía el dibujo de un eclesiástico rollizo y jovial con sombrero de teja, sentado frente a un europeo muy delgado, con la inscripción: «Almuerzo con Fra Cristofero en Rosario». Estudios de mujeres y bebés ocupaban varias páginas más, y después venía una serie ininterrumpida de dibujos de animales con anotaciones tales como «Manatí sobre banco de arena», «Tortugas y sus huevos» o «Agutí negro bajo una palma mirití» —siendo esta última materia una especie de animal parecido al cerdo—, y por último aparecía una doble página de estudios de saurios de hocico largo y aspecto muy desagradable. No pude sacar nada en claro y se lo dije al profesor.

—¿No son simplemente cocodrilos?

—¡Caimanes! ¡Caimanes! En América del Sur apenas existe el cocodrilo auténtico. La diferencia entre ellos...

—Quería decir que no veo nada extraordinario, nada que justifique lo que usted ha dicho.

Sonrió con serenidad.

—Pruebe con la página siguiente —dijo.

Seguía sin comprenderle. Era un boceto a página completa de un paisaje toscamente coloreado, el tipo de pintura que un artista al aire libre toma como guía para un esfuerzo posterior más elaborado. En primer término, una vegetación plumosa de color verde pálido que ascendía hasta rematar en una cadena de riscos de color rojo oscuro, con una extraña acanaladura que recordaba ciertas formaciones basálticas que yo había visto. Se extendían en una muralla sin interrupción a lo ancho del fondo. En un punto había una roca aislada en forma piramidal, coronada por un gran árbol, que parecía estar separada del farallón principal por una grieta. Detrás de todo, un cielo tropical azul. Una delgada franja verde de vegetación orlaba la cima del risco rojizo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Sin duda es una formación curiosa —dije—, pero no soy bastante geólogo para afirmar que sea extraordinaria.

—¿Extraordinaria? —repitió—. Es única. Es increíble. Nadie en la tierra ha soñado jamás con semejante posibilidad. Ahora la siguiente.

Lo pasé y lancé una exclamación de sorpresa. Era un dibujo a página completa de la criatura más extraordinaria que había visto en mi vida. Era el sueño delirante de un fumador de opio, una visión de delirio. La cabeza era como la de un ave de corral, el cuerpo como el de un lagarto hinchado, la larga cola estaba armada de púas vueltas hacia arriba, y el lomo arqueado remataba en una alta cresta dentada que parecía una docena de crestas de gallo puestas una detrás de otra. Ante la criatura había un ridículo muñeco, o enano, de forma humana, que la miraba boquiabierto.

—¿Y bien, qué le parece? —exclamó el profesor, frotándose las manos con aire de triunfo.

—Es monstruoso... grotesco.

—Pero ¿qué le llevó a dibujar semejante animal?

—Ginebra de pacotilla, diría yo.

—¡Ah, esa es la mejor explicación que se le ocurre!

—¿Y cuál es la de usted, señor?

—La evidente: que la criatura existe. Ese boceto está tomado del natural.

Habría soltado una carcajada de no haber tenido presente la imagen de ambos haciendo otro trompo por el pasillo.

—Sin duda —dije—, sin duda —como quien le sigue la corriente a un imbécil—. Confieso, sin embargo —añadí—, que esta pequeña figura humana me desconcierta. Si fuera un indio, podríamos considerarlo como prueba de la existencia de alguna raza pigmea en América; pero parece ser un europeo con sombrero de sol.

El profesor resopló como un búfalo furioso.

—Verdaderamente toca usted el límite —dijo—. Amplía usted mi concepto de lo posible. ¡Paresia cerebral! ¡Inercia mental! ¡Admirable!

Era demasiado absurdo para hacerme enojar. Habría sido, además, un derroche de energía, pues de irritarse con ese hombre se estaría irritado sin cesar. Me contenté con sonreír con cansancio.

—Me pareció que el hombre era pequeño —dije.

—¡Mire aquí! —exclamó, inclinándose hacia delante y apoyando un gran dedo peludo como una salchicha sobre el dibujo—. ¿Ve esa planta detrás del animal? Supongo que creyó que era un diente de león o una col de Bruselas, ¿eh? Pues bien, es una palma de marfil vegetal, y alcanzan unos quince o dieciocho metros. ¿No comprende que el hombre está puesto a propósito? No podría haber

permanecido de verdad ante esa bestia y vivir para dibujarlo. Se esbozó a sí mismo para dar una escala de alturas. Medía, digamos, más de metro y medio. El árbol es diez veces mayor, lo cual es lo que cabría esperar.

—¡Dios del cielo! —exclamé—. ¿Entonces cree usted que la bestia era...? ¡Si la estación de Charing Cross apenas le serviría de perrera a semejante monstruo!

—Prescindiendo de la exageración, es desde luego un ejemplar bien desarrollado —dijo el profesor con complacencia.

—Pero —exclamé—, seguramente toda la experiencia de la raza humana no puede ser descartada por un solo boceto —había pasado las hojas y comprobado que no había nada más en el cuaderno—, un solo boceto de un artista americano errante que pudo haberlo hecho bajo los efectos del hachís, o en el delirio de la fiebre, o simplemente para satisfacer una imaginación caprichosa. Usted no puede, como hombre de ciencia, defender semejante postura.

Como respuesta, el profesor cogió un libro de un estante.

—¡Esta es una excelente monografía de mi dotado amigo Ray Lankester! —dijo—. Hay aquí una ilustración que le interesará. ¡Ah, sí, aquí está! La inscripción dice: «Aspecto probable en vida del dinosaurio jurásico Estegosaurio. La pata trasera sola dobla en altura a un hombre adulto.» ¿Qué le parece?

Me entregó el libro abierto. Me sobresalté al mirar el dibujo. En ese animal reconstruido de un mundo muerto había ciertamente un parecido muy grande con el boceto del artista desconocido.

—Es sin duda notable —dije.

—¿Pero no admitirá que es concluyente?

—Bien pudiera ser una coincidencia, o quizás ese americano había visto algún dibujo de ese tipo y lo llevaba grabado en la memoria. Es probable que le acudiera a la mente en el delirio.

—Muy bien —dijo el profesor con indulgencia—, lo dejamos ahí. Ahora le pido que examine este hueso. —Me entregó el que ya había descrito como parte de las pertenencias del muerto. Tendría unos quince centímetros de largo y era más grueso que mi pulgar, con algunos indicios de cartílago reseco en uno de sus extremos.

—¿A qué criatura conocida pertenece ese hueso? —preguntó el profesor.

Lo examiné con cuidado e intenté recordar algún conocimiento a medio olvidar.

—Podría ser una clavícula humana muy gruesa —dije.

Mi interlocutor agitó la mano con gesto de desdeñoso reparo.

—La clavícula humana es curva. Esta es recta. Hay un surco en su superficie que indica que un tendón de gran tamaño discurría a lo largo de ella, lo cual no podría darse en una clavícula.

—En ese caso, debo confesar que no sé qué es.

—No tiene por qué avergonzarse de revelar su ignorancia, pues no creo que todo el personal de South Kensington pudiera darle nombre. —Sacó de una pastillera un huesecillo del tamaño de una judía—. En la medida en que puedo juzgarlo, este hueso humano es el análogo del que tiene usted en la mano. Eso le dará una idea del tamaño de la criatura. Observará por el cartílago que este no es un ejemplar fosilizado, sino reciente. ¿Qué me dice usted a eso?

—Sin duda en un elefante...

Se estremeció como si sintiera dolor.

—¡No! No hable de elefantes en América del Sur. Incluso en estos tiempos de escuelas de Estado...

—Bien —interrumpí—, cualquier animal sudamericano de gran tamaño..., un tapir, por ejemplo.

—Puede usted tener por seguro, joven, que estoy versado en los rudimentos de mi oficio. Este no es un hueso que pueda corresponder ni a un tapir ni a ninguna otra criatura conocida por la

zoología. Pertenece a un animal muy grande, muy fuerte y, por analogía, muy feroz, que existe sobre la faz de la tierra, pero que aún no ha llamado la atención de la ciencia. ¿Sigue sin estar convencido?

—Estoy al menos profundamente interesado.

—Entonces su caso no es desesperado. Siento que en algún lugar de usted se esconde la razón, así que la buscaremos con paciencia. Dejemos ahora al americano muerto y prosigamos con mi relato. Puede imaginarse que difícilmente podría alejarme del Amazonas sin ahondar más en el asunto. Había indicios acerca de la dirección de la que procedía el viajero muerto. Las leyendas indias habrían sido mi única guía, pues descubrí que los rumores sobre una tierra extraña eran comunes entre todas las tribus ribereñas. ¿Ha oído usted hablar, sin duda, del Curupurí?

—Nunca.

—El Curupurí es el espíritu de los bosques, algo terrible, algo maligno, algo que hay que evitar. Nadie puede describir su forma ni su naturaleza, pero es una palabra de terror a lo largo del Amazonas. Todas las tribus coinciden en cuanto a la dirección en que vive el Curupurí. Era la misma dirección de la que había venido el americano. Algo terrible aguardaba por ese camino. Mi misión era averiguar de qué se trataba.

—¿Qué hizo usted? —La frivolidad me había abandonado por completo. Aquel hombre imponente exigía atención y respeto.

—Vencí la extrema reticencia de los nativos —una reticencia que se extiende incluso a hablar del asunto— y, mediante persuasión y regalos, ayudado, lo admito, por algunas amenazas de coacción, conseguí que dos de ellos actuaran como guías. Tras muchas aventuras que no necesito describir, y tras recorrer una distancia que no mencionaré en una dirección que me reservo, llegamos por fin a un territorio que nunca ha sido descrito ni, en efecto, visitado salvo por mi desdichado predecesor. ¿Tendría la amabilidad de mirar esto?

Me tendió una fotografía del tamaño de media placa.

—Su aspecto deficiente se debe al hecho —dijo— de que, al bajar por el río, la embarcación volcó y el estuche que contenía los negativos sin revelar se rompió, con resultados desastrosos. Casi todos quedaron totalmente arruinados: una pérdida irreparable. Esta es una de las pocas que salió en parte. Tenga a bien aceptar esta explicación de sus deficiencias y anomalías. Se habló de falsificación. No estoy de humor para debatir tal extremo.

La fotografía era, en efecto, de un color muy apagado. Un crítico poco benévolo podría haber interpretado erróneamente aquella superficie borrosa. Era un paisaje gris y opaco, y mientras iba descifrando poco a poco sus detalles, me di cuenta de que representaba una larga e inmensamente alta cadena de riscos, como una catarata inmensa vista desde lejos, con una llanura inclinada y arbolada en primer plano.

—Creo que es el mismo lugar que en el cuadro pintado —dije.

—Es el mismo lugar —respondió el profesor—. Encontré huellas del campamento de ese individuo. Ahora mire esto.

Era una vista más cercana de la misma escena, aunque la fotografía estaba sumamente defectuosa. Podía distinguir claramente la aguja de roca aislada, coronada de árboles, que se separaba del farallón.

—No tengo la menor duda —dije.

—Bien, algo es algo —dijo—. Progresamos, ¿verdad? Ahora, ¿tendría la amabilidad de mirar la cima de esa aguja de roca? ¿Observa algo allí?

—Un árbol enorme.

—¿Y sobre el árbol?

—Un pájaro grande —dije.

Me tendió una lente.

—Sí —dije, mirando a través de ella—, un pájaro grande posado en el árbol. Parece tener un pico considerable. Diría que es un

pelícano.

—No puedo felicitarle por su vista —dijo el profesor—. No es un pelícano ni, en efecto, un pájaro. Puede interesarle saber que conseguí abatir a tiros ese ejemplar en concreto. Era la única prueba absoluta de mis vivencias que pude traerme.

—¿Lo tiene entonces? —Por fin había una corroboración tangible.

—Lo tuve. Se perdió desgraciadamente junto con tantas otras cosas en el mismo accidente de embarcación que arruinó mis fotografías. Lo agarré al verlo desaparecer en el remolino de los rápidos, y parte de su ala quedó en mi mano. Estaba sin conocimiento cuando las aguas me arrojaron a la orilla, pero el miserable fragmento de mi soberbio ejemplar seguía intacto; ahora lo pongo ante usted.

Del cajón sacó lo que me pareció ser la parte superior del ala de un murciélago grande. Tendría al menos sesenta centímetros de longitud: un hueso curvo con un velo membranoso debajo.

—¡Un murciélago monstruoso! —sugerí.

—Nada de eso —dijo el profesor con severidad—. Viviendo como vivo en un ambiente culto y científico, no habría podido concebir que los primeros principios de la zoología fueran tan poco conocidos. ¿Es posible que ignore el hecho elemental de anatomía comparada de que el ala de un pájaro es en realidad el antebrazo, mientras que el ala de un murciélago consiste en tres dedos alargados con membranas entre ellos? Ahora bien, en este caso el hueso no es ciertamente el antebrazo, y puede ver usted mismo que esta es una membrana única suspendida de un hueso único, y que por tanto no puede pertenecer a un murciélago. Pero si no es ni pájaro ni murciélago, ¿qué es?

Mi exigua reserva de conocimientos se había agotado.

—Realmente no lo sé —dije.

Abrió la obra de referencia a la que ya me había remitido.

—Aquí —dijo, señalando el dibujo de un extraordinario monstruo volador—, tiene una excelente reproducción del dimorfodón, o pterodáctilo, un reptil volador del período jurásico. En la página siguiente hay un diagrama del mecanismo de su ala. Tenga a bien compararlo con el ejemplar que tiene en la mano.

Una oleada de asombro me recorrió al mirarlo. Quedé convencido. No había forma de escabullirse de aquello. La suma de las pruebas era aplastante. El boceto, las fotografías, el relato y ahora el ejemplar real: las evidencias eran completas. Lo dije, y lo dije con calor, pues sentí que el profesor había sido tratado injustamente. Se recostó en el sillón con los párpados caídos y una sonrisa tolerante, recreándose en aquel súbito rayo de sol.

—¡Es, sencillamente, la mayor cosa que he oído en mi vida! —dije, aunque era mi entusiasmo periodístico más que el científico lo que se había despertado—. Es colosal. Usted es un Colón de la ciencia que ha descubierto un mundo perdido. Lo siento enormemente si pareció que dudaba de usted. Todo era tan inconcebible... Pero sé reconocer una prueba cuando la veo, y esta debería bastar para cualquiera.

El profesor ronroneó de satisfacción.

—¿Y entonces, señor, qué hizo usted a continuación?

—Era la estación lluviosa, señor Malone, y mis provisiones estaban agotadas. Exploré alguna parte de ese inmenso risco, pero no encontré manera de escalarlo. La roca piramidal sobre la que vi al pterodáctilo y sobre la que disparé era más accesible. Siendo algo trepador, conseguí llegar a mitad de camino hacia su cima. Desde esa altura me hice una idea mejor de la meseta sobre la cima de los riscos. Parecía muy extensa; ni al este ni al oeste podía ver el fin de la vista de riscos coronados de verde. Abajo hay una región pantanosa y selvática, llena de serpientes, insectos y fiebre. Es una protección natural para ese singular territorio.

—¿Vio algún otro rastro de vida?

—No, señor; pero durante la semana que acampamos al pie del risco oímos algunos ruidos muy extraños procedentes de arriba.

—¿Y la criatura que dibujó el americano? ¿Cómo lo explica usted?

—Solo podemos suponer que debió de abrirse paso hasta la cumbre y verla allí. Sabemos, por tanto, que existe un camino de subida. Sabemos igualmente que debe de ser muy difícil; de lo contrario, las criaturas habrían bajado e invadido el territorio circundante. ¿No es eso evidente?

—Pero ¿cómo llegaron allí?

—No creo que el problema sea muy oscuro —dijo el profesor—. Solo puede haber una explicación. América del Sur es, como habrá oído, un continente granítico. En este único punto del interior se produjo, en alguna era muy remota, un gran y súbito cataclismo volcánico. Estos riscos, cabe observar, son basálticos y, por tanto, plutónicos. Un área quizás tan grande como Sussex ha sido levantada en bloque con todos sus seres vivos, y separada del resto del continente por precipicios verticales de una dureza que desafía la erosión. ¿Cuál es el resultado? Las leyes ordinarias de la naturaleza quedan en suspenso. Los diversos controles que influyen en la lucha por la existencia en el mundo en general quedan todos neutralizados o alterados. Sobreviven criaturas que de otro modo habrían desaparecido. Observará usted que tanto el pterodáctilo como el estegosaurio son jurásicos y, por tanto, de una gran antigüedad en el orden de la vida. Han sido conservados artificialmente por esas extrañas condiciones accidentales.

—Pero sus pruebas son concluyentes, sin duda. Solo tiene que presentarlas ante las autoridades competentes.

—Así lo había imaginado yo, en mi ingenuidad —dijo el profesor con amargura—. Solo puedo decirle que no fue así, que me encontré a cada paso con la incredulidad, nacida en parte de la estupidez y en parte de los celos. No es propio de mi carácter, señor, doblarme ante nadie, ni intentar demostrar un hecho cuando mi palabra ha sido puesta en duda. Desde la primera vez no me he dignado mostrar las

pruebas corroborativas que poseo. El tema se me volvió odioso; no quería hablar de él. Cuando hombres como usted, que representan la necia curiosidad del público, venían a perturbar mi intimidad, era incapaz de recibirles con la reserva que me corresponde. Por temperamento soy, lo admito, algo irascible, y cuando me provocan tiendo a la violencia. Me temo que usted habrá podido notarlo.

Me llevé la mano al ojo y callé.

—Mi mujer me ha reprochado el asunto con frecuencia, y sin embargo imagino que cualquier hombre de honor se sentiría del mismo modo. Esta noche, sin embargo, me propongo dar un ejemplo extremo del dominio de la voluntad sobre las emociones. Le invito a que esté presente en esa demostración. —Me tendió una tarjeta de su escritorio—. Verá usted que el señor Percival Waldron, un naturalista de cierta fama popular, va a dar una conferencia a las ocho y media en la sala del Instituto Zoológico sobre «El registro de los tiempos». He sido invitado especialmente a estar presente en el estrado y a proponer el voto de gracias al conferenciante. Al hacerlo, me ocuparé de lanzar, con infinita delicadeza y tacto, algunas observaciones que puedan despertar el interés del público y llevar a algunos de ellos a desear profundizar más en el asunto. Nada polémico, entiéndase, sino tan solo una indicación de que hay aguas más profundas más allá. Me mantendré con firmeza en la raya y veré si con esta contención logro un resultado más favorable.

—¿Y puedo ir? —pregunté con ansia.

—¡Claro que sí! —respondió con cordialidad. Tenía una afabilidad enorme e imponente, casi tan abrumadora como su violencia. Su sonrisa de benevolencia era algo extraordinario: las mejillas se le fruncían de repente en dos manzanas rojas entre sus ojos entornados y su gran barba negra—. Por supuesto, venga. Me reconfortará saber que tengo un aliado en la sala, por ineficiente e ignorante del tema que sea. Me figuro que habrá un numeroso público, pues Waldron, aunque un charlatán absoluto, cuenta con una considerable popularidad. Ahora bien, señor Malone, le he dedicado bastante más tiempo del que tenía previsto. El individuo no

debe monopolizar lo que está destinado al mundo. Estaré encantado de verle en la conferencia de esta noche. Mientras tanto, entienda usted que no ha de hacerse ningún uso público de ninguno del material que le he proporcionado.

—Pero el señor McArdle —mi redactor jefe, ya sabe— querrá saber qué he hecho.

—Dígale lo que quiera. Puede decirle, entre otras cosas, que si envía a alguien más a importunarme, iré a visitarle con una fusta. Pero le dejo a usted el cuidado de que nada de todo esto aparezca impreso. Muy bien. Entonces, la sala del Instituto Zoológico a las ocho y media esta noche. —Mi última impresión fue la de unas mejillas encarnadas, una barba azulada y ondulante y unos ojos intolerantes, mientras me hacía señas para que saliera del despacho.

CAPÍTULO V

«¡Pregunta!»

Entre los golpes físicos propios de mi primera entrevista con el profesor Challenger y los embates mentales que acompañaron a la segunda, era ya un periodista bastante desconcertado el que se encontró de nuevo en Enmore Park. En mi dolorida cabeza palpitaba un único pensamiento: que en el relato de aquel hombre había verdad, que era de una importancia enorme y que podría convertirse en un material de valor incalculable para el Daily Gazette en cuanto obtuviese permiso para publicarlo. Un taxi aguardaba al final de la calle; salté dentro y me dirigí a la redacción. McArdle estaba en su puesto de siempre.

—Bueno —exclamó, expectante—, ¿cuánto da de sí? Tengo la impresión, joven, de que ha estado usted en la guerra. No me diga que le agredió.

—Tuvimos un pequeño desencuentro al principio.

—¡Menudo hombre! ¿Y qué hizo usted?

—Bueno, acabó siendo más razonable y charlamos. Pero no saqué nada de él... nada publicable.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Sacó usted un ojo morado, y eso sí es publicable. No podemos tolerar este reinado del terror, señor Malone. Hay que poner a ese hombre en su sitio. Mañana le dedico un suelto que le hará saltar las ampollas. Deme usted el material y me comprometo a marcarlo a fuego para siempre. El

profesor Munchausen, ¿qué le parece como titular de portada? Sir John Mandeville redivivo... Cagliostro... todos los impostores y matones de la historia. Le dejaré en evidencia como el farsante que es.

—Yo no haría eso, señor.

—¿Por qué no?

—Porque no es ningún farsante.

—¿Qué?! —bramó McArdle—. ¿No me está diciendo que se cree de verdad todo ese cuento de mamuts y mastodontes y grandes serpientes marinas?

—Bueno, de eso no estoy seguro. No creo que él formule reclamaciones de ese tipo. Pero sí creo que ha descubierto algo nuevo.

—Entonces, ¡por el amor de Dios, escríbalo!

—Me muero por hacerlo, pero todo lo que sé me lo confió con el compromiso de no publicarlo. —Condensé en pocas frases el relato del profesor—. Así está la cosa.

McArdle puso cara de profunda incredulidad.

—Bien, señor Malone —dijo al cabo—, en cuanto a esa reunión científica de esta noche, no puede haber ningún secreto al respecto. Supongo que ningún periódico querrá cubrirla, pues a Waldron ya le han hecho una docena de reseñas y nadie sabe que Challenger va a intervenir. Si tenemos suerte, podemos adelantarnos a todos. De todos modos usted irá, así que nos enviará un informe bastante completo. Dejaré espacio hasta la medianoche.

Mi día fue ajetreado, y cené temprano en el Savage Club con Tarp Henry, a quien di cuenta de mis aventuras. Me escuchó con una sonrisa escéptica en su rostro anguloso y se tronchó de risa al enterarse de que el profesor me había convencido.

—Querido amigo, las cosas no ocurren así en la vida real. La gente no tropieza con descubrimientos descomunales para luego perder las

pruebas. Eso déjelo para los novelistas. Ese tipo está tan lleno de trucos como la casa de los monos del Zoo. Todo es un disparate.

—¿Y el poeta americano?

—Nunca existió.

—Yo vi su cuaderno de bocetos.

—El cuaderno de bocetos de Challenger.

—¿Cree usted que dibujó él ese animal?

—Claro que sí. ¿Quién, si no?

—Bien, ¿y las fotografías?

—Las fotografías no probaban nada. Por su propio testimonio, solo vio un ave.

—Un pterodáctilo.

—Eso es lo que *él* dice. Él le metió el pterodáctilo en la cabeza.

—¿Y los huesos?

—El primero, de un cocido irlandés cualquiera. El segundo, fabricado para la ocasión. Si uno es hábil y conoce el oficio, puede falsificar un hueso con la misma facilidad que una fotografía.

Empecé a sentirme inquieto. Quizá, al fin y al cabo, me había precipitado al dar mi conformidad. Entonces tuve una ocurrencia feliz.

—¿Vendría usted a la reunión? —pregunté.

Tarp Henry se quedó pensativo.

—El simpático Challenger no es precisamente una persona popular —dijo—. Mucha gente tiene cuentas pendientes con él. Diría que es el hombre más odiado de Londres. Si los estudiantes de medicina se dejan caer por allí, aquello será una batalla campal. No tengo ganas de meterme en una leonera.

—Al menos podría usted hacerle la justicia de escucharle exponer su propio caso.

—Bien, quizá sea lo más justo. De acuerdo. Cuente conmigo para esta noche.

Cuando llegamos al salón encontramos una concurrencia mucho mayor de la que yo había previsto. Una fila de coches eléctricos descargaba su pequeño cargamento de profesores de barba blanca, mientras la oscura corriente de peatones más humildes que se agolpaban bajo el arco de la entrada dejaba claro que el público sería tanto popular como científico. En efecto, en cuanto tomamos asiento resultó evidente que un espíritu juvenil, casi infantil, circulaba por la galería y la parte trasera de la sala. Al volver la vista atrás, pude ver filas de caras del inconfundible tipo del estudiante de medicina. Al parecer, los grandes hospitales habían enviado cada uno su contingente. El comportamiento del público era por el momento animado, pero travieso. Retazos de canciones populares eran coreados con un entusiasmo que resultaba un extraño prelude para una conferencia científica, y ya se apuntaba una tendencia a las pullas personales que auguraba una velada muy jocosa para unos, por embarazosa que pudiese resultar para quienes recibían tan dudosos honores.

Así, cuando el viejo doctor Meldrum apareció en el estrado con su bien conocido sombrero de ópera de ala curvada, surgió una pregunta tan unánime de «¿Y *eso* dónde lo ha encontrado?» que se lo quitó a toda prisa y lo escondió furtivamente bajo la silla. Cuando el gotoso profesor Wadley cojeó hasta su asiento, de todos los rincones de la sala se elevaron cariñosas preguntas sobre el estado exacto de su pobre dedo gordo, lo que le causó un visible azoramiento. La mayor demostración de todas, sin embargo, llegó con la entrada de mi nuevo conocido, el profesor Challenger, cuando cruzó la sala para ocupar su sitio en el extremo de la primera fila del estrado. Tal fue el alarido de bienvenida que estalló en cuanto su negra barba asomó por la esquina, que empecé a sospechar que Tarp Henry tenía razón en su conjetura, y que aquel público no había

acudido solo para escuchar la conferencia, sino porque había corrido el rumor de que el famoso profesor tomaría parte en el acto.

Entre los asistentes de los primeros bancos, bien vestidos, hubo algunas risas comprensivas a su entrada, como si la manifestación de los estudiantes no les resultase en este caso del todo inoportuna. Aquella acogida fue, en efecto, un estallido de sonido espantoso, el alboroto de la jaula de las fieras cuando se oye a lo lejos el paso del cuidador con el cubo. Tenía quizá un tono ofensivo, y con todo me dio la impresión, en su mayor parte, de ser simplemente vocerío ruidoso, la recepción bullanguera de quien les divertía e interesaba, antes que de alguien a quien despreciasen u odiasen. Challenger sonrió con cansado y tolerante desdén, como un hombre afable ante el ladriqueo de una camada de cachorros. Se sentó despacio, hinchó el pecho, se acarició la barba con la mano y contempló con párpados caídos y ojos altivos la abarrotada sala que tenía ante sí. El tumulto provocado por su llegada aún no se había apagado cuando el profesor Ronald Murray, el presidente, y el señor Waldron, el conferenciante, se abrieron paso hasta la tarima y comenzó el acto.

El profesor Murray me perdonará, estoy seguro, si digo que adolece del defecto común a la mayoría de los ingleses: no se le oye. Por qué razón las personas que tienen algo interesante que decir no se toman la mínima molestia de aprender a hacerse escuchar es uno de los grandes misterios de la vida moderna. Sus métodos son tan razonables como intentar trasvasar un líquido precioso desde el manantial al depósito a través de una tubería sin conductor, que con el menor esfuerzo podría abrirse. El profesor Murray dirigió varias reflexiones profundas a su corbata blanca y a la jarra de agua que había sobre la mesa, con un aparte humorístico y cómplice dirigido al candelabro de plata que tenía a su derecha. Luego se sentó, y el señor Waldron, el famoso conferenciante popular, se levantó entre un murmullo general de aplausos. Era un hombre severo, enjuto, de voz áspera y maneras agresivas, pero tenía el mérito de saber asimilar las ideas ajenas y transmitirlas de un modo inteligible e incluso ameno para el gran público, con una feliz habilidad para resultar gracioso en torno a los objetos más

insospechados, de modo que la precesión de los equinoccios o la formación de un vertebrado se convertían en sus manos en un proceso de lo más chistoso.

Fue una visión panorámica de la Creación tal como la interpreta la ciencia, que desplegó ante nosotros en un lenguaje siempre claro y a veces pintoresco. Nos habló del globo terráqueo como una enorme masa de gas en llamas que surcaba los cielos. Luego pintó la solidificación, el enfriamiento, los pliegues que formaron las montañas, el vapor que se convirtió en agua, la lenta preparación del escenario en el que habría de representarse el inexplicable drama de la vida. Sobre el origen de la vida en sí fue discreta y prudentemente vago. Que los gérmenes de la misma difícilmente habrían sobrevivido a la primera incandescencia del planeta era, declaró, bastante seguro. Luego vino después. ¿Se había construido a partir de los elementos inorgánicos en enfriamiento del globo? Muy probablemente. ¿Habían llegado sus gérmenes desde el exterior en un meteorito? Era difícilmente concebible. En conjunto, el hombre más sabio era el menos dogmático sobre este punto. No éramos capaces —o al menos hasta la fecha no lo habíamos conseguido— de fabricar vida orgánica en el laboratorio a partir de materiales inorgánicos. El abismo entre lo muerto y lo vivo era algo que nuestra química no podía aún salvar. Pero existía una química de la Naturaleza más elevada y sutil, que trabajando con grandes fuerzas a lo largo de largas épocas bien podría producir resultados imposibles para nosotros. Ahí debía dejarse el asunto.

Esto llevó al conferenciante a la gran escala de la vida animal, que comenzaba en lo más bajo, con moluscos y débiles criaturas marinas, y ascendía peldaño a peldaño a través de reptiles y peces, hasta llegar a una rata canguro, criatura que parió a sus crías vivas, antepasado directo de todos los mamíferos y, presumiblemente, por tanto, de cada uno de los presentes en la sala. («¡No, no!», desde un estudiante escéptico en la última fila.) Si el joven caballero de la corbata roja que había gritado «¡No, no!» y que presumiblemente se atribuía haber salido de un huevo, se pasase a verle tras la conferencia, tendría mucho gusto en contemplar semejante rareza.

(Risas.) Era curioso pensar que el fruto de tan prolongado proceso natural hubiera sido la creación de aquel caballero de la corbata roja. Pero ¿había concluido el proceso? ¿Había que tomar a aquel caballero como el tipo definitivo, el principio y fin de todo el desarrollo? Esperaba no herir los sentimientos del caballero de la corbata roja si afirmaba que, cualesquiera que fuesen las virtudes que ese caballero pudiera poseer en la vida privada, los vastos procesos del universo no quedaban plenamente justificados si habían de culminar enteramente en su producción. La evolución no era una fuerza agotada, sino una que seguía obrando, y aún le aguardaban logros mayores.

Habiendo jugado así, entre risitas generales, de forma muy elegante con su interruptor, el conferenciante volvió a su cuadro del pasado: el desecamiento de los mares, la emergencia del banco de arena, la vida viscosa y lenta que se extendía por sus márgenes, las lagunas superpobladas, la tendencia de las criaturas marinas a refugiarse en los bajíos fangosos, la abundancia de alimento que les aguardaba, su consiguiente crecimiento descomunal. «De ahí, señoras y señores —añadió—, esa temible prole de saurios que todavía espanta nuestra mirada cuando se la ve en los esquistos del Weald o de Solnhofen, pero que por fortuna se había extinguido mucho antes de la primera aparición del hombre sobre este planeta.»

—¡Pregunta! —retronó una voz desde el estrado.

El señor Waldron era un disciplinario estricto dotado de un humor mordaz, como quedara demostrado con el caballero de la corbata roja, lo que hacía peligroso interrumpirle. Pero aquella interjección le pareció tan absurda que no supo cómo vérselas con ella. Así mira el estudioso de Shakespeare a quien le planta cara un rancio baconiano, o el astrónomo al que arremete un fanático de la Tierra plana. Hizo una pausa y, alzando la voz, repitió despacio las palabras: «Que se extinguió antes de la llegada del hombre.»

—¡Pregunta! —retronó de nuevo la voz.

Waldron recorrió con la mirada, estupefacto, la fila de profesores del estrado hasta que sus ojos tropezaron con la figura de Challenger, que se recostaba en su silla con los ojos cerrados y una expresión divertida, como si sonriera dormido.

—¡Ya veo! —dijo Waldron, con un encogimiento de hombros—. Es mi amigo el profesor Challenger. —Y entre risas reanudó la conferencia como si aquello fuera una explicación definitiva y no hubiera nada más que decir.

Pero el incidente estaba lejos de cerrarse. Cualquier camino que tomara el conferenciante entre las soledades del pasado parecía conducirlo invariablemente a alguna afirmación sobre la vida extinta o prehistórica que al instante arrancaba del profesor el mismo bramido de toro. El público empezó a anticiparlo y a rugir de gozo cuando llegaba. Los bancos repletos de estudiantes se sumaron, y cada vez que la barba de Challenger se abría, antes de que pudiera salir sonido alguno, se escuchaba un alarido de «¡Pregunta!» de un centenar de voces, con el correspondiente contragritar de «¡Orden!» y «¡Vergüenza!» de otras tantas. Waldron, pese a ser un conferenciante curtido y un hombre de carácter, empezó a perder la compostura. Vaciló, tartamudeó, se repitió, se enredó en una frase larga y finalmente se volvió furioso contra la causa de sus problemas.

—¡Esto es verdaderamente intolerable! —exclamó, mirando fijamente a través del estrado—. Debo pedirle, profesor Challenger, que cese estas interrupciones ignorantes e impertinentes.

Se hizo un silencio en la sala, con los estudiantes rígidos de deleite al ver a los grandes dioses del Olimpo disputando entre sí. Challenger extrajo su voluminosa figura de la silla con esfuerzo lento y deliberado.

—Yo debo pedirle a usted, señor Waldron —dijo—, que deje de formular afirmaciones que no se ajustan estrictamente al hecho científico.

Las palabras desataron una tempestad. «¡Vergüenza! ¡Vergüenza!», «¡Que se le escuche!», «¡Que se vaya!», «¡Échele del estrado!», «¡Que haya justicia!» surgían de un clamor general de regocijo o de indignación. El presidente se había puesto en pie agitando las dos manos y balbuceando con excitación. «Profesor Challenger... personal... opiniones... más tarde» eran los picos sólidos sobre sus nubes de murmullo inaudible. El interruptor hizo una reverencia, sonrió, se acarició la barba y volvió a hundirse en su silla. Waldron, muy encendido y belicoso, prosiguió con sus observaciones. De cuando en cuando, al hacer alguna afirmación, lanzaba una mirada venenosa a su contrincante, que parecía dormitar profundamente con la misma sonrisa ancha y plácida en el rostro.

Por fin la conferencia llegó a su fin —me inclino a pensar que prematuramente, pues la peroración fue apresurada e inconnexa—. El hilo del argumento había sido bruscamente roto y el público estaba inquieto y expectante. Waldron se sentó y, tras una brevísima intervención del presidente, el profesor Challenger se levantó y avanzó hasta el borde del estrado. En interés de mi periódico tomé su discurso en taquigrafía.

—Señoras y señores —comenzó, en medio de una interrupción sostenida desde el fondo—. Pido perdón... Señoras, señores y niños... debo disculparme, había omitido inadvertidamente un sector considerable de este público. —(Tumulto, durante el cual el profesor permaneció con una mano alzada y su enorme cabeza asintiendo con gesto comprensivo, como si estuviese dispensando una bendición pontificia sobre la multitud.)— He sido elegido para proponer un voto de gracias al señor Waldron por la conferencia tan pintoresca e imaginativa que acabamos de escuchar. Hay puntos en ella con los que no estoy de acuerdo, y ha sido mi deber señalarlos a medida que surgían; pero, con todo, el señor Waldron ha cumplido bien su objetivo, que es dar una explicación sencilla e interesante de lo que concibe que ha sido la historia de nuestro planeta. Las conferencias populares son las más fáciles de escuchar, pero el señor Waldron —(aquí dedicó una sonrisa radiante al conferenciante)— me

perdonará si digo que son necesariamente tanto superficiales como engañosas, pues han de calibrarse a la comprensión de un público ignorante. —(Aplausos irónicos.)— Los conferenciantes populares son por naturaleza parásitos. —(Gesto airado de protesta del señor Waldron.)— Explotan para la fama o el dinero el trabajo realizado por sus indigentes e ignotos cofrades. El más pequeño hecho nuevo obtenido en el laboratorio, un ladrillo más en el templo de la ciencia, pesa infinitamente más que cualquier exposición de segunda mano que pase una hora ociosa sin dejar ningún fruto útil. Formulo esta reflexión obvia no por deseo alguno de menoscabar al señor Waldron en particular, sino para que no pierdan ustedes el sentido de la proporción y confundan al acólito con el sumo sacerdote. —(En este punto el señor Waldron susurró algo al presidente, que se levantó a medias y dijo algo con severidad a su jarra de agua.)— ¡Pero basta de esto! —(Aplausos largos y prolongados.)— Permítanme pasar a un asunto de mayor interés. ¿Cuál es el punto concreto sobre el que yo, como investigador original, he cuestionado la exactitud de nuestro conferenciante? Es el relativo a la permanencia de ciertos tipos de vida animal sobre la Tierra. No hablo sobre este tema como aficionado, ni, debo añadirlo, como conferenciante popular, sino como alguien cuya conciencia científica le obliga a ceñirse estrictamente a los hechos, cuando digo que el señor Waldron se equivoca gravemente al suponer que, porque él mismo no ha visto jamás un animal llamado prehistórico, estas criaturas ya no existen. Son, en efecto, como él ha dicho, nuestros antepasados, pero son, si se me permite la expresión, nuestros antepasados contemporáneos, que pueden encontrarse todavía con todas sus características horribles y formidables si uno tiene la energía y el arrojo de buscar sus guaridas. Criaturas que se suponía jurásicas, monstruos que acosarían y devorarían a nuestros mamíferos más grandes y feroces, siguen existiendo. —(Gritos de «¡Tonterías!», «¡Pruébalo!», «¿Y usted qué sabe?», «¡Pregunta!»)— ¿Cómo lo sé, me preguntan? Lo sé porque he visitado sus refugios secretos. Lo sé porque he visto algunos de ellos. —(Aplausos, tumulto, y una voz: «¡Mentiroso!»)— ¿Soy un mentiroso? — (Asentimiento general, ruidoso y entusiasta.)— ¿He oído que alguien

me llama mentiroso? ¿Tendría la bondad de ponerse en pie la persona que me ha llamado mentiroso para que pueda conocerla? — (Una voz: «¡Aquí está, señor!», y un individuo inofensivo con gafas, que forcejaba violentamente, fue alzado en vilo entre un grupo de estudiantes.)— ¿Se atrevió usted a llamarme mentiroso? — («¡No, señor, no!», gritó el acusado, y desapareció como un diablillo de caja.)— Si alguien en esta sala se atreve a dudar de mi veracidad, estaré encantado de intercambiar unas palabras con él tras la conferencia. — («¡Mentiroso!») — ¿Quién ha dicho eso? — (De nuevo el inofensivo individuo, zambulléndose desesperadamente, fue izado bien alto en el aire.)— Como yo baje entre ustedes... — (Coro general de «¡Ven, amor, ven!», que interrumpió el acto durante varios momentos, mientras el presidente, de pie y agitando los dos brazos, parecía dirigir la música. El profesor, con el rostro encendido, los orificios nasales dilatados y la barba erizada, estaba ya en plena furia berserker.)— ¡Todo gran descubridor ha tropezado con la misma incredulidad: el sello seguro de una generación de necios! Cuando se les exponen grandes hechos, ustedes no tienen la intuición, la imaginación que les ayudaría a comprenderlos. Solo saben arrojar barro sobre los hombres que han arriesgado su vida para abrir nuevos campos a la ciencia. ¡Persiguen a los profetas! ¡Galileo! ¡Darwin, y yo...! — (Aplausos prolongados e interrupción completa.)

Todo esto procede de mis notas apresuradas tomadas en el momento, que dan escasa idea del caos absoluto al que la asamblea había quedado reducida a esas alturas. Tan tremendo era el alboroto que varias señoras habían emprendido ya una apresurada retirada. Veteranos respetables y circunspectos parecían haberse contagiado del espíritu reinante con tanta fuerza como los estudiantes, y vi a hombres de barba blanca levantándose y agitando los puños contra el obstinado profesor. El numeroso público hervía y bullía como una olla al fuego. El profesor dio un paso adelante y alzó las dos manos. Había en aquel hombre algo tan grande y arrebatador y viril que el estrépito y los gritos fueron apagándose poco a poco ante su gesto

imperioso y sus ojos de mando. Parecía tener un mensaje definido que transmitir. La sala enmudeció para escucharlo.

—No voy a entretenerles —dijo—. No merece la pena. La verdad es la verdad, y el ruido de unos cuantos jóvenes necios —y me temo que debo añadir el de sus igualmente necios mayores— no puede alterar el asunto en modo alguno. Afirmino haber abierto un nuevo campo de la ciencia. Ustedes lo discuten. —(Aplausos.)— Pues bien, les someto a prueba. ¿Acreditarán a uno o más de los presentes para que vayan en su nombre y comprueben mis afirmaciones?

El señor Summerlee, el veterano profesor de Anatomía Comparada, se levantó entre el público: un hombre alto, delgado y agrio, con el aspecto marchito de un teólogo. Deseaba, dijo, preguntar al profesor Challenger si los resultados a que había aludido en su intervención se habían obtenido durante un viaje a las cabeceras del Amazonas realizado por él dos años antes.

El profesor Challenger respondió que así era.

El señor Summerlee deseaba saber cómo era posible que el profesor Challenger afirmara haber realizado descubrimientos en aquellas regiones que habían pasado por alto Wallace, Bates y otros exploradores de reconocido prestigio científico que le habían precedido.

El profesor Challenger respondió que el señor Summerlee parecía confundir el Amazonas con el Támesis; que en realidad era un río algo más grande; que al señor Summerlee quizá le interesase saber que junto con el Orinoco, que comunicaba con él, se abría un territorio de unos ochenta mil kilómetros de vías fluviales, y que en un espacio tan vasto no era imposible que una persona encontrara lo que otra había pasado por alto.

El señor Summerlee declaró, con una sonrisa ácida, que apreciaba perfectamente la diferencia entre el Támesis y el Amazonas, que residía en el hecho de que cualquier afirmación sobre el primero podía verificarse, mientras que sobre el segundo no. Tendría a bien

el profesor Challenger indicar la latitud y la longitud del lugar donde podían encontrarse los animales prehistóricos.

El profesor Challenger respondió que reservaba esa información por razones propias, pero que estaba dispuesto a proporcionarla con las debidas precauciones a una comisión elegida entre el público. ¿Estaría el señor Summerlee dispuesto a formar parte de esa comisión y a comprobar su relato en persona?

El señor Summerlee: —Sí, lo estoy. —(Gran aplauso.)

El profesor Challenger: —En ese caso, me comprometo a poner en sus manos el material que le permita encontrar el camino. No obstante, es lógico, puesto que el señor Summerlee va a verificar mis afirmaciones, que yo cuente con uno o más acompañantes que puedan verificar las suyas a él. No les ocultaré que hay dificultades y peligros. El señor Summerlee necesitará un colaborador más joven. ¿Hay voluntarios?

Así es como el gran momento decisivo de la vida de un hombre le salta de improviso. ¿Habría podido imaginar, cuando entré en aquella sala, que estaba a punto de comprometerme con una aventura más alocada que cuantas se me habían presentado en sueños? Pero Gladys... ¿no era precisamente la oportunidad de la que ella hablaba? Gladys me habría dicho que fuera. Me había puesto en pie de un salto. Hablaba, y sin embargo no había preparado ninguna palabra. Tarp Henry, a mi lado, tiraba de mi ropa y le oí murmurar: «Siéntese, Malone. No haga el ridículo en público.» Al mismo tiempo advertí que un hombre alto y delgado, con el pelo oscuro y rojizo, a unos cuantos asientos delante de mí, también estaba de pie. Me miró con ojos duros y airados, pero me negué a ceder.

—Yo iré, señor presidente —repetí una y otra vez.

—¡El nombre! ¡El nombre! —pedía el público.

—Me llamo Edward Dunn Malone. Soy el reportero del Daily Gazette. Me considero un testigo absolutamente imparcial.

—¿Y su nombre, señor? —preguntó el presidente a mi alto rival.

—Soy lord John Roxton. He subido ya por el Amazonas, conozco todo el terreno y tengo cualificaciones especiales para esta investigación.

—La reputación de lord John Roxton como deportista y viajero es, naturalmente, de fama mundial —dijo el presidente—; y al mismo tiempo sería sin duda conveniente contar con un representante de la prensa en semejante expedición.

—Entonces propongo —dijo el profesor Challenger— que ambos caballeros sean elegidos, en representación de esta asamblea, para acompañar al profesor Summerlee en su viaje de investigación y para dar cuenta de la veracidad de mis afirmaciones.

Y así, entre vítores y aplausos, quedó decidido nuestro destino, y me encontré arrastrado por la corriente humana que se precipitaba hacia la puerta, con la mente medio aturdida por el vasto nuevo proyecto que había surgido de improviso ante ella. Al salir del salón, tuve por un instante la impresión de una oleada de estudiantes que reían por la acera, y de un brazo que blandía un paraguas pesado, alzándose y cayendo en medio de ellos. Luego, entre abucheos y ovaciones mezclados, el coche eléctrico del profesor Challenger se deslizó desde el bordillo, y me encontré paseando bajo las luces plateadas de Regent Street, lleno de pensamientos sobre Gladys y de interrogantes sobre mi porvenir.

De repente, alguien me tocó el codo. Me volví y me encontré mirando a los ojos llenos de humor y de carácter del hombre alto y delgado que se había ofrecido a ser mi compañero en aquella extraña empresa.

—El señor Malone, según creo —dijo—. Vamos a ser compañeros, ¿no es así? Mis habitaciones están justo enfrente, en el Albany. Quizá tuviese usted la amabilidad de dedicarme media hora, pues hay una o dos cosas que me urge decirle.

CAPÍTULO VI

«Yo era el flagelo del Señor»

Lord John Roxton y yo doblamos juntos por Vigo Street y cruzamos los sombríos portales del famoso refugio aristocrático. Al fondo de un largo pasillo oscuro mi nuevo conocido empujó una puerta y accionó un interruptor eléctrico. Un buen número de lámparas que brillaban a través de pantallas de colores bañaron la amplia estancia que teníamos ante nosotros en una luminosidad rojiza. Plantado en el umbral y echando un vistazo a mi alrededor, me llegó una impresión general de extraordinaria comodidad y elegancia combinadas con una atmósfera de virilidad varonil. Por doquier se mezclaban el lujo del hombre rico de buen gusto y el desorden descuidado del soltero. Por el suelo estaban esparcidas pieles ricas y extrañas esterillas iridiscentes de algún bazar oriental. En las paredes colgaban, muy juntos, cuadros y grabados que incluso mis ojos inexpertos reconocían como de gran precio y rareza. Bocetos de boxeadores, de bailarinas de ballet y de caballos de carreras alternaban con un Fragonard sensual, un Girardet marcial y un Turner soñador. Pero entre estos variados adornos había esparcidos los trofeos que me recordaban vivamente el hecho de que lord John Roxton era uno de los grandes atletas y deportistas completos de su época. Un remo azul oscuro cruzado con otro rosa cereza encima de la chimenea hablaba del antiguo alumno de Oxford y miembro del Leander, mientras que los floretes y los guantes de boxeo, sobre y bajo ellos, eran los utensilios de un hombre que había conquistado la supremacía con cada uno. A modo de friso a lo

largo de las paredes se extendía la hilera saliente de espléndidas cabezas de caza mayor, las mejores de su clase procedentes de todos los rincones del mundo, con el raro rinoceronte blanco del enclave de Lado dejando caer su labio altivo sobre todas las demás.

En el centro de la rica alfombra roja había una mesa Luis XV de madera negra y dorada, una preciosa antigüedad, ahora sacrílegamente profanada con marcas de vasos y cicatrices de colillas de cigarro. Sobre ella descansaba una bandeja de plata con artículos de fumador y una reluciente licorera, con la que mi silencioso anfitrión y un sifón adyacente se ocupó de llenar dos altos vasos. Habiéndome indicado un sillón y colocado la bebida a mi alcance, me tendió un largo y suave habano. Luego, sentándose frente a mí, me miró largo rato fijamente con sus raros, traviesos y temerarios ojos: ojos de un azul claro y frío, el color de un lago glaciar.

A través de la tenue neblina del humo de mi cigarro observé los detalles de un rostro que ya me era familiar por numerosas fotografías: la nariz pronunciada y curvada, las mejillas hundidas y curtidas, el cabello oscuro y rojizo, escaso en la coronilla, los mostachos prietos y viriles, el pequeño y agresivo mechón sobre la barbilla prominente. Algo había de Napoleón III, algo de don Quijote, y al mismo tiempo algo que era la esencia misma del caballero inglés de campo: el amante alerta, despierto y al aire libre de los perros y los caballos. Su piel era de un rojo encendido de maceta, curtida por el sol y el viento. Las cejas eran pobladas y prominentes, lo que daba a aquellos ojos de por sí fríos un aspecto casi feroz, impresión que reforzaban la frente poderosa y surcada de arrugas. De figura, era enjuto, pero de constitución muy fuerte; en efecto, había demostrado en numerosas ocasiones que pocos hombres en Inglaterra eran capaces de semejantes esfuerzos sostenidos. Su estatura era algo superior a metro ochenta, aunque parecía más bajo por una curvatura peculiar de los hombros. Así era el famoso lord John Roxton sentado frente a mí, apretando el cigarro con los dientes y observándome fijamente en un silencio largo e incómodo.

—Bueno —dijo al fin—, hemos ido y lo hemos hecho, muchacho.
—(Esta curiosa expresión la pronunciaba como si fuera una sola palabra: «muchacho-mío».)— Sí, hemos pegado un salto, usted y yo. Me imagino que cuando entró en esa sala no tenía la menor idea de esto, ¿eh?

—Ninguna.

—Lo mismo aquí. Ninguna idea. Y ya estamos metidos hasta el cuello en la olla. Mire, solo llevo tres semanas de vuelta de Uganda, y ya he tomado una casa en Escocia y firmado el contrato y todo. Bonita situación, ¿eh? ¿Cómo le sienta a usted?

—Bueno, en el fondo es todo propio de mi profesión. Soy periodista en el Daily Gazette.

—Claro, eso dijo cuando se apuntó. A propósito, tengo un pequeño encargo para usted, si me echa una mano.

—Con mucho gusto.

—No le importa arriesgarse, ¿verdad?

—¿Cuál es el riesgo?

—Pues el riesgo se llama Ballinger. ¿Le suena?

—No.

—Vamos, muchacho, ¿dónde ha vivido usted? Sir John Ballinger es el mejor jockey amateur del norte del país. En llano puedo aguantarle en mis mejores momentos, pero en saltos es mi amo. Bien, es un secreto a voces que cuando está fuera de entrenamiento bebe fuerte; él lo llama compensar el promedio. Le dio el delirium tremens el martes y desde entonces está como un poseso. Su habitación está sobre esta. Los médicos dicen que el buen hombre no tiene remedio a menos que se le meta algo en el estómago, pero como está en cama con un revólver sobre la colcha y jura que meterá seis balas al mejor entre quien se le acerque, ha habido una huelga entre el personal de servicio. Jack es un clavo duro de pelar,

y además muy buen tirador, pero no se puede dejar morir así a un ganador del Grand National, ¿no le parece?

—¿Qué piensa hacer, entonces? —pregunté.

—Bueno, mi idea era que usted y yo le entrásemos por sorpresa. Puede que esté adormilado, y en el peor de los casos solo puede darle a uno de los dos, y el otro lo tendrá. Si conseguimos envolverle los brazos con la funda de la almohada y luego llamamos a un médico para que le ponga una sonda estomacal, le daremos al buen hombre la cena de su vida.

Era un asunto bastante desesperado para encontrarse con él de golpe en la jornada de trabajo. No creo ser un hombre especialmente valiente. Tengo una imaginación irlandesa que hace lo desconocido y lo inédito más terrible de lo que es en realidad. Por otro lado, me criaron con horror a la cobardía y con terror a semejante estigma. Me atrevería a lanzarme por un precipicio, como el huno de los libros de historia, si se pusiera en duda mi valor para hacerlo, aunque sin duda sería el orgullo y el miedo, más que el valor, lo que me inspiraría. Por eso, aunque cada nervio de mi cuerpo se estremecía ante la figura enloquecida por el whisky que imaginaba en la habitación de arriba, respondí de todos modos, con la voz más desenvuelta que pude reunir, que estaba dispuesto a ir. Algún otro comentario de lord Roxton sobre el peligro no hizo sino irritarme.

—Hablar no mejora las cosas —dije—. Vamos.

Me levanté del sillón y él del suyo. Entonces, con una risita confidencial, me dio dos o tres palmaditas en el pecho y acabó empujándome de vuelta a la silla.

—Muy bien, muchacho, ya vale —dijo. Le miré con sorpresa.

—Yo me ocupé de Jack Ballinger esta mañana. Le hizo un agujero en la falda de mi quimono, bendita sea su trémula mano, pero conseguimos ponerle una camisa de fuerza y estará bien en una semana. Oiga, espero que no le importe, ¿verdad? Verá, entre usted y yo, en confianza, este asunto de América del Sur me parece una

cosa muy seria, y si voy a tener un compañero quiero un hombre con quien pueda contar. Así que le puse a prueba, y debo decir que salió usted airoso. Verá, todo depende de usted y de mí, porque ese viejo Summerlee necesitará niñera desde el primer momento. A propósito, ¿es usted el Malone del que se espera que vista la camiseta de Irlanda en el rugby?

—Reserva, quizá.

—Me pareció reconocer su cara. Pues yo estuve allí cuando marcó ese ensayo contra el Richmond: una de las mejores fintas que vi en toda la temporada. No me pierdo un partido de rugby si puedo evitarlo, porque es el deporte más viril que nos queda. Bueno, no le he traído aquí solo para hablar de deporte. Tenemos que organizarnos. Aquí están las salidas, en la primera página del Times. Hay un barco de Booth para Pará el miércoles de la semana que viene, y si el profesor y usted pueden arreglarlo, creo que deberíamos tomarlo, ¿eh? Bien, yo lo arreglaré con él. ¿Y su equipaje?

—Mi periódico se encargará de eso.

—¿Sabe disparar?

—Más o menos al nivel de un territorial corriente.

—¡Dios mío, tan mal como eso? Es lo último que aprenden ustedes los jóvenes. Son todos abejas sin aguijón en lo que a defender la colmena se refiere. Quedarán en ridículo algún día cuando alguien venga y les robe la miel. Pero tendrá que apuntar bien en América del Sur, porque, a menos que nuestro amigo el profesor sea un loco o un mentiroso, puede que veamos cosas raras antes de volver. ¿Qué rifle tiene?

Fue hasta un armario de roble y, al abrirlo de par en par, pude vislumbrar filas relucientes de cañones paralelos, como los tubos de un órgano.

—Veré lo que puedo dejarle de mi propia batería —dijo.

Fue sacando uno tras otro una sucesión de hermosos rifles, abriéndolos y cerrándolos con un chasquido y un tintineo, y luego acariciándolos al volver a colocarlos en el soporte con la misma ternura con que una madre acaricia a sus hijos.

—Este es un Bland calibre 14,7 de punta hueca Express —dijo—. Con él abatí a ese grandullón. —Alzó la vista hacia el rinoceronte blanco—. Diez metros más y él me habría añadido a *su* colección.

«En esa bala cónica se cifra su única baza, la justa ventaja del más débil en la plaza.»

Espero que conozca a su Gordon, porque es el poeta del caballo y la escopeta y del hombre que maneja ambos. Ahora bien, aquí hay una herramienta útil: calibre 11,9, mira telescópica, doble expulsor, punto muerto hasta trescientos cincuenta metros. Es el rifle que usé contra los traficantes de esclavos peruanos hace tres años. Yo era el flagelo del Señor por aquellos territorios, se lo digo yo, aunque no lo encontrará en ningún libro azul. Hay momentos, muchacho, en que cada uno de nosotros debe alzarse en defensa de los derechos y la justicia humanos, o ya no se siente uno limpio nunca más. Por eso hice mi pequeña guerra a título personal. La declaré yo solo, la libré yo solo, la terminé yo solo. Cada una de estas muescas corresponde a un asesino de esclavos: una buena hilera de ellas, ¿eh? Esa grande es la de Pedro López, el rey de todos, al que maté en un remanso del río Putumayo. Ahora bien, aquí hay algo que le iría bien a usted. —Sacó un hermoso rifle en marrón y plata—. Bien amortiguado en la culata, con mira precisa, cinco cartuchos en el cargador. Puede confiar su vida a ese. —Me lo tendió y cerró la puerta del armario de roble.

—A propósito —continuó, volviendo a su sillón—, ¿qué sabe usted de este profesor Challenger?

—No le había visto hasta hoy.

—Pues yo tampoco. Es curioso que los dos naveguemos con órdenes selladas de un hombre a quien no conocemos. Parecía un pájaro bastante engreído. Sus colegas científicos tampoco parecen

profesarle demasiado cariño. ¿Cómo llegó a interesarse por el asunto?

Le referí brevemente mis experiencias de la mañana y él escuchó con atención. Luego sacó un mapa de América del Sur y lo extendió sobre la mesa.

—Creo que cada palabra que le dije era verdad —dijo con seriedad—, y tenga en cuenta que tengo algo en qué basarme cuando hablo así. América del Sur es un lugar que amo, y creo que, tomándola de cabo a rabo desde Darién hasta Fuego, es el trozo de tierra más grandioso, más rico y más maravilloso de este planeta. La gente aún no la conoce y no se da cuenta de lo que puede llegar a ser. La he recorrido de punta a punta y pasé dos estaciones secas en esas mismas regiones, como le dije cuando hablé de la guerra que le hice a los traficantes de esclavos. Pues bien, cuando estaba allá arriba oí historias del mismo tipo: tradiciones de los indios y cosas así, pero con algo detrás, sin duda. Cuanto más conoce uno ese país, muchacho, más comprende que cualquier cosa es posible. *¡Cualquier cosa!* Solo hay unos pocos estrechos canales de agua por los que transita la gente, y fuera de eso todo es oscuridad. Ahora bien, aquí abajo en el Matto Grosso —pasó el cigarro sobre una parte del mapa— o allá arriba, en ese rincón donde se juntan tres países, nada me sorprendería. Como dijo ese hombre esta noche, hay ochenta mil kilómetros de vías fluviales que atraviesan una selva casi del tamaño de Europa. Usted y yo podríamos estar tan lejos el uno del otro como lo están Escocia y Constantinopla, y sin embargo los dos estaríamos en la misma gran selva brasileña. El hombre apenas ha trazado un sendero aquí y un rasguño allá en el laberinto. Si el río sube y baja más de doce metros y la mitad del país es una ciénaga impasable... ¿por qué no habría de esconderse algo nuevo y maravilloso en semejante territorio? ¿Y por qué no habríamos de ser nosotros quienes lo descubramos? Además —añadió, con su extraño rostro anguloso iluminado de gozo—, hay un riesgo deportivo en cada kilómetro. Soy como una vieja pelota de golf: hace tiempo que me quitaron toda la pintura blanca. La vida ya puede sacudirme como quiera, que no le deja huella. Pero un riesgo deportivo,

muchacho, eso es la sal de la existencia. Entonces vale la pena vivir de nuevo. Todos nos estamos volviendo demasiado blandos, aburridos y cómodos. Dame las grandes tierras desiertas y los amplios espacios, con un rifle en el puño y algo que buscar que valga la pena encontrar. He probado la guerra, el cross y los aeroplanos, pero esta caza de bestias que parecen sacadas de una pesadilla de cena de langosta es una sensación completamente nueva. —Se regodeó con una risita ante la perspectiva.

Quizá me haya extendido demasiado sobre este nuevo conocido, pero va a ser mi camarada durante muchos días, y por eso he tratado de describirle tal como le vi por primera vez, con su personalidad singular y sus pequeñas y raras manías de palabra y de pensamiento. Solo la necesidad de presentar a tiempo mi crónica me arrancó al fin de su compañía. Le dejé sentado entre su luminosidad rosada, engrasando el mecanismo de su rifle favorito, sin dejar de reírse para sus adentros al pensar en las aventuras que nos aguardaban. Tenía muy claro que si nos esperaban peligros, en toda Inglaterra no habría podido encontrar una cabeza más serena ni un espíritu más valiente con quien afrontarlos.

Aquella noche, rendido como estaba tras los maravillosos acontecimientos del día, me quedé hasta tarde con McArdle, el redactor jefe, explicándole la situación en su totalidad; él la consideró lo bastante importante para llevarla a la mañana siguiente ante sir George Beaumont, el director. Se acordó que yo enviaría a casa relatos completos de mis aventuras en forma de cartas sucesivas a McArdle, y que estas se editarían para el Daily Gazette a medida que llegasen o se guardarían para publicarlas más adelante, según los deseos del profesor Challenger, pues aún no sabíamos qué condiciones podría imponer a las instrucciones que habrían de guiarnos hasta la tierra desconocida. En respuesta a una consulta telefónica, no recibimos nada más concreto que una requisitoria contra la prensa que concluía con la observación de que, si le notificábamos el barco, nos entregaría las instrucciones que estimase conveniente facilitarnos en el momento de la partida. Una segunda consulta de nuestra parte no obtuvo respuesta alguna,

salvo un lamento quejumbroso de su esposa en el sentido de que su marido estaba ya de muy mal humor y que esperaba que no hiciésemos nada para empeorarlo. Un tercer intento, más tarde durante el día, provocó un golpetazo tremendo y un posterior mensaje de la Central Telefónica comunicando que el aparato del profesor Challenger había quedado destrozado. Después de eso desistimos de todo intento de comunicación.

Y bien, pacientes lectores, ya no puedo dirigirme a vosotros directamente. A partir de ahora (si es que alguna continuación de esta historia llega alguna vez a vuestras manos) solo podrá ser a través del periódico que represento. En manos del director dejo este relato de los hechos que han conducido a una de las expediciones más notables de todos los tiempos, para que si no regreso nunca a Inglaterra quede algún testimonio de cómo se inició el asunto. Escribo estas últimas líneas en el salón del vapor Francisca, de la compañía Booth, y las enviará de vuelta el práctico de puerto para que las custodie el señor McArdle. Permítaseme trazar un último cuadro antes de cerrar el cuaderno: un cuadro que es el último recuerdo de la vieja patria que me llevo conmigo. Es una mañana de finales de primavera, húmeda y brumosa; cae una lluvia fina y fría. Tres figuras relucientes con impermeables bajan por el muelle hacia la pasarela del gran trasatlántico del que ondea la bandera de zarpe. Delante de ellos, un mozo empuja un carrito apilado de baúles, mantas y estuches de rifles. El profesor Summerlee, figura larga y melancólica, camina con pasos lentos y la cabeza gacha, como quien ya se compadece profundamente de sí mismo. Lord John Roxton avanza con paso vivo y su rostro delgado y avizor asoma entre el gorro de caza y la bufanda. En cuanto a mí, me alegra haber dejado atrás los ajetreados días de preparativos y los dolores de las despedidas, y no me cabe duda de que se me nota en el porte. De repente, justo cuando llegamos al barco, se oye un grito a nuestra espalda. Es el profesor Challenger, que había prometido venir a despedirnos. Corre tras nosotros, un hombre rechoncho, colorado y malhumorado.

—No, gracias —dice—; preferiría con mucho no subir a bordo. Solo tengo unas pocas palabras que decirles y pueden decirse perfectamente aquí donde estamos. Les ruego que no imaginen que les debo agradecimiento alguno por emprender este viaje. Quiero que entiendan que me es perfectamente indiferente, y me niego a albergar el más remoto sentido de obligación personal. La verdad es la verdad, y nada de lo que ustedes puedan publicar puede afectarla en modo alguno, aunque pueda excitar las emociones y calmar la curiosidad de un buen número de personas muy poco eficaces. Mis instrucciones para su orientación y guía están en este sobre sellado. Lo abrirán cuando lleguen a una ciudad del Amazonas que se llama Manaos, pero no antes de la fecha y hora que figuran en el exterior. ¿He sido claro? Confío plenamente en el honor de ustedes para el cumplimiento estricto de mis condiciones. No, señor Malone, no impondré ninguna restricción a su correspondencia, pues la ventilación de los hechos es el objeto de su viaje; pero exijo que no den ningún detalle sobre su destino exacto y que nada se publique hasta su regreso. Adiós, señor. Ha hecho usted algo por mitigar mi animosidad hacia la detestable profesión a la que pertenece usted por desgracia. Adiós, lord John. La ciencia es, según entiendo, un libro cerrado para usted; pero puede felicitarse por el coto de caza que le aguarda. Sin duda tendrá la oportunidad de describir en *Field* cómo abatió al dimorfodonte en vuelo rasante. Y adiós también a usted, profesor Summerlee. Si aún es capaz de superarse a sí mismo, de lo que francamente no estoy convencido, sin duda volverá a Londres siendo un hombre más sabio.

Y dicho esto se dio media vuelta, y un minuto después, desde la cubierta, pude ver su figura baja y rechoncha alejándose a trompicones mientras regresaba a su tren. Bueno, ya llevamos buen trecho de Canal a popa. Suena el último timbre para el correo, y es el adiós al práctico. Desde ahora seguiremos «por el horizonte, en pos de la vieja ruta». Que Dios bendiga a todos los que dejamos atrás y nos devuelva a salvo.

CAPÍTULO VII

«Mañana desaparecemos en lo desconocido»

No voy a aburrir a quienes lleguen a leer este relato con la descripción de nuestro lujoso viaje a bordo del trasatlántico de la compañía Booth, ni les referiré la semana que pasamos en Pará (salvo para expresar mi gratitud a la Compañía Pereira da Pinta por su generosa ayuda a la hora de reunir el equipo). Tampoco me extenderé más que brevemente sobre nuestra travesía fluvial río arriba, por una corriente ancha, perezosa y teñida de arcilla, a bordo de un vapor que era poco menor que el que nos había cruzado el Atlántico. Finalmente atravesamos los angosturas de Óbidos y llegamos a la ciudad de Manaos. Allí nos rescató de los escasos atractivos del mesón local el señor Shortman, representante de la British and Brazilian Trading Company. En su acogedora fazenda pasamos el tiempo hasta el día en que se nos autorizó a abrir la carta de instrucciones entregada por el profesor Challenger. Antes de llegar a los sorprendentes sucesos de aquella fecha, deseo trazar un retrato más nítido de mis compañeros en esta empresa, así como de los colaboradores que ya habíamos reunido en Sudamérica. Hablo con entera libertad y dejo a su propio criterio el uso que haga de este material, señor McArdle, pues es a través de sus manos por donde este informe ha de pasar antes de llegar al mundo.

Los méritos científicos del profesor Summerlee son demasiado conocidos para que me tome la molestia de enumerarlos. Está mejor pertrechado para una expedición ruda de esta índole de lo que a primera vista podría pensarse. Su figura alta, enjuta y fibrosa es

insensible a la fatiga, y sus maneras secas, semisarcásticas y a menudo del todo antipáticas no se ven afectadas por ningún cambio en el entorno. Aunque cuenta sesenta y seis años, jamás le he oído expresar el menor descontento ante las penalidades ocasionales que hemos tenido que afrontar. Yo había considerado su presencia un estorbo para la expedición, pero a decir verdad estoy ahora plenamente convencido de que su capacidad de resistencia es tan grande como la mía. Por temperamento es naturalmente agrio y escéptico. Desde el principio nunca ha ocultado su convicción de que el profesor Challenger es un fraude absoluto, de que todos embarcamos en una ridícula empresa descabellada y de que lo más probable es que en Sudamérica cosechemos nada más que decepciones y peligros, y la correspondiente irrisión en Inglaterra. Tales son las opiniones que, con vehemente crispación de sus facciones delgadas y agitación de su flaca barba de chivo, nos fue vertiendo en los oídos durante todo el trayecto desde Southampton hasta Manaos. Desde que desembarcamos del barco ha encontrado cierto consuelo en la belleza y variedad de los insectos y las aves que le rodean, pues su devoción por la ciencia es absolutamente incondicional. Pasa los días revoloteando por los bosques con su escopeta y su manga cazamariposas, y las veladas montando los numerosos ejemplares que ha recolectado. Entre sus pequeñas manías se cuentan la dejadez en el vestir, el poco cuidado en su persona, una distracción extrema y la afición a una pipa de brezo corta que raramente se aparta de su boca. En su juventud participó en varias expediciones científicas (estuvo con Robertson en Papúa), y la vida de campamento y en piragua no le resulta ninguna novedad.

Lord John Roxton tiene algunos rasgos en común con el profesor Summerlee, y otros en los que son el exacto reverso el uno del otro. Es veinte años más joven, pero posee algo de la misma complexión enjuta y escuálida. En cuanto a su aspecto físico, si no recuerdo mal ya lo describí en la parte de mi relato que dejé en Londres. Es de una pulcritud y compostura extremas, viste siempre con gran cuidado trajes de dril blanco y altas botas mosquiteras de cuero

marrón, y se afeita por lo menos una vez al día. Como la mayoría de los hombres de acción, es lacónico de palabra y fácilmente se sume en sus propios pensamientos, pero siempre responde una pregunta o se incorpora a una conversación con prontitud, hablando con un estilo peculiar, entrecortado y con media sonrisa. Su conocimiento del mundo, y muy en particular de Sudamérica, es asombroso, y su fe incondicional en las posibilidades de nuestro viaje no puede ser quebrada por las burlas del profesor Summerlee. Tiene la voz suave y los modales tranquilos, pero detrás de sus ojos azules chispeantes se esconde una capacidad de cólera furiosa y de determinación implacable, tanto más peligrosas por estar contenidas. Habló poco de sus propias hazañas en Brasil y Perú, pero fue una revelación para mí comprobar la emoción que su presencia despertaba entre los nativos ribereños, quienes le consideraban su campeón y protector. Las gestas del Jefe Rojo, como le llamaban, se habían convertido en leyendas entre ellos, aunque los hechos reales, en la medida en que pude conocerlos, eran ya de por sí extraordinarios.

Y era que lord John se había encontrado algunos años atrás en aquella tierra de nadie que forman las fronteras mal definidas entre el Perú, el Brasil y Colombia. En esa vasta región el árbol del caucho silvestre prospera y se ha convertido, como en el Congo, en una maldición para los nativos solo comparable a los trabajos forzados que sufrieron bajo los españoles en las viejas minas de plata de Darién. Un puñado de mestizos sin escrúpulos dominaba el país, armaba a los indios que les apoyaban y convertía en esclavos a los demás, aterrorizándolos con los tormentos más inhumanos para obligarlos a recoger el caucho, que luego se enviaba río abajo hasta Pará. Lord John Roxton protestó en nombre de las desdichadas víctimas y no recibió a cambio más que amenazas e insultos. Entonces declaró formalmente la guerra a Pedro López, el cabecilla de los negreros, reclutó una banda de esclavos fugitivos a su servicio, los armó y condujo una campaña que acabó matando con sus propias manos al famoso mestizo y destruyendo el sistema que este representaba.

No era de extrañar, pues, que el hombre de cabellos pelirrojos, voz sedosa y modales desenvueltos fuera contemplado ahora con profundo interés a orillas del gran río sudamericano, aunque los sentimientos que inspiraba eran naturalmente encontrados, pues la gratitud de los nativos se veía igualada por el resentimiento de quienes deseaban explotarlos. Un resultado útil de sus experiencias anteriores era que podía hablar con fluidez el *Língua Geral*, ese habla peculiar, un tercio portuguesa y dos tercios india, en uso por todo el Brasil.

Ya he dicho antes que lord John Roxton era un sudamericanómano. No podía hablar de aquel gran país sin ardor, y ese ardor era contagioso, pues, ignorante como era yo, lograba fijar mi atención y estimular mi curiosidad. ¡Cómo desearía poder reproducir el encanto de sus disertaciones, aquella mezcla peculiar de conocimiento preciso e imaginación vivaz que les confería su fascinación, hasta el punto de que incluso la sonrisa cínica y escéptica del profesor iba desvaneciéndose poco a poco de su rostro huesudo mientras escuchaba! Contaba la historia del poderoso río explorado con tanta rapidez (pues algunos de los primeros conquistadores del Perú cruzaron en realidad el continente entero por sus aguas), y sin embargo tan desconocido en cuanto a todo lo que se ocultaba detrás de sus orillas siempre cambiantes.

—¿Qué hay ahí? —exclamaba señalando al norte—. Bosques, pantanos y selva inexplorada. ¿Quién sabe lo que puede albergar? ¿Y allá al sur? Una inmensidad de selva encharcada donde ningún hombre blanco ha puesto jamás el pie. Lo desconocido nos acecha por todas partes. Fuera de los estrechos cauces de los ríos, ¿qué sabe nadie? ¿Quién puede decir qué es posible en semejante país? ¿Por qué no habría de tener razón el viejo Challenger? Ante tan directa provocación, la obstinada mueca de burla reaparecía en el rostro del profesor Summerlee, que se quedaba sentado sacudiendo sardónicamente la cabeza en hosco silencio, oculto tras la nube de su pipa de raíz de brezo.

Por el momento basta con lo dicho sobre mis dos compañeros blancos, cuyo carácter y limitaciones quedarán más al descubierto, al igual que los míos propios, a medida que avance este relato. Pero ya hemos incorporado ciertos servidores que pueden desempeñar un papel nada desdeñable en lo que está por venir. El primero es un negro gigantesco llamado Zambo, un Hércules de ébano, tan dispuesto como un caballo y poco más inteligente que él. Le enrolamos en Pará a recomendación de la compañía naviera, en cuyos barcos había aprendido a chapurrear el inglés.

También fue en Pará donde contratamos a Gomez y Manuel, dos mestizos de las aguas altas del río que acababan de bajar con un cargamento de palo de rosa. Eran tipos morenos, barbudos y de aspecto fiero, tan ágiles y nervudos como panteras. Ambos habían pasado la vida en esas aguas altas del Amazonas que nos disponíamos a explorar, y fue esta recomendación lo que llevó a lord John a contratarlos. Uno de ellos, Gomez, tenía la ventaja añadida de hablar un inglés excelente. Estos hombres estaban dispuestos a actuar como nuestros sirvientes personales, a cocinar, a remar o a hacerse útiles de cualquier manera por un salario de quince dólares mensuales. Además de ellos, habíamos contratado a tres indios mojo de Bolivia, los más hábiles de todas las tribus fluviales en la pesca y el manejo de embarcaciones. Al jefe de ellos le llamábamos Mojo, por su tribu, y los otros atendían por José y Fernando. Tres blancos, pues, dos mestizos, un negro y tres indios componían el personal de la pequeña expedición que aguardaba sus instrucciones en Manaos antes de partir en su singular empresa.

Por fin, al cabo de una semana interminable, llegó el día y la hora. Le pido que se imagine el salón sombreado de la Fazenda San Ignacio, a unos tres kilómetros tierra adentro desde la ciudad de Manaos. Fuera se extendía el resplandor amarillento y metálico del sol, con las sombras de las palmeras tan negras y nítidas como los propios árboles. El aire era quieto, pleno del zumbido eterno de los insectos, un coro tropical de muchas octavas, desde el grave rumor de la abeja hasta el agudo y penetrante pitido del mosquito. Más allá de la veranda había un pequeño jardín despejado, rodeado de setos

de cactus y adornado con macizos de arbustos en flor, en torno a los cuales revoloteaban y se lanzaban en destellos centelleantes las grandes mariposas azules y los diminutos colibríes. En el interior estábamos sentados alrededor de la mesa de mimbre, sobre la cual reposaba un sobre lacrado. En él, con la letra irregular del profesor Challenger, se leían las siguientes palabras:

«Instrucciones para lord John Roxton y su grupo. Ábrase en Manaos el 15 de julio, a las 12 en punto.»

Lord John había colocado su reloj sobre la mesa, a su lado.

—Nos quedan siete minutos —dijo—. El viejo querido es muy preciso.

El profesor Summerlee esbozó una sonrisa agria mientras cogía el sobre con su mano huesuda.

—¿Qué diferencia puede haber entre abrirlo ahora o dentro de siete minutos? —dijo—. Todo es parte del mismo sistema de charlatanería y disparates por el que, lamento decirlo, el remitente es bien conocido.

—Vamos, hemos de jugar conforme a las reglas —dijo lord John—. Esto es cosa del viejo Challenger y estamos aquí gracias a su buena voluntad, de modo que sería de muy mala educación no seguir sus instrucciones al pie de la letra.

—¡Vaya negocio en el que estamos metidos! —exclamó el profesor con amargura—. Ya me pareció disparatado en Londres, pero he de decir que de cerca lo parece aún más. No sé qué hay dentro de este sobre, pero a menos que contenga algo bastante concreto, me veré muy tentado de tomar el primer barco que baje el río y alcanzar el Bolivia en Pará. Al fin y al cabo, tengo en el mundo ocupaciones más serias que correr por ahí refutando las afirmaciones de un lunático. Vamos, Roxton, seguramente ya es hora.

—Ha llegado la hora —dijo lord John—. Puede usted dar la señal. Tomó el sobre y lo abrió con su cortaplumas. De él extrajo una hoja de papel doblada. La desplegó con cuidado y la alisó sobre la mesa.

Era una hoja en blanco. Le dio la vuelta. También estaba en blanco. Nos miramos los unos a los otros en un silencio desconcertado, que fue roto por una carcajada discordante y burlona del profesor Summerlee.

—Es una admisión en toda regla —exclamó—. ¿Qué más quieren? El individuo es un embaucador confeso. Solo tenemos que regresar a casa y denunciarle como el descarado impostor que es.

—¡Tinta invisible! —sugerí yo.

—¡No lo creo! —dijo lord Roxton, sosteniendo el papel a la luz—. No, joven amigo mío, de nada sirve engañarse. Le apuesto lo que quiera a que en este papel nunca se ha escrito nada.

—¿Se puede pasar? —retumbó una voz desde la veranda.

La sombra de una figura rechoncha había cruzado furtivamente el charco de luz solar. ¡Aquella voz! ¡Aquella monstruosa anchura de hombros! Nos pusimos en pie de un salto con una exclamación de asombro cuando Challenger —con un sombrero de paja redondo y juvenil adornado con una cinta de colores, Challenger con las manos en los bolsillos de la chaqueta y los pies de lona apuntando con afectada elegancia al caminar— apareció en el espacio abierto ante nosotros. Echó la cabeza hacia atrás, y allí se quedó en el resplandor dorado, con toda su antigua exuberancia asiria de barba, toda su insolencia innata de párpados caídos y ojos intolerantes.

—Me temo —dijo sacando su reloj— que llego unos minutos tarde. Cuando les entregué este sobre he de confesar que nunca tuve intención de que lo abrieran, pues mi firme propósito era estar con ustedes antes de la hora señalada. El lamentable retraso puede distribuirse a partes iguales entre un piloto torpe y un banco de arena importuno. Me temo que ha dado a mi colega, el profesor Summerlee, ocasión de proferir blasfemias.

—Debo decirle, señor —dijo lord John con cierta severidad en la voz—, que su aparición nos supone un alivio considerable, pues nuestra misión parecía haber llegado a un fin prematuro. Aun así, no

logro entender en absoluto por qué lo ha organizado de manera tan extraordinaria.

En lugar de responder, el profesor Challenger entró, estrechó la mano a lord John y a mí, saludó con una inclinación de pesada insolencia al profesor Summerlee y se dejó caer en una silla de mimbre, que crujió y se balanceó bajo su peso.

—¿Está todo listo para el viaje? —preguntó.

—Podemos partir mañana.

—Pues así será. Ya no necesitan ningún mapa con instrucciones, pues van a contar con la inapreciable ventaja de mi propia guía. Desde el principio había decidido presidir yo mismo la investigación de ustedes. Los mapas más elaborados serían, como reconocerán fácilmente, un pobre sustituto de mi propia inteligencia y consejo. En cuanto al pequeño ardid que les he gastado con el sobre, está claro que, de haberles revelado todas mis intenciones, me habría visto obligado a resistir la ingrata presión de que viajara con ustedes desde el principio.

—¡No de mi parte, señor! —exclamó el profesor Summerlee con viveza—. No mientras hubiera otro barco en el Atlántico.

Challenger le despachó con un gesto de su enorme mano peluda.

—Su sentido común les hará comprender, estoy seguro, la solidez de mis razones y reconocer que era mejor que yo dirigiera mis propios movimientos y apareciera únicamente en el momento exacto en que se necesitara mi presencia. Ese momento ha llegado. Están en buenas manos. A partir de ahora no dejarán de llegar a su destino. Desde este instante asumo el mando de la expedición y les ruego que esta noche completen sus preparativos para poder partir temprano por la mañana. Mi tiempo vale mucho, y lo mismo cabe decir, sin duda, aunque en menor medida, del de ustedes. Propongo, por tanto, que avancemos tan deprisa como sea posible hasta que yo les haya demostrado lo que han venido a ver.

Lord John Roxton había fletado una gran lancha de vapor, la Esmeralda, que debía llevarnos río arriba. En lo que al clima se refiere, la época de la expedición resultaba indiferente, ya que la temperatura oscila entre los 24 y los 32 grados centígrados tanto en verano como en invierno, sin diferencia apreciable de calor. La humedad, en cambio, es otra cuestión: de diciembre a mayo es la temporada de lluvias, durante la cual el río sube lentamente hasta alcanzar una altura de casi doce metros por encima de su nivel en estiaje. Inunda las orillas, se extiende en grandes lagunas sobre una monstruosa extensión de terreno y forma un enorme distrito llamado localmente el Gapo, que en su mayor parte es demasiado pantanoso para transitarlo a pie y demasiado somero para navegar en barca. Hacia junio las aguas empiezan a bajar, y alcanzan su nivel más bajo en octubre o noviembre. Así pues, nuestra expedición tuvo lugar en la época seca, cuando el gran río y sus afluentes estaban más o menos en condiciones normales.

La corriente del río es suave, con un desnivel no superior a veinte centímetros por milla. No podría existir cauce más propicio para la navegación, ya que el viento dominante es del sureste y los veleros pueden avanzar sin cesar hasta la frontera peruana para volver luego río abajo con la corriente. En nuestro caso, los excelentes motores de la Esmeralda ignoraban el perezoso fluir de la corriente y avanzábamos con tanta rapidez como si navegáramos en un lago en calma. Durante tres días navegamos hacia el noroeste por un río que incluso aquí, a mil seiscientos kilómetros de su desembocadura, era aún tan inmenso que desde su centro ambas orillas no eran más que sombras en el lejano horizonte. Al cuarto día de salir de Manaos nos internamos en un afluente que en su desembocadura era apenas menor que el río principal. Sin embargo, se fue estrechando rápidamente, y tras otros dos días de navegación llegamos a un poblado indio, donde el profesor insistió en que debíamos desembarcar y en que la Esmeralda debía regresar a Manaos. Pronto encontraríamos rápidos, explicó, que harían imposible su uso posterior. Añadió en privado que nos estábamos acercando a la puerta del país desconocido y que cuantas menos personas

tuviéramos en el secreto, mejor. Con este propósito, nos hizo dar a cada uno nuestra palabra de honor de que no publicaríamos ni diríamos nada que diera ninguna pista exacta sobre el paradero de nuestros viajes, mientras que a los sirvientes se les tomó juramento solemne en el mismo sentido. Por ello me veo obligado a ser vago en mi relato, y debo advertir a mis lectores que en cualquier mapa o diagrama que pueda ofrecer las relaciones entre los lugares pueden ser correctas, pero los puntos cardinales están deliberadamente confundidos, de modo que en ningún caso puede tomarse como guía real del país. Las razones del profesor Challenger para guardar el secreto pueden ser válidas o no, pero no tuvimos más remedio que aceptarlas, pues estaba dispuesto a abandonar toda la expedición antes que modificar las condiciones bajo las cuales nos guiaría.

Fue el 2 de agosto cuando cortamos nuestro último vínculo con el mundo exterior al despedirnos de la Esmeralda. Desde entonces han transcurrido cuatro días, durante los cuales hemos alquilado a los indios dos grandes piraguas, construidas con un material tan ligero (pieles sobre una armazón de bambú) que podremos cargarlas para sortear cualquier obstáculo. Las hemos cargado con todos nuestros enseres y hemos contratado a dos indios adicionales para que nos ayuden en la navegación. Tengo entendido que son precisamente los dos —Ataca e Ipetu por sus nombres— que acompañaron al profesor Challenger en su viaje anterior. Parecían aterrados ante la perspectiva de repetirlo, pero el cacique tiene poderes patriarcales en estas tierras, y si el trato le parece bien, el miembro de la tribu tiene poco que decir al respecto.

Así pues, mañana desaparecemos en lo desconocido. Este relato lo envío río abajo en piragua, y puede ser nuestra última palabra para quienes se interesen por nuestra suerte. Lo he dirigido, según lo convenido, a usted, querido señor McArdle, y dejo a su criterio suprimirlo, alterarlo o hacer con él lo que le parezca. Por la seguridad que emana del talante del profesor Challenger —y a pesar del escepticismo persistente del profesor Summerlee— no tengo ninguna duda de que nuestro líder cumplirá su promesa y de que

estamos realmente en vísperas de experiencias de lo más extraordinario.

CAPÍTULO VIII

Las avanzadas del nuevo mundo

Nuestros amigos en casa pueden alegrarse con nosotros, pues hemos llegado a nuestro destino y, hasta cierto punto al menos, hemos demostrado que la afirmación del profesor Challenger puede verificarse. No hemos ascendido la meseta, es cierto, pero la tenemos ante nosotros, e incluso el profesor Summerlee se muestra en un talante más contrito. No es que vaya a admitir ni por un instante que su rival pueda tener razón, pero ha menguado en su insistencia con las objeciones incesantes y se ha sumido en su mayor parte en un silencio observador. Debo, sin embargo, retroceder y continuar mi narración desde donde la dejé. Enviamos de vuelta a casa a uno de nuestros indios locales que ha sufrido una lesión, y le confío esta carta, con no pocas dudas en mi ánimo sobre si llegará alguna vez a sus manos.

Cuando escribí la última vez estábamos a punto de abandonar el poblado indio donde nos dejó la Esmeralda. Debo comenzar mi crónica con malas noticias, pues el primer incidente personal de gravedad (paso por alto las rencillas incesantes entre los profesores) tuvo lugar aquella misma tarde y pudo haber acabado de manera trágica. Ya hablé del mestizo que domina el inglés, Gomez: un trabajador eficiente y de buena disposición, aunque aquejado, a mi entender, del vicio de la curiosidad, tan habitual entre hombres de su condición. Al parecer, la última tarde se ocultó cerca de la choza en la que debatíamos nuestros planes y, al ser descubierto por nuestro enorme negro Zambo —tan fiel como un perro y poseedor

del odio que toda su raza profesa a los mestizos—, fue arrastrado hasta nuestra presencia. Sin embargo, Gomez sacó el cuchillo con un gesto rapidísimo, y de no haber sido por la descomunal fuerza de su captor, que logró desarmarlo con una sola mano, sin duda le habría acuchillado. El asunto acabó en reprimendas: se les obligó a darse la mano y hay motivos fundados para creer que todo irá bien. En cuanto a las disputas entre los dos hombres de ciencia, son continuas y amargas. Hay que reconocer que Challenger es provocador en grado sumo, pero Summerlee tiene una lengua ácida que no mejora las cosas. Anoche, Challenger dijo que nunca le había apetecido pasear por el Malecón del Támesis contemplando el río río arriba, pues siempre era triste ver el destino final que a uno le aguardaba. Está convencido, por supuesto, de que le espera la abadía de Westminster. Summerlee replicó, con una sonrisa agria, que según tenía entendido la cárcel de Millbank había sido demolida. La vanidad de Challenger es demasiado colosal para que nada le irrite de verdad. Se limitó a sonreír entre la barba y a repetir «¡Vaya, vaya!» con el tono compasivo que se usaría con un niño. En verdad, los dos son niños: el uno, reseco y pendenciero; el otro, imponente y despótico; pero cada uno con un cerebro que le ha situado en la primera línea de su época científica. Cerebro, carácter, alma... solo al acumular más experiencia vital comprende uno hasta qué punto son cosas distintas.

Al día siguiente iniciamos por fin aquella extraordinaria expedición. Comprobamos que todo nuestro equipaje cabía con facilidad en las dos canoas y dividimos el personal —seis en cada una—, tomando la precaución evidente, en aras de la paz, de situar a un profesor en cada embarcación. Yo, en particular, viajé con Challenger, que se hallaba de un humor beatífico, moviéndose como alguien sumido en un éxtasis silencioso e irradiando benevolencia por cada rasgo de su semblante. Sin embargo, ya le he visto en otros estados de ánimo, y estaré tanto menos sorprendido cuando los truenos irruman de repente en pleno sol. Si es imposible sentirse tranquilo en su compañía, es igualmente imposible aburrirse, pues uno vive en un

constante estado de incertidumbre trémula sobre el giro repentino que puede tomar su formidable temperamento.

Durante dos días remontamos un río de buen tamaño, de varios centenares de metros de anchura, oscuro en color pero transparente, de modo que generalmente podía verse el fondo. La mitad de los afluentes del Amazonas son de esta naturaleza, mientras que la otra mitad son blanquecinos y opacos, diferencia que depende del tipo de terreno por el que han discurrido. Los oscuros indican descomposición vegetal, mientras que los demás apuntan a suelos arcillosos. Dos veces topamos con rápidos y en ambos casos realizamos un portaje de poco menos de un kilómetro para evitarlos. Los bosques a ambas orillas eran vírgenes, más fáciles de penetrar que los de segunda generación, y no tuvimos gran dificultad en transportar nuestras canoas a través de ellos. ¿Cómo podré olvidar jamás su solemne misterio? La altura de los árboles y el grosor de sus troncos superaban todo cuanto yo, criado en la ciudad, hubiera podido imaginar: se elevaban en columnas magníficas hasta que, a una distancia enorme sobre nuestras cabezas, lográbamos distinguir vagamente el punto donde desplegaban sus ramas laterales en curvas góticas ascendentes que se fundían para formar un único y compacto techo de verdor, a través del cual únicamente algún rayo dorado de sol se lanzaba hacia abajo dibujando una tenue línea deslumbrante de luz en medio de la majestuosa oscuridad. Al caminar sin ruido sobre la espesa y suave alfombra de vegetación en descomposición, nos embargó ese recogimiento que se apodera del alma en el crepúsculo de la abadía, y hasta las resonantes notas de pecho del profesor Challenger se redujeron a un susurro. Solo, yo habría ignorado los nombres de aquellos gigantes vegetales, pero nuestros hombres de ciencia señalaban los cedros, las grandes ceibas y los árboles de madera roja, junto con toda esa profusión de plantas diversas que ha convertido este continente en el principal proveedor de la humanidad de cuantos dones de la naturaleza dependen del mundo vegetal, aunque sea el más atrasado en los productos que provienen de la vida animal. Orquídeas de vivos colores y líquenes

maravillosamente matizados ardían tenuemente sobre los oscuros troncos y, allí donde un rayo de luz errante caía de lleno sobre la dorada alamanda, los racimos estrellados de color escarlata de la tacsonia o el rico azul profundo de la ipomea, el efecto era como un sueño de tierra de hadas. En esas grandes soledades del bosque, la vida, que aborrece la oscuridad, pugna sin cesar hacia la luz. Cada planta, incluso las más pequeñas, se curva y se retuerce hacia la superficie verde, enroscándose en ese empeño alrededor de sus hermanas más robustas y altas. Las lianas son monstruosas y exuberantes, pero otras plantas que en ningún otro lugar han aprendido a trepar aprenden aquí el arte como vía de escape de esa sombra sombría, de modo que la ortiga común, el jazmín e incluso la palmera jacitara pueden verse rodeando los troncos de los cedros y esforzándose por alcanzar sus copas. De vida animal no había movimiento alguno en las majestuosas naves abovedadas que se extendían a nuestro paso, pero un movimiento constante muy por encima de nuestras cabezas daba cuenta de ese mundo multitudinario de serpientes y monos, pájaros y perezosos, que vivían al sol y miraban con asombro nuestras pequeñas y oscuras figuras tambaleantes en las profundidades insondables que yacían inmensamente por debajo de ellos. Al amanecer y al anochecer los monos aulladores gritaban al unísono y los periquitos rompían en un estridente parloteo, pero durante las horas más calurosas del día solo el zumbido continuo de los insectos, como el batir de un oleaje lejano, llenaba el oído, mientras nada se movía en las solemnes perspectivas de troncos colosales que se disolvían en la oscuridad que nos envolvía. En una ocasión, alguna criatura de patas arqueadas y andar bamboleante —un oso hormiguero o un oso— se escabulló torpemente entre las sombras. Fue el único signo de vida terrestre que vi en ese gran bosque amazónico.

Y sin embargo había indicios de que incluso la vida humana no estaba lejos de nosotros en aquellos misteriosos confines. Al tercer día de marcha advertimos una singular vibración profunda en el aire, rítmica y solemne, que aparecía y desaparecía intermitentemente a lo largo de la mañana. Las dos embarcaciones remaban a pocos

metros la una de la otra cuando lo oímos por primera vez, y nuestros indios permanecieron inmóviles, como si los hubieran convertido en bronce, escuchando con atención y con expresiones de terror en los rostros.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Tambores —dijo lord John con despreocupación—; tambores de guerra. Ya los he oído antes.

—Sí, señor, tambores de guerra —dijo Gomez, el mestizo—. Indios salvajes, bravos, no mansos; nos vigilan a cada kilómetro del camino; nos matarían si pudieran.

—¿Cómo pueden vigilarnos? —pregunté, escudriñando el vacío oscuro e inmóvil.

El mestizo se encogió de sus anchos hombros.

—Los indios lo saben. Tienen sus propias maneras. Nos vigilan. Se hablan entre sí con el lenguaje del tambor. Nos matarían si pudieran.

Para la tarde de aquel día —mi diario de bolsillo me indica que era martes, 18 de agosto—, al menos seis o siete tambores repicaban desde distintos puntos. A veces golpeaban rápido, a veces despacio, a veces en un diálogo evidente de pregunta y respuesta: uno, muy al este, irrumpía en un staccato agudo y entrecortado y, tras una pausa, era respondido por un redoble grave procedente del norte. Había algo indescriptiblemente desquiciante y amenazador en ese murmullo constante, que parecía perfilarse hasta tomar las mismas sílabas del mestizo, repetidas sin fin: «Os mataremos si podemos. Os mataremos si podemos.» Nadie se movía nunca en los silenciosos bosques. Toda la paz y el sosiego de la naturaleza serena residían en esa oscura cortina de vegetación, pero desde más allá llegaba sin cesar el único mensaje de nuestros semejantes. «Os mataremos si podemos», decían los hombres del este. «Os mataremos si podemos», decían los hombres del norte.

Todo el día los tambores resonaron y susurraron, mientras su amenaza se reflejaba en los rostros de nuestros acompañantes de

color. Incluso el mestizo, rudo y fanfarrón, parecía acobardado. Sin embargo, ese día aprendí de una vez por todas que tanto Summerlee como Challenger poseían el más elevado tipo de valentía: la valentía de la mente científica. El suyo era el espíritu que sostuvo a Darwin entre los gauchos de la Argentina o a Wallace entre los cazadores de cabezas de Malasia. La misericordiosa naturaleza ha decretado que el cerebro humano no puede pensar en dos cosas a la vez, de modo que, si está impregnado de curiosidad científica, no deja lugar para consideraciones meramente personales. Todo el día, en medio de esa amenaza incesante y misteriosa, nuestros dos profesores observaban cada pájaro en vuelo y cada arbusto en la ribera, entre agrias disputas verbales en las que el mordaz gruñido de Summerlee seguía de cerca al profundo rugido de Challenger, pero sin el menor sentido del peligro ni la menor alusión a los indios que golpeaban los tambores, como si estuvieran sentados juntos en el salón de fumadores del Club de la Royal Society en St. James's Street. Solo una vez se dignaron hablar de ellos.

—Caníbales miranhas o amajuacas —dijo Challenger, señalando con el pulgar hacia el bosque que resonaba.

—Sin duda, señor —respondió Summerlee—. Como todas esas tribus, espero encontrarlos con un habla polisintética y de tipo mongólico.

—Polisintética, desde luego —dijo Challenger con indulgencia—. No tengo conocimiento de que exista otro tipo de lengua en este continente, y tengo notas de más de cien. La teoría mongólica la contemplo con profunda suspicacia.

—Habría pensado que incluso un conocimiento limitado de la anatomía comparada habría bastado para verificarla —dijo Summerlee con acritud.

Challenger adelantó su agresivo mentón hasta no ser más que barba y ala de sombrero. —Sin duda, señor, un conocimiento limitado tendría ese efecto. Cuando el conocimiento de uno es

exhaustivo, se llega a otras conclusiones. —Se miraron el uno al otro con desafío mutuo mientras a su alrededor se alzaba el susurro lejano: «Os mataremos... os mataremos si podemos.»

Aquella noche amarramos las canoas con grandes piedras a modo de anclas en el centro del río y tomamos todas las precauciones ante un posible ataque. No ocurrió nada, sin embargo, y al amanecer proseguimos nuestro camino con el redoble de los tambores desvaneciéndose a nuestras espaldas. Hacia las tres de la tarde llegamos a unos rápidos muy escarpados, de más de kilómetro y medio de longitud: exactamente aquellos en los que el profesor Challenger había sufrido un percance en su primer viaje. Confieso que verlos me tranquilizó, pues era, en realidad, la primera corroboración directa, por leve que fuese, de la veracidad de su historia. Los indios transportaron primero las canoas y luego los víveres a través de la maleza, que es muy espesa en ese punto, mientras los cuatro blancos caminábamos entre ellos y cualquier peligro que pudiera venir del bosque, con los rifles al hombro. Antes del anochecer habíamos superado con éxito los rápidos y avanzado unos dieciséis kilómetros más allá, donde echamos el ancla para pasar la noche. En ese punto calculé que habíamos remontado no menos de ciento sesenta kilómetros el afluente desde el río principal.

Fue en la mañana temprana del día siguiente cuando llevamos a cabo la gran partida. Desde el alba, el profesor Challenger había estado visiblemente inquieto, escrutando sin cesar cada una de las orillas del río. De repente, lanzó una exclamación de satisfacción y señaló un árbol solitario que se proyectaba en un ángulo peculiar sobre el cauce.

—¿Qué le parece eso? —preguntó.

—Es sin duda una palmera assai —dijo Summerlee.

—Exactamente. Fue una palmera assai la que tomé como punto de referencia. La apertura secreta está a unos ochocientos metros más adelante, en la otra orilla del río. No hay ruptura alguna en los árboles. Ahí radican su maravilla y su misterio. Allí donde ven juncos

de un verde claro en lugar de maleza de un verde oscuro, allí, entre las grandes ceibas, está mi puerta privada hacia lo desconocido. Ábranla paso y lo comprenderán.

Era verdaderamente un lugar maravilloso. Habiendo alcanzado el punto señalado por una hilera de juncos de un verde claro, empujamos las dos canoas con pértigas a través de ellos durante varios centenares de metros y al fin emergimos a un arroyo plácido y poco profundo que discurría claro y transparente sobre un lecho de arena. Medía acaso unos dieciocho metros de anchura y estaba bordeado a ambos lados por la más exuberante vegetación. Nadie que no hubiera observado que durante un trecho corto los juncos habían sustituido a los arbustos habría podido adivinar la existencia de semejante arroyo ni soñar con la tierra de hadas que se extendía más allá.

Porque tierra de hadas era, en efecto: la más maravillosa que la imaginación humana pudiera concebir. La densa vegetación se encontraba por encima de nuestras cabezas, entrelazándose en una pérgola natural, y a través de ese túnel de verdor, en un crepúsculo dorado, fluía el río verde y diáfano, bello en sí mismo pero portentoso por los extraños matices que arrojaba sobre él la vivísima luz de arriba, filtrada y tamizada en su caída. Claro como el cristal, inmóvil como una lámina de vidrio, verde como el canto de un iceberg, se extendía ante nosotros bajo su arco de follaje, y cada palada de nuestros remos enviaba mil ondas a través de su reluciente superficie. Era un camino digno de una tierra de maravillas. Todo indicio de los indios había desaparecido, pero la vida animal era más abundante, y la mansedumbre de las criaturas revelaba que no conocían al cazador. Unos monitos rechonchos, de pelaje negro aterciopelado, con los dientes blancos como la nieve y los ojos brillantes y burlones, nos chillaban al pasar. De tanto en tanto, un caimán se hundía en el agua con un chapuzón sordo y pesado. Una vez un tapir oscuro y torpe nos miró fijamente desde una abertura entre los arbustos y luego se perdió dando tumbos por el bosque; otra vez también, la forma amarilla y sinuosa de un gran puma brilló un instante entre la maleza y sus ojos verdes y siniestros

nos fulminaron con odio por encima de su peludo hombro leonado. La vida aviaria era abundante, en especial las aves vadeas: cigüeñas, garzas e ibis que se congregaban en pequeños grupos, azules, escarlata y blancos, sobre cada tronco que sobresalía de la orilla, mientras que bajo nosotros el agua cristalina hervía de peces de todas las formas y colores.

Durante tres días remontamos ese túnel de verde sol neblioso. En los tramos más largos, mirando hacia adelante, apenas se podía distinguir dónde terminaba el agua verde en la lejanía y dónde comenzaba el arco verde en la distancia. La paz profunda de ese extraño curso de agua no era turbada por ningún signo humano.

—Aquí no hay indios. Demasiado miedo. Curupuri —dijo Gomez.

—Curupuri es el espíritu del bosque —explicó lord John—. Es el nombre que dan a cualquier tipo de demonio. Los pobres desgraciados creen que hay algo aterrador en esta dirección y por eso la evitan.

Al tercer día resultó evidente que nuestro viaje en canoa no podría durar mucho más, pues el arroyo se tornaba rápidamente más somero. En dos ocasiones, en otras tantas horas, encallamos en el fondo. Por fin, sacamos las embarcaciones hasta la maleza y pasamos la noche en la orilla del río. A la mañana siguiente, lord John y yo nos adentramos unos tres kilómetros en el bosque, manteniéndonos paralelos al arroyo; pero como seguía encogiéndose cada vez más, regresamos e informamos de lo que el profesor Challenger ya sospechaba: que habíamos llegado al punto más alto hasta el que podían llevarse las canoas. Las sacamos, pues, a tierra y las ocultamos entre los arbustos, marcando un árbol con nuestras hachas para volver a encontrarlas. A continuación distribuimos las distintas cargas entre nosotros —armas, munición, víveres, una tienda, mantas y todo lo demás— y, cargando los fardos a los hombros, nos pusimos en marcha en la etapa más ardua de nuestro viaje.

Una desafortunada disputa entre nuestros pimenteros marcó el inicio de la nueva etapa. Desde el momento de incorporarse a nosotros, Challenger había impartido órdenes a todo el grupo, para evidente descontento de Summerlee. Ahora, al asignarle a su colega profesor alguna tarea (se trataba únicamente de transportar un barómetro aneroide), el asunto llegó de repente a un punto de ebullición.

—¿Me permite preguntarle, señor —dijo Summerlee con una calma venenosa—, en qué calidad se toma usted la libertad de impartir estas órdenes?

Challenger le fulminó con la mirada y se erizó.

—Lo hago, profesor Summerlee, como jefe de esta expedición.

—Me veo obligado a decirle, señor, que no le reconozco en esa calidad.

—¡Vaya! —Challenger hizo una reverencia de torpe sarcasmo—. Quizá definiría usted cuál es exactamente mi posición.

—Sí, señor. Es usted un hombre cuya veracidad está en entredicho, y este comité ha sido enviado a ponerla a prueba. Camina usted, señor, junto a sus jueces.

—¡Válgame Dios! —dijo Challenger, sentándose en el borde de una de las canoas—. En ese caso, ustedes seguirán su camino, por supuesto, y yo les seguiré a mi ritmo. Si no soy el jefe, no pueden esperar que les dirija.

Gracias al cielo que había dos hombres sensatos —lord John Roxton y yo mismo— para impedir que el malhumor y la necedad de nuestros ilustres profesores nos enviaran de vuelta a Londres con las manos vacías. ¡Cuánto argüir y suplicar y explicar antes de conseguir aplacarlos! Al fin, Summerlee, con su mueca burlona y su pipa, echaba a andar, y Challenger le seguía rodando y refunfuñando. Por algún feliz azar descubrimos por entonces que los dos sabios tenían la peor opinión imaginable del doctor Illingworth de Edimburgo. A partir de ese momento fue nuestra única tabla de salvación, y cada

situación tensa se disipaba al mencionar el nombre del zoólogo escocés, pues ambos profesores formaban entonces una alianza y amistad momentánea en su desdén y vituperio hacia ese rival común.

Avanzando en fila india por la orilla del arroyo, pronto descubrimos que se estrechaba hasta convertirse en un simple riachuelo y, finalmente, que se perdía en un gran pantano verde de musgos esponjosos en los que nos hundíamos hasta las rodillas. El lugar estaba terriblemente infestado de nubes de mosquitos y toda suerte de alimañas voladoras, de modo que nos alegramos de volver a pisar terreno firme y de trazar un rodeo entre los árboles que nos permitió flanquear ese pestilente pantano, el cual zumbaba como un órgano a lo lejos, según lo ruidoso que era de vida insectil.

Al segundo día de haber abandonado las canoas comprobamos que todo el carácter del terreno había cambiado. Nuestro camino era persistentemente ascendente y, conforme subíamos, los bosques se iban aclarando y perdiendo su exuberancia tropical. Los árboles gigantescos de la llanura aluvial amazónica cedían paso a las palmeras fénix y cocoteras, que crecían en grupos dispersos con espesa maleza entre ellas. En los valles más húmedos, las palmeras mauritia desplegaban sus graciosas frondas colgantes. Viajábamos guiándonos enteramente por la brújula, y una o dos veces hubo divergencias de opinión entre Challenger y los dos indios, momento en que, por citar las indignadas palabras del profesor, el grupo entero acordó «fiarse de los instintos falaces de salvajes no desarrollados en lugar del más alto producto de la cultura europea moderna». Que estábamos justificados al hacerlo lo demostró el tercer día, cuando Challenger admitió que reconocía varios puntos de referencia de su viaje anterior y en un lugar llegamos incluso a encontrar cuatro piedras ennegrecidas por el fuego que debieron de marcar un campamento.

El camino seguía ascendiendo, y cruzamos una ladera sembrada de rocas que nos llevó dos días recorrer. La vegetación había cambiado de nuevo, y solo quedaba el árbol de marfil vegetal, con

una profusión extraordinaria de orquídeas maravillosas, entre las que aprendí a reconocer la rara *Nuttonia Vexillaria* y los esplendorosos capullos rosados y escarlata de la *Cattleya* y el *odontoglossum*. Arroyos ocasionales de fondo pedregoso y orillas orladas de helechos gorjeaban ladera abajo por las poco profundas gargantas de la colina, y cada atardecer nos ofrecían buenas zonas de acampada junto a pozas sembradas de rocas donde enjambres de pececillos de lomo azul, del tamaño y la forma de las truchas inglesas, nos proporcionaban una deliciosa cena.

Al noveno día desde que abandonamos las canoas, habiendo recorrido, según mis cálculos, unos ciento noventa kilómetros, comenzamos a emerger de los árboles, que habían ido haciéndose cada vez más pequeños hasta convertirse en simples arbustos. Su lugar lo ocupaba un inmenso cañaveral que crecía tan espeso que solo podíamos avanzar cortando un sendero con los machetes y las podaderas de los indios. Nos llevó una larga jornada, de siete de la mañana a ocho de la noche, con solo dos descansos de una hora cada uno, atravesar aquel obstáculo. No cabía imaginar nada más monótono ni agotador: incluso en los parajes más despejados, no alcanzaba a ver más de unos diez metros, mientras que por lo general mi campo visual quedaba limitado a la chaqueta de algodón de lord John ante mí y a la pared amarilla que se ceñía a treinta centímetros a cada lado. Por arriba llegaba un finísimo filo de luz solar, y a unos cuatro metros y medio sobre nuestras cabezas se veían las cimas de las cañas mecerse contra el azul profundo del cielo. Ignoro qué clase de criaturas habitan semejante espesura, pero en varias ocasiones oímos el chapoteo de animales grandes y pesados muy cerca de nosotros. Por sus ruidos, lord John los juzgó alguna variedad de ganado salvaje. Justo al caer la noche salimos del cinturón de bambúes y formamos campamento de inmediato, rendidos por aquella jornada interminable.

A primera hora de la mañana siguiente reanudamos la marcha y comprobamos que el paisaje había vuelto a cambiar. A nuestras espaldas se alzaba el muro de bambú, tan nítido como si marcara el curso de un río. Ante nosotros se abría una llanura despejada que

ascendía suavemente y estaba salpicada de grupos de helechos arborescentes; toda ella se curvaba hasta terminar en una larga cresta en forma de lomo de ballena. La alcanzamos hacia el mediodía, solo para encontrar al otro lado un valle poco profundo que volvía a elevarse en una suave pendiente que conducía a un horizonte bajo y redondeado. Fue aquí, mientras cruzábamos la primera de estas colinas, cuando se produjo un incidente que puede ser importante o no serlo.

El profesor Challenger, que junto con los dos indios locales iba en vanguardia de la expedición, se detuvo de repente y señaló con viva agitación hacia la derecha. Al hacerlo vimos, a poco más de kilómetro y medio de distancia, algo que parecía un enorme pájaro gris alzarse pesadamente del suelo y planear con suavidad alejándose, volando muy bajo y en línea recta, hasta perderse entre los helechos arborescentes.

—¿Lo han visto? —exclamó Challenger, exultante—. Summerlee, ¿lo ha visto usted?

Su colega contemplaba fijamente el lugar donde la criatura había desaparecido.

—¿Qué afirma usted que era? —preguntó.

—A mi leal saber y entender, un pterodáctilo.

Summerlee estalló en una carcajada burlona. —¡Ptero-pamplinas! —dijo—. Era una cigüeña, como hay Dios.

Challenger estaba demasiado furioso para hablar. Simplemente se echó la mochila a la espalda y prosiguió la marcha. Lord John se puso a mi altura, sin embargo, y su semblante era más serio de lo que solía. Llevaba en la mano sus prismáticos Zeiss.

—Lo enfoqué antes de que pasara por encima de los árboles —dijo—. No me atrevo a afirmar qué era, pero me juego mi reputación de cazador a que no era ningún pájaro que yo hubiera visto jamás en mi vida.

Así están las cosas. ¿Nos hallamos de verdad en el umbral de lo desconocido, topándonos con las avanzadas de ese mundo perdido del que habla nuestro jefe? Les refiero el incidente tal como ocurrió, y ustedes sabrán tanto como yo. Se queda solo, pues no vimos nada más que pudiera considerarse extraordinario.

Y ahora, lectores míos, si es que algún día los tengo, os he llevado por el ancho río, a través de la cortina de juncos, por el túnel verde, por la larga pendiente de palmeras, por la espesura de bambú y a través de la llanura de helechos arborescentes. Por fin nuestra meta se hallaba plenamente a la vista. Cuando cruzamos la segunda cresta vimos ante nosotros una llanura irregular salpicada de palmeras, y luego la línea de altos riscos rojos que he visto en el cuadro. Ahí está, incluso mientras escribo, y no puede haber duda de que es el mismo. En el punto más cercano se halla a unos once kilómetros de nuestro campamento actual, y se curva alejándose hasta donde alcanza la vista. Challenger se pavonea como un pavo real de concurso, y Summerlee guarda silencio, aunque sigue siendo escéptico. Otro día debería despejar algunas de nuestras dudas. Mientras tanto, como José, cuyo brazo fue atravesado por un trozo de bambú roto, insiste en regresar, le confío esta carta a su cuidado y solo espero que llegue finalmente a su destino. Volveré a escribir cuando se presente la ocasión. Adjunto a esta carta un esbozo aproximado de nuestra ruta, que quizá contribuya a hacer la narración algo más comprensible.

CAPÍTULO IX

¿Quién podría haberlo previsto?

Algo espantoso nos ha sucedido. ¿Quién podría haberlo previsto? No veo fin alguno a nuestras desgracias. Puede que estemos condenados a pasar el resto de nuestras vidas en este lugar extraño e inaccesible. Aún estoy tan aturdido que apenas puedo pensar con claridad sobre los hechos del presente o sobre las posibilidades del futuro. A mis sentidos atónitos, los primeros se me antojan terribles en extremo, y las segundas, negras como la noche.

Ningún hombre se ha visto jamás en peor situación; tampoco tiene sentido revelarte nuestra posición geográfica exacta ni pedirles a nuestros amigos que envíen una expedición de socorro. Aunque pudieran mandarla, nuestro destino estará decidido, con toda probabilidad humana, mucho antes de que llegase a Sudamérica.

Estamos, en verdad, tan lejos de cualquier socorro humano como si nos hallásemos en la Luna. Si hemos de salir adelante, solo nuestras propias cualidades podrán salvarnos. Tengo por compañeros a tres hombres notables, dotados de una inteligencia privilegiada y de un valor inquebrantable. En eso reside nuestra única esperanza. Únicamente cuando contemplo los rostros serenos de mis camaradas atisbo algún destello en la oscuridad. Hacia fuera, confío en parecer tan impasible como ellos. Por dentro, estoy invadido de aprensión.

Déjame relatarte, con cuantos detalles pueda, la sucesión de hechos que nos ha llevado a esta catástrofe.

Cuando terminé mi última carta, indiqué que nos hallábamos a unos once kilómetros de una enorme línea de riscos rojizos que rodeaban, sin lugar a dudas, la meseta de la que había hablado el profesor Challenger. Su altura, según nos íbamos acercando, me pareció en algunos puntos mayor de lo que él había indicado —llegando en ciertos tramos a más de trescientos metros—, y presentaban una curiosa estratificación, de la clase que creo característica de los afloramientos basálticos. Algo similar puede verse en Salisbury Crag, en Edimburgo. La cima mostraba todos los indicios de una vegetación exuberante, con arbustos cerca del borde y, más atrás, numerosos árboles altos. No pudimos distinguir ningún signo de vida.

Aquella noche acampamos justo al pie del risco —un lugar sumamente agreste y desolado—. Los peñascos que teníamos sobre nuestras cabezas no eran meramente verticales, sino que se curvaban hacia fuera en la parte superior, de modo que el ascenso era imposible. Cerca de nosotros se erguía el alto y esbelto torreón de roca que creo haber mencionado al principio de este relato. Se asemeja a un ancho chapitel de iglesia de color rojizo, cuya cúspide queda al nivel de la meseta, aunque media entre ambos una enorme sima. En su cima crecía un árbol solitario y alto. Tanto el torreón como el risco eran comparativamente bajos —ciento cincuenta o ciento ochenta metros, calculo.

—En ese árbol —dijo el profesor Challenger, señalándolo—, estaba posado el pterodáctilo. Trepé hasta la mitad del risco antes de abatirlo. Me inclino a pensar que un buen alpinista como yo podría ascender la roca hasta la cima, aunque, naturalmente, no estaría más cerca de la meseta cuando lo hubiera conseguido.

Mientras Challenger hablaba de su pterodáctilo, lancé una mirada al profesor Summerlee y, por primera vez, creí percibir en él ciertos indicios de una credulidad y contricción incipientes. No había sarcasmo alguno en sus labios finos, sino, al contrario, una expresión pálida y tensa de excitación y asombro. Challenger lo vio también, y se deleitó en el primer sabor de la victoria.

—Naturalmente —dijo él, con su torpe y pesado sarcasmo—, el profesor Summerlee comprenderá que cuando hablo de un pterodáctilo me refiero a una cigüeña... solo que del tipo que no tiene plumas, sino piel correosa, alas membranosas y dientes en las mandíbulas. —Se le dibujó una mueca en el rostro, parpadeó e hizo una reverencia hasta que su colega se dio la vuelta y se alejó.

A la mañana siguiente, tras un frugal desayuno de café y mandioca —debíamos ser económicos con nuestras provisiones—, celebramos un consejo de guerra sobre el mejor modo de ascender hasta la meseta que teníamos encima.

Challenger presidió con una solemnidad digna del Presidente del Tribunal Supremo en su estrado. Imagínatelo sentado sobre una roca, el absurdo sombrero de paja de muchacho ladeado en la nuca, sus ojos altivos dominándonos desde bajo sus párpados caídos, su gran barba negra bamboleándose mientras definía pausadamente nuestra situación presente y nuestros movimientos futuros.

Bajo él habrías podido ver a los tres: yo mismo, tostado por el sol, joven y vigoroso tras la marcha al aire libre; Summerlee, solemne aunque todavía crítico, tras su eterna pipa; lord John, afilado como el filo de una navaja, con su figura ágil y alerta apoyada en el rifle, y sus ojos vivos fijos con ansiedad en el orador. Detrás de nosotros se agrupaban los dos mestizos de tez morena y el pequeño grupo de indios, mientras que ante nosotros y sobre nuestras cabezas se alzaban aquellas enormes costillas rojizas de roca que nos separaban de nuestro objetivo.

—No hace falta decir —comenzó nuestro líder— que en mi última visita agosté todos los medios posibles para escalar el risco, y donde yo fracasé no creo que nadie más pueda tener éxito, pues soy un alpinista consumado. No llevaba conmigo los aparejos de un escalador de roca, pero he tenido la precaución de traerlos ahora. Con su ayuda, estoy seguro de poder ascender ese torreón aislado hasta la cima; pero mientras el risco principal esté en voladizo, es inútil intentar escalarlo. En mi última visita me apremiaba la proximidad de la estación de lluvias y el agotamiento de mis

provisiones. Estas circunstancias limitaron mi tiempo, y solo puedo afirmar que exploré unos diez kilómetros del risco al este de nuestra posición, sin encontrar ningún modo posible de subir. ¿Qué debemos hacer, pues, ahora?

—Parece que solo hay un camino razonable —dijo el profesor Summerlee—. Si usted ha explorado el este, deberíamos avanzar a lo largo de la base del risco hacia el oeste y buscar un punto practicable para nuestro ascenso.

—Exacto —dijo lord John—. Lo más probable es que esta meseta no sea de gran tamaño, y podremos rodearla hasta encontrar un acceso fácil o hasta regresar al punto de partida.

—Ya le he explicado a nuestro joven amigo aquí presente —dijo Challenger (tiene la costumbre de aludirme como si fuera un escolar de diez años)— que es del todo imposible que exista un acceso fácil en ningún punto, por la sencilla razón de que si lo hubiera, la cima no estaría aislada, y no se darían las condiciones que han producido una interferencia tan singular con las leyes generales de la supervivencia. Sin embargo, reconozco que bien puede haber lugares donde un escalador humano experto alcance la cima y, sin embargo, un animal torpe y pesado sea incapaz de descender. Lo cierto es que debe de haber un punto por donde sea posible el ascenso.

—¿Cómo lo sabe usted, señor? —preguntó Summerlee con brusquedad.

—Porque mi predecesor, el americano Maple White, realizó precisamente tal ascenso. ¿Cómo, si no, habría podido ver el monstruo que dibujó en su cuaderno de bocetos?

—Ahí razona usted algo por delante de los hechos probados —dijo el obstinado Summerlee—. Admito su meseta, porque la he visto; pero todavía no me he convencido de que contenga ninguna forma de vida.

—Lo que usted admite o no admite, señor, es de una importancia inconcebiblemente escasa. Me alegra comprobar que la meseta

misma ha conseguido, en fin, imponerse a su inteligencia. —La miró un instante y luego, para nuestro asombro, saltó de la roca y, agarrando a Summerlee por el cuello, le inclinó la cara hacia arriba. —¡Ahora, señor! —gritó, ronco de emoción—. ¿Le ayudo a comprender que la meseta alberga alguna forma de vida animal?

He dicho que un espeso ribete de vegetación colgaba sobre el borde del risco. De entre este surgió un objeto negro y reluciente. Conforme avanzaba lentamente hasta sobresalir sobre la sima, vimos que se trataba de una serpiente muy grande, de cabeza plana y en forma de pala. Osciló y se estremeció sobre nuestras cabezas durante un momento, con el sol matutino brillando sobre sus lustrosas y sinuosas espiras. Luego se retiró lentamente y desapareció.

Summerlee había estado tan absorto que se había dejado hacer mientras Challenger le inclinaba la cara hacia arriba. Ahora se sacudió a su colega de encima y recobró su dignidad.

—Le agradecería, profesor Challenger —dijo él—, que tuviese a bien hacerme cualquier observación que se le ocurra sin agarrarme por la barbilla. Ni siquiera la aparición de una pitón rupestre del todo corriente parece justificar semejante libertad.

—Pero en la meseta hay vida, a pesar de todo —respondió su colega en tono triunfante—. Y ahora que he demostrado esta importante conclusión de modo que resulte evidente para cualquiera, por prejuicioso u obtuso que sea, soy de la opinión de que lo mejor que podemos hacer es levantar el campamento y avanzar hacia el oeste hasta encontrar algún modo de ascender.

El terreno al pie del risco era rocoso y accidentado, de modo que el avance era lento y penoso. De repente, sin embargo, dimos con algo que nos alegró el ánimo. Era el emplazamiento de un viejo campamento, con varias latas de carne vacías de Chicago, una botella etiquetada como «Brandy», un abridor de latas roto y gran cantidad de otros restos de viajero. Un periódico arrugado y

deshecho resultó ser el *Chicago Democrat*, aunque la fecha había quedado borrada.

—No es mío —dijo Challenger—. Debe de ser de Maple White.

Lord John había estado mirando con curiosidad un gran helecho arbóreo que daba sombra al campamento. —Oigan, miren esto —dijo—. Creo que está pensado como señal.

Una tablilla de madera dura había sido clavada al árbol de modo que señalaba hacia el oeste.

—Sin duda alguna es una señal —dijo Challenger—. ¿Qué otra cosa podría ser? Al verse embarcado en una empresa peligrosa, nuestro pionero dejó esta marca para que cualquier expedición que le siguiese supiera el camino que tomó. Quizás encontremos otras indicaciones a medida que avancemos.

Así fue, en efecto, pero eran de una naturaleza terrible y del todo inesperada. Justo al pie del risco crecía un extenso manchón de bambú alto, semejante al que habíamos atravesado durante nuestra marcha. Muchos de estos tallos medían seis metros de altura y tenían las puntas afiladas y resistentes, de modo que incluso tal como estaban constituían formidables lanzas. Pasábamos a lo largo del borde de este matorral cuando llamó mi atención el destello de algo blanco en su interior. Al meter la cabeza entre los tallos, me encontré mirando fijamente una calavera descarnada. El esqueleto completo estaba allí, pero el cráneo se había desprendido y yacía a escasos palmos más hacia el exterior.

Con unos pocos golpes de los machetes de nuestros indios, despejamos el lugar y pudimos estudiar los detalles de aquella antigua tragedia. Solo podían distinguirse unos cuantos jirones de ropa, pero en los pies huesudos quedaban los restos de unas botas, y era bien evidente que el muerto era un europeo. Entre los huesos yacían un reloj de oro de Hudson, de Nueva York, y una cadena que sujetaba una pluma estilográfica. Había también una pitillera de plata con las iniciales «J. C., de A. E. S.» grabadas en la tapa. El

estado del metal parecía indicar que la catástrofe no había ocurrido mucho tiempo atrás.

—¿Quién puede ser? —preguntó lord John—. ¡Pobre diablo! Parece que tiene todos los huesos del cuerpo rotos.

—Y el bambú le atraviesa las costillas destrozadas —dijo Summerlee—. Es una planta de crecimiento rápido, pero resulta verdaderamente inconcebible que este cuerpo haya estado aquí mientras las cañas crecían hasta alcanzar los seis metros de longitud.

—En cuanto a la identidad del hombre —dijo el profesor Challenger—, no tengo duda alguna al respecto. Cuando remontaba el río antes de reunirme con ustedes en la hacienda, hice averiguaciones muy concretas sobre Maple White. En Pará no sabían nada. Afortunadamente, contaba con una pista definida, pues había un dibujo en su cuaderno de bocetos que le mostraba almorzando con cierto eclesiástico en Rosario. A este sacerdote logré encontrar, y aunque resultó ser un tipo muy dado a la discusión, que tomó a mal de manera absurda que yo le señalase el efecto corrosivo que la ciencia moderna debía de tener sobre sus creencias, no por ello dejó de darme información concreta. Maple White pasó por Rosario hace cuatro años, es decir, dos antes de que yo viera su cadáver. No viajaba solo; le acompañaba un amigo, un americano llamado James Colver, que se quedó en la embarcación y no llegó a conocer a dicho eclesiástico. Creo, por tanto, que no puede haber duda alguna de que estamos contemplando los restos de ese James Colver.

—Ni tampoco —dijo lord John— hay mucha duda sobre cómo encontró la muerte. Cayó o fue arrojado desde lo alto y quedó empalado. ¿Cómo, si no, podría tener los huesos rotos, y cómo habría podido ser atravesado por estas cañas cuyas puntas están tan por encima de nuestras cabezas?

Un silencio cayó sobre nosotros mientras nos manteníamos en pie alrededor de aquellos restos destrozados y comprendíamos la verdad de las palabras de lord John Roxton. La prominente cumbre en

voladizo del risco se proyectaba sobre el cañaveral. Sin duda había caído desde arriba. Pero ¿había caído? ¿Había sido un accidente? O... ya comenzaban a tomar forma posibilidades siniestras y terribles en torno a aquella tierra desconocida.

Nos alejamos en silencio y seguimos bordeando la línea de riscos, tan uniformes e ininterrumpidos como algunos de esos monstruosos campos de hielo antárticos que he visto representados extendiéndose de horizonte a horizonte y alzándose muy por encima de los masteleros del barco explorador.

En ocho kilómetros no vimos ninguna grieta ni abertura. Y entonces, de repente, percibimos algo que nos llenó de nueva esperanza. En una concavidad de la roca, protegida de la lluvia, había trazada una flecha tosca con tiza, que señalaba todavía hacia el oeste.

—Maple White de nuevo —dijo el profesor Challenger—. Tenía algún presentimiento de que unos pasos dignos seguirían de cerca los suyos.

—¿Tenía tiza, entonces?

—Una caja de tizas de colores figuraba entre los objetos que encontré en su mochila. Recuerdo que la blanca estaba gastada casi por completo.

—Es, sin duda, una buena prueba —dijo Summerlee—. Solo nos queda aceptar su guía y continuar hacia el oeste.

Habíamos avanzado unos ocho kilómetros más cuando volvimos a ver una flecha blanca en las rocas. Se encontraba en un punto donde la cara del risco se abría por primera vez en una estrecha hendidura. Dentro de la hendidura había una segunda señal indicadora, que apuntaba directamente hacia arriba con la punta algo elevada, como si el lugar indicado estuviera por encima del nivel del suelo.

Era un lugar imponente, pues las paredes eran tan gigantescas y la rendija de cielo azul tan estrecha y tan oscurecida por un doble

ribete de vegetación, que solo una luz tenue y sombría penetraba hasta el fondo. Llevábamos muchas horas sin comer y estábamos muy fatigados por la marcha pedregosa e irregular, pero los nervios nos tenían demasiado en tensión para detenernos. Sin embargo, dimos la orden de montar el campamento y, dejando a los indios para que lo dispusieran, los cuatro, junto con los dos mestizos, subimos por el estrecho desfiladero.

Medía no más de doce metros de anchura en la boca, pero se cerraba rápidamente hasta terminar en un ángulo agudo, demasiado liso y recto para el ascenso. Ciertamente no era eso lo que nuestro pionero había pretendido señalar. Deshicimos el camino —el desfiladero entero no medía más de cuatrocientos metros de profundidad— y entonces, de repente, los ojos vivos de lord John dieron con lo que buscábamos. Muy por encima de nuestras cabezas, entre las sombras oscuras, había un círculo de penumbra más profunda. Solo podía ser la entrada de una cueva.

La base del risco estaba cubierta de piedras sueltas en aquel punto, y no fue difícil trepar. Cuando llegamos, toda duda quedó disipada. No solo era una abertura en la roca, sino que en su lado había marcada, una vez más, la señal de la flecha. Ese era el punto, y ese el medio por el que Maple White y su desventurado camarada habían realizado su ascenso.

Estábamos demasiado excitados para regresar al campamento, y quisimos hacer nuestra primera exploración de inmediato. Lord John llevaba en la mochila una linterna eléctrica, que hubo de servirnos de luz. Avanzó proyectando ante sí su pequeño círculo nítido de resplandor amarillo, mientras nosotros le seguíamos en fila india a sus talones.

La cueva había sido evidentemente labrada por el agua, pues las paredes eran lisas y el suelo estaba cubierto de piedras redondeadas. Era de tal tamaño que un solo hombre podía pasar por ella justo agachándose. Durante unos cuarenta y cinco metros discurría casi en línea recta hacia el interior de la roca, y luego ascendía en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Poco después,

esta inclinación se volvió aún más pronunciada y nos encontramos trepando a cuatro patas entre cascajo suelto que se deslizaba bajo nosotros. De repente, una exclamación brotó de lord Roxton.

—¡Está bloqueada! —dijo.

Agolpados tras él, vimos en el haz de luz amarilla una pared de basalto fragmentado que llegaba hasta el techo.

—¡El techo se ha derrumbado!

En vano retiramos algunas de las piezas. El único efecto fue que las más grandes se desprendieron y amenazaron con rodar pendiente abajo y aplastarnos. Era evidente que el obstáculo superaba con mucho cualquier esfuerzo que pudiéramos hacer para eliminarlo. El camino por el que había ascendido Maple White ya no estaba disponible.

Demasiado abatidos para hablar, bajamos tropezando por el oscuro túnel y regresamos al campamento.

Sin embargo, antes de abandonar el desfiladero ocurrió un incidente de importancia a la luz de lo que vino después.

Nos habíamos reunido en un pequeño grupo al fondo de la sima, a unos doce metros por debajo de la boca de la cueva, cuando una enorme roca rodó de repente hacia abajo y pasó disparada junto a nosotros con tremenda fuerza. Fue la escapada más apurada para uno o para todos nosotros. Nosotros mismos no pudimos ver de dónde había venido la roca, pero nuestros servidores mestizos, que seguían en la entrada de la cueva, dijeron que había pasado volando junto a ellos y que, por tanto, debía de haber caído desde la cima. Al mirar hacia arriba, no pudimos distinguir ningún indicio de movimiento sobre nosotros entre la selva verde que coronaba el risco. Había pocas dudas, sin embargo, de que la piedra iba dirigida contra nosotros, de modo que el incidente apuntaba con certeza a la presencia de seres humanos —y humanos malintencionados— en la meseta.

Nos retiramos apresuradamente de la cima, con la mente llena de este nuevo acontecimiento y de su incidencia en nuestros planes. La situación ya era bastante difícil de antes, pero si a los obstáculos de la Naturaleza se añadía la oposición deliberada del hombre, nuestro caso era verdaderamente desesperado. Y sin embargo, al mirar hacia arriba aquel hermoso ribete de vegetación a no más de cien metros sobre nuestras cabezas, no había ni uno de nosotros que pudiera concebir la idea de regresar a Londres hasta haberlo explorado hasta sus profundidades.

Al analizar la situación, determinamos que lo mejor era continuar bordeando la meseta con la esperanza de encontrar algún otro modo de alcanzar la cima. La línea de riscos, que había disminuido considerablemente en altura, ya había comenzado a orientarse de oeste a norte, y si podíamos tomar esto como el arco de un círculo, la circunferencia total no podía ser muy grande. En el peor de los casos, pues, estaríamos de regreso en nuestro punto de partida en pocos días.

Aquella jornada hicimos una marcha de unas treinta y cinco kilómetros sin que nuestras perspectivas variaran lo más mínimo. He de mencionar que nuestro aneroide nos indica que, en la continua subida que llevamos desde que abandonamos las canoas, hemos ascendido a no menos de novecientos metros sobre el nivel del mar. De ahí que tanto la temperatura como la vegetación hayan cambiado considerablemente. Hemos dejado atrás buena parte de esa horrible plaga de insectos que es la maldición de los viajes tropicales. Subsisten algunas palmeras y abundantes helechos arborescentes, pero los árboles de la Amazonia han quedado todos atrás. Fue un placer ver la correhuela, la pasiflora y la begonia, que tanto me recordaban a casa, aquí entre estas rocas inhóspitas. Había una begonia roja exactamente del mismo color que una que se tiene en una maceta en la ventana de cierta villa en Streatham..., pero me estoy dejando llevar por recuerdos personales.

Aquella noche —sigo refiriéndome al primer día de nuestra circunvalación de la meseta— nos aguardaba una experiencia

extraordinaria, capaz de disipar para siempre cualquier duda que pudiéramos albergar sobre las maravillas que teníamos tan cerca.

Al leer esto comprenderá usted, querido señor McArdle, quizá por primera vez, que el periódico no me ha enviado a una empresa descabellada, y que hay un material de una calidad inconcebible esperando al mundo en cuanto el profesor nos dé permiso para hacerlo público. No me atreveré a publicar estos artículos a menos que pueda llevar mis pruebas a Inglaterra, pues de lo contrario pasaría a la historia como el Munchausen del periodismo. No me cabe duda de que usted piensa lo mismo, y que no querría arriesgar el crédito entero de la *Gazette* en esta aventura hasta que podamos hacer frente al coro de críticas y escepticismo que semejantes artículos habrían de suscitar inevitablemente. Así pues, este maravilloso incidente, que daría un titular inmejorable para el periódico, tendrá que aguardar su turno en el cajón de redacción.

Y sin embargo todo ocurrió en un instante, y no dejó consecuencias, salvo en nuestras propias convicciones.

Lo ocurrido fue lo siguiente. Lord John había abatido un agutí —un pequeño animal parecido al cerdo—, y, habiendo cedido la mitad a los indios, estábamos asando la otra mitad en el fuego. Al caer la noche hace fresco, y todos nos habíamos arrimado a las llamas. La noche era sin luna, pero había algunas estrellas y se podía ver a cierta distancia a través de la llanura. Pues bien, de repente, desde la oscuridad, desde las tinieblas, se abalanzó sobre nosotros algo que silbó como un aeroplano. Todo el grupo quedamos cubiertos por un instante bajo un toldo de alas coriáceas, y tuve la visión fugaz de un cuello largo y sinuoso, un ojo feroz, rojo y voraz, y un enorme pico chascador lleno, para mi asombro, de pequeños dientes relucientes. Al instante siguiente había desaparecido..., y nuestra cena con él. Una enorme sombra negra de unos seis metros de envergadura se remontó por los aires; durante un instante, las monstruosas alas eclipsaron las estrellas, y luego se desvaneció por encima del borde del risco que teníamos sobre nosotros. Nos quedamos todos sentados en silencio atónito alrededor del fuego,

como los héroes de Virgilio cuando las Arpías se abatieron sobre ellos. Fue el profesor Summerlee quien habló primero.

—Profesor Challenger —dijo con voz solemne, que temblaba de emoción—, le debo una disculpa. Caballero, me he equivocado en gran medida, y le ruego que olvide lo pasado.

Estuvo muy bien dicho, y los dos hombres se estrecharon la mano por primera vez. Tanto hemos ganado con esta nítida visión de nuestro primer pterodáctilo. Bien valía una cena robada lograr que dos hombres así se reconciliaran.

Pero si existía vida prehistórica en la meseta, no era sobreabundante, pues durante los tres días siguientes no la volvimos a avistar. Durante ese tiempo atravesamos un país árido y hostil, que alternaba entre desierto pedregoso y pantanos desolados llenos de numerosas aves acuáticas, al norte y al este de los riscos. Desde esa dirección el lugar es verdaderamente inaccesible, y de no haber sido por una saliente bastante firme que corre a los pies mismos del precipicio, habríamos tenido que dar media vuelta. En numerosas ocasiones nos hundimos hasta la cintura en el fango y la ciénaga de un viejo pantano semitropical. Para colmo de males, el lugar parecía ser el criadero predilecto de la serpiente jaracará, la más venenosa y agresiva de América del Sur. Una y otra vez estas horribles criaturas avanzaban retorciéndose y saltando hacia nosotros por la superficie de aquel lodazal pútrido, y solo mantener las escopetas siempre a punto nos hacía sentirnos a salvo de ellas. Una hondonada en forma de embudo en el pantano, de un verde lívido por obra de algún liquen que lo infestaba, quedará siempre en mi memoria como un recuerdo de pesadilla. Parecía ser el nidal especial de estos bichos, y los taludes estaban vivos de ellos, todos retorciéndose en nuestra dirección, pues es peculiaridad de la jaracará atacar al hombre nada más verle. Eran demasiadas para dispararles a todas, de modo que echamos a correr sin mirar atrás hasta quedar agotados. Siempre recordaré cómo, al mirar atrás, veíamos a lo lejos las cabezas y los cuellos de nuestros horribles perseguidores emergiendo y

hundiéndose entre los juncos. Lo bautizamos como Pantano de la Jaracará en el mapa que estamos confeccionando.

Los acantilados del lado opuesto habían perdido su tono rojizo y eran de color marrón chocolate; la vegetación en su cima era más escasa, y habían reducido su altura a entre noventa y ciento veinte metros, pero en ningún punto encontramos un lugar por el que pudieran escalarse. Si acaso, resultaban más infranqueables que en el primer punto donde los habíamos encontrado. Su verticalidad absoluta queda patente en la fotografía que tomé desde el desierto pedregoso.

—Sin duda —dije mientras debatíamos la situación—, la lluvia debe de encontrar algún camino para bajar. Tiene que haber canales de agua en las rocas.

—Nuestro joven amigo tiene destellos de lucidez —dijo el profesor Challenger, dándome unas palmadas en el hombro.

—La lluvia tiene que ir a alguna parte —repetí.

—Mantiene un firme asidero en la realidad. El único inconveniente es que hemos demostrado de manera concluyente, mediante observación directa, que no hay canales de agua por los riscos.

—¿Adónde va, entonces? —insistí.

—Creo que puede suponerse razonablemente que, si no fluye hacia afuera, debe de correr hacia adentro.

—Entonces hay un lago en el centro.

—Eso supondría yo.

—Es más que probable que el lago sea un antiguo cráter —dijo el profesor Summerlee—. Toda la formación es, naturalmente, altamente volcánica. Pero sea como fuere, yo esperaría encontrar que la superficie de la meseta se inclina hacia adentro con una considerable lámina de agua en el centro, que puede desaguar, a través de algún canal subterráneo, en los pantanos del Pantano de la Jaracará.

—O la evaporación podría mantener el equilibrio —observó Challenger, y los dos eruditos se adentraron en una de sus habituales disputas científicas, tan comprensibles para el lego como el chino.

Al sexto día completamos nuestro primer circuito de los acantilados y nos encontramos de vuelta en el primer campamento, junto al aislado pináculo de roca. Éramos un grupo desconsolado, pues nuestra exploración no podría haber sido más minuciosa, y era absolutamente seguro que no había ni un solo punto por el que el ser humano más ágil pudiera abrigar esperanza alguna de escalar el acantilado. El lugar que las marcas de tiza de Maple White habían señalado como su propio punto de acceso era ahora completamente impracticable.

¿Qué íbamos a hacer ahora? Nuestras provisiones, completadas con lo que procuraban nuestras armas, aguantaban bien, pero llegaría el día en que necesitarían reposición. En un par de meses cabría esperar las lluvias, y quedaríamos expulsados de nuestro campamento. La roca era más dura que el mármol, y cualquier intento de abrir un camino a semejante altura estaba muy por encima de lo que nuestro tiempo o nuestros recursos permitían. No era extraño que aquella noche nos mirásemos con abatimiento y nos recogimos en nuestras mantas sin apenas cruzar una palabra. Recuerdo que cuando me quedé dormido mi último pensamiento fue que Challenger estaba en cuclillas junto al fuego, como una monstruosa rana toro, con su enorme cabeza entre las manos, sumido aparentemente en la más profunda reflexión, y completamente ajeno a las buenas noches que le deseé.

Pero fue un Challenger muy diferente el que nos saludó por la mañana: un Challenger en cuya persona entera irradiaban el contento y la autocomplacencia. Se encaró a nosotros cuando nos reunimos para desayunar con una falsa modestia disculpatoria en los ojos, como quien dice: «Sé que merezco todo lo que puedan decirme, pero les ruego que me ahorren el sonrojo no diciéndolo». Su barba se erizaba de júbilo, el pecho se le henchía, y la mano le

asomaba por la solapa de la chaqueta. Así, en su fantasía, quizá se vea a veces a sí mismo, presidiendo el pedestal vacío de Trafalgar Square y sumando un horror más a las calles de Londres.

—¡Eureka! —exclamó, con los dientes reluciendo entre la barba—. Caballeros, pueden felicitarme y podemos felicitarnos mutuamente. El problema está resuelto.

—¿Ha encontrado usted un camino para subir?

—Me atrevo a creer que sí.

—¿Y dónde?

Como respuesta, señaló el pináculo en forma de aguja que teníamos a nuestra derecha.

Nuestros rostros —el mío al menos— se ensombrecieron al contemplarlo. Teníamos la seguridad de nuestro compañero de que podía escalarlo. Pero un horrible abismo se interponía entre él y la meseta.

—Nunca podremos cruzar —jadée.

—Podemos al menos llegar todos a la cima —dijo—. Cuando estemos arriba quizá pueda mostrarles que los recursos de una mente inventiva no se han agotado aún.

Tras el desayuno desembalamos el fardo en el que nuestro caudillo había traído sus accesorios de escalada. De él sacó un rollo de la cuerda más resistente y ligera, de cuarenta y cinco metros de longitud, con grampones, abrazaderas y otros artilugios. Lord John era un montañero experimentado, y el profesor Summerlee había hecho algo de escalada en distintas épocas, de modo que yo era el auténtico novato en la escalada en roca del grupo; pero mi fuerza y agilidad quizá compensaran mi falta de experiencia.

En realidad no era una tarea excesivamente ardua, aunque hubo momentos que me pusieron los pelos de punta. La primera mitad fue perfectamente fácil, pero a partir de ahí se fue volviendo progresivamente más empinado hasta que, en los últimos quince

metros, nos aferrábamos literalmente con los dedos de manos y pies a diminutas repisas y grietas de la roca. Yo no lo habría conseguido, ni el profesor Summerlee tampoco, si Challenger no hubiera alcanzado la cima —era extraordinario ver semejante agilidad en una criatura tan aparatosa— y allí hubiera fijado la cuerda en torno al tronco del considerable árbol que crecía en ella. Con esa ayuda, pronto pudimos trepar por la escarpada pared hasta encontrarnos en la pequeña plataforma cubierta de hierba, de unos ocho metros de lado, que formaba la cima.

La primera impresión que recibí cuando recobré el aliento fue la de la vista extraordinaria sobre el territorio que habíamos atravesado. Toda la llanura brasileña parecía extenderse a nuestros pies, alejándose y alejándose hasta perderse en brumas azuladas en el horizonte más lejano. En primer plano estaba la larga ladera, sembrada de rocas y salpicada de helechos arborescentes; más allá, en el plano medio, mirando por encima de la colina en forma de silla de montar, alcanzaba a ver la masa amarilla y verde de los bambúes por los que habíamos pasado; y luego, gradualmente, la vegetación aumentaba hasta formar el inmenso bosque que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y por otros tres mil kilómetros más allá.

Aún estaba embebido en ese maravilloso panorama cuando la pesada mano del profesor cayó sobre mi hombro.

—Por aquí, mi joven amigo —dijo—. Vestigia nulla retrorsum. No mire jamás hacia atrás, sino siempre hacia nuestra gloriosa meta.

El nivel de la meseta, cuando me volví, era exactamente el mismo en que nos encontrábamos nosotros, y la verde orla de arbustos, con árboles dispersos, estaba tan cerca que costaba comprender hasta qué punto seguía siendo inaccesible. A ojo de buen cubero, el abismo medía unos doce metros de anchura, pero, por lo que yo podía ver, bien podría haber tenido doce kilómetros. Rodeé el tronco del árbol con un brazo y me incliné sobre el abismo. Muy abajo estaban las pequeñas figuras oscuras de nuestros sirvientes, mirando hacia arriba. La pared era absolutamente precipitosa, lo mismo que la que tenía enfrente.

—Esto sí que es curioso —dijo la voz chirriante del profesor Summerlee.

Me volví y vi que examinaba con gran interés el árbol al que yo me aferraba. Aquella corteza lisa y aquellas hojas pequeñas y nervadas me resultaban familiares. —¡Pero si es un haya! —exclamé.

—Exactamente —dijo el profesor Summerlee—. Un compatriota en tierra lejana.

—No solo un compatriota, estimado colega —dijo Challenger—, sino también, si se me permite ampliar su símil, un aliado de primera valía. Esta haya será nuestra salvación.

—¡Pardiez! —exclamó lord John—. ¡Un puente!

—Exactamente, amigos míos, ¡un puente! No en vano dediqué anoche una hora a concentrar mi mente en la situación. Guardo cierto recuerdo de haberle señalado en cierta ocasión a nuestro joven amigo aquí presente que G. E. C. está a su mejor altura cuando tiene la espalda contra la pared. Anoche admitirán que todos teníamos la espalda contra la pared. Pero donde la voluntad y el intelecto van de la mano, siempre hay una salida. Había que encontrar un puente levadizo que pudiera tenderse sobre el abismo. ¡Helo aquí!

Era ciertamente una idea brillante. El árbol medía unos dieciocho metros de altura, y si caía en la dirección correcta cruzaría fácilmente la sima. Challenger se había colgado el hacha del campamento al hombro al ascender. Ahora me la entregó.

—Nuestro joven amigo tiene la musculatura y los tendones necesarios —dijo—. Creo que será el más útil para esta tarea. Sin embargo, le ruego que tenga a bien abstenerse de pensar por su cuenta, y que haga exactamente lo que se le diga.

Bajo su dirección hice las muescas necesarias en los costados del árbol para asegurar que cayera como deseábamos. Ya tenía de por sí una pronunciada inclinación natural hacia la meseta, de modo que el asunto no fue difícil. Finalmente me puse a trabajar en serio sobre el

tronco, alternando los turnos con lord John. En algo más de una hora se oyó un fuerte crujido, el árbol se inclinó hacia delante y luego se derrumbó con estrépito, hundiendo sus ramas entre los arbustos del lado opuesto. El tronco cortado rodó hasta el mismísimo borde de nuestra plataforma, y durante un terrible segundo todos pensamos que se había acabado. Sin embargo, se equilibró a pocos centímetros del borde, y allí estaba nuestro puente hacia lo desconocido.

Todos, sin decir palabra, estrechamos la mano al profesor Challenger, que se quitó el sombrero de paja e hizo una profunda reverencia a cada uno por turno.

—Me reclamo el honor —dijo— de ser el primero en cruzar a la tierra desconocida: un tema apropiado, sin duda, para algún futuro cuadro histórico.

Se había acercado al puente cuando lord John le puso la mano en el abrigo.

—Querido amigo —dijo—, de verdad que no puedo permitirlo.

—¡No puede permitirlo, caballero! —La cabeza se echó hacia atrás y la barba hacia delante.

—Cuando se trata de ciencia, ya sabe usted, le sigo porque está usted considerado un hombre de ciencia. Pero le toca a usted seguirme cuando nos adentramos en mi especialidad.

—¿Su especialidad, caballero?

—Todos tenemos nuestras profesiones, y la soldadesca es la mía. Según mi criterio, estamos invadiendo un país nuevo, que puede o no estar repleto de enemigos de todo tipo. Lanzarse ciegamente a él por falta de un poco de sentido común y paciencia no es lo que yo entiendo por buen mando.

La observación era demasiado razonable para ignorarla. Challenger sacudió la cabeza y encogió sus pesados hombros.

—Bien, caballero, ¿qué propone usted?

—Por lo que yo sé, puede que haya una tribu de caníbales esperando la hora de comer entre esos mismos arbustos —dijo lord John, mirando al otro lado del puente—. Más vale aprender sabiduría antes de acabar en una olla; así que nos contentaremos con esperar que no nos aguarde ningún problema, y al mismo tiempo actuaremos como si lo hubiera. Malone y yo bajaremos de nuevo, por tanto, y subiremos los cuatro rifles junto con Gomez y el otro. Un hombre podrá cruzar entonces mientras los demás le cubren con las armas, hasta que compruebe que es seguro que venga el resto.

Challenger se sentó en el tocón cortado y expresó con un gruñido su impaciencia; pero el profesor Summerlee y yo éramos de la misma opinión: lord John era nuestro jefe cuando se trataba de detalles tan prácticos. La subida era ahora más sencilla, pues la cuerda colgaba por la cara de la parte más difícil del ascenso. En menos de una hora habíamos subido los rifles y una escopeta. Los mestizos habían subido también, y por orden de lord John habían cargado con un fardo de provisiones por si nuestra primera exploración resultaba larga. Cada uno de nosotros llevaba bandoleras de cartuchos.

—Bien, Challenger, si de verdad insiste usted en ser el primero en entrar —dijo lord John cuando todos los preparativos estuvieron listos.

—Le estoy muy agradecido por su graciosa autorización —dijo el indignado profesor; pues nunca hubo hombre tan intolerante ante cualquier forma de autoridad—. Puesto que tiene usted la bondad de permitirlo, asumiré sin duda la responsabilidad de actuar como explorador en esta ocasión.

Sentándose a horcajadas sobre el tronco con una pierna a cada lado del abismo y el hacha colgada a la espalda, Challenger avanzó dando saltitos hasta el otro lado. Trepó al borde y agitó los brazos en el aire.

—¡Por fin! —gritó—. ¡Por fin!

Le observé con ansiedad, con la vaga expectativa de que algún destino terrible surgiría para abalanzarse sobre él desde el telón verde que tenía a su espalda. Pero todo estaba tranquilo, salvo que un extraño pájaro multicolor levantó el vuelo bajo sus pies y desapareció entre los árboles.

El profesor Summerlee fue el segundo. Su nerviosa energía resulta admirable en una complexión tan delgada. Insistió en llevar dos rifles colgados a la espalda, de modo que ambos profesores estuvieran armados cuando hubiera efectuado su travesía. Yo fui el siguiente, y me esforcé en no mirar hacia abajo, al horrible abismo sobre el que pasaba. El profesor Summerlee extendió la culata del rifle, y un instante después pude asirle la mano. En cuanto a lord John, cruzó andando..., iandando de verdad, sin apoyo alguno! Debía de tener nervios de acero.

Y allí estábamos, los cuatro, en el país de los sueños, el mundo perdido de Maple White. Para todos nosotros parecía el momento de nuestro triunfo supremo. ¿Quién habría podido imaginar que era el preludio de nuestro supremo desastre? Permítame decir en pocas palabras cómo nos cayó encima el golpe devastador.

Nos habíamos alejado del borde y habíamos penetrado unos cuarenta y cinco metros en la espesura cuando llegó a nuestras espaldas un espantoso estrépito de desgarró. Con un mismo impulso nos precipitamos de vuelta por donde habíamos venido. ¡El puente había desaparecido!

Muy abajo, a los pies del risco, vi, al asomarme, una maraña de ramas y un tronco astillado. Era nuestra haya. ¿Se había desmoronado el borde de la plataforma y la había dejado caer? Durante un momento, esa explicación pasó por todos nuestros pensamientos. Al instante siguiente, desde el otro lado del pináculo rocoso que teníamos ante nosotros, se fue asomando lentamente una cara morena: la cara de Gomez, el mestizo. Sí, era Gomez, pero ya no el Gomez de la sonrisa recatada y la expresión de máscara. Era una cara de ojos relampagueantes y facciones crispadas, una

cara convulsionada de odio y de la alegría enloquecida de una venganza consumada.

—¡Lord Roxton! —gritó—. ¡Lord John Roxton!

—Bien —dijo nuestro compañero—, aquí estoy.

Un grito de risa cruzó el abismo.

—¡Sí, ahí estáis, perros ingleses, y ahí os quedaréis! He esperado y esperado, y por fin ha llegado mi oportunidad. Os ha costado subir; os costará aún más bajar. ¡Malditos necios, estáis atrapados, todos y cada uno de vosotros!

Estábamos demasiado atónitos para hablar. Solo podíamos quedarnos allí de pie, mirando perplejos. Una gran rama rota sobre la hierba revelaba el punto desde el que había obtenido el apoyo necesario para derribar nuestro puente. El rostro había desaparecido, pero al poco volvió a asomar, más frenético que antes.

—Por poco os matamos con una piedra en la cueva —gritó—; pero esto es mejor. Es más lento y más terrible. Vuestros huesos blanquearán ahí arriba, y nadie sabrá dónde yacéis ni vendrá a cubrirlos. Mientras agonizáis, pensad en López, al que disparasteis hace cinco años en el río Putumayo. Soy su hermano, y, pase lo que pase, ahora moriré feliz, pues su memoria ha sido vengada. —Nos agitó el puño con furia, y luego todo quedó en silencio.

De haberse limitado el mestizo a consumir su venganza y escapar, todo podría haberle salido bien. Fue ese impulso latino, necio e irresistible, de dar un toque dramático a las cosas lo que provocó su propia ruina. Roxton, el hombre que se había ganado el sobrenombre de el Flagelo del Señor en tres países, no era de los que podían ser provocados impunemente. El mestizo descendía por el lado opuesto del pitón; pero antes de que pudiera llegar al suelo, lord John había corrido a lo largo del borde de la meseta y alcanzado un punto desde el que podía ver a su hombre. Se oyó un único chasquido del rifle, y aunque no vimos nada, sí escuchamos el grito y luego el sordo golpe del cuerpo al caer. Roxton regresó junto a nosotros con semblante pétreo.

—He sido un idiota ciego —dijo amargamente—. Mi necesidad es la que os ha metido a todos en este apuro. Tendría que haber recordado que esta gente guarda rencores de sangre durante mucho tiempo, y haber andado con más precaución.

—¿Y el otro? Hacían falta dos para hacer palanca con ese árbol y tirarlo por el borde.

—Podría haberle disparado, pero le dejé marchar. Es posible que no tuviera ninguna participación en todo esto. Quizás habría sido mejor matarle, pues, como usted dice, ha tenido que echar una mano.

Ahora que teníamos la clave de sus actos, cada uno de nosotros podía rememorar alguna acción siniestra por parte del mestizo: su constante afán por conocer nuestros planes, su presencia sorprendida junto a nuestra tienda mientras nos espiaba, las furtivas miradas de odio que de vez en cuando alguno de nosotros había interceptado. Seguíamos debatiendo el asunto, intentando adaptarnos mentalmente a estas nuevas circunstancias, cuando una singular escena en la llanura que se extendía bajo nosotros reclamó nuestra atención.

Un hombre vestido de blanco, que no podía ser otro que el mestizo superviviente, corría como solo se corre cuando la Muerte marca el ritmo. Tras él, apenas a unos pocos metros de distancia, se abalanzaba la enorme figura de ébano de Zambo, nuestro fiel negro. En el momento en que le mirábamos, se lanzó sobre la espalda del fugitivo y le rodeó el cuello con los brazos. Rodaron juntos por el suelo. Un instante después, Zambo se levantó, observó al hombre postrado y luego, agitando la mano alegremente hacia nosotros, echó a correr en nuestra dirección. La figura blanca yacía inmóvil en mitad de la gran llanura.

Nuestros dos traidores habían sido eliminados, pero el daño que habían causado perduró tras ellos. Nos era imposible regresar al pitón. Habíamos sido hijos del mundo; ahora éramos hijos de la meseta. Las dos cosas eran realidades distintas y separadas. Allí

estaba la llanura que conducía a las canoas. Más allá, tras el horizonte violáceo y neblinoso, estaba el río que llevaba de regreso a la civilización. Pero el eslabón que unía ambos mundos había desaparecido. Ningún ingenio humano podría sugerir la manera de salvar la sima que se abría entre nosotros y nuestras vidas pasadas. Un solo instante había alterado por completo las condiciones de nuestra existencia.

Fue en ese momento cuando comprendí la madera de la que estaban hechos mis tres compañeros. Eran serios, es cierto, y pensativos, pero dotados de una serenidad invencible. Por el momento, lo único que podíamos hacer era sentarnos entre los matorrales con paciencia y aguardar la llegada de Zambo. Al poco, su honesto rostro negro asomó por encima de las rocas y su figura hercúlea emergió en lo alto del pitón.

—¿Qué yo hago ahora? —exclamó—. Usted dice, yo hago.

Era una pregunta más fácil de formular que de responder. Solo una cosa estaba clara. Él era nuestro único vínculo de confianza con el mundo exterior. No podía abandonarnos bajo ningún concepto.

—¡No, no! —exclamó—. Yo no dejar a ustedes. Pase lo que pase, siempre encontrar aquí a Zambo. Pero no poder retener indios. Ya decir ellos que mucho Curupurí vivir en este lugar, y querer irse a casa. Ahora si ustedes marcharse, yo no poder retenerlos.

Era un hecho que nuestros indios habían demostrado de múltiples maneras en los últimos tiempos que estaban hartos del viaje y ansiosos por regresar. Comprendimos que Zambo decía la verdad y que le sería imposible retenerlos.

—Haga que esperen hasta mañana, Zambo —grité—; así podré enviar una carta con ellos.

—¡Muy bien, señor! Yo prometer que esperar hasta mañana —dijo el negro—. ¿Pero qué yo hacer por ustedes ahora?

Tenía muchas cosas que hacer, y el fiel muchacho las realizó admirablemente. En primer lugar, siguiendo nuestras instrucciones,

desató la cuerda del tocón del árbol y lanzó uno de sus extremos hacia nosotros. No era más gruesa que una cuerda de tender, pero era muy resistente, y aunque no podíamos construir un puente con ella, bien podría resultarnos de un valor incalculable si teníamos que escalar algo. Luego ató su extremo de la cuerda al paquete de víveres que había sido transportado arriba, y pudimos tirar de él y cruzarlo. Esto nos proporcionaba los medios de subsistencia durante al menos una semana, aunque no encontráramos nada más. Por último, descendió y subió otros dos paquetes de artículos variados: una caja de munición y otras cosas más, todo lo cual cruzamos lanzándole la cuerda y tirando de ella de vuelta. Era ya tarde cuando por fin bajó, con la promesa de que retendría a los indios hasta la mañana siguiente.

Y así es como he pasado casi toda esta, nuestra primera noche en la meseta, poniendo por escrito nuestras experiencias a la luz de un farol de vela.

Cenamos y acampamos en el mismísimo borde del acantilado, apagando la sed con dos botellas de agua de Apollinaris que había en uno de los cajones. Resulta vital para nosotros encontrar agua, pero creo que incluso lord John había tenido bastantes aventuras por un día, y ninguno de nosotros se sentía inclinado a dar el primer paso hacia lo desconocido. Nos abstuvimos de encender una hoguera o de hacer ningún ruido innecesario.

Mañana (o hoy, más bien, pues ya amanece mientras escribo) emprendaremos nuestra primera incursión en esta extraña tierra. Cuándo podré volver a escribir —o si llegaré a escribir alguna vez— no lo sé. Entretanto, puedo ver que los indios siguen en su lugar, y estoy seguro de que el fiel Zambo aparecerá en breve a recoger mi carta. Solo confío en que llegue a su destino.

P.D.—Cuanto más pienso, más desesperada parece nuestra situación. No veo ninguna esperanza posible de regreso. Si hubiera un árbol alto cerca del borde de la meseta, podríamos tender un puente de vuelta al otro lado, pero no hay ninguno en un radio de 45 metros. La fuerza de todos juntos no bastaría para transportar un

tronco que sirviese a nuestros propósitos. La cuerda, por supuesto, es demasiado corta para que pudiéramos descender por ella. No, nuestra situación es desesperada... ¡desesperada!

CAPÍTULO X

«Han sucedido las cosas más maravillosas»

Las cosas más maravillosas han sucedido y no dejan de sucedernos. Todo el papel de que dispongo consiste en cinco viejos cuadernos de notas y un buen montón de papelillos sueltos, y solo tengo un lápiz estilógrafo; pero mientras pueda mover la mano seguiré consignando nuestras experiencias e impresiones, pues, dado que somos los únicos hombres de toda la raza humana que han visto semejantes cosas, es de una importancia capital que las registre mientras están frescas en mi memoria y antes de que ese destino que parece cernirse constantemente sobre nosotros nos alcance de veras. Que Zambo logre por fin llevar estas cartas al río, o que yo mismo las lleve de vuelta de alguna manera milagrosa, o que, en último término, algún audaz explorador que siga nuestras huellas con la ventaja quizás de un monoplano perfeccionado encuentre este fardo de manuscritos: en cualquier caso tengo la certeza de que lo que estoy escribiendo está destinado a la inmortalidad como clásico de la verdadera aventura.

A la mañana siguiente de quedar atrapados en la meseta por obra del infame Gómez, comenzamos una nueva etapa de nuestras experiencias. El primer incidente no fue precisamente de los que predisponen favorablemente hacia el lugar al que uno ha ido a parar. Al despertar de un breve sueño después de que amaneciera, mis ojos cayeron sobre un aspecto de lo más singular en mi propia pierna. El pantalón se me había subido dejando al descubierto unos centímetros de piel por encima del calcetín. Sobre ella descansaba

una grande y purpúrea uva. Asombrado ante aquella visión, me incliné hacia delante para arrancarla, cuando, con gran espanto mío, reventó entre el índice y el pulgar, salpicando sangre en todas direcciones. Mi grito de asco hizo acudir a los dos profesores.

—De lo más interesante —dijo Summerlee, inclinándose sobre mi espinilla—. Una garrapata de sangre enorme, todavía sin clasificar, según creo.

—Los primeros frutos de nuestros afanes —dijo Challenger con su resonante y pedante tono habitual—. Lo menos que podemos hacer es llamarla *Ixodes Maloni*. El pequeñísimo inconveniente de haber sido picado, amigo mío, no puede, estoy seguro, pesarle a usted frente al glorioso privilegio de que su nombre figure en el inmortal registro de la zoología. Desgraciadamente ha usted aplastado este magnífico ejemplar en el instante de su saciedad.

—¡Inmunda alimaña! —exclamé.

El profesor Challenger arqueó sus enormes cejas en señal de protesta y posó una tranquilizadora zarpa sobre mi hombro.

—Debería usted cultivar el ojo científico y la mente científica desapasionada —dijo—. Para un hombre de temperamento filosófico como yo, la garrapata de sangre, con su probóscide a modo de lanceta y su estómago en plena distensión, es una obra de la Naturaleza tan bella como el pavo real o, puestos a elegir, como la aurora boreal. Me duele oírle hablar de ella con tan poco aprecio. No hay duda de que, con la debida diligencia, podremos procurarnos algún otro ejemplar.

—De eso no cabe la menor duda —dijo Summerlee con sorna—, pues acaba de desaparecer una detrás del cuello de su camisa.

Challenger dio un salto enorme bramando como un toro y se mesó frenéticamente el abrigo y la camisa para quitárselos. Summerlee y yo nos reímos tanto que apenas podíamos ayudarlo. Al fin dejamos al descubierto aquel torso monstruoso (ciento treinta y siete centímetros de contorno, según la cinta del sastre). Su cuerpo estaba cubierto de un espeso vello negro, entre cuya selva

pescamos la garrapata errante antes de que llegara a morderle. Pero los matorrales de alrededor estaban llenos de aquellas horribles alimañas, y era evidente que debíamos levantar el campamento.

Pero ante todo era preciso llegar a un acuerdo con el fiel negro, que apareció en lo alto del pináculo al poco rato con algunas latas de cacao y galletas, que nos arrojó. De las provisiones que quedaban abajo se le ordenó que guardara cuanto bastara para mantenerle durante dos meses. Los indios habrían de quedarse con el resto como recompensa por sus servicios y pago por llevar nuestras cartas de vuelta al Amazonas. Unas horas más tarde los vimos en fila india, lejos ya en la llanura, con el hatillo en la cabeza cada uno, abriéndose camino de regreso por la senda que habíamos seguido. Zambo ocupó nuestra pequeña tienda al pie del pináculo y allí permaneció, nuestro único vínculo con el mundo de abajo.

Y ahora teníamos que decidir nuestros movimientos inmediatos. Abandonamos nuestra posición entre los matorrales infestados de garrapatas y buscamos un pequeño claro densamente rodeado de árboles por todos lados. En el centro había algunas losas planas de roca, y cerca un excelente manantial; allí nos sentamos con limpia comodidad mientras trazábamos los primeros planes para la invasión de aquel nuevo país. Los pájaros cantaban entre el follaje —en especial uno cuyo peculiar ulular nos era desconocido—, pero fuera de estos sonidos no había señal alguna de vida.

Nuestra primera preocupación fue confeccionar una especie de inventario de nuestras provisiones para saber con qué contábamos. Entre lo que habíamos subido nosotros mismos y lo que Zambo nos había enviado por la cuerda, estábamos bastante bien abastecidos. Lo más importante de todo, dadas las amenazas que pudieran acecharnos, eran nuestros cuatro fusiles y mil trescientas balas, más una escopeta pero con no más de ciento cincuenta cartuchos de perdigones medianos. En cuanto a los víveres, teníamos suficientes para varias semanas, con abundante tabaco y algunos instrumentos científicos, entre ellos un gran telescopio y unos buenos prismáticos. Reunimos todas estas cosas en el claro y, como primera precaución,

talamos con el hacha y los cuchillos cierto número de arbustos espinosos, que apilamos en torno formando un círculo de unos catorce metros de diámetro. Aquel sería nuestro cuartel general por el momento —nuestro refugio ante cualquier peligro repentino y el almacén de nuestras provisiones—. Lo llamamos el Fuerte Challenger.

No fue hasta el mediodía cuando nos sentimos a resguardo, pero el calor no era sofocante y el carácter general de la meseta, tanto por su temperatura como por su vegetación, era casi templado. El haya, el roble e incluso el abedul se hallaban entre la maraña de árboles que nos rodeaban. Un enorme ginkgo, que descollaba sobre todos los demás, extendía sus grandes ramas y su follaje de culantrillo sobre el fuerte que habíamos construido. A su sombra proseguimos nuestra deliberación mientras lord John, que había asumido rápidamente el mando en el momento de actuar, nos exponía su punto de vista.

—Mientras ningún hombre ni ninguna bestia nos haya visto u oído, estamos a salvo —dijo—. Desde el momento en que sepan que estamos aquí empezarán nuestros problemas. No hay señal alguna de que nos hayan descubierto todavía. Así que sin duda lo más inteligente es mantenernos a cubierto durante un tiempo y reconocer el terreno. Conviene echar una buena ojeada a nuestros vecinos antes de hacerles una visita de cortesía.

—Pero debemos avanzar —me atreví a observar.

—¡Por supuesto, muchacho! Avanzaremos. Pero con sensatez. Nunca debemos alejarnos tanto que no podamos volver a nuestra base. Y sobre todo, no debemos disparar nuestros fusiles a menos que sea cuestión de vida o muerte.

—Pero usted disparó ayer —dijo Summerlee.

—Bueno, no hubo más remedio. De todos modos el viento era fuerte y soplaba hacia fuera. No es probable que el sonido se haya adentrado mucho en la meseta. A propósito, ¿cómo llamaremos a

este lugar? Supongo que nos corresponde a nosotros darle un nombre, ¿verdad?

Hubo varias propuestas, con mayor o menor fortuna, pero la de Challenger fue definitiva.

—Solo puede tener un nombre —dijo—. Lleva el del pionero que la descubrió. Es la Tierra de Maple White.

La Tierra de Maple White fue, y así la denomino en el mapa que se ha convertido en mi tarea especial. Así aparecerá, confío, en el atlas del futuro.

La penetración pacífica de la Tierra de Maple White era el asunto urgente que teníamos ante nosotros. Teníamos el testimonio de nuestros propios ojos de que el lugar estaba habitado por criaturas desconocidas, y estaban los dibujos del cuaderno de Maple White para demostrar que podían aparecer monstruos más terribles y peligrosos aún. Que pudiera haber también ocupantes humanos y que fueran de carácter maléfico lo insinuaba el esqueleto empalado en los bambúes, que no podría haber llegado allí si no hubiera sido arrojado desde arriba. Nuestra situación, varados sin posibilidad de huida en semejante tierra, era claramente peligrosa, y la razón avalaba toda medida de precaución que la experiencia de lord John pudiera sugerir. Sin embargo, era imposible que nos detuviéramos en el umbral de este mundo de misterio cuando nuestras propias almas ardían de impaciencia por avanzar y arrancarle el corazón.

Bloqueamos, pues, la entrada de nuestro zariba rellenándola con varios arbustos espinosos, y dejamos el campamento con las provisiones completamente rodeadas por este seto protector. Luego avanzamos lenta y cautamente hacia lo desconocido, siguiendo el curso del arroyuelo que manaba de nuestro manantial, pues siempre nos serviría de guía en el regreso.

Apenas habíamos partido cuando encontramos indicios de que, en efecto, nos aguardaban maravillas. Tras unos cientos de metros de espeso bosque, con muchos árboles que me eran completamente desconocidos pero que Summerlee, botánico del grupo, reconoció

como formas de coníferas y de cicadáceas que hace tiempo desaparecieron del mundo de abajo, entramos en una zona donde el arroyo se ensanchaba formando una considerable ciénaga. Ante nosotros crecían con profusión juncos altos de una variedad peculiar, que resultaron ser equisetáceas, o colas de caballo, con helechos arbóreos dispersos entre ellos, todos meciéndose al soplo de una brisa viva. De repente lord John, que iba en cabeza, se detuvo con la mano en alto.

—¡Miren esto! —dijo—. ¡Por San Jorge, esto debe de ser la huella del padre de todos los pájaros!

Una enorme huella de tres dedos estaba impresa en el barro blando ante nosotros. La criatura, fuera lo que fuese, había cruzado la ciénaga y se había adentrado en el bosque. Todos nos detuvimos a examinar aquel rastro monstruoso. Si era en verdad un pájaro —¿qué otro animal podría dejar semejante marca?—, su pata era tan desmesurada en comparación con la del avestruz que su altura, en la misma escala, debía de ser enorme. Lord John miró con avidez a su alrededor e introdujo dos cartuchos en su fusil de elefante.

—Me juego mi buen nombre de cazador —dijo— a que la huella es reciente. La criatura no ha pasado hace ni diez minutos. ¡Miren cómo el agua sigue filtrándose en esa marca más profunda! ¡Por Júpiter! ¡Miren, aquí está la huella de una cría!

En efecto, huellas más pequeñas de la misma forma general corrían paralelas a las grandes.

—¿Y qué me dicen de esto? —exclamó el profesor Summerlee, triunfante, señalando lo que parecía la enorme huella de una mano humana de cinco dedos que aparecía entre las marcas de tres dedos.

—¡Wealden! —exclamó Challenger, arrebatado—. Las he visto en las arcillas del Wealden. Es una criatura que camina erguida sobre patas de tres dedos y que ocasionalmente apoya en el suelo una de sus extremidades delanteras de cinco dedos. No es un pájaro, querido Roxton, no es un pájaro.

—¿Una bestia?

—No; un reptil. Un dinosaurio. Nada más podría haber dejado semejante rastro. Desconcertaron a un respetable médico de Sussex hace unos noventa años; pero ¿quién en el mundo podría haber esperado —esperado— ver algo así?

Sus palabras se apagaron en un susurro y nos quedamos todos inmóviles, estupefactos. Siguiendo las huellas, habíamos abandonado el pantano y atravesado una pantalla de maleza y árboles. Al otro lado había un claro abierto, y en él estaban cinco de las criaturas más extraordinarias que he visto en mi vida. Agachándonos entre los matorrales, las observamos a nuestras anchas.

Eran, como digo, cinco: dos adultos y tres crías. En tamaño eran enormes. Incluso los pequeños eran tan grandes como elefantes, mientras que los dos adultos superaban a todas las criaturas que he visto jamás. Tenían la piel de color pizarra, escamada como la de un lagarto y brillante donde el sol la iluminaba. Los cinco estaban erguidos, equilibrándose sobre sus anchas y poderosas colas y sus enormes patas traseras de tres dedos, mientras con sus pequeñas extremidades delanteras de cinco dedos atraían hacia sí las ramas de las que se alimentaban. No sé si puedo transmitirte mejor su aspecto que diciéndote que parecían canguros monstruosos de seis metros de longitud con la piel de cocodrilo negro.

No sé cuánto tiempo permanecimos inmóviles contemplando aquel maravilloso espectáculo. Un viento fuerte soplaba hacia nosotros y estábamos bien ocultos, de modo que no había peligro de ser descubiertos. De vez en cuando las crías jugaban en torno a sus padres con torpes cabriolas, y las grandes bestias saltaban por los aires y caían con sordos golpes sobre la tierra. La fuerza de los adultos parecía ilimitada, pues uno de ellos, al tener dificultades para alcanzar un manojo de follaje que crecía en un árbol de buen tamaño, rodeó el tronco con las patas delanteras y lo derribó como si fuera un arbolillo. La acción me pareció reveladora no solo del gran desarrollo de sus músculos, sino también del escaso de su

cerebro, pues todo el peso cayó aplastándole, y lanzó una serie de chillidos agudos para demostrar que, grande como era, había un límite a lo que podía soportar. El incidente le hizo pensar, al parecer, que los alrededores eran peligrosos, pues se alejó lentamente dando tumbos entre los árboles, seguido por su pareja y sus tres enormes crías. Vimos el fulgor pizarroso y brillante de sus pieles entre los troncos, y sus cabezas ondulando por encima de la maleza. Luego desaparecieron de nuestra vista.

Miré a mis compañeros. Lord John estaba quieto, con el dedo en el gatillo de su fusil de elefante, y el alma ansiosa del cazador le brillaba en los ojos fieros. ¡Qué no habría dado por una cabeza así para colocarla entre los dos remos cruzados sobre la repisa de la chimenea de su saloncito del Albany! Y sin embargo la razón le contenía, pues toda nuestra exploración de las maravillas de aquella tierra desconocida dependía de que nuestra presencia permaneciera oculta a sus habitantes. Los dos profesores estaban en un éxtasis silencioso. En su emoción se habían cogido inconscientemente de la mano y permanecían como dos niños pequeños ante una maravilla, con las mejillas de Challenger fruncidas en una sonrisa seráfica y el rostro sardónico de Summerlee suavizado por un instante en asombro y reverencia.

—iNunc dimittis! —exclamó al fin—. ¿Qué dirán de esto en Inglaterra?

—Querido Summerlee, con toda confianza le diré exactamente lo que dirán en Inglaterra —dijo Challenger—. Dirán que usted es un mentiroso redomado y un charlatán científico, exactamente como usted y otros dijeron de mí.

—¿Ante las fotografías?

—Falsificadas, Summerlee. ¡Chapuceramente falsificadas!

—¿Ante los especímenes?

—¡Ah, ahí puede que sí les tengamos! Puede que Malone y su sucia cuadrilla de Fleet Street acaben ladrando nuestras alabanzas. Veintiocho de agosto: el día en que vimos cinco iguanodontes vivos

en un claro de la Tierra de Maple White. Apúntelo en su diario, amigo mío, y mándeselo a su periodicucho.

—Y prepárese para recibir a cambio la punta del zapato editorial —dijo lord John—. Las cosas tienen otro aspecto desde la latitud de Londres, muchacho. Hay muchos hombres que nunca cuentan sus aventuras porque no pueden esperar que se las creen. ¿Quién los culpa? Pues esto nos parecerá un sueño a nosotros mismos dentro de un mes o dos. ¿Cómo ha dicho usted que eran?

—Iguanodontes —dijo Summerlee—. Encontrará usted sus huellas por toda la arena de Hastings, en Kent y en Sussex. El sur de Inglaterra estaba plagado de ellos cuando había abundante vegetación verde y lozana para alimentarlos. Las condiciones cambiaron y los animales murieron. Aquí, al parecer, las condiciones no han cambiado y los animales han sobrevivido.

—Si alguna vez salimos de aquí con vida, tengo que llevarme una cabeza —dijo lord John—. ¡Dios mío, cómo se pondrían de un verde guisante algunos de esa pandilla de Somalia y Uganda si la vieran! No sé lo que piensan ustedes, pero a mí me da la impresión de que estamos pisando hielo muy delgado todo el rato.

Yo tenía la misma sensación de misterio y peligro a nuestro alrededor. En la penumbra de los árboles parecía haber una amenaza constante, y al mirar hacia arriba, entre el sombrío follaje, un terror vago se iba apoderando del corazón. Es cierto que aquellas criaturas monstruosas que habíamos visto eran bestias torpes e inofensivas que difícilmente harían daño a nadie; pero en este mundo de maravillas, ¿qué otros supervivientes no podría haber? ¿Qué terrores feroces y ágiles, dispuestos a abalanzarse sobre nosotros desde su guarida entre las rocas o la maleza? Yo sabía poco de la vida prehistórica, pero recordaba con claridad un libro que había leído en el que se hablaba de criaturas que se alimentarían de nuestros leones y tigres como un gato se alimenta de ratones. ¿Y si también esas se hallaban en los bosques de la Tierra de Maple White?

Estaba destinado que en aquella misma mañana —la primera en el nuevo país— habríamos de descubrir qué extraños peligros nos rodeaban. Fue una aventura abominable, de la que me resisto a pensar. Si, como dijo lord John, el claro de los iguanodontes quedará en nuestra memoria como un sueño, el pantano de los pterodáctilos será sin duda para siempre nuestra pesadilla. Permíteme referir con exactitud lo que ocurrió.

Avanzamos muy despacio por el bosque, en parte porque lord Roxton actuaba de batidor antes de dejarnos avanzar, y en parte porque a cada dos pasos uno u otro de nuestros profesores se detenía, con un grito de asombro, ante alguna flor o algún insecto que le presentaba un tipo nuevo. Quizás recorrimos en total unos tres o cuatro kilómetros, manteniendo la derecha respecto al curso del arroyo, cuando llegamos a un claro considerable entre los árboles. Una franja de maleza conducía a un laberinto de rocas — toda la meseta estaba sembrada de peñascos—. Caminábamos lentamente hacia aquellas rocas, entre arbustos que nos llegaban a la cintura, cuando percibimos un extraño y sordo parloteo entrecortado de silbidos que llenaba el aire con un clamor continuo y que parecía provenir de algún punto inmediatamente ante nosotros. Lord John levantó la mano en señal de que nos detuviéramos y se abrió camino rápidamente, agachándose y corriendo, hasta la línea de rocas. Le vimos asomarse por encima y hacer un gesto de asombro. Luego se quedó mirando como si nos hubiera olvidado, tan completamente hechizado estaba por lo que veía. Por último nos hizo señas de que nos acercáramos, tendiendo la mano como señal de precaución. Todo su porte me hizo sentir que algo maravilloso pero peligroso nos aguardaba.

Arrastrándome hasta su lado, miramos por encima de las rocas. El lugar que contemplábamos era un hoyo que bien pudo ser, en los primeros tiempos, uno de los menores respiraderos volcánicos de la meseta. Tenía forma de cuenco, y en el fondo, a unos cientos de metros de donde estábamos tendidos, había charcas de agua estancada cubiertas de verdín y bordeadas de espadañas. Ya de por sí era un lugar extraño, pero sus ocupantes lo convertían en una

escena de los Siete Círculos de Dante. El lugar era una colonia de pterodáctilos. Había cientos de ellos congregados a la vista. Toda la zona del fondo en torno al borde del agua hervía de crías y de horribles madres que empollaban sobre sus huevos correosos y amarillentos. De aquella masa reptante y aletante de vida reptiliana obscena brotaba el clamor estremecedor que llenaba el aire y el hedor mefítico, horrible, rancio, que nos revolvía el estómago. Pero arriba, posado cada uno sobre su propia piedra, altos, grises y marchitos, más parecidos a especímenes muertos y disecados que a criaturas realmente vivas, estaban sentados los horribles machos, absolutamente inmóviles salvo por el girar de sus ojos rojos o el chasquido ocasional de sus picos en forma de ratonera cuando pasaba una libélula. Sus enormes alas membranosas estaban plegadas doblando los antebrazos, de modo que permanecían sentados como gigantescas ancianas envueltas en horribles chales del color de una telaraña y con sus feroces cabezas asomando por encima. Grandes y pequeños, no menos de un millar de aquellas inmundas criaturas yacían en el hoyo ante nosotros.

Nuestros profesores se habrían quedado allí todo el día de buen grado, tan absortos estaban ante aquella oportunidad de estudiar la vida de una era prehistórica. Señalaron los peces y las aves muertas esparcidos entre las rocas como prueba de la naturaleza del alimento de aquellas criaturas, y los oí felicitarse mutuamente por haber aclarado el enigma de por qué los huesos de este dragón volador aparecen en tan gran número en ciertas zonas bien delimitadas, como en el estrato verde de Cambridge, ya que ahora se comprobaba que, al igual que los pingüinos, vivían en bandadas gregarias.

Sin embargo, a última hora, el profesor Challenger, empeñado en demostrar algún punto que Summerlee había rebatido, asomó la cabeza por encima de la roca y estuvo a punto de provocar nuestra perdición. En un instante, el macho más cercano lanzó un chillido agudo y silbante, y batió sus alas de cuero —seis metros de envergadura— mientras ascendía por los aires. Las hembras y las crías se apiñaron junto al agua, mientras toda la ronda de centinelas

fue alzando el vuelo uno tras otro y se alejó por el cielo. Era un espectáculo prodigioso ver al menos un centenar de criaturas de tamaño tan descomunal y aspecto tan repulsivo cerniéndose sobre nosotros como golondrinas, con batidos de alas rápidos y cortantes; pero pronto comprendimos que no era ocasión de demorarse. Al principio, los enormes animales volaron en círculo, como para calibrar el alcance exacto del peligro. Luego el vuelo fue bajando y el círculo estrechándose, hasta que giraban y giraban a nuestro alrededor, y el seco y susurrante aleteo de sus inmensas alas de color pizarra llenaba el aire con un fragor que me recordaba al aeródromo de Hendon en día de carreras.

—¡Al bosque y juntos! —gritó lord John, blandiendo el rifle como una maza—. Esas bestias van a por nosotros.

En cuanto intentamos retroceder, el círculo se cerró sobre nosotros, hasta que las puntas de las alas de los que teníamos más cerca rozaban nuestros rostros. Les golpeábamos con las culatas de los fusiles, pero no había nada sólido ni vulnerable contra lo que asestar un golpe limpio. De pronto, del silbante círculo de color pizarra brotó un cuello larguísimo, y un pico feroz se lanzó contra nosotros. Le siguió otro, y otro más. Summerlee lanzó un grito y se llevó la mano al rostro, del que manaba sangre a raudales. Yo noté un golpe seco en la nuca y me tambaleé aturdido por el impacto. El profesor Challenger cayó al suelo, y cuando me agaché para ayudarlo a levantarse, recibí otro golpe por la espalda y caí encima de él. En ese mismo instante oí el estampido del rifle de elefante de lord John y, al alzar la vista, vi a una de las criaturas con el ala rota debatiéndose en el suelo, escupiéndonos y gorjeando con el pico muy abierto y los ojos inyectados en sangre y saltones, como algún demonio de un cuadro medieval. Sus congéneres habían remontado el vuelo al oír el disparo repentino y daban vueltas sobre nuestras cabezas.

—¡Ahora! —gritó lord John—. ¡Ahora, a salvar el pellejo!

Nos abrimos paso tambaleándonos entre la maleza, y cuando apenas llegábamos a los árboles, las harpías volvieron a caer sobre

nosotros. Summerlee cayó derribado, pero le pusimos en pie a tirones y nos precipitamos entre los troncos. Una vez allí estábamos a salvo, pues aquellas inmensas alas no tenían espacio para desplegarse bajo las ramas. Mientras regresábamos cojeando al campamento, malparados y consternados, los vimos durante un buen rato volar a gran altura contra el azul profundo del cielo sobre nuestras cabezas, planeando en círculos, no más grandes que palomas torcaces, con los ojos siguiendo sin duda nuestro avance. Por fin, sin embargo, cuando alcanzamos los bosques más espesos, abandonaron la persecución y no volvimos a verlos.

—Una experiencia de lo más interesante y aleccionadora —dijo el profesor Challenger, mientras nos deteníamos junto al arroyo y él se bañaba una rodilla hinchada—. Estamos excepcionalmente bien informados, Summerlee, sobre los hábitos del pterodáctilo enfurecido.

Summerlee se limpiaba la sangre de un corte en la frente, mientras yo me vendaba una fea herida de pico en el músculo del cuello. Lord John tenía el hombro de la chaqueta hecho jirones, aunque los dientes de la criatura sólo le habían rozado la carne.

—Cabe señalar —prosiguió el profesor Challenger— que nuestro joven amigo ha recibido indudablemente un picotazo, mientras que la chaqueta de lord John sólo puede haber sido desgarrada por una dentellada. En mi propio caso, me golpearon en la cabeza con las alas, de modo que hemos disfrutado de una notable exhibición de sus diversos métodos de ataque.

—Ha estado en un tris de costarnos la vida —dijo lord John, con gravedad—, y no se me ocurre una muerte más miserable que la de que te despachen unas alimañas tan inmundas. Disparar el rifle me pesaba, pero ¡por Júpiter!, tampoco había mucho donde elegir.

—No estaríamos aquí si no lo hubiera hecho —dije yo, con convicción.

—Puede que no importe —dijo—. En estos bosques deben de producirse muchos crujidos fuertes de árboles que se parten o caen,

que suenan exactamente como un disparo. Pero ahora, si me dan ustedes la razón, ya hemos tenido bastantes emociones por hoy, y lo mejor será volver al botiquín del campamento a buscar algo de ácido carbólico. ¿Quién sabe qué veneno pueden tener esas bestias en sus horrendas mandíbulas?

Pero sin duda ningún hombre había vivido jamás una jornada semejante desde que el mundo existe. Siempre nos aguardaba alguna sorpresa nueva. Cuando, siguiendo el curso de nuestro arroyo, alcanzamos por fin el claro y vimos la barricada de espinos de nuestro campamento, creímos que las aventuras habían terminado. Pero aún nos quedaba algo en qué pensar antes de poder descansar. La puerta del Fuerte Challenger no había sido tocada, las paredes permanecían intactas, y, sin embargo, en nuestra ausencia había recibido la visita de alguna criatura extraña y poderosa. Ninguna huella revelaba su naturaleza, y sólo la rama que se extendía sobre el enorme árbol de ginkgo apuntaba a cómo podía haber entrado y salido; pero de su fuerza maligna había sobradas muestras en el estado de nuestras provisiones. Estaban esparcidas al azar por todo el suelo, y una lata de carne había sido aplastada hasta hacerla añicos para extraer el contenido. Una caja de cartuchos había quedado convertida en astillas, y junto a ella yacía una de las vainas de latón, hecha trizas. De nuevo aquella sensación de horror vago se apoderó de nuestras almas, y miramos a nuestro alrededor con ojos asustados hacia las sombras oscuras que nos rodeaban, en cualquiera de las cuales podría estar al acecho alguna forma aterradora. ¡Qué alivio cuando nos llegó la voz de Zambo y, al acercarnos al borde de la meseta, le vimos sentado en lo alto del pináculo de enfrente, sonriéndonos con su amplia sonrisa!

—¡Todo bien, amo Challenger, todo bien! —gritó—. Yo quedarse aquí. No miedo. Usted encontrarme siempre cuando querer.

Su honrado rostro oscuro, y el paisaje inmenso que se abría ante nosotros, llevándonos de regreso a mitad de camino hasta el afluente del Amazonas, nos ayudó a recordar que realmente nos hallábamos en este mundo en el siglo XX, y que ninguna magia nos

había transportado a algún planeta primitivo en su estado más temprano y salvaje. ¡Qué difícil resultaba comprender que la línea violácea en el horizonte lejano bordeaba ya aquel gran río por el que navegaban enormes vapores, y en cuyas orillas la gente hablaba de los pequeños asuntos de la vida cotidiana, mientras nosotros, náufragos entre las criaturas de una era pasada, sólo podíamos mirar hacia allá y anhelar todo lo que aquello representaba!

Otro recuerdo me queda de esta jornada prodigiosa, y con él cerraré esta carta. Los dos profesores, con el ánimo sin duda exacerbado por las heridas, habían reñido acerca de si nuestros agresores pertenecían al género *pterodactylus* o *dimorphodon*, y el altercado había subido de tono. Para evitar su disputa me aparté un poco y estaba sentado fumando sobre el tronco de un árbol caído cuando lord John se acercó paseando en mi dirección.

—Oiga, Malone —dijo—, ¿recuerda usted ese lugar donde estaban esas bestias?

—Con toda claridad.

—Una especie de foso volcánico, ¿verdad?

—Exactamente —dije yo.

—¿Se fijó usted en el suelo?

—Rocas.

—¿Pero alrededor del agua, donde estaban los carrizos?

—Era un suelo azulado. Parecía arcilla.

—Exactamente. Una chimenea volcánica llena de arcilla azul.

—¿Y qué importa eso? —pregunté.

—Oh, nada, nada —dijo, y regresó paseando hacia donde las voces de los rivales científicos formaban un prolongado dúo, la nota aguda y estridente de Summerlee subiendo y bajando frente al bajo sonoro de Challenger. No habría pensado más en el comentario de lord John de no ser porque, esa misma noche, volví a oírle mascullar para sí: «Arcilla azul... arcilla en una chimenea volcánica». Fueron

las últimas palabras que escuché antes de caer en un sueño de agotamiento.

CAPÍTULO XI

Por una vez fui el héroe

Lord John Roxton tenía razón cuando supuso que el mordisco de aquellas horribles criaturas que nos habían atacado podría encerrar algún veneno especialmente tóxico. A la mañana siguiente de nuestra primera aventura en la meseta, tanto Summerlee como yo teníamos fiebre y sentíamos un dolor intenso, mientras que la rodilla de Challenger estaba tan magullada que apenas podía andar cojeando. Nos quedamos en el campamento todo el día, por tanto, y lord John se afanó, con la ayuda que le pudimos prestar, en aumentar la altura y el grosor de las paredes de espinos que eran nuestra única defensa. Recuerdo que durante todo aquel largo día me persiguió la sensación de que nos observaban de cerca, aunque no habría podido decir quién ni desde dónde.

La impresión era tan intensa que se la comuniqué al profesor Challenger, quien la atribuyó a la excitación cerebral provocada por mi fiebre. Una y otra vez volvía la cabeza de golpe, convencido de que estaba a punto de ver algo, solo para toparme con la oscura maraña de nuestro seto o con la penumbra solemne y cavernosa de los grandes árboles que se arqueaban sobre nuestras cabezas. Y, sin embargo, cada vez se afianzaba más en mi ánimo la certeza de que algo vigilante y algo maligno nos rondaba el codo. Pensé en la superstición india del Curupuri —ese espíritu pavoroso y acechante del bosque— y casi habría podido imaginar que su terrible presencia acosaba a quienes habían invadido su retiro más remoto y sagrado.

Aquella noche (la tercera en la Tierra de Maple White) vivimos una experiencia que dejó una impresión aterradora en nuestros ánimos, y nos hizo agradecer que lord John se hubiese esforzado tanto en hacer nuestra guarida inexpugnable. Dormíamos todos en torno a las brasas moribundas cuando nos despertaron —o, mejor dicho, nos arrancaron del sueño de un salto— una sucesión de los gritos y alaridos más espantosos que he escuchado en mi vida. No conozco sonido alguno con el que pudiera comparar aquel tumulto asombroso, que parecía proceder de algún punto situado a pocos centenares de metros de nuestro campamento. Era tan ensordecedor como el silbato de una locomotora; pero mientras que el silbato es un sonido nítido, mecánico, de bordes precisos, aquel era mucho más profundo en volumen y vibraba con el paroxismo más extremo de la agonía y el horror. Nos tapamos los oídos con las manos para amortiguar aquel llamamiento que ponía los nervios de punta. Un sudor frío me empapó el cuerpo y el corazón se me revolvió ante tanta desgracia. Todos los tormentos de la vida torturada, su acusación colosal contra los cielos, sus incontables aflicciones, parecían concentrarse y condensarse en aquel único grito desesperado y atroz. Y entonces, bajo ese sonido agudo y vibrante, surgió otro, más intermitente: una carcajada grave y profunda, un gorgoteo gutural y ronco de regocijo que formaba un acompañamiento grotesco al alarido con el que se mezclaba. Durante tres o cuatro minutos seguidos continuó el pavoroso dúo, mientras todo el follaje crujía con el vuelo de los pájaros asustados. Luego se cortó tan de súbito como había empezado. Durante largo rato permanecimos sentados en un silencio horrorizado. Entonces lord John arrojó un haz de ramillas al fuego, y su resplandor rojizo iluminó los rostros tensos de mis compañeros y parpadeó entre las grandes ramas sobre nuestras cabezas.

—¿Qué era eso? —susurré.

—Lo sabremos por la mañana —dijo lord John—. Estaba cerca, no más lejos que el claro.

—Hemos tenido el privilegio de escuchar una tragedia prehistórica, la clase de drama que se desarrollaba entre los juncos a orillas de alguna laguna jurásica, cuando el dragón mayor inmovilizaba al menor en el fango —dijo Challenger, con más solemnidad de la que jamás le había oído—. Sin duda fue una suerte para el hombre llegar tarde en el orden de la creación. En épocas anteriores existían fuerzas que ningún valor ni ingenio humano habría podido hacer frente. ¿De qué habrían valido su honda, su lanzadera o su flecha contra fuerzas como las que han estado sueltas esta noche? Incluso con un rifle moderno, todas las probabilidades favorecerían al monstruo.

—Yo apostaría por mi pequeño amigo —dijo lord John, acariciando su rifle Express—. Aunque la bestia tendría, sin duda, una buena oportunidad deportiva.

Summerlee levantó la mano.

—¡Silencio! —exclamó—. ¿No oyen ustedes algo?

Del silencio absoluto emergió un *pat-pat* profundo y regular. Era el paso de algún animal, el ritmo de unas patas blandas pero pesadas posadas con cautela sobre el suelo. Fue rodeando lentamente el campamento y se detuvo cerca de nuestra entrada. Se oyó un siseo bajo que subía y bajaba: la respiración de la criatura. Solo nuestro endeble seto nos separaba de aquel horror nocturno. Cada uno de nosotros había empuñado su rifle, y lord John había arrancado un arbusto pequeño para abrir una tronera en el seto.

—¡Por Dios! —susurró—. ¡Creo que puedo verlo!

Me agaché y escudriñé por encima de su hombro a través de la abertura. Sí, yo también podía verlo. En la sombra densa del árbol había una sombra aún más densa: negra, informe, vaga, una forma agazapada rebosante de vigor y amenaza salvajes. No era más alta que un caballo, pero el contorno difuso insinuaba una masa y una fuerza enormes. Ese jadeo sibilante, tan regular y pleno como el escape de un motor, delataba un organismo monstruoso. Una vez, al moverse, creí distinguir el brillo de dos ojos terribles, de un verde

fosforescente. Se oyó un crujido inquieto, como si avanzara lentamente a rastras.

—¡Creo que va a saltar! —dije, amartillando el rifle.

—¡No disparen! ¡No disparen! —susurró lord John—. El estampido de un arma en esta noche silenciosa se oiría a kilómetros. Guardémoslo como último recurso.

—Si salta el seto, estamos perdidos —dijo Summerlee, y su voz se quebró en una risa nerviosa al hablar.

—No, no puede saltar —exclamó lord John—; pero no disparen hasta el último momento. Quizá pueda hacer algo con ese individuo. De todas formas, me arriesgaré.

Fue el acto más valiente que he visto hacer a un hombre. Se agachó junto al fuego, cogió una rama ardiendo y se escurrió en un instante por una salida que él mismo había practicado en nuestra entrada. La criatura avanzó con un gruñido espantoso. Lord John no vaciló un instante: corrió hacia ella con paso rápido y ligero y le arrojó la tea ardiendo a la cara. Durante un momento tuve la visión de una máscara horrible parecida a la de un sapo gigante, de una piel verrugosa y leprosa, y de una boca floja toda embadurnada de sangre fresca. Al instante siguiente se oyó un estrépito en la maleza y nuestro pavoroso visitante había desaparecido.

—Suponía que no haría frente al fuego —dijo lord John riendo, cuando volvió y arrojó su rama entre los leños.

—¡No debió usted correr semejante riesgo! —exclamamos todos.

—No había nada más que hacer. Si hubiera llegado hasta nosotros nos habríamos pegado tiros entre nosotros intentando abatirlo. Por otro lado, si hubiéramos disparado a través del seto y lo hubiéramos herido, pronto habría caído sobre nosotros, por no mencionar que nos habríamos delatado. En conjunto, creo que hemos salido muy bien del trance. ¿Qué era, entonces?

Nuestros hombres de ciencia se miraron con cierta vacilación.

—Personalmente, me es imposible clasificar la criatura con alguna certeza —dijo Summerlee, encendiendo su pipa en el fuego.

—Al negarse a comprometerse no hace usted más que mostrar una prudente reserva científica —dijo Challenger con una condescendencia aplastante—. Yo mismo no estoy en disposición de ir más lejos que afirmar en términos generales que esta noche hemos estado casi con toda seguridad en contacto con alguna forma de dinosaurio carnívoro. Ya manifesté en su momento que algo semejante podría existir en esta meseta.

—Hemos de tener presente —observó Summerlee— que existen muchas formas prehistóricas que jamás han llegado hasta nosotros. Sería temerario suponer que podemos ponerle nombre a todo lo que probablemente encontremos.

—Exactamente. Una clasificación aproximada quizá sea lo mejor que podamos intentar. Mañana alguna prueba adicional podrá ayudarnos a identificarlo. Mientras tanto, no nos queda más que reanudar el sueño interrumpido.

—Pero no sin centinela —dijo lord John con decisión—. No podemos permitirnos correr riesgos en un país como este. En adelante, turnos de dos horas para cada uno.

—Entonces terminaré mi pipa mientras hago guardia el primero —dijo el profesor Summerlee; y desde ese momento en adelante nunca volvimos a quedarnos sin un vigilante.

Por la mañana no tardamos en descubrir el origen del horroroso estrépito que nos había despertado durante la noche. El claro de los iguanodontes era el escenario de una matanza espantosa. A la vista de los charcos de sangre y los enormes pedazos de carne desperdigados en todas direcciones sobre la hierba verde, creímos al principio que habían sido sacrificados varios animales, pero al examinar los restos más de cerca descubrimos que toda aquella carnicería procedía de uno solo de aquellos monstruosos animales, que había sido literalmente despedazado por alguna criatura quizá no mayor, pero mucho más feroz que él.

Nuestros dos profesores se sentaron absortos en un debate, examinando pieza tras pieza que mostraban la huella de dientes salvajes y de garras enormes.

—Nuestro juicio debe quedar aún en suspenso —dijo el profesor Challenger, con un enorme trozo de carne de color blanquecino sobre las rodillas—. Los indicios serían compatibles con la presencia de un tigre de dientes de sable, como los que aún se encuentran en las brechas de nuestras cavernas; pero la criatura avistada era sin duda de mayor tamaño y de carácter más reptiliano. Personalmente, me inclinaría por el alosaurio.

—O el megalosaurio —dijo Summerlee.

—Exactamente. Cualquiera de los grandes dinosaurios carnívoros encajaría en el caso. Entre ellos se encuentran todos los tipos más terribles de vida animal que jamás han maldecido la tierra o bendecido un museo. —Soltó una carcajada sonora ante su propio ingenio, pues, aunque tenía escaso sentido del humor, la chanza más burda brotada de sus propios labios le arrancaba siempre grandes risotadas de aprobación.

—Cuanto menos ruido, mejor —dijo lord Roxton con brusquedad—. No sabemos quién o qué puede estar cerca. Si ese individuo vuelve a desayunar y nos encuentra aquí, no tendremos tanto de qué reírnos. A propósito, ¿qué es esta marca en el cuero del iguanodonte?

En la piel opaca, escamosa y de color pizarra, algo por encima del hombro, había un círculo negro singular de alguna sustancia que parecía asfalto. Ninguno de nosotros supo qué significaba, aunque Summerlee opinó que había visto algo parecido en uno de los jóvenes dos días antes. Challenger no dijo nada, pero adoptó una expresión pomposa y envanecida, como si pudiera explicarlo si quisiera, hasta que finalmente lord John le preguntó directamente su opinión.

—Si su señoría tiene a bien permitirme abrir la boca, tendré mucho gusto en expresar mis opiniones —dijo él con un sarcasmo

elaborado—. No tengo por costumbre que me llamen al orden a la manera que parece ser habitual en su señoría. No era consciente de que fuera necesario pedirle permiso antes de sonreír ante un inocente chiste.

Solo cuando recibió sus disculpas se dignó nuestro susceptible amigo dejarse aplacar. Cuando por fin sus sentimientos ofendidos quedaron calmados, nos dirigió un discurso de cierta extensión desde su asiento en un tronco caído, hablando, como era su costumbre, como si estuviera impartiendo la información más valiosa a una clase de mil alumnos.

—En cuanto a la marca —dijo—, me inclino a coincidir con mi amigo y colega, el profesor Summerlee, en que las manchas son de asfalto. Dado que esta meseta es, por su propia naturaleza, altamente volcánica, y dado que el asfalto es una sustancia que se asocia con las fuerzas plutónicas, no puedo dudar de que existe en estado líquido libre y de que las criaturas pueden haber entrado en contacto con él. Un problema mucho más importante es la cuestión de la existencia del monstruo carnívoro que ha dejado sus huellas en este claro. Sabemos aproximadamente que esta meseta no es más grande que un condado inglés medio. Dentro de este espacio limitado, cierto número de criaturas, en su mayoría tipos que han desaparecido en el mundo de abajo, han convivido durante innumerables años. Pues bien, me parece muy claro que en un período tan largo habría cabido esperar que las criaturas carnívoras, multiplicándose sin freno, hubieran agotado su suministro de alimento y se hubieran visto obligadas a modificar sus hábitos carnívoros o a morir de hambre. Vemos que esto no ha sido así. Por lo tanto, solo podemos imaginar que el equilibrio de la Naturaleza se mantiene gracias a algún mecanismo que limita el número de estas criaturas feroces. Uno de los muchos problemas interesantes que aguardan nuestra resolución es, pues, descubrir cuál puede ser ese mecanismo y cómo opera. Me atrevo a confiar en que tengamos en el futuro alguna oportunidad para el estudio más detallado de los dinosaurios carnívoros.

—Y yo me atrevo a confiar en que no la tengamos —observé.

El profesor se limitó a alzar sus enormes cejas, como hace el maestro ante la observación fuera de lugar del niño travieso.

—Quizá el profesor Summerlee tenga alguna observación que hacer —dijo, y los dos sabios ascendieron juntos a alguna enrarecida atmósfera científica donde las posibilidades de una modificación de la tasa de natalidad se ponderaban frente al declive del suministro de alimento como mecanismo regulador en la lucha por la existencia.

Aquella mañana cartografiamos una pequeña porción de la meseta, evitando el pantano de los pterodáctilos y ciñéndonos al este de nuestro arroyo en lugar de al oeste. En esa dirección el terreno seguía densamente arbolado, con tanta maleza que nuestro avance era muy lento.

Hasta ahora me he detenido en los terrores de la Tierra de Maple White, pero el asunto tenía otra vertiente: durante toda aquella mañana vagamos entre flores hermosas, en su mayoría, según observé, de color blanco o amarillo, que eran, según nos explicaron nuestros profesores, los tonos florales primitivos. En muchos lugares el suelo estaba completamente cubierto de ellas, y mientras caminábamos hundiéndonos hasta los tobillos en aquella maravillosa alfombra mullida, el perfume era casi embriagador por su dulzura e intensidad. La familiar abeja inglesa zumbaba en torno a nosotros por todas partes. Muchos de los árboles bajo los que pasábamos tenían las ramas dobladas por el peso de la fruta, algunas de variedades conocidas, mientras que otras eran nuevas. Observando cuáles picoteaban los pájaros, evitamos todo peligro de veneno y añadimos una deliciosa variedad a nuestras reservas de alimento. En la selva que atravesamos había numerosos senderos muy trillados abiertos por los animales salvajes, y en los parajes más pantanosos vimos una profusión de huellas extrañas, entre ellas muchas de iguanodonte. En un bosquecillo observamos varios de aquellos grandes animales pastando, y lord John, con sus gemelos, pudo confirmar que ellos también estaban manchados de asfalto, aunque

en un lugar distinto al que habíamos examinado por la mañana. Lo que significaba ese fenómeno era algo que no alcanzábamos a imaginar.

Vimos también muchos animales pequeños, como puercoespines, un oso hormiguero escamoso y un jabalí pío con largos colmillos curvos. En un momento dado, a través de un claro entre los árboles, vimos a cierta distancia un despejado lomo de colina verde, y por él se desplazaba a considerable velocidad un gran animal de color pardo oscuro. Pasó tan deprisa que no pudimos identificarlo; pero si era un ciervo, como sostuvo lord John, debía de ser tan grande como aquellos monstruosos alces irlandeses que todavía se desenterran de vez en cuando en las turberas de mi tierra natal.

Desde la misteriosa visita que se le había hecho a nuestro campamento, siempre volvíamos a él con cierta inquietud. Sin embargo, en esta ocasión lo encontramos todo en orden.

Aquella tarde tuvimos un gran debate sobre nuestra situación presente y nuestros planes futuros, que debo describir con cierta extensión, ya que condujo a un nuevo rumbo que nos permitió adquirir un conocimiento más completo de la Tierra de Maple White del que habríamos podido obtener en semanas de exploración. Fue Summerlee quien abrió el debate. Todo el día había estado irritable, y ahora una observación de lord John acerca de lo que deberíamos hacer al día siguiente colmó el vaso de su amargura.

—Lo que deberíamos estar haciendo hoy, mañana y todo el tiempo —dijo— es encontrar alguna salida de la trampa en que hemos caído. Todos están dándole vueltas a la cabeza para internarse más en este país. Yo digo que deberíamos estar maquinando cómo salir de él.

—Me sorprende, señor —retumbó Challenger, acariciándose la majestuosa barba—, que cualquier hombre de ciencia se comprometa con un sentimiento tan innoble. Se encuentra usted en una tierra que ofrece al naturalista ambicioso un incentivo como ninguna otra desde que el mundo existe, y propone abandonarla

antes de que hayamos adquirido más que el conocimiento más superficial de ella o de su contenido. Esperaba algo mejor de usted, profesor Summerlee.

—Debe usted recordar —dijo Summerlee con acritud— que tengo una numerosa clase en Londres que en este momento está a merced de un sustituto sumamente incompetente. Esto hace que mi situación sea diferente de la suya, profesor Challenger, ya que, que yo sepa, nunca le han confiado ningún trabajo docente de responsabilidad.

—Exactamente —dijo Challenger—. He considerado un sacrilegio desviar un cerebro capaz de la más alta investigación original hacia cualquier objetivo menor. Por eso me he opuesto con firmeza a cualquier cargo docente que se me haya ofrecido.

—¿Por ejemplo? —preguntó Summerlee con una mueca; pero lord John se apresuró a cambiar de conversación.

—He de decir —dijo— que me parecería muy lamentable volver a Londres antes de saber mucho más de este lugar de lo que sé ahora.

—Jamás me atrevería a entrar en la redacción de mi periódico y enfrentarme al viejo McArdle —dije—. (Disculpará usted la franqueza de este informe, ¿verdad?) No me perdonaría nunca que dejara atrás un material tan inagotado. Además, en la medida en que puedo apreciar, no merece la pena debatirlo, ya que no podemos bajar, aunque quisiéramos.

—Nuestro joven amigo compensa muchas e inconfundibles lagunas mentales con cierta dosis de sentido común primitivo —observó Challenger—. Los intereses de su deplorable profesión nos son indiferentes; pero, como él señala, no podemos bajar en ningún caso, de modo que es un derroche de energía debatirlo.

—Es un derroche de energía hacer cualquier otra cosa —gruñó Summerlee desde detrás de su pipa—. Permítanme recordarles que vinimos aquí con una misión perfectamente definida, encomendada a nosotros en la reunión del Instituto Zoológico de Londres. Esa

misión era verificar la veracidad de las afirmaciones del profesor Challenger. Dichas afirmaciones, me veo obligado a admitir, estamos ahora en condiciones de corroborar. Nuestro trabajo ostensible está, pues, concluido. En cuanto al detalle que queda por trabajar en esta meseta, es tan enorme que solo una gran expedición, con un equipamiento muy especial, podría aspirar a abordarlo. Si intentáramos hacerlo nosotros mismos, el único resultado posible sería no volver jamás con la importante contribución a la ciencia que ya hemos obtenido. El profesor Challenger ha ideado la forma de subirnos a esta meseta cuando parecía inaccesible; creo que ahora deberíamos pedirle que emplee el mismo ingenio en devolvernos al mundo del que venimos.

Confieso que, según Summerlee exponía su punto de vista, me parecía del todo razonable. Incluso Challenger se vio afectado por la consideración de que sus enemigos nunca quedarían refutados si la confirmación de sus afirmaciones no llegaba nunca a quienes las habían puesto en duda.

—El problema del descenso es, a primera vista, formidable —dijo—, y sin embargo no puedo dudar de que el intelecto puede resolverlo. Estoy dispuesto a coincidir con nuestro colega en que una estancia prolongada en la Tierra de Maple White es por el momento desaconsejable, y en que la cuestión de nuestro regreso tendrá que afrontarse pronto. Sin embargo, me niego en redondo a partir hasta que hayamos realizado al menos un examen superficial de este país y podamos llevarnos algo en forma de mapa.

El profesor Summerlee soltó un resoplido de impaciencia.

—Hemos pasado dos largos días explorando —dijo—, y no sabemos más de la geografía real del lugar que cuando empezamos. Está claro que todo está cubierto de espesa vegetación, y que llevaría meses penetrarla y aprender las relaciones entre unas zonas y otras. Si hubiera algún pico central sería diferente, pero todo descende en pendiente, hasta donde podemos ver. Cuanto más avancemos, menos probable será que consigamos una vista general del conjunto.

Fue en ese momento cuando tuve mi inspiración. Mis ojos se posaron casualmente en el enorme y nudoso tronco del árbol de ginkgo que extendía sus gigantescas ramas sobre nosotros. Si su tronco superaba al de todos los demás, su altura debía hacer lo mismo. Si el borde de la meseta era en efecto el punto más elevado, ¿por qué no habría de servir ese árbol majestuoso de atalaya que dominase todo el territorio? Yo, desde que corría como un chico salvaje por Irlanda, siempre había sido un trepador de árboles audaz y hábil. Mis compañeros podrían ser mis maestros en las rocas, pero yo sabía que me impondría entre esas ramas. Si lograba apoyar las piernas en la más baja de las gigantescas ramas laterales, sería extraño que no pudiera llegar a la cima. Mis compañeros acogieron mi idea con entusiasmo.

—Nuestro joven amigo —dijo Challenger, frunciendo las mejillas rojas como manzanas— es capaz de proezas acrobáticas que resultarían imposibles para un hombre de aspecto más sólido, aunque quizá de presencia más imponente. Aplaudo su resolución.

—¡Por Jorge, muchacho, ha dado usted en el clavo! —dijo lord John, dándome una palmada en la espalda—. Cómo no se nos había ocurrido antes, no me lo explico. No queda más de una hora de luz, pero si se lleva el cuaderno tal vez pueda esbozar un croquis del lugar. Si ponemos estas tres cajas de munición bajo la rama, yo lo auparé enseguida.

Se subió a las cajas mientras yo encaraba el tronco, y me estaba levantando suavemente cuando Challenger dio un salto al frente y me propinó tal empujón con su enorme mano que me catapultó literalmente al árbol. Con los dos brazos abrazando la rama, me impulsé con fuerza con los pies hasta que conseguí subir, primero el cuerpo y luego las rodillas, sobre ella. Había tres magníficas ramas laterales, como enormes peldaños de una escalera, sobre mi cabeza, y una maraña de ramas convenientes más allá, de modo que trepé con tal rapidez que pronto perdí de vista el suelo y no tenía más que follaje bajo mis pies. De vez en cuando encontraba un obstáculo, y una vez tuve que encaramarme por una liana unos dos o tres

metros, pero avancé a buen ritmo, y el retumbar de la voz de Challenger sonaba muy por debajo, a gran distancia. El árbol era, sin embargo, enorme, y mirando hacia arriba no veía adelgazarse el follaje sobre mi cabeza. Había una especie de mata densa parecida a un arbusto que parecía ser un parásito en una rama por la que trepaba. Asomé la cabeza a su alrededor para ver qué había al otro lado, y casi me caigo del árbol de la sorpresa y el horror ante lo que vi.

Una cara me miraba fijamente, a apenas treinta centímetros o poco más. La criatura a la que pertenecía había estado agazapada detrás del parásito y había asomado al mismo tiempo que yo. Era una cara humana... o al menos era mucho más humana que la de cualquier mono que hubiera visto jamás. Era alargada, blanquecina y salpicada de granos, con la nariz chata y la mandíbula inferior prominente, y una cerda de ásperos pelos alrededor de la barbilla. Los ojos, bajo unas cejas gruesas y pesadas, eran bestiales y feroces, y cuando abrió la boca para gruñir lo que sonaba como una maldición, observé que tenía colmillos curvos y afilados. Por un instante leí odio y amenaza en aquellos ojos malvados. Luego, rápida como un relámpago, apareció una expresión de terror abrumador. Se oyó un crujido de ramas rotas cuando se lanzó desesperadamente hacia abajo entre la maraña de verdor. Alcancé a vislumbrar un cuerpo peludo semejante al de un cerdo rojizo, y luego desapareció entre un remolino de hojas y ramas.

—¿Qué ocurre? —gritó Roxton desde abajo—. ¿Le pasa algo?

—¿Lo han visto? —grité, con los brazos alrededor de la rama y todos mis nervios en tensión.

—Oímos un estrépito, como si se le hubiera resbalado un pie. ¿Qué fue?

Quedé tan impresionado por la repentina y extraña aparición de aquel hombre-mono que dudé si no debería bajar de nuevo y contarles lo sucedido a mis compañeros. Pero ya había subido tanto

por el gran árbol que me habría parecido una humillación volver sin haber cumplido mi misión.

Así pues, tras una larga pausa para recobrar el aliento y el ánimo, proseguí el ascenso. Una vez puse todo mi peso sobre una rama podrida y quedé colgado unos segundos de las manos, pero en general la escalada fue sencilla. Poco a poco el follaje se fue aclarando a mi alrededor y, por el viento en el rostro, comprendí que había superado en altura a todos los árboles del bosque. Estaba decidido, no obstante, a no mirar a mi alrededor hasta haber alcanzado el punto más elevado, así que seguí trepando hasta que la rama más alta cedía bajo mi peso. Me instalé entonces en una bifurcación cómoda y, equilibrándome con seguridad, me encontré contemplando el panorama más maravilloso de este extraño país en el que nos hallábamos.

El sol estaba justo sobre el horizonte occidental y el atardecer era especialmente luminoso y despejado, de modo que toda la extensión de la meseta era visible a mis pies. Vista desde aquella altura, tenía un contorno ovalado, de unos cincuenta kilómetros de largo y treinta y cinco de ancho. Su forma general era la de un embudo poco profundo, con todos los flancos descendiendo hacia un lago considerable en el centro. Ese lago podía tener unos dieciséis kilómetros de circunferencia y yacía muy verde y hermoso a la luz del atardecer, con una espesa franja de cañas en sus orillas y la superficie rota por varios bancos de arena amarilla que resplandecían dorados bajo la apacible luz solar. Varios objetos alargados y oscuros, demasiado grandes para ser caimanes y demasiado largos para ser canoas, descansaban en los bordes de esas extensiones de arena. Con el catalejo podía ver claramente que estaban vivos, pero cuál podría ser su naturaleza no alcanzaba a imaginarlo.

A partir del lado de la meseta en que nos encontrábamos, pendientes arboladas, con claros ocasionales, descendían ocho o nueve kilómetros hasta el lago central. Podía ver a mis mismos pies el claro de los iguanodontes, y más lejos había una abertura circular

entre los árboles que señalaba la ciénaga de los pterodáctilos. Sin embargo, en el lado que tenía enfrente, la meseta presentaba un aspecto muy diferente. Allí, los acantilados de basalto del exterior se reproducían en el interior, formando un escarpe de unos sesenta metros de altura con una ladera arbolada debajo. A lo largo de la base de esos riscos rojos, a cierta altura del suelo, pude distinguir con el catalejo varios agujeros oscuros que conjeturé serían las bocas de cuevas. En la entrada de una de ellas algo blanco brillaba tenuemente, pero era incapaz de distinguir qué era. Me quedé cartografiando el territorio hasta que el sol se puso y oscureció tanto que ya no pude distinguir los detalles. Luego bajé hasta donde me esperaban mis compañeros con tanta impaciencia al pie del gran árbol. Por una vez era yo el héroe de la expedición. Yo solo lo había pensado y yo solo lo había llevado a cabo; y allí estaba el mapa que nos ahorraría un mes de exploración a ciegas entre peligros desconocidos. Cada uno de ellos me estrechó la mano solemnemente.

Pero antes de que discutieran los detalles de mi mapa, tuve que contarles mi encuentro con el hombre-mono entre las ramas.

—Ha estado ahí todo el tiempo —dije.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó lord John.

—Porque nunca he dejado de sentir que algo maligno nos observaba. Se lo mencioné a usted, profesor Challenger.

—Nuestro joven amigo dijo algo por el estilo, en efecto. Además, es el único entre nosotros dotado de ese temperamento celta que le haría sensible a tales impresiones.

—Toda la teoría de la telepatía... —comenzó Summerlee, llenando su pipa.

—Es demasiado vasta para discutirla ahora —dijo Challenger, con determinación—. Dígame —añadió, con el aire de un obispo dirigiéndose a una escuela dominical—: ¿se fijó usted por casualidad si la criatura podía doblar el pulgar sobre la palma de la mano?

—No, en absoluto.

—¿Tenía cola?

—No.

—¿Era prensil el pie?

—No creo que hubiera podido escapar tan rápido entre las ramas si no pudiera agarrarse con los pies.

—En América del Sur existen, si no me falla la memoria —usted comprobará la observación, profesor Summerlee— unas treinta y seis especies de monos, pero el simio antropoide es desconocido. Está claro, sin embargo, que existe en este país, y que no es de la variedad peluda y similar al gorila, que nunca se ve fuera de África o de Oriente. (Me sentí tentado de intercalar, mirándole a él, que había visto a su primo hermano en Kensington.) Es un tipo provisto de bigotes y descolorido, siendo esta última característica indicativa de que pasa sus días en reclusión arbórea. La cuestión que debemos afrontar es si se acerca más al simio o al hombre. En el segundo caso, podría aproximarse a lo que el vulgo ha dado en llamar el «eslabón perdido». La solución de este problema es nuestro deber inmediato.

—No es nada de eso —dijo Summerlee, bruscamente—. Ahora que, gracias a la inteligencia y la actividad del señor Malone (no puedo evitar citar las palabras), tenemos nuestro mapa, nuestro único e inmediato deber es salir de este lugar espantoso sanos y salvos.

—Las ollas de carne de la civilización —gimió Challenger.

—Los tinteros de la civilización, señor. Nuestra misión es dejar constancia por escrito de lo que hemos visto y dejar la exploración ulterior a otros. Todos ustedes estuvieron de acuerdo en eso antes de que el señor Malone nos consiguiera el mapa.

—Bien —dijo Challenger—, admito que estaré más tranquilo cuando tenga la certeza de que los resultados de nuestra expedición han llegado a nuestros amigos. Cómo hemos de bajar de este lugar,

aún no tengo ni idea. Sin embargo, nunca me he encontrado con ningún problema que mi cerebro inventivo fuera incapaz de resolver, y les prometo que mañana dedicaré mi atención a la cuestión de nuestro descenso. Y así se dio el asunto por zanjado.

Pero aquella noche, a la luz de la hoguera y de una sola vela, se elaboró el primer mapa del mundo perdido. Cada detalle que yo había anotado a grandes rasgos desde mi atalaya quedó dibujado en su lugar correspondiente. El lápiz de Challenger se detuvo sobre el gran espacio en blanco que representaba el lago.

—¿Cómo lo llamamos? —preguntó.

—¿Por qué no aprovecha la ocasión de perpetuar su propio nombre? —dijo Summerlee, con su habitual toque de acidez.

—Confío, señor, en que mi nombre tenga otras reclamaciones más personales sobre la posteridad —dijo Challenger, con severidad—. Cualquier ignorante puede perpetuar su inútil recuerdo imponiéndolo a una montaña o a un río. Yo no necesito tal monumento.

Summerlee, con una sonrisa torcida, estaba a punto de lanzar un nuevo ataque cuando lord John se apresuró a intervenir.

—Le toca a usted, muchacho, dar nombre al lago —dijo—. Usted lo vio primero y, ¡por Jorge!, si elige llamarlo «Lago Malone», nadie tiene mejor derecho.

—Por supuesto. Que nuestro joven amigo le dé un nombre —dijo Challenger.

—Entonces —dije yo, ruborizándome, me atrevería a decir, al pronunciarlo—: que se llame lago Gladys.

—¿No le parece que «Lago Central» resultaría más descriptivo? —observó Summerlee.

—Preferiría lago Gladys.

Challenger me miró con simpatía y sacudió su gran cabeza en gesto de desaprobación fingida. —Los chicos son los chicos —dijo—. Lago Gladys, sea.

CAPÍTULO XII

Fue espantoso en el bosque

He dicho —o quizá no lo he dicho, pues mi memoria me gasta malas pasadas últimamente— que me hinché de orgullo cuando tres hombres como mis compañeros me dieron las gracias por haber salvado, o al menos contribuido decisivamente a salvar, la situación. Como el más joven del grupo, no solo en años, sino en experiencia, carácter, conocimientos y todo cuanto hace a un hombre, había quedado eclipsado desde el principio. Y ahora me estaba ganando mi lugar. Me reconfortó pensarlo. ¡Ay! ¡del orgullo que precede a la caída! Aquel pequeño calor de satisfacción propia, aquel añadido de confianza en mí mismo, habrían de llevarme esa misma noche a la experiencia más espantosa de mi vida, y a terminarla con un sobresalto que me revuelve el estómago cada vez que lo recuerdo.

Ocurrió de esta manera. La aventura del árbol me había sobreexcitado en exceso, y el sueño parecía imposible. El profesor Summerlee estaba de guardia, encorvado sobre el pequeño fuego, una figura extraña y angulosa, con el rifle sobre las rodillas y su barba puntiaguda y cabruna balanceándose con cada adormilado cabeceo. Lord John yacía en silencio, envuelto en el poncho sudamericano que acostumbraba llevar, mientras el profesor Challenger roncaba con unos trompidos que retumbaban por los bosques. La luna llena brillaba con fuerza y el aire era vivamente frío. ¡Qué noche para salir a caminar! Y entonces, de pronto, me vino un pensamiento: «¿Por qué no?». Suponed que me escabullera sin ruido, que descendiera hasta el lago central, que regresara al

desayuno con algún testimonio del lugar: ¿no me considerarían un colaborador aún más valioso? Luego, si el profesor Summerlee se salía con la suya y se hallaba algún medio de escape, volveríamos a Londres con conocimiento de primera mano del misterio central de la meseta, adonde yo solo, entre todos los hombres, habría penetrado. Pensé en Gladys, con aquello de «El heroísmo nos rodea por todas partes». Casi oía su voz al decirlo. Pensé también en McArdle. ¡Qué artículo de tres columnas para el periódico! ¡Qué cimientito para una carrera! Una corresponsalía en la próxima gran guerra podría estar a mi alcance. Eché mano a un arma —mis bolsillos estaban llenos de cartuchos— y, apartando los arbustos espinosos que cerraban la entrada de nuestra zareba, me escurrí rápidamente hacia fuera. Mi última mirada me mostró al inconsciente profesor Summerlee, el centinela más inútil del mundo, dando cabezadas como un extraño juguete mecánico frente al fuego que se apagaba.

No había recorrido unos cien metros cuando me arrepentí profundamente de mi temeridad. He dicho en algún lugar de esta crónica, quizá, que tengo demasiada imaginación para ser un hombre verdaderamente valiente, pero que me domina un miedo abrumador a aparentar que tengo miedo. Esa era la fuerza que ahora me empujaba hacia delante. Sencillamente, no podía replegarme sin haber hecho nada. Aunque mis compañeros no hubieran advertido mi ausencia y jamás llegaran a conocer mi debilidad, quedaría en mi alma una vergüenza propia intolerable. Y, sin embargo, me estremecía ante la situación en que me hallaba, y habría dado cuanto poseía en ese momento por quedar honorablemente libre de todo aquel asunto.

De nuevo me asaltó el impulso de volver. Aquí, sin duda, había una razón de lo más legítima para mi fracaso, una razón por la que nadie me tendría en menos. Pero de nuevo el necio orgullo luchó contra esa misma palabra. No podía —no debía— fracasar. Al fin y al cabo, lo más probable era que mi rifle hubiera sido tan inútil como una escopeta frente a los peligros que pudiera encontrar. Si volvía al campamento a cambiar de arma, difícilmente podría entrar y salir de nuevo sin ser visto. En tal caso habría explicaciones, y mi tentativa

dejaría de ser enteramente mía. Así que, tras una breve vacilación, me armé de valor y proseguí mi camino con la inútil escopeta bajo el brazo.

La oscuridad del bosque había sido alarmante, pero aún peor resultó la blanca e inmóvil inundación de luz de luna en el claro abierto de los iguanodontes. Oculto entre los arbustos, lo contemplé. No se veía a ninguno de aquellos enormes animales. Quizá la tragedia que había sufrido uno de ellos los había ahuyentado de su zona de pasto. En la noche brumosa y plateada no distinguí señal alguna de vida. Cobré ánimo, pues, y me deslicé rápidamente al otro lado, y entre la jungla de la orilla opuesta volví a dar con el arroyo que me servía de guía. Era un compañero animoso, que gorjeaba y murmuraba al correr, como el querido y viejo río de truchas de la región occidental donde yo había pescado de noche en mi infancia. Mientras lo siguiera hacia abajo llegaría al lago, y mientras lo siguiera hacia atrás llegaría al campamento. Con frecuencia lo perdía de vista por la maraña de maleza, pero siempre estaba al alcance del oído su tintineo y su chapoteo.

Al descender la ladera el bosque se fue aclarando, y los arbustos, con algún árbol alto de tanto en tanto, ocuparon el lugar de la espesura. Así pude avanzar bien, y veía sin ser visto. Pasé cerca de la ciénaga de los pterodáctilos, y al hacerlo, con un seco y crujiente aleteo de cuero, una de aquellas criaturas —seis metros al menos de punta a punta— se elevó de algún punto cercano y se remontó en el aire. Al cruzar ante la faz de la luna, la luz brilló con claridad a través de las alas membranosas, y parecía un esqueleto volador recortado contra la blanca resplandencia tropical. Me agaché entre los arbustos, pues sabía por experiencia que con un solo grito la criatura podría traer a un centenar de sus asquerosas congéneres sobre mi cabeza. No me atreví a proseguir mi camino a hurtadillas hasta que el animal se hubo posado de nuevo.

La noche había sido extraordinariamente quieta, pero a medida que avanzaba fui tomando conciencia de un sonido grave y ronco, un murmullo continuo, procedente de algún lugar frente a mí. Fue

haciéndose más intenso a medida que proseguía, hasta que al fin estaba claramente muy cerca. Cuando me detuve, el sonido era constante, de modo que parecía proceder de una causa estacionaria. Era como el hervor de un puchero o el borboteo de alguna gran marmita. Pronto di con su origen, pues en el centro de un pequeño claro encontré un lago —o más bien un charco, pues no era más grande que el estanque de la fuente de Trafalgar Square— de una sustancia negra y alquitranada, cuya superficie subía y bajaba en grandes ampollas de gas que estallaban. El aire sobre él temblaba de calor, y el suelo en torno estaba tan ardiente que apenas podía poner la mano encima. Estaba claro que la gran erupción volcánica que había elevado esta extraña meseta tantos años atrás no había agotado por completo sus fuerzas. Rocas ennegrecidas y montículos de lava los había visto ya por todas partes asomando entre la exuberante vegetación que los cubría, pero este charco de asfalto en la jungla era la primera señal que teníamos de actividad real y presente en las laderas del antiguo cráter. No tuve tiempo de examinarlo mejor, pues necesitaba apresurarme si quería estar de vuelta en el campamento por la mañana.

Fue una caminata aterradora, de las que uno no olvida mientras le dure la memoria. En los grandes claros bañados de luna me deslizaba entre las sombras del margen. En la jungla avanzaba a rastras, deteniéndome con el corazón en un puño cada vez que oía —y era frecuente— el crujido de ramas rotas al paso de alguna bestia salvaje. De vez en cuando surgían grandes sombras un instante y desaparecían: grandes sombras silenciosas que parecían merodear sobre patas almohadilladas. Cuántas veces me detuve con intención de regresar y, sin embargo, cada vez mi orgullo venció al miedo y me empujó de nuevo hacia delante hasta que alcanzara mi objetivo.

Por fin —mi reloj marcaba la una de la madrugada— vi el destello del agua entre los claros de la jungla, y diez minutos después estaba entre los juncos a orillas del lago central. Tenía una sed voraz, así que me tumbé y bebí un largo trago de sus aguas, que eran frescas y frías. En el lugar que había encontrado había un amplio sendero

con numerosas huellas, de modo que claramente era uno de los abrevaderos de los animales. Junto al borde del agua había un enorme bloque aislado de lava. Lo escalé, y tumbado en lo alto tuve una vista excelente en todas direcciones.

Lo primero que vi me llenó de estupefacción. Cuando describí la vista desde la cima del gran árbol, dije que en el acantilado del otro lado podía ver una serie de manchas oscuras que parecían bocas de cavernas. Ahora, al mirar hacia los mismos riscos, vi discos de luz en todas direcciones, manchas rojizas y bien definidas, como los ojos de buey de un trasatlántico en la oscuridad. Por un momento pensé que era el resplandor de lava procedente de alguna acción volcánica, pero no podía ser así. Cualquier actividad volcánica estaría sin duda en el fondo del hueco y no en lo alto entre las rocas. ¿Cuál era, entonces, la alternativa? Era asombroso, y sin embargo debía de ser así. Aquellas manchas rojizas debían de ser el reflejo de hogueras encendidas dentro de las cavernas: hogueras que solo podían ser encendidas por la mano del hombre. Había seres humanos, pues, en la meseta. ¡Con qué gloria quedaba justificada mi expedición! ¡Vaya noticia la que íbamos a llevar de vuelta a Londres!

Durante mucho tiempo estuve tumbado observando aquellas manchas de luz rojas y temblorosas. Debían de estar a unos quince kilómetros de mí, y sin embargo incluso a esa distancia se podía apreciar cómo parpadeaban de vez en cuando o quedaban oscurecidas cuando alguien pasaba ante ellas. ¡Qué no hubiera dado por poder arrastrarme hasta allí, asomarme y llevar alguna noticia a mis compañeros sobre el aspecto y la naturaleza de la raza que habitaba tan extraño lugar! Era imposible por el momento, y sin embargo era seguro que no podíamos abandonar la meseta sin tener algún conocimiento definitivo al respecto.

El lago Gladys —mi propio lago— se extendía ante mí como una lámina de azogue, con la luna reflejada brillando vivamente en su centro. Era poco profundo, pues en muchos lugares vi bajos bancos de arena que sobresalían del agua. Por todas partes en la superficie quieta podía ver señales de vida: a veces simples ondas y rizos en el

agua, a veces el destello de un gran pez de flancos plateados en el aire, a veces el dorso arqueado y gris pizarra de algún monstruo que pasaba. Una vez, sobre un banco de arena amarillo, vi una criatura parecida a un enorme cisne, con un cuerpo torpe y un cuello largo y flexible, que se arrastraba por la orilla. Al poco se zambulló, y durante un buen rato pude ver el cuello arqueado y la cabeza rápida ondulando sobre el agua. Luego se sumergió y no la vi más.

Pronto mi atención se apartó de aquellos espectáculos lejanos y volvió a lo que ocurría a mis propios pies. Dos criaturas parecidas a grandes armadillos habían bajado al abrevadero y estaban en cuclillas al borde del agua, con sus largas y flexibles lenguas saliendo y entrando como cintas rojas mientras bebían. Un ciervo enorme, de astas ramificadas, una criatura magnífica que se movía con porte regio, bajó con su cierva y dos cervatillos y bebió junto a los armadillos. No existen ciervos semejantes en ningún otro lugar del mundo, pues los alces que yo he visto apenas le habrían llegado a los hombros. Al poco, el animal lanzó un resoplido de advertencia y se fue con su familia entre los juncos, mientras los armadillos también se escabullían en busca de cobijo. Un recién llegado, un animal de lo más monstruoso, bajaba por el sendero.

Por un momento me pregunté dónde habría visto yo antes aquella forma desgarrada, aquel lomo arqueado con flecos triangulares a lo largo, aquella extraña cabeza de aspecto aviar pegada al suelo. Entonces lo recordé. ¡Era el estegosaurio! La mismísima criatura que Maple White había conservado en su cuaderno de bocetos y que había sido el primer objeto en despertar la atención del profesor Challenger. Allí estaba, quizá el mismo ejemplar que el artista americano había encontrado. El suelo temblaba bajo su tremendo peso, y sus tragos de agua resonaban en la noche quieta. Durante cinco minutos estuvo tan cerca de mi roca que, tendiendo la mano, hubiera podido tocar las horribles crestas ondulantes de su lomo. Luego se alejó pesadamente y se perdió entre los peñascos.

Al mirar el reloj vi que eran las dos y media, y que era hora, por tanto, de emprender el camino de vuelta. No había dificultad en

cuanto a la dirección a seguir, pues en todo momento había mantenido el pequeño arroyo a mi izquierda, y este desembocaba en el lago central a un tiro de piedra del peñasco sobre el que había estado tumbado. Partí, pues, de muy buen ánimo, pues sentía que había hecho buena labor y que llevaba a mis compañeros un sabroso cargamento de noticias. Lo más destacado de todo, claro está, era la visión de las cavernas ígneas y la certeza de que en ellas habitaba alguna raza troglodita. Pero, además de eso, podía hablar por experiencia del lago central. Podía dar testimonio de que estaba lleno de extrañas criaturas, y había visto varias formas terrestres de vida primigenia que no habíamos encontrado hasta entonces. Reflexioné mientras caminaba que pocos hombres en el mundo habrían podido pasar una noche más extraña ni añadir más al conocimiento humano en el transcurso de ella.

Subía trabajosamente la ladera, rumiando estos pensamientos, y había llegado a un punto que quizá estuviera a mitad de camino de vuelta, cuando un extraño ruido a mis espaldas me devolvió a mi propia situación. Era algo entre un ronquido y un gruñido, bajo, profundo y sumamente amenazador. Evidentemente, alguna extraña criatura estaba cerca de mí, pero no se veía nada, así que apreté el paso. Había avanzado casi un kilómetro cuando el sonido se repitió de pronto, todavía a mis espaldas, pero más fuerte y amenazador que antes. El corazón se me paró en el pecho cuando comprendí de golpe que la bestia, fuera lo que fuese, debía de estar siguiéndome a *mí*. Se me heló la piel y se me pusieron los pelos de punta. Que aquellos monstruos se despedazaran entre sí formaba parte de la extraña lucha por la existencia, pero que se volvieran contra el hombre moderno, que rastrear y cazaran deliberadamente al ser humano dominante, era un pensamiento apabullante y pavoroso. Recordé de nuevo el rostro embadurnado de sangre que habíamos visto a la luz de la antorcha de lord John, como una visión horrible de los más profundos círculos del infierno de Dante. Con las rodillas temblando bajo mi peso, me planté y clavé los ojos desorbitados en el sendero iluminado por la luna que se extendía a mis espaldas. Todo estaba quieto como en un paisaje de ensueño. Claros

plateados y manchas negras de arbustos: nada más podía ver. Entonces, desde el silencio, inminente y amenazador, volvió a llegar aquel ronco croar grave, mucho más fuerte y cercano que antes. Ya no cabía ninguna duda. Algo seguía mi rastro y se cerraba sobre mí a cada momento.

Me quedé paralizado, con los ojos todavía fijos en el terreno que acababa de atravesar. Entonces, de pronto, lo vi. Había movimiento entre los arbustos en el extremo opuesto del claro que acababa de cruzar. Una gran sombra oscura se desprendió y saltó al claro bañado de luna. Digo «saltó» deliberadamente, pues la bestia se movía como un canguro, avanzando a brincos en posición erguida sobre sus poderosas patas traseras, mientras las delanteras las mantenía dobladas ante sí. Era de un tamaño y una fuerza enormes, como un elefante en posición vertical, pero sus movimientos, pese a su corpulencia, eran sumamente ágiles. Por un instante, al ver su silueta, tuve la esperanza de que fuera un iguanodonte, que yo sabía que era inofensivo, pero, ignorante como era, pronto vi que aquella era una criatura muy diferente. En lugar de la apacible cabeza en forma de ciervo del gran herbívoro de tres dedos, esta bestia tenía una cara ancha, aplastada y de aspecto sapo, igual a la que nos había alarmado en el campamento. Su grito feroz y la horrible energía de su persecución me aseguraron que aquello era sin duda uno de los grandes dinosaurios carnívoros, las bestias más terribles que jamás han pisado la tierra. Al avanzar al trote, el enorme bruto se inclinaba hacia delante sobre sus patas delanteras y acercaba el hocico al suelo cada veinte metros aproximadamente. Estaba olisqueando mi rastro. A veces, por un instante, lo perdía. Luego lo recuperaba y venía saltando velozmente por el camino que yo había tomado.

Incluso ahora, cuando pienso en aquella pesadilla, el sudor me empapa la frente. ¿Qué podía hacer? Tenía en la mano mi inútil escopeta de caza. ¿Qué auxilio podía prestarme? Miré desesperadamente a mi alrededor en busca de alguna roca o árbol, pero estaba en una jungla espesa sin nada más alto que un arbolillo en todo el radio visual, y sabía que la criatura que me perseguía

podía derribar un árbol corriente como si fuera una caña. Mi única posibilidad estaba en la huida. No podía moverme velozmente por el terreno accidentado y quebrado, pero al mirar en torno con desesperación vi un sendero bien marcado y muy trillado que cruzaba ante mí. Habíamos visto varios por el estilo, las sendas de distintas bestias salvajes, durante nuestras expediciones. Por este quizá podría mantenerme, pues era un corredor rápido y estaba en excelente forma. Arrojando mi inútil escopeta, me dispuse a correr ochocientos metros como no había corrido jamás antes ni correría después. Me dolían los miembros, me jadeaba el pecho, sentía que la garganta me iba a estallar de falta de aire, y sin embargo, con aquel horror a mis espaldas, corrí y corrí y corrí. Al fin me detuve, apenas capaz de moverme. Por un momento creí que lo había despistado. El sendero quedaba quieto a mis espaldas. Y entonces, de pronto, con un estrépito y un desgarró, con el retumbar de unas patas gigantes y el jadeo de unos pulmones de monstruo, la bestia estaba de nuevo sobre mí. La tenía en mis talones. Estaba perdido.

¡Qué insensato fui quedándome tanto antes de huir! Hasta ese momento, la bestia me había seguido por el olfato, y su avance era lento. Pero me había visto en el instante en que eché a correr. A partir de entonces me persiguió por la vista, pues el sendero le revelaba adónde había ido yo. Y ahora, al doblar la curva, avanzaba a grandes saltos. La luz de la luna iluminaba sus enormes ojos protuberantes, la hilera de dientes descomunales en su boca abierta y las relucientes garras que orlaban sus cortos y poderosos antebrazos. Presa de un terror cerval, me di la vuelta y eché a correr enloquecido sendero abajo. A mis espaldas, la respiración entrecortada y anhelante de la criatura sonaba cada vez más cerca. Sus pesadas pisadas resonaban a mi lado. A cada instante esperaba sentir su zarpa sobre mi espalda. Y de repente se produjo un golpe seco: caía al vacío, y tras ello no hubo más que oscuridad y reposo.

Cuando recuperé el conocimiento —lo que no debió de durar más que unos pocos minutos— me asaltó un hedor penetrante y espantoso. Al extender la mano en la oscuridad topé con algo que parecía un enorme trozo de carne, mientras la otra mano cerraba

sus dedos en torno a un hueso grande. Por encima de mí había un círculo de cielo estrellado, lo que me indicó que yacía en el fondo de un hoyo profundo. Lentamente me incorporé tambaleándome y me palpé de arriba abajo. Tenía el cuerpo entumecido y dolorido de pies a cabeza, pero ningún miembro se negaba a moverse ni ninguna articulación a doblarse. Cuando los detalles de mi caída fueron regresando a mi confusa mente, alcé los ojos aterrado, esperando ver aquella horrible cabeza recortada contra el cielo que empezaba a palidecer. Sin embargo, no había rastro alguno del monstruo, ni tampoco podía oírse ningún sonido desde arriba. Me puse, pues, a caminar despacio en círculo, palpando en todas direcciones para averiguar qué lugar extraño era aquel al que yo había ido a parar tan oportunamente.

Era, como he dicho, un hoyo de paredes escarpadas y fondo plano de unos seis metros de diámetro. Ese fondo estaba sembrado de grandes trozos de carne en avanzado estado de putrefacción. El ambiente era deletéreo y repugnante. Después de tropezar y trastabillar entre aquellos montones de carroña, topé de pronto con algo duro y descubrí que un poste vertical estaba firmemente hincado en el centro de la oquedad. Era tan alto que no alcanzaba su punta con la mano, y parecía cubierto de grasa.

De pronto recordé que llevaba en el bolsillo una cajita de latón con cerillas de cera. Al encender una pude al fin hacerme una idea de aquel lugar al que había ido a caer. No cabía duda sobre su naturaleza: era una trampa construida por mano humana. El poste central, de unos tres metros de longitud, estaba afilado en su extremo superior y ennegrecido por la sangre reseca de las criaturas que habían sido empaladas en él. Los restos diseminados por el suelo eran fragmentos de esas víctimas, retirados para despejar la estaca y dejarla lista para el próximo que tuviese la mala fortuna de caer en ella. Recordé que el profesor Challenger había afirmado que el hombre no podría sobrevivir en la meseta, pues con sus débiles armas sería incapaz de mantenerse ante los monstruos que la recorrían. Pero ahora quedaba bien claro el modo de lograrlo. En sus cavernas de angosta entrada, los nativos —quienquiera que fuesen—

disponían de refugios inaccesibles a los enormes saurios, y con su cerebro más desarrollado eran capaces de tender trampas como aquélla, cubiertas de ramas, a lo largo de los senderos que marcaban el tránsito de los animales, destruyéndolos pese a toda su fuerza y agilidad. El hombre siempre ha sido el amo.

La pared inclinada del hoyo no era difícil de escalar para un hombre ágil, pero dudé mucho antes de ponerme al alcance de la terrible criatura que tan cerca había estado de destruirme. ¿Cómo podía saber que no estaba agazapada en el primer matorral, aguardando mi reaparición? Me animé, sin embargo, al recordar una conversación entre el profesor Challenger y el profesor Summerlee sobre las costumbres de los grandes saurios. Ambos coincidían en que esos monstruos carecían prácticamente de inteligencia, que no había espacio para la razón en sus diminutas cavidades craneales, y que si habían desaparecido del resto del mundo era sin duda por su propia estupidez, que les había impedido adaptarse a las condiciones cambiantes.

Que me esperase apostada implicaría que la criatura había comprendido lo que me había ocurrido, lo que a su vez supondría cierta capacidad de relacionar causas y efectos. ¿No era más probable que un ser sin cerebro, que actuaba únicamente por un vago instinto depredador, abandonase la persecución cuando yo desaparecí y, tras un momento de perplejidad, se alejase en busca de otra presa? Me encaramé hasta el borde del hoyo y miré al exterior. Las estrellas se apagaban, el cielo blanqueaba y el viento frío de la madrugada me acariciaba el rostro de manera agradable. No vi ni oí nada de mi enemigo. Salí despacio y me senté un rato en el suelo, dispuesto a refugiarme de nuevo en el hoyo al menor indicio de peligro. Luego, tranquilizado por el silencio absoluto y por la luz que iba creciendo, reuní todo mi valor y me deslicé de regreso por el camino que había traído. Algo más adelante recogí mi fusil, y poco después encontré el arroyo que me servía de guía. Así, lanzando frecuentes y temerosas miradas atrás, me encaminé hacia el campamento.

Y de pronto algo vino a recordarme a mis compañeros ausentes. En el aire limpio y quieto de la mañana resonó a lo lejos el sonido seco y cortante de un único disparo de rifle. Me detuve y escuché, pero no hubo nada más. Por un momento me sobresalté al pensar que algún peligro repentino pudiera haberles sobrevenido. Pero luego acudió a mi mente una explicación más sencilla y natural. Ya era pleno día. Sin duda habrían advertido mi ausencia. Pensando que me había perdido en el bosque, habrían disparado ese tiro para guiarme de regreso. Ciertamente es que habíamos tomado la firme resolución de no disparar, pero si creían que yo podría estar en peligro no vacilarían. Lo que a mí me tocaba era apresurarme cuanto pudiese para tranquilizarlos.

Estaba exhausto y rendido, de modo que no avancé tan deprisa como hubiese deseado; pero al cabo llegué a parajes que me resultaban conocidos. A mi izquierda quedaba la ciénaga de los pterodáctilos; frente a mí, el claro de los iguanodontes. Ya estaba en el último cinturón de árboles que me separaba del fuerte Challenger. Alcé la voz con un grito animoso para calmar sus temores. Ningún saludo me respondió. El corazón se me encogió ante aquel silencio ominoso. Apreté el paso hasta echar a correr. La zarea apareció ante mí tal como la había dejado, pero la puerta estaba abierta. Entré de un salto. A la fría luz de la mañana, el espectáculo que se ofreció a mis ojos era aterrador. Nuestros enseres estaban desperdigados en confusión por el suelo; mis compañeros habían desaparecido, y junto a las brasas humeantes de nuestra hoguera la hierba estaba teñida de carmesí por un horrible charco de sangre.

Quedé tan aturdido por el impacto repentino que debí de estar a punto de perder el juicio durante unos instantes. Conservo un vago recuerdo, como el que se tiene de una pesadilla, de haber corrido frenéticamente por el bosque en torno al campamento desierto, llamando a gritos a mis compañeros. Ninguna respuesta llegó de entre las sombras silenciosas. El horrible pensamiento de que quizá no volviera a verlos jamás, de que podría encontrarme abandonado y solo en aquel lugar espantoso sin posibilidad alguna de descender al mundo de abajo, de que acaso viviera y muriera en aquel país de

pesadilla, me sumió en la desesperación. Me habría arrancado los cabellos y golpeado la cabeza en mi angustia. Solo entonces comprendí cuánto había llegado a apoyarme en mis compañeros: en la serena seguridad en sí mismo del profesor Challenger y en la fría ecuanimidad, llena de humor, de lord John Roxton. Sin ellos era como un niño en la oscuridad, inerme e impotente. No sabía adónde volverme ni qué debía hacer primero.

Tras un período en que permanecí sentado sin saber qué pensar, me puse a intentar averiguar qué desventura repentina podría haber caído sobre mis compañeros. El aspecto de total desorden del campamento indicaba que había habido algún tipo de ataque, y el disparo de rifle señalaba sin duda el momento en que se había producido. El hecho de que hubiera sido un solo disparo indicaba que todo había terminado en un instante. Los rifles seguían en el suelo, y uno de ellos —el de lord John— tenía el cartucho vacío en la recámara. Las mantas del profesor Challenger y del profesor Summerlee junto al fuego sugerían que habían estado dormidos en ese momento. Las cajas de munición y de víveres estaban esparcidas en completo desorden, junto con nuestras desgraciadas cámaras y los portanegativos, pero ninguna de ellas faltaba. En cambio, todas las provisiones a la vista —y recordé que había una cantidad considerable de ellas— habían desaparecido. Eran animales, pues, y no nativos, quienes habían efectuado la incursión, pues estos últimos sin duda no habrían dejado nada.

Pero si habían sido animales, o algún único y terrible animal, ¿qué había sido de mis compañeros? Una bestia feroz los habría destruido dejando sus restos. Cierto es que estaba aquel horrible charco de sangre que delataba violencia. Un monstruo como el que me había perseguido durante la noche podría haberse llevado a una víctima con la misma facilidad con que un gato se lleva a un ratón. En ese caso, los otros habrían salido en su persecución. Pero entonces habrían cogido sus rifles sin falta. Cuanto más intentaba razonarlo con mi cerebro confuso y agotado, menos lograba encontrar una explicación plausible. Exploré el bosque en derredor, pero no hallé ninguna huella que pudiera llevarme a alguna conclusión. En un

momento me perdí, y solo por buena fortuna, y tras una hora de vagar, volví a encontrar el campamento.

De pronto acudió a mi mente un pensamiento que trajo algún pequeño consuelo a mi corazón. No estaba absolutamente solo en el mundo. Al pie del acantilado, a distancia de voz, aguardaba el fiel Zambo. Me acerqué al borde de la meseta y miré abajo.

Efectivamente, estaba en cuclillas entre sus mantas junto al fuego en su pequeño campamento. Pero, para mi asombro, un segundo hombre estaba sentado frente a él. Por un instante el corazón me dio un vuelco de alegría al pensar que uno de mis compañeros había logrado bajar sano y salvo. Pero una segunda mirada deshizo la esperanza. El sol naciente teñía de rojo la piel del hombre. Era un indio. Grité con fuerza y agité mi pañuelo. Al poco, Zambo levantó los ojos, me saludó con la mano y se volvió para trepar el pinnáculo. En poco tiempo estaba a mi lado, escuchando con profunda congoja el relato que le hice.

—El diablo se los ha llevado, seguro, señor Malone —dijo—. Usté se ha metido en tierra del diablo, señor, y él se los lleva a todos. Hágame caso, señor Malone, y baje usté pronto, que si no él se lo lleva también.

—¿Y cómo puedo bajar, Zambo?

—Coja lianas de los árboles, señor Malone. Térelas aquí. Yo las ato a este tocón y así tiene usté un puente.

—En eso hemos pensado ya. No hay lianas aquí que puedan sostenernos.

—Mande buscar cuerdas, señor Malone.

—¿A quién envió y adónde?

—Mande a los poblados indios, señor. En los poblados indios hay muchas cuerdas de cuero. El indio de abajo; mándelo a él.

—¿Y quién es ése?

—Uno de nuestros indios. Los otros lo han golpeado y le han quitado su paga. Ha vuelto con nosotros. Está listo para llevar una carta, traer cuerdas... lo que haga falta.

¡Llevar una carta! ¿Por qué no? Quizás pudiera traer ayuda; pero en cualquier caso garantizaría que nuestras vidas no se hubieran sacrificado en vano, y que las noticias de todo cuanto habíamos conquistado para la Ciencia llegasen a nuestros amigos en casa. Ya tenía dos cartas terminadas esperando. Pasaría el día escribiendo una tercera que pusiera mis experiencias absolutamente al día. El indio podría llevar todo aquello de regreso al mundo. Ordené a Zambo, pues, que volviera al anochecer, y pasé mi miserable y solitario día registrando mis propias aventuras de la noche anterior. Redacté también una nota para entregarla a cualquier comerciante blanco o capitán de barco de vapor que el indio pudiese encontrar, suplicándoles que nos enviaran cuerdas, pues de ello dependían nuestras vidas. Esos documentos los arrojé a Zambo al anochecer, junto con mi bolsa, que contenía tres soberanos ingleses. Éstos debían entregarse al indio, con la promesa de que recibiría el doble si regresaba con las cuerdas.

Así pues, comprenderá usted ahora, querido señor McArdle, cómo llega a sus manos esta comunicación, y conocerá también la verdad por si no volviera a tener noticias de su desdichado corresponsal. Esta noche estoy demasiado agotado y abatido para trazar planes. Mañana deberé idear alguna manera de mantenerme en contacto con este campamento y, al mismo tiempo, buscar por los alrededores cualquier rastro de mis desgraciados amigos.

CAPÍTULO XIII

Una visión que nunca olvidaré

Justo cuando el sol se ponía en aquella melancólica noche divisé la figura solitaria del indio en la inmensa llanura que se extendía bajo mis pies, y lo observé —nuestra única y tenue esperanza de salvación— hasta que desapareció en las brumas ascendentes del atardecer, teñidas de rosa por el sol poniente, que se tendían entre el lejano río y yo.

Era ya noche cerrada cuando por fin regresé a nuestro devastado campamento, y la última imagen que me acompañó en el camino fue el resplandor rojizo del fuego de Zambo, el único punto de luz en el vasto mundo que se extendía abajo, al igual que su leal presencia lo era en mi propio alma en sombras. Y sin embargo me sentí más dichoso que en ningún momento desde que aquella aplastante desgracia cayó sobre nosotros, pues era un consuelo pensar que el mundo acabaría sabiendo lo que habíamos hecho, de suerte que, en el peor de los casos, nuestros nombres no perecerían con nuestros cuerpos, sino que pasarían a la posteridad asociados al fruto de nuestros trabajos.

Era algo que helaba el alma dormir en aquel campamento maldito; y sin embargo resultaba aún más inquietante hacerlo en la jungla. Había que elegir entre uno y otro. La prudencia, por un lado, me advertía de que debía permanecer en guardia, pero la naturaleza agotada, por el otro, declaraba que no iba a hacer nada semejante. Trepé a una rama del gran árbol de ginkgo, pero su superficie

redondeada no ofrecía apoyo seguro alguno, y sin duda habría caído al suelo y me habría roto el cuello en cuanto comenzara a dormitar. Bajé, pues, y me puse a reflexionar sobre qué debía hacer. Finalmente cerré la puerta de la zareba, encendí tres hogueras separadas en forma de triángulo y, tras cenar copiosamente, caí en un profundo sueño del que tuve un despertar tan extraño como bienvenido. En las primeras horas de la mañana, en el momento en que alboreaba el día, una mano se posó sobre mi brazo y, sobresaltándome, con todos los nervios en tensión y la mano buscando a tientas el rifle, lancé un grito de alegría al ver, en la fría luz grisácea, a lord John Roxton arrodillado a mi lado.

Era él... y sin embargo no era él. Lo había dejado tranquilo en su porte, impecable en su persona, pulcro en su vestimenta. Ahora estaba pálido y con ojos desorbitados, jadeando al respirar como quien ha corrido mucho y aprisa. Su rostro demacrado estaba lleno de arañazos y sangre, la ropa hecha jirones y el sombrero había desaparecido. Lo miré boquiabierto, pero no me dio ocasión para preguntas. Iba revolviendo entre nuestras provisiones sin cesar mientras hablaba.

—¡Rápido, muchacho! ¡Rápido! —gritó—. Cada segundo cuenta. Coja los rifles, los dos. Yo tengo los otros dos. Ahora, todos los cartuchos que pueda reunir. Llénese los bolsillos. Ahora, algo de comida. Con media docena de latas bastará. ¡Muy bien! No se pare a hablar ni a pensar. ¡En marcha, o estamos perdidos!

Aún medio dormido, e incapaz de imaginar qué podía significar todo aquello, me encontré corriendo frenéticamente tras él por el bosque, con un rifle bajo cada brazo y un montón de provisiones diversas en las manos. Se escurrió una y otra vez por lo más tupido del matorral hasta llegar a una espesa mata de arbustos. Se lanzó de cabeza sin importarle las espinas y se arrojó al interior de ella, arrastrándome a su lado.

—¡Aquí! —jadeó—. Creo que estamos a salvo. Se dirigirán al campamento tan seguro como el amanecer. Será lo primero que se les ocurra. Pero esto debería despistarlos.

—¿Qué pasa? —pregunté en cuanto recobré el aliento—. ¿Dónde están los profesores? ¿Y quién nos persigue?

—Los hombres-mono —exclamó—. ¡Dios mío, qué bestias! No levante la voz, que tienen el oído muy fino; también la vista, pero al parecer carecen de olfato, a juzgar por lo que pude observar, así que no creo que puedan rastrearnos. ¿Dónde ha estado usted, muchacho? Ha tenido suerte de librarse de esto.

En pocas palabras le susurré lo que había hecho.

—Bastante malo —dijo cuando hubo oído lo del dinosaurio y el pozo—. No es exactamente el lugar para una cura de reposo. ¿Eh? Pero yo no tenía la menor idea de sus posibilidades hasta que esos diablos nos echaron el guante. Los papúas caníbales me capturaron una vez, pero son unos caballeros comparados con esta pandilla.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté.

—Fue de madrugada. Nuestros ilustres amigos apenas se estaban desperezando. Ni siquiera habían empezado a discutir todavía. De repente llovieron monos. Cayeron tan espesos como manzanas de un árbol. Supongo que llevaban rato reuniéndose en la oscuridad hasta que aquel gran árbol que teníamos sobre nuestras cabezas se dobló bajo su peso. Le metí una bala en la tripa a uno de ellos, pero antes de que nos diésemos cuenta ya nos tenían tumbados de espaldas con los brazos y las piernas abiertos. Los llamo monos, pero llevaban palos y piedras en las manos y se parloteaban los unos a los otros, y al final nos ataron las manos con lianas, así que se aventajan a cualquier bestia que haya visto en mis andanzas. Hombres-mono, eso es lo que son; los eslabones perdidos, y ojalá se hubieran quedado perdidos. Se llevaron a su camarada herido —sangraba como un cerdo— y luego se sentaron en círculo alrededor de nosotros, y si alguna vez he visto la maldad asesina en un rostro ha sido en los suyos. Eran tipos grandotes, tan altos como un hombre y bastante más fuertes. Tienen unos curiosos ojos grises y vidriosos bajo unas cejas pelirrojas en penacho, y se quedaron allí sentados relamiéndose una y otra vez. El profesor Challenger no es

ningún cobarde, pero incluso él se acobardó. Logró ponerse en pie como pudo y se puso a gritarles que acabaran de una vez y que se despacharan con él. Creo que la brusquedad de todo aquello le había trastornado un poco, pues los insultó y maldijo como un loco. Si hubieran sido una fila de sus periodistas favoritos no los habría vapuleado de peor manera.

—¿Y qué hicieron ellos? —La extraña historia que mi compañero me susurraba al oído me tenía fascinado, mientras sus penetrantes ojos no dejaban de escudriñar en todas direcciones y su mano aferraba el rifle amartillado.

—Creí que era nuestro fin, pero en vez de eso les dio por otro camino. Se pusieron todos a gritar y a chacharear. Luego uno de ellos se adelantó y se colocó junto al profesor Challenger. Sonreirá usted, muchacho, pero palabra de honor que podrían haber pasado por parientes. No me lo habría creído de no haberlo visto con mis propios ojos. Aquel hombre-mono viejo —era su jefe— era una especie de Challenger pelirrojo, con todos y cada uno de los rasgos estéticos de nuestro amigo, solo que un pelín más acentuados. Tenía el cuerpo rechoncho, los hombros anchos, el pecho redondo, sin cuello, una gran barba rojiza en abanico, las cejas en penacho, esa mirada de «¿qué quieres, maldita sea?» en los ojos, y todo el catálogo completo. Cuando el hombre-mono se puso junto al profesor Challenger y le puso la zarpa en el hombro, el cuadro fue perfecto. El profesor Summerlee estaba algo histérico y se rió hasta llorar. Los hombres-mono también se rieron —o al menos armaron un cacareo del diablo— y se pusieron manos a la obra para arrastrarnos por el bosque. No tocaron las armas ni las demás cosas —supongo que les parecieron peligrosas—, pero se llevaron todos nuestros víveres sueltos. El profesor Summerlee y yo recibimos un trato bastante brusco por el camino —ahí están mi piel y mi ropa para atestiguarlo—, pues nos llevaron en línea recta a través de las zarzas, y sus propios pellejos son como cuero. Pero el profesor Challenger salió indemne. Cuatro de ellos lo llevaron a hombros y avanzó como un emperador romano. ¿Qué ha sido eso?

Era un extraño ruido entrecortado en la distancia, no muy distinto al de las castañuelas.

—¡Ahí van! —dijo mi compañero, introduciendo cartuchos en el segundo rifle *Express* de dos cañones—. Cárguelos todos, muchacho, que no vamos a dejarnos coger vivos, ¡y no lo olvide! Ese es el jaleo que arman cuando se excitan. ¡Por Jorge! Tendrán motivos para excitarse si dan con nosotros. La «Última Resistencia de los Grises» se quedaría a la altura del betún. «Con los rifles apretados en sus rígidas manos, en medio de un círculo de muertos y moribundos», como canta algún mentecato. ¿Los oye usted ahora?

—Muy lejos.

—Ese grupito no va a conseguir nada, pero supongo que sus patrullas de búsqueda están repartidas por todo el bosque. Bien, le estaba contando mi historia de desdichas. Nos llevaron enseguida a su ciudad, unas mil chozas de ramas y hojas en un gran bosquecillo cerca del borde del acantilado. Está a cinco o seis kilómetros de aquí. Las asquerosas bestias me manosearon de arriba abajo, y siento como si no fuera a volver a estar limpio en la vida. Nos ataron —el tipo que se encargó de mí sabía atar como un contraamaestre— y allí nos quedamos tumbados de espaldas bajo un árbol, mientras un enorme bruto nos montaba guardia con una maza en la mano. Cuando digo «nosotros» me refiero al profesor Summerlee y a mí. El viejo Challenger estaba encaramado en un árbol comiendo piñas y disfrutando de lo lindo. He de reconocer que logró pasarnos algo de fruta y que con sus propias manos nos aflojó las ataduras. Si le hubiera visto sentado allí en ese árbol, codeándose con su hermano gemelo y cantando con ese bajo retumbante suyo «¡Tañed, salvajes campanas!», ya que la música de cualquier tipo parecía ponerlos de buen humor, habría usted sonreído; pero nosotros no estábamos muy de humor para reír, como puede imaginarse. Estaban dispuestos, dentro de ciertos límites, a dejarle hacer lo que quisiese, pero con nosotros había una línea claramente marcada. Para todos fue un enorme consuelo saber que usted andaba suelto y tenía los archivos bajo su custodia.

—Bien, ahora, muchacho, voy a contarle algo que le va a sorprender. Dice usted que vio señales de seres humanos, hogueras, trampas y cosas así. Pues bien, nosotros hemos visto a los propios nativos. Pobres diablos, eran tipos pequeños y cabizbajos, y tenían sobrados motivos para estarlo. Al parecer los seres humanos ocupan un lado de la meseta —allá, donde usted vio las cuevas—, y los hombres-mono ocupan este lado, y entre ellos hay una guerra sangrienta sin cuartel. Esa es la situación, hasta donde yo pude entender. Pues bien, ayer los hombres-mono atraparon a una docena de los seres humanos y los trajeron como prisioneros. En su vida habrá usted oído semejante algarabía y semejantes gritos. Los hombres eran tipos pequeñitos y cobrizos, y los habían mordido y arañado de tal manera que apenas podían caminar. Los hombres-mono mataron a dos de ellos allí mismo —le arrancaron literalmente el brazo a uno—, fue absolutamente horrible. Son tipos valientes, apenas lanzaron un quejido. Pero a nosotros nos revolvió las tripas por completo. El profesor Summerlee se desmayó, e incluso el profesor Challenger tuvo todo lo que podía aguantar. Creo que ya se han ido, ¿usted no?

Escuchamos con atención, pero nada salvo el reclamo de los pájaros turbaba la honda paz del bosque. Lord Roxton continuó su relato.

—Creo que ha tenido usted la mayor escapada de su vida, muchacho. Fue la captura de aquellos indios lo que le sacó a usted por completo de sus cabezas; de lo contrario habrían vuelto al campamento a por usted tan seguro como el amanecer y le habrían atrapado. Claro que, como usted dijo, nos han estado vigilando desde el principio desde ese árbol, y sabían perfectamente que nos faltaba uno. Sin embargo, solo podían pensar en la nueva presa; así que fui yo, y no una pandilla de monos, quien apareció en el campamento al amanecer. Pues bien, lo que vino después fue un asunto horrible. ¡Dios mío, qué pesadilla es todo esto! ¿Recuerda usted ese gran enjambre de cañas afiladas que hay abajo, donde encontramos el esqueleto del americano? Pues bien, está justo debajo de la ciudad de los monos, y ese es el lugar desde donde

arrojan a sus prisioneros. Supongo que allí habrá montones de esqueletos si nos pusiéramos a buscarlos. En la parte de arriba tienen una especie de explanada despejada, y lo hacen con toda la ceremonia del caso. Los pobres diablos tienen que saltar uno a uno, y el juego consiste en ver si simplemente se hacen pedazos o si quedan ensartados en las cañas. Nos llevaron allí para verlo, y toda la tribu se alineó en el borde. Cuatro de los indios saltaron, y las cañas los atravesaron como agujas de calceta en un trozo de mantequilla. No es de extrañar que encontráramos el esqueleto de ese pobre yanqui con las cañas creciendo entre las costillas. Fue horrible, pero también condenadamente interesante. Todos estábamos fascinados viendo cómo se lanzaban al vacío, incluso cuando creíamos que el siguiente turno en el trampolín sería el nuestro.

—Pues no fue así. Tenían reservados a seis de los indios para hoy —eso es lo que yo entendí—, pero me parece que nosotros éramos los artistas estrella del espectáculo. El profesor Challenger quizás se libraría, pero el profesor Summerlee y yo estábamos en el cartel. Su lenguaje consiste en su mayor parte en señas, y no era difícil seguirlos. Así que pensé que había llegado el momento de escapar. Le había estado dando algunas vueltas al asunto y tenía uno o dos puntos claros en la cabeza. Todo dependía de mí, pues el profesor Summerlee era inútil y el profesor Challenger poco mejor. Las únicas veces que coincidían era para ponerse a discutir porque no se ponían de acuerdo sobre la clasificación científica de estos diablos pelirrojos que nos habían capturado. Uno decía que era el *dryopithecus* de Java, el otro que era el *pithecanthropus*. Locura, lo llamo yo; locos los dos. Pero, como digo, había pensado en uno o dos puntos que resultaban útiles. El primero era que esas bestias no podían correr tan rápido como un hombre en campo abierto. Tienen las piernas cortas y zambas, como ve usted, y el cuerpo pesado. Incluso el profesor Challenger les sacaría unos metros de ventaja en una carrera de cien, y usted o yo seríamos unos Shrubbs en toda regla. El segundo punto era que no sabían nada de armas de fuego. No creo que llegaran a entender nunca cómo el tipo al que yo

disparé recibió su herida. Si conseguíamos hacernos con nuestras armas, no había manera de saber lo que podríamos hacer.

—Así que me escapé esta mañana temprano, le metí una patada en la tripa al que me vigilaba que lo dejó fuera de combate, y salí a toda velocidad hacia el campamento. Allí le recogí a usted y a los rifles, y aquí estamos.

—¡Pero los profesores! —exclamé consternado.

—Pues simplemente tenemos que volver a buscarlos. No podía traerlos conmigo. El profesor Challenger estaba en el árbol y el profesor Summerlee no estaba en condiciones de hacer el esfuerzo. La única posibilidad era hacerse con las armas e intentar un rescate. Claro que puede que los maten de inmediato en venganza. No creo que toquen al profesor Challenger, pero no respondo del profesor Summerlee. Aunque de todos modos habrían acabado con él en cualquier caso. De eso estoy seguro. Así que huyendo no he empeorado las cosas. Pero el honor nos obliga a volver y sacarlos de allí, o correr su misma suerte. Así que puede usted ir preparando el alma, muchacho, porque antes del anochecer habrá que decidir de una manera o de otra.

He intentado imitar aquí el hablar entrecortado de lord Roxton, sus frases cortas y enérgicas, el tono mitad humorístico mitad temerario que impregnaba todo lo que decía. Pero era un líder nato. A medida que el peligro arreciaba, su aire desenfadado se acentuaba, su discurso se volvía más chispeante, sus ojos fríos resplandecían con ardiente vida y su bigote de don Quijote se erizaba de alegre excitación. Su amor por el peligro, su intensa apreciación del drama de una aventura —tanto más intensa cuanto más celosamente la contenía—, su visión constante de que cada peligro de la vida es una forma de deporte, un feroz juego entre uno y el Destino, con la Muerte como prenda, lo convertían en un compañero extraordinario en tales momentos. De no haber sido por la inquietud por la suerte de nuestros compañeros, habría sido una auténtica alegría lanzarme con tal hombre a semejante empresa.

Nos estábamos levantando de nuestro escondite entre los arbustos cuando de súbito sentí su mano apretarse en mi brazo.

—¡Por Jorge! —susurró—. ¡Ahí vienen!

Desde donde yacíamos podíamos ver una galería de color ocre arqueada de verde, formada por troncos y ramas. A lo largo de ella pasaba un grupo de hombres-mono. Avanzaban en fila india, con las piernas dobladas y las espaldas encorvadas, rozando el suelo de vez en cuando con las manos y con la cabeza girando a derecha e izquierda mientras trotaban. Su porte agachado les restaba estatura, pero yo los calcularía en metro y medio más o menos, con brazos largos y pechos enormes. Muchos llevaban palos, y a esa distancia parecían una fila de seres humanos muy peludos y deformes. Por un momento los vi con nitidez. Luego desaparecieron entre los arbustos.

—Esta vez no —dijo lord John, que había aferrado su rifle—. Nuestra mejor oportunidad es quedarnos quietos hasta que abandonen la búsqueda. Entonces veremos si podemos volver a su ciudad y darles donde más les duele. Démosles una hora y nos ponemos en marcha.

Aprovechamos el tiempo abriendo una de las latas de comida y dando buena cuenta del desayuno. Lord Roxton no había probado bocado desde la mañana anterior salvo algo de fruta, y comió como un hombre muerto de hambre. Luego, por fin, con los bolsillos repletos de cartuchos y un rifle en cada mano, nos pusimos en marcha para nuestra misión de rescate. Antes de abandonarlo, marcamos cuidadosamente nuestro pequeño escondite entre los arbustos y su posición relativa respecto al Fuerte Challenger, para poder encontrarlo de nuevo si lo necesitábamos. Nos escurrimos entre los arbustos en silencio hasta llegar al mismo borde del acantilado, cerca del antiguo campamento. Allí nos detuvimos y lord John me explicó algo de sus planes.

—Mientras estemos entre los árboles espesos, esos cerdos son nuestros dueños —dijo—. Ellos nos ven y nosotros no los vemos.

Pero en campo abierto es diferente. Allí podemos movernos más rápido que ellos. Así que debemos mantenernos en campo abierto todo lo posible. El borde de la meseta tiene menos árboles grandes que el interior. Esa es nuestra línea de avance. Vaya despacio, mantenga los ojos bien abiertos y el rifle listo. Sobre todo, no se deje capturar mientras quede un cartucho: esa es mi última palabra para usted, muchacho.

Cuando llegamos al borde del acantilado miré hacia abajo y vi a nuestro buen Zambo sentado fumando en una roca a nuestros pies. Habría dado mucho por hacerle señas y contarle nuestra situación, pero era demasiado peligroso, por temor a que nos oyeran. Los bosques parecían estar llenos de hombres-mono; una y otra vez oímos su peculiar chaqueteo entrecortado. En tales momentos nos sumergíamos en el grupo de arbustos más cercano y permanecíamos inmóviles hasta que el ruido se alejaba. Nuestro avance era, por tanto, muy lento, y debían de haber pasado al menos dos horas cuando vi por los cautelosos movimientos de lord John que debíamos de estar cerca de nuestro destino. Me hizo señas de que me quedara quieto y avanzó él solo a rastras. Al cabo de un minuto volvió, con el rostro crispado de ansiedad.

—¡Venga! —dijo—. ¡Venga, deprisa! ¡Quiera Dios que no lleguemos ya demasiado tarde!

Me encontré temblando de nerviosa excitación mientras avanzaba a gatas y me tumbaba a su lado, mirando a través de los arbustos un claro que se abría ante nosotros.

Fue una visión que no olvidaré jamás hasta el último día de mi vida, tan extraña, tan imposible, que no sé cómo hacerte comprender lo que fue, ni cómo dentro de unos años seré capaz de creer en ella si llego a sentarme de nuevo en un sofá del Savage Club y a contemplar la gris solidez del Embankment. Sé que entonces me parecerá una pesadilla descabellada, un delirio febril. Pero lo voy a consignar ahora, mientras aún está fresco en mi memoria, y al menos uno, el hombre que yacía en las húmedas hierbas a mi lado, sabrá si he mentido.

Ante nosotros se abría un amplio espacio despejado —de varios centenares de metros de anchura— todo cubierto de césped verde y helecho bajo que crecía hasta el mismo borde del acantilado. Rodeando el claro había un semicírculo de árboles con extrañas chozas construidas con follaje amontonado entre las ramas, una encima de la otra. Una colonia de grajos, con cada nido convertido en una casita, sería la imagen más aproximada. Las entradas de esas chozas y las ramas de los árboles estaban atestadas de una densa muchedumbre de hombres-mono que, a juzgar por su tamaño, identifiqué como las hembras y las crías de la tribu. Formaban el telón de fondo del cuadro, y todos contemplaban con ávido interés la misma escena que a nosotros nos fascinaba y desconcertaba.

En el claro, cerca del borde del acantilado, se había congregado un grupo de un centenar de esas peludas criaturas de pelaje rojizo, muchas de ellas de enorme tamaño, y todas de aspecto horrible. Entre ellas reinaba cierta disciplina, pues ninguna intentaba romper la fila que habían formado. Al frente se hallaba un pequeño grupo de indios —hombrecillos de miembros esbeltos y piel rojiza que brillaba como bronce pulido bajo el sol intenso—. Junto a ellos estaba de pie un hombre blanco, alto y delgado, con la cabeza inclinada, los brazos cruzados, y toda su actitud expresando horror y abatimiento. Era imposible confundir la angulosa figura del profesor Summerlee.

Ante este abatido grupo de prisioneros y a su alrededor había varios hombres-mono que los vigilaban de cerca e impedían cualquier posibilidad de huida. Pero allí, apartadas del resto y muy cerca del borde del acantilado, había dos figuras tan extrañas —y en otras circunstancias tan ridículas— que acapararon toda mi atención. Una era nuestro compañero, el profesor Challenger. Los restos de su chaqueta colgaban en jirones de sus hombros, la camisa había desaparecido por completo, y su enorme barba se confundía con la maraña negra que cubría su poderoso pecho. Había perdido el sombrero, y su cabello, que había crecido mucho durante nuestras andanzas, ondeaba en salvaje desorden. Un solo día parecía haberlo transformado del más ilustre producto de la civilización moderna en

el salvaje más desaharrapado de América del Sur. A su lado estaba su amo, el rey de los hombres-mono. En todo era, como había dicho lord John, el vivo retrato de nuestro Profesor, salvo que su pelaje era rojizo en vez de negro. La misma figura baja y corpulenta, los mismos hombros pesados, el mismo caer hacia delante de los brazos, la misma barba erizada fundiéndose con el pecho velludo. Solo por encima de las cejas, donde la frente inclinada y el cráneo bajo y curvo del hombre-mono contrastaban vivamente con la frente amplia y el magnífico cráneo del europeo, se apreciaba una diferencia notable. En todos los demás aspectos, el rey era una ridícula parodia del Profesor.

Todo esto, que tanto tiempo me lleva describir, se grabó en mi mente en pocos segundos. A continuación tuvimos cosas muy distintas en qué pensar, pues un drama en vivo estaba desarrollándose ante nosotros. Dos de los hombres-mono habían arrancado a uno de los indios del grupo y lo arrastraban hacia el borde del acantilado. El rey alzó la mano en señal de mando. Lo agarraron por una pierna y un brazo y lo balancearon tres veces de atrás hacia delante con tremenda violencia. Luego, con un espantoso impulso, lanzaron al pobre desgraciado por encima del precipicio. Con tal fuerza lo arrojaron que describió un arco alto en el aire antes de comenzar a caer. Cuando desapareció de la vista, toda la asamblea, salvo los guardias, se precipitó hacia el borde del acantilado, y hubo una larga pausa de silencio absoluto, rota por un alarido de júbilo enloquecido. Brincaban de acá para allá, agitando en el aire sus largos brazos peludos y aullando de exultación. Luego retrocedieron del borde, volvieron a formar fila y esperaron a la próxima víctima.

Esta vez le tocó a Summerlee. Dos de sus guardianes lo agarraron por las muñecas y lo arrastraron brutalmente al frente. Su delgada figura y sus largos miembros se debatían y agitaban como los de una gallina a la que sacan a rastras del gallinero. Challenger se había vuelto hacia el rey y le agitaba los brazos frenéticamente ante la cara. Rogaba, suplicaba, imploraba por la vida de su compañero. El hombre-mono lo apartó de un empujón y sacudió la cabeza. Fue

el último movimiento consciente que haría sobre la tierra. El rifle de lord John tronó, y el rey se desplomó en el suelo, un amasijo rojizo tendido a sus pies.

—¡Disparad al montón! ¡Disparad! ¡Disparad, muchacho! —gritó mi compañero.

Hay extrañas profundidades de sangre en el alma del hombre más vulgar. Soy de natural compasivo, y más de una vez me han humedecido los ojos los chillidos de una liebre herida. Pero en aquel momento me había poseído la sed de sangre. Me encontré de pie vaciando un cargador tras otro, abriendo el cerrojo con un chasquido para recargar y cerrándolo de nuevo, mientras lanzaba vítores y alaridos de pura ferocidad y gozo asesino. Con nuestros cuatro fusiles, los dos causamos una horrible carnicería. Los dos guardianes que sujetaban a Summerlee habían caído, y él vagaba dando tumbos como un borracho, incapaz de asimilar que era un hombre libre. La densa muchedumbre de hombres-mono corría desorientada de un lado a otro, preguntándose de dónde venía aquella tormenta de muerte y qué significaba. Agitaban los brazos, gesticulaban, chillaban y tropezaban con los caídos. Luego, movidos por un impulso repentino, huyeron en tropel aullante hacia los árboles en busca de refugio, dejando el suelo salpicado de sus compañeros abatidos. Los prisioneros quedaron por un momento solos en medio del claro.

La mente ágil de Challenger había captado la situación. Agarró del brazo al desconcertado Summerlee y ambos echaron a correr hacia nosotros. Dos de sus guardianes saltaron tras ellos y cayeron abatidos por dos balas de lord John. Corrimos al descubierto a recibir a nuestros amigos y pusimos en las manos de cada uno un rifle cargado. Pero Summerlee estaba al límite de sus fuerzas. Apenas podía tenerse en pie. Los hombres-mono ya se estaban reponiendo del pánico. Avanzaban entre la maleza amenazando con cortarnos el paso. Challenger y yo llevamos a Summerlee a la carrera, uno a cada lado, mientras lord John cubría nuestra retirada, disparando una y otra vez cuando cabezas salvajes nos gruñían

desde los arbustos. Durante más de kilómetro y medio, las berreantes bestias nos pisaron los talones. Luego el acoso fue aminorando, pues habían comprendido nuestro poder y ya no se atrevían a enfrentarse a ese certero rifle. Cuando al fin llegamos al campamento, miramos atrás y nos encontramos solos.

Eso nos pareció; y sin embargo nos equivocamos. Apenas habíamos cerrado la puerta de arbustos espinosos de nuestra zareba, estrechado nuestras manos y desplomado jadeantes en el suelo junto a nuestro manantial, cuando oímos un repiqueteo de pasos y luego un suave y lastimero llanto al otro lado de la entrada. Lord Roxton corrió hacia ella, rifle en mano, y la abrió de golpe. Allí, postrados boca abajo, yacían las menudas figuras rojizas de los cuatro indios supervivientes, temblando de miedo ante nosotros y al mismo tiempo implorando nuestra protección. Con un elocuente movimiento de manos, uno de ellos señaló el bosque circundante y dio a entender que estaba lleno de peligros. Luego, dando un salto hacia delante, rodeó con los brazos las piernas de lord John y apoyó el rostro en ellas.

—¡Por san Jorge! —exclamó nuestro noble, tirándose del bigote con gran perplejidad—. Digo... ¿qué demonios hacemos con esta gente? Levántate, muchachito, y quita la cara de mis botas.

Summerlee estaba incorporado, rellenando de tabaco su vieja pipa de brezo.

—Tenemos que ponerlos a salvo —dijo—. Ustedes nos han sacado a todos de las fauces de la muerte. ¡Palabra de honor! ¡Ha sido una faena magnífica!

—¡Admirable! —exclamó Challenger—. ¡Admirable! No solo nosotros como individuos, sino la ciencia europea en su conjunto, les debe a ustedes una profunda deuda de gratitud por lo que han hecho. No dudo en afirmar que la desaparición del profesor Summerlee y la mía habría dejado un hueco apreciable en la historia zoológica moderna. Nuestro joven amigo aquí presente y usted han actuado de manera sobresaliente.

Nos obsequió con su acostumbrada sonrisa paternal, aunque la ciencia europea habría quedado algo perpleja de haber visto a su hijo predilecto, la esperanza del porvenir, con la cabeza enmarañada y sin asear, el pecho desnudo y la ropa hecha jirones. Tenía una de las latas de conserva entre las rodillas y sostenía entre los dedos un gran trozo de cordero australiano frío. El indio lo miró y, lanzando un pequeño grito, se encogió en el suelo y se aferró a la pierna de lord John.

—No te asustes, muchacho —dijo lord John, dando palmaditas en la enmarañada cabeza que tenía delante—. No puede con su facha, Challenger; y, ¡por san Jorge!, no me extraña. Tranquilo, chico, no es más que un ser humano, igual que el resto de nosotros.

—¡Vamos, caballero! —exclamó el Profesor.

—Pues es una suerte para usted, Challenger, que sea un poco fuera de lo común. Si no se hubiese parecido tanto al rey...

—A fe mía, lord John, que se permite usted grandes libertades.

—Pues es la verdad.

—Le ruego, caballero, que cambie de tema. Sus observaciones son impertinentes e ininteligibles. La cuestión que nos ocupa es qué hacemos con estos indios. Lo más lógico sería escoltarlos hasta su hogar, si supiéramos dónde está.

—Eso no presenta ninguna dificultad —dije yo—. Viven en las cuevas al otro lado del lago central.

—Nuestro joven amigo sabe dónde viven. Deduzco que está algo lejos.

—Buenos treinta kilómetros —dije.

Summerlee lanzó un gemido.

—Yo, desde luego, no llegaría nunca. Estoy seguro de que oigo a esas bestias aullando aún sobre nuestro rastro.

Mientras hablaba, desde las oscuras profundidades del bosque nos llegó a lo lejos el parloteo de los hombres-mono. Los indios volvieron

a levantar un débil lamento de miedo.

—¡Hay que moverse, y deprisa! —dijo lord John—. Usted ayude a Summerlee, joven. Estos indios llevarán las provisiones. Vamos, en marcha antes de que nos vean.

En menos de media hora habíamos llegado a nuestro refugio de maleza y nos habíamos ocultado. Durante todo el día oímos los excitados gritos de los hombres-mono en dirección a nuestro antiguo campamento, pero ninguno llegó hasta nosotros, y los exhaustos fugitivos, rojos y blancos, durmieron larga y profundamente. Yo mismo estaba adormilado al caer la tarde cuando alguien me tiró de la manga y me encontré con Challenger arrodillado a mi lado.

—Lleve usted un diario de estos sucesos, y espera publicarlo con el tiempo, señor Malone —dijo con solemnidad.

—Solo estoy aquí como reportero de prensa —respondí.

—Exactamente. Puede que haya oído ciertas observaciones bastante necias de lord John Roxton que parecían sugerir que había cierta... cierta semejanza...

—Sí, las oí.

—No hace falta que le diga que cualquier publicidad dada a semejante idea —cualquier ligereza en su relato de lo ocurrido— me resultaría sumamente ofensiva.

—Me ceñiré rigurosamente a la verdad.

—Las observaciones de lord John son con frecuencia sumamente fantasiosas, y es capaz de atribuir las razones más absurdas al respeto que las razas más incivilizadas dispensan siempre a la dignidad y el carácter. ¿Me sigue usted?

—Perfectamente.

—Dejo el asunto a su discreción. —Luego, tras una larga pausa, añadió—: El rey de los hombres-mono era, a decir verdad, una criatura de gran distinción... una personalidad de notable apostura e inteligencia. ¿No le llamó a usted la atención?

—Una criatura verdaderamente notable —dije.

Y el Profesor, muy aliviado en su fuero interno, volvió a entregarse al sueño.

CAPÍTULO XIV

Esas fueron las verdaderas conquistas

Habíamos imaginado que nuestros perseguidores, los hombres-mono, no sabían nada de nuestro escondrijo entre la maleza, pero no tardamos en descubrir nuestro error. No se oía ruido alguno en el bosque —ni una sola hoja se movía en los árboles, y todo era paz a nuestro alrededor—, pero nuestra primera experiencia debería habernos advertido de cuán astutamente y con cuánta paciencia son capaces de acechar esas criaturas hasta que llega su oportunidad. Cualesquiera que sean los avatares que la vida me depare, tengo la absoluta certeza de que jamás estaré tan cerca de la muerte como lo estuve aquella mañana. Pero te contaré la cosa en su debido orden.

Todos despertamos exhaustos tras las tremendas emociones y la escasa comida del día anterior. Summerlee seguía tan debilitado que incluso mantenerse en pie le costaba un esfuerzo; pero el viejo estaba lleno de una especie de hosca valentía que nunca admitiría la derrota. Se celebró consejo y acordamos aguardar tranquilamente una hora o dos donde estábamos, tomar el desayuno que tanto necesitábamos y encaminarnos luego a través de la meseta, bordeando el lago central, hasta las cuevas donde mis observaciones habían indicado que vivían los indios. Confiábamos en que aquellos a quienes habíamos rescatado tendrían buenas palabras por nosotros ante sus compañeros, lo cual nos garantizaría una calurosa acogida. Después, con la misión cumplida y poseyendo un conocimiento más profundo de los secretos de la Tierra de Maple White, volcaríamos

todos nuestros pensamientos en el problema vital de nuestra huida y regreso. Hasta el propio Challenger estaba dispuesto a reconocer que para entonces habríamos hecho todo aquello para lo que habíamos venido, y que nuestro primer deber a partir de ese momento sería llevar de vuelta a la civilización los asombrosos descubrimientos realizados.

Pudimos ya observar con más calma a los indios que habíamos rescatado. Eran hombres de baja estatura, nerviosos, ágiles y bien formados, con el cabello negro y lacio recogido en un moño detrás de la cabeza mediante una tira de cuero; de cuero también eran sus taparrabos. Sus rostros, imberbes y de facciones regulares, tenían una expresión afable. Los lóbulos de sus orejas, desgarrados y ensangrentados, mostraban que habían sido perforados para llevar algún adorno que sus captores les habían arrancado. Su habla, aunque para nosotros incomprensible, fluía con soltura entre ellos, y como se señalaban unos a otros repitiendo muchas veces la palabra «Accala», dedujimos que ese era el nombre de la nación. De vez en cuando, con el rostro contraído por el miedo y el odio, agitaban los puños cerrados hacia el bosque circundante y gritaban: «¡Doda! ¡Doda!», que sin duda era su nombre para sus enemigos.

—¿Qué opina usted de ellos, Challenger? —preguntó lord John—. Una cosa me resulta muy clara, y es que el individuo pequeño al que le han afeitado la parte delantera de la cabeza es uno de sus jefes.

Era en efecto evidente que aquel hombre se distinguía de los demás y que estos jamás se atrevían a dirigirle la palabra sin mostrar todas las señales de profundo respeto. Parecía el más joven de todos, y sin embargo su espíritu era tan altivo que, cuando Challenger le posó su manaza en la cabeza, dio un respingo como un caballo espoleado y, con un rápido destello de sus ojos oscuros, se alejó unos pasos del profesor. Luego, poniéndose la mano en el pecho y adoptando una actitud de gran dignidad, pronunció varias veces la palabra «Maretas». El profesor, sin inmutarse, agarró del hombro al indio más cercano y se puso a discurrir sobre él como si fuera un ejemplar en formol ante una clase.

—El tipo de estas gentes —dijo con su estilo sonoro—, ya sea juzgado por la capacidad craneal, el ángulo facial o cualquier otra prueba, no puede considerarse bajo; al contrario, debemos situarlo considerablemente más arriba en la escala que muchas tribus sudamericanas que podría mencionar. No hay suposición posible que explique la evolución de una raza así en este lugar. Es más, tan enorme es el abismo que separa a estos hombres-mono de los animales primitivos que han sobrevivido en esta meseta, que resulta inadmisibles pensar que pudieran haberse desarrollado donde los hallamos.

—Entonces, ¿de dónde diantres han caído? —preguntó lord John.

—Una pregunta que sin duda se debatirá con ardor en todas las sociedades científicas de Europa y América —respondió el profesor—. Mi propia interpretación de la situación, por lo que vale... —aquí hinchó el pecho enormemente y lanzó una mirada insolente a su alrededor—, es que la evolución ha avanzado bajo las peculiares condiciones de este territorio hasta el estadio vertebrado, sobreviviendo los tipos antiguos junto con los más recientes. Encontramos así criaturas tan modernas como el tapir —animal con un árbol genealógico de respetable antigüedad—, el gran ciervo y el oso hormiguero, en compañía de formas reptilianas de tipo jurásico. Hasta aquí todo está claro. Y ahora aparecen los hombres-mono y los indios. ¿Qué debe pensar la mente científica ante su presencia? Solo puedo explicarlo por una invasión desde el exterior. Es probable que existiera en Sudamérica un simio antropoide que, en épocas pasadas, encontró el camino hasta aquí y se desarrolló hasta convertirse en las criaturas que hemos visto, algunas de las cuales —aquí me miró fijamente— eran de un aspecto y una forma que, de haber estado acompañados de una inteligencia equivalente, no dudaría en decir que hubieran honrado a cualquier raza viviente. En cuanto a los indios, no tengo duda de que son inmigrantes más recientes de abajo. Acosados por el hambre o por la conquista, se abrieron camino hasta aquí. Frente a criaturas feroces que jamás habían visto, se refugiaron en las cuevas que nuestro joven amigo describió, pero sin duda han tenido que luchar encarnizadamente

para mantenerse frente a las fieras y, sobre todo, frente a los hombres-mono, que los considerarían intrusos y les harían una guerra sin cuartel con una astucia de la que las bestias mayores carecerían. De ahí que su número parezca limitado. Bien, señores, ¿he descifrado correctamente el enigma, o hay algún punto que quisieran objetar?

El profesor Summerlee estaba por una vez demasiado abatido para discutir, aunque sacudió la cabeza con energía en señal de desacuerdo general. Lord John se limitó a rascarse el escaso cabello con el comentario de que no podía entrar en liza porque no era del mismo peso ni de la misma categoría. Por mi parte, desempeñé mi papel habitual de traer las cosas a un plano estrictamente prosaico y práctico, señalando que uno de los indios había desaparecido.

—Ha ido a buscar agua —dijo lord John—. Le dimos una lata de carne vacía y salió.

—¿Al campamento viejo? —pregunté.

—No, al arroyo. Está entre aquellos árboles. No puede estar a más de doscientos metros. Pero el hombre se está tomando su tiempo, desde luego.

—Iré a ver qué le pasa —dije. Cogí el rifle y me encaminé tranquilamente hacia el arroyo, dejando a mis amigos que dispusieran el escaso desayuno. Puede parecerle temerario que me alejara del refugio de nuestro amigo matorral incluso para una distancia tan corta, pero recordarás que estábamos a muchos kilómetros de la ciudad de los simios, que hasta donde sabíamos las criaturas no habían descubierto nuestro refugio y que, en todo caso, con un rifle en las manos no les tenía ningún miedo. Aún no había aprendido cuán astutos eran ni cuán fuertes.

Oía el murmullo del arroyo en algún punto delante de mí, pero había una maraña de árboles y maleza entre él y yo. Me abría camino a través de ella en un punto que quedaba justo fuera de la vista de mis compañeros cuando, bajo uno de los árboles, advertí algo rojizo acurrucado entre los arbustos. Al acercarme, me

sobresalté al ver que era el cadáver del indio desaparecido. Yacía de costado, con los miembros encogidos y la cabeza girada en un ángulo de lo más antinatural, de modo que parecía mirar directamente por encima de su propio hombro. Lancé un grito para advertir a mis amigos de que algo iba mal y, corriendo hacia adelante, me incliné sobre el cuerpo. Sin duda mi ángel de la guarda estuvo muy cerca de mí en aquel momento, pues algún instinto de miedo, o quizá un leve susurro de hojas, me hizo alzar la vista. De entre el espeso follaje verde que colgaba bajo sobre mi cabeza descendían lentamente dos largos brazos musculosos cubiertos de pelo rojizo. Un instante más y aquellas enormes manos furtivas me habrían rodeado la garganta. Salté hacia atrás, pero por rápido que fui, aquellas manos fueron más rápidas. Con mi salto repentino esquivé el agarre mortal, pero una de ellas me atrapó por la nuca y la otra por la cara. Alcé las manos para protegerme la garganta, y al instante siguiente la enorme zarpa se deslizó por mi rostro y las aprisionó. Me levantaron del suelo con facilidad y sentí una presión insoportable que forzaba mi cabeza hacia atrás, cada vez más, hasta que la tensión en la columna cervical fue más de lo que podía soportar. Los sentidos me daban vueltas, pero seguí forcejeando con la mano, luchando por sacarla de debajo de mi barbilla. Al alzar la vista vi un rostro espantoso con unos fríos e inexorables ojos azul claro mirándome desde arriba. Había algo hipnótico en aquellos ojos terribles. Ya no podía resistirme. Cuando la criatura me sintió flojear entre sus garras, dos colmillos blancos destellaron por un momento a ambos lados de aquella boca repugnante, y el apretón sobre mi barbilla se intensificó aún más, empujándola siempre hacia arriba y hacia atrás. Una neblina tenue de contornos ovalados se formó ante mis ojos y pequeñas campanillas de plata repicaron en mis oídos. Sorda y lejana, oí la detonación de un rifle y tuve una débil conciencia del golpe al caer al suelo, donde quedé tendido sin sentido ni movimiento.

Desperté tendido de espaldas sobre la hierba, en nuestro refugio del matorral. Alguien había traído agua del arroyo y lord John me rociaba la cabeza con ella, mientras Challenger y Summerlee me

sostenían con expresión de preocupación en el rostro. Por un momento entreví el ser humano que había tras sus máscaras científicas. Fue en realidad el shock, más que ninguna lesión física, lo que me había postrado, y en media hora, a pesar del dolor de cabeza y la rigidez del cuello, estaba incorporado y dispuesto para cualquier cosa.

—Vaya susto de muerte que se ha llevado usted, muchacho —dijo lord John—. Cuando oí su grito y eché a correr, y vi su cabeza medio retorcida y sus stohwassers pateando en el aire, pensé que nos habíamos quedado uno menos. En el apuro erré el tiro, pero la bestia le soltó de todos modos y escapó como una centella. ¡Por San Jorge! Ojalá tuviera cincuenta hombres con rifles. Limpiaría de cabo a rabo a toda esa maldita banda y dejaría este país un poco más limpio de lo que lo encontramos.

Estaba claro ahora que los hombres-mono nos habían localizado de alguna manera y que estábamos vigilados por todas partes. No había tanto que temer de ellos durante el día, pero era muy probable que intentaran asaltarnos de noche; de modo que cuanto antes nos alejáramos de su vecindad, mejor. Tres lados nuestros los ocupaba bosque cerrado, y allí podíamos caer en una emboscada. Pero por el cuarto lado —el que descendía en dirección al lago— solo había matorral bajo, con árboles dispersos y algún que otro claro. Era, de hecho, el camino que yo mismo había seguido en mi excursión solitaria, y conducía directamente a las cuevas de los indios. Este, pues, debía ser nuestro camino por todos los motivos.

Una gran pena nos embargaba al tener que dejar atrás nuestro viejo campamento, no solo por las provisiones que quedaban allí, sino aún más porque perdíamos el contacto con Zambo, nuestro enlace con el mundo exterior. Sin embargo, disponíamos de una buena provisión de cartuchos y de todas nuestras armas, de modo que, al menos por un tiempo, podíamos valernos solos, y confiábamos en tener pronto la oportunidad de regresar y restablecer las comunicaciones con nuestro negro. Él había

prometido fielmente quedarse donde estaba, y no teníamos la menor duda de que cumpliría su palabra.

Era a primera hora de la tarde cuando emprendimos la marcha. El joven jefe caminaba a nuestra cabeza como guía, pero se negó indignado a cargar con ningún bulto. Tras él venían los dos indios supervivientes con nuestras escasas pertenencias a la espalda. Nosotros cuatro, los hombres blancos, cerrábamos la marcha con los rifles cargados y listos. Cuando partimos, del denso y silencioso bosque que dejábamos atrás brotó de repente un gran ulular de los hombres-mono, que bien pudo ser un grito de triunfo ante nuestra partida o una burla despectiva ante nuestra huida. Al mirar atrás solo vimos la espesa pantalla de árboles, pero aquel alarido prolongado nos reveló cuántos de nuestros enemigos acechaban entre ellos. No vimos, sin embargo, señal alguna de persecución, y pronto nos encontramos en terreno más abierto y fuera de su alcance.

Mientras marchaba al final de los cuatro, no pude evitar sonreír al contemplar el aspecto de mis tres compañeros. ¿Era este el suntuoso lord John Roxton que aquella noche había estado sentado en el Albany entre sus alfombras persas y sus cuadros, bajo el rosáceo resplandor de las luces tamizadas? ¿Y era este el imponente profesor que se había esponjado tras el gran escritorio de su macizo estudio en Enmore Park? ¿Y podía ser por fin aquella la austera y tiesa figura que se había alzado ante la reunión del Instituto Zoológico? Tres vagabundos encontrados en un camino de Surrey no habrían podido tener un aspecto más lamentable y andrajoso. Es cierto que solo llevábamos una semana escasa en lo alto de la meseta, pero toda nuestra ropa de repuesto estaba en el campamento de abajo, y aquella semana había sido dura para todos, aunque menos para mí, que no había tenido que soportar las manos de los hombres-mono. Mis tres amigos habían perdido los sombreros y se habían anudado pañuelos en la cabeza; la ropa les colgaba hecha jirones y sus caras sin afeitar y cubiertas de mugre apenas resultaban reconocibles. Tanto Summerlee como Challenger cojeaban ostensiblemente, mientras yo todavía arrastraba los pies

por la debilidad que me había dejado el shock de la mañana, y tenía el cuello rígido como un tablón a causa del apretón asesino que lo había sujetado. Éramos, en verdad, una tropa en muy mal estado, y no me extrañó ver que nuestros compañeros indios nos echaban de vez en cuando una mirada con expresión de horror y asombro en el rostro.

A última hora de la tarde alcanzamos la orilla del lago y, cuando salimos del matorral y vimos la lámina de agua extendiéndose ante nosotros, nuestros amigos nativos lanzaron un agudo grito de alegría y señalaron con vehemencia hacia adelante. Era en verdad un espectáculo maravilloso el que teníamos ante nosotros. Sobre la superficie como un espejo avanzaba una gran flotilla de canoas que venía directamente hacia la orilla donde nos encontrábamos. Estaban a varios kilómetros cuando las vimos por primera vez, pero se lanzaron hacia adelante con gran rapidez y pronto se acercaron lo suficiente para que los remeros distinguieran nuestras personas. Al instante estalló entre ellos un atronador grito de júbilo, y los vimos levantarse de sus asientos blandiendo frenéticamente los remos y las lanzas en el aire. Luego, inclinándose de nuevo sobre su tarea, cruzaron volando el trecho de agua que quedaba, sacaron las canoas a tierra en la arena inclinada y se precipitaron hacia nosotros, postrándose con fuertes gritos de saludo ante el joven jefe. Finalmente uno de ellos, un hombre de edad avanzada, con un collar y una pulsera de grandes cuentas de vidrio lustroso y la piel de algún hermoso animal de color ámbar jaspeado colgada de los hombros, corrió hacia adelante y abrazó con la mayor ternura al joven que habíamos salvado. Luego nos miró y formuló algunas preguntas, tras lo cual se adelantó con mucha dignidad y nos abrazó también a cada uno de nosotros por turno. Después, por su orden, toda la tribu se tendió en el suelo ante nosotros en señal de homenaje. Personalmente, me sentí cohibido e incómodo ante aquella adoración servil, y leí el mismo sentimiento en los rostros de Roxton y Summerlee, pero Challenger se esponjó como una flor al sol.

—Puede que sean tipos poco evolucionados —dijo, acariciándose la barba y mirando a su alrededor—, pero su comportamiento en presencia de sus superiores podría ser una lección para algunos de nuestros europeos más avanzados. ¡Cuán certeros son los instintos del hombre natural!

Estaba claro que los nativos habían salido en pie de guerra, pues cada hombre llevaba su lanza —un largo bambú rematado en hueso—, su arco y sus flechas, y algún tipo de maza o hacha de piedra colgada al costado. Sus oscuras y airadas miradas hacia el bosque del que veníamos, y la frecuente repetición de la palabra «Doda», dejaban bien claro que se trataba de un grupo de rescate que había partido para salvar o vengar al hijo del viejo jefe, pues tal debía de ser, según dedujimos, el joven. Se celebró entonces un consejo con toda la tribu sentada en círculo, mientras nosotros tomábamos asiento cerca, en una losa de basalto, y observábamos sus deliberaciones. Dos o tres guerreros tomaron la palabra y, finalmente, nuestro joven amigo pronunció una apasionada arenga con una expresión y unos gestos tan elocuentes que pudimos entenderlo todo con tanta claridad como si conociéramos su lengua.

—¿De qué sirve regresar? —dijo—. Antes o después, esto hay que hacerlo. Vuestros compañeros han sido asesinados. ¿Qué importa que yo haya vuelto sano y salvo? Estos otros han sido dados a muerte. No hay seguridad para ninguno de nosotros. Estamos reunidos ahora y preparados. —Luego nos señaló—. Estos hombres extraños son nuestros amigos. Son grandes guerreros y odian a los hombres-mono tanto como nosotros. Dominan —aquí señaló hacia el cielo— el trueno y el rayo. ¿Cuándo volveremos a tener una oportunidad así? Avancemos y o bien morimos ahora o bien vivimos en adelante con seguridad. ¿Cómo si no volveremos sin vergüenza ante nuestras mujeres?

Los pequeños guerreros cobrizos colgaban de las palabras del orador y, cuando terminó, estallaron en un rugido de aprobación blandiendo sus rudas armas en el aire. El viejo jefe se adelantó hacia nosotros y nos formuló algunas preguntas, señalando al mismo

tiempo hacia el bosque. Lord John le indicó por señas que esperara la respuesta y luego se volvió hacia nosotros.

—Bueno, cada uno que diga qué piensa hacer —dijo—; por mi parte tengo una cuenta que saldar con esa gente de los monos y, si acaba con borrarles de la faz de la tierra, no veo que la tierra tenga por qué lamentarlo. Me uno a nuestros amiguitos rojos y pienso acompañarlos hasta el fin de la refriega. ¿Qué dice usted, muchacho?

—Naturalmente que me uno.

—¿Y usted, Challenger?

—Colaboraré sin ninguna duda.

—¿Y usted, Summerlee?

—Parece que nos estamos alejando mucho del objeto de esta expedición, lord John. Le aseguro que pocas veces pensé, cuando abandoné mi cátedra en Londres, que fuera para encabezar una incursión de salvajes contra una colonia de simios antropoides.

—A tales usos vulgares nos vemos reducidos —dijo lord John con una sonrisa—. Pero la cosa está así, de modo que ¿cuál es su decisión?

—Me parece un paso muy discutible —dijo Summerlee, polémico hasta el final—, pero si van ustedes todos, difícilmente veo cómo puedo quedarme atrás.

—Entonces está decidido —dijo lord John, y volviéndose hacia el jefe asintió con la cabeza y palmoteó su rifle.

El anciano nos estrechó las manos, una a una, mientras sus hombres vitoreaban con más entusiasmo que nunca. Era demasiado tarde para avanzar aquella noche, de modo que los indios se instalaron en un improvisado vivac. Por todos lados comenzaron a parpadear y humear sus hogueras. Algunos de los que habían desaparecido en la selva regresaron poco después arreando ante ellos a un joven iguanodonte. Al igual que los demás, llevaba una

mancha de asfalto en el hombro, y solo cuando vimos a uno de los nativos dar un paso al frente con aires de propietario y dar su consentimiento para sacrificar al animal comprendimos por fin que aquellas criaturas eran una propiedad privada tan legítima como un rebaño de ganado, y que aquellos símbolos que tanto nos habían desconcertado no eran sino las marcas del dueño. Indefensos, torpes y herbívoros, con miembros poderosos pero un cerebro minúsculo, un niño habría bastado para acorralarlos y conducirlos. En pocos minutos el enorme animal había sido descuartizado y grandes trozos de su carne colgaban sobre una docena de hogueras del campamento, junto con enormes peces ganoideos de gruesas escamas que habían sido arponados en el lago.

Summerlee se había tendido a dormir sobre la arena, pero los demás deambulamos por la orilla del agua tratando de conocer algo más acerca de aquel extraño país. En dos ocasiones encontramos pozos de arcilla azul, como los que ya habíamos visto en la ciénaga de los pterodáctilos. Eran antiguos respiraderos volcánicos que, por alguna razón, despertaron el mayor interés en lord John. Lo que atrajo al profesor Challenger, en cambio, fue un géiser de barro que borboteaba y gorgoteaba, y en cuya superficie un gas extraño formaba grandes burbujas que reventaban. Introdujo en él una caña hueca y lanzó un grito de júbilo como un colegial al comprobar que, acercando una cerilla encendida, conseguía provocar una pequeña explosión y una llama azul en el extremo de la caña. Más contento aún se puso cuando, poniendo boca abajo una bolsa de cuero sobre el extremo de la caña y llenándola así de gas, logró hacerla ascender flotando por los aires.

—Un gas inflamable, y notablemente más ligero que la atmósfera. Diría, sin duda alguna, que contiene una proporción considerable de hidrógeno libre. Los recursos de G. E. C. aún no están agotados, joven amigo mío. Quizá todavía pueda mostrarle cómo una gran mente moldea la naturaleza entera a su antojo. —Se irguió con algún propósito secreto, pero no dijo nada más.

En toda la orilla, nada de lo que pude ver me pareció tan maravilloso como la enorme extensión de agua que teníamos ante nosotros. Nuestra numerosa presencia y nuestro estruendo habían ahuyentado a todos los seres vivos, y salvo unos pocos pterodáctilos que planeaban en círculos muy por encima de nuestras cabezas a la espera de la carroña, todo estaba en calma en torno al campamento. Pero era muy diferente en las aguas de tonos rosados del lago central. Aquellas aguas bullían y se agitaban con una vida extraña. Enormes lomos de color pizarra y altas aletas dorsales dentadas emergían con un ribete de plata para hundirse de nuevo en las profundidades. Los bancos de arena, hacia el interior, estaban salpicados de formas que reptaban torpemente: enormes tortugas, extraños saurios y una gran criatura plana que semejaba una alfombra retorciéndose y palpitante de cuero negro y grasiento, que se arrastraba penosamente hacia el lago. Aquí y allá, altas cabezas de serpiente emergían del agua, cortándola velozmente con un pequeño collar de espuma por delante y una larga estela arremolinada detrás, subiendo y bajando en elegantes ondulaciones de cisne. No fue hasta que una de aquellas criaturas se arrastró hasta un banco de arena a escasos centenares de metros de nosotros y mostró un cuerpo en forma de barril y enormes aletas tras el largo cuello de serpiente cuando el profesor Challenger y Summerlee, que se había reunido con nosotros, prorrumpieron a dúo en exclamaciones de asombro y admiración.

—¡Un plesiosaurio! ¡Un plesiosaurio de agua dulce! —exclamó Summerlee—. ¡Que haya vivido para ver semejante espectáculo! Somos los más afortunados de todos los zoólogos que han existido desde que el mundo es mundo, querido Challenger.

No fue sino hasta que cayó la noche y las hogueras de nuestros salvajes aliados brillaron en rojo entre las sombras cuando pudimos arrancar a nuestros dos hombres de ciencia de la fascinación de aquel lago primigenio. Incluso en la oscuridad, tendidos sobre la orilla, escuchábamos de vez en cuando los resoplidos y los chapuzones de las enormes criaturas que lo habitaban.

Al primer albor del día el campamento se puso en movimiento, y una hora después habíamos emprendido nuestra memorable expedición. Muchas veces había soñado con llegar a ser corresponsal de guerra. ¡Pero en el más descabellado de mis sueños no habría podido imaginar la naturaleza de la campaña que me iba a tocar narrar! He aquí, pues, mi primer despacho desde el campo de batalla:

Durante la noche nuestras fuerzas se habían reforzado con un nuevo contingente de nativos llegados de las cuevas, y cuando avanzamos debíamos de ser cuatrocientos o quinientos hombres. Una franja de exploradores fue desplegada en vanguardia, y detrás de ellos toda la fuerza en columna cerrada ascendió por la larga ladera del matorral hasta que alcanzamos el borde del bosque. Allí se desplegaron en una larga línea irregular de lanceros y arqueros. Roxton y Summerlee tomaron posición en el flanco derecho, mientras que Challenger y yo quedamos en el izquierdo. Era un ejército de la Edad de Piedra el que acompañábamos a la batalla: nosotros, con lo más avanzado del arte del armero de St. James' Street y el Strand.

No tuvimos que esperar mucho al enemigo. Un clamoroso y agudo griterío se alzó desde el borde del bosque y, de repente, un grupo de hombres-mono irrumpió blandiendo garrotes y piedras y se lanzó contra el centro de la línea india. Era un movimiento valiente pero necio, pues aquellas enormes criaturas patizambas eran lentas de pies, mientras que sus adversarios eran ágiles como gatos. Era horrible ver a aquellas fieras furiosas con la boca espumeante y los ojos desorbitados, abalanzándose y arañando sin lograr nunca alcanzar a sus escurridizos enemigos, mientras una flecha tras otra se clavaba en su piel. Un individuo enorme pasó corriendo junto a mí rugiendo de dolor, con una docena de dardos clavados en el pecho y las costillas. Por compasión, le metí una bala en el cráneo y cayó despatarrado entre los álces. Pero aquel fue el único disparo efectuado, pues el ataque había sido contra el centro de la línea y los indios allí apostados no habían necesitado nuestra ayuda para

rechazarlo. De todos los hombres-mono que habían salido al descubierto, no creo que ninguno lograra regresar a cubierto.

Pero la cosa fue más mortífera cuando nos adentramos entre los árboles. Durante más de una hora después de entrar en el bosque hubo una desesperada refriega en la que durante un tiempo apenas pudimos mantener nuestras posiciones. Saliendo de entre la maleza, los hombres-mono con sus enormes garrotes irrumpían sobre los indios y con frecuencia tumbaban a tres o cuatro antes de que pudieran ser alanceados. Sus espantosos golpes destrozaban todo lo que alcanzaban. Uno de ellos hizo añicos el rifle del profesor Summerlee y el siguiente le habría aplastado el cráneo de no haber apuñalado un indio a la bestia en el corazón. Otros hombres-mono atrincherados en los árboles sobre nosotros arrojaban piedras y troncos, y de vez en cuando se dejaban caer en pleno sobre nuestras filas y combatían furiosamente hasta que los derribaban. En un momento dado nuestros aliados cedieron ante la presión y, de no haber sido por el estrago causado por nuestros rifles, sin duda habrían huido a la desbandada. Pero el anciano jefe los reagrupó valientemente y se lanzaron con tal ímpetu que los hombres-mono empezaron a ceder a su vez. Summerlee se había quedado sin armas, pero yo vaciaba el cargador tan rápido como podía disparar, y en el flanco más alejado oíamos el crepitar continuo de los rifles de nuestros compañeros.

Y entonces, de repente, sobrevino el pánico y el derrumbe. Chillando y aullando, las enormes criaturas huyeron en todas direcciones por la maleza, mientras nuestros aliados lanzaban alaridos de salvaje júbilo persiguiendo a toda velocidad a sus enemigos en fuga. Todas las rencillas de innumerables generaciones, todos los odios y crueldades de su estrecha historia, todos los recuerdos de malos tratos y persecuciones iban a ser purificados aquel día. Por fin el hombre iba a imponerse y la bestia-hombre iba a encontrar para siempre el lugar que le correspondía. Por mucho que huyeran, los fugitivos eran demasiado lentos para escapar de los ágiles salvajes, y desde todos los flancos, en el intrincado bosque, oíamos los alaridos de triunfo, el vibrar de los arcos y el estrépito y

los golpes sordos cuando los hombres-mono eran derribados de sus escondites en los árboles.

Seguía a los demás cuando advertí que lord John y el profesor Challenger se habían cruzado para reunirse con nosotros.

—Se acabó —dijo lord John—. Creo que podemos dejar el trabajo de limpieza en sus manos. Quizá cuanto menos veamos de esto, mejor dormiremos.

Los ojos del profesor Challenger brillaban con el ardor de la matanza.

—Hemos tenido el privilegio —exclamó pavoneándose como un gallo de pelea— de asistir a una de las batallas decisivas y ejemplares de la historia, de esas batallas que han determinado el destino del mundo. ¿Qué es, amigos míos, la conquista de una nación por otra? No significa nada. Todas producen el mismo resultado. Pero aquellos combates feroces de cuando, en los albores de los tiempos, los habitantes de las cavernas resistieron al pueblo de los tigres, o los elefantes descubrieron por primera vez que tenían un amo: esas sí eran las verdaderas conquistas, las victorias que cuentan. Por este extraño giro del destino hemos presenciado y contribuido a decidir una contienda semejante. Ahora, en esta meseta, el futuro ha de pertenecer siempre al hombre.

Hacía falta una fe robusta en el fin para justificar medios tan trágicos. A medida que avanzábamos juntos por el bosque encontrábamos hombres-mono tendidos por doquier, atravesados por lanzas o flechas. Aquí y allá, un pequeño grupo de indios destrozados señalaba el lugar donde uno de los antropoides se había hecho fuerte y vendido cara su vida. Siempre delante de nosotros oíamos los alaridos y rugidos que indicaban la dirección de la persecución. Los hombres-mono habían sido rechazados hasta su ciudad, habían hecho allí su última resistencia, habían vuelto a ser derrotados, y ahora llegábamos a tiempo de presenciar la escena final y más terrible de todas. Unos ochenta o cien machos, los últimos supervivientes, habían sido empujados a través del mismo

claro que conducía al borde del acantilado, el escenario de nuestra propia hazaña dos días antes. Cuando llegamos, los indios, formando un semicírculo de lanceros, los habían acorralado, y en un minuto todo había terminado. Treinta o cuarenta murieron en el lugar donde estaban. Los demás, chillando y arañando, fueron arrojados por el precipicio y cayeron vertiginosamente, como en otro tiempo sus propios prisioneros, sobre los afilados bambúes ciento ochenta metros más abajo. Fue tal como había dicho el profesor Challenger, y el reinado del hombre quedó asegurado para siempre en la Tierra de Maple White. Los machos fueron exterminados, la Ciudad de los Monos destruida, las hembras y las crías desterradas para vivir en cautiverio, y la larga rivalidad de siglos incontables había llegado a su sangriento fin.

Para nosotros la victoria trajo grandes ventajas. Una vez más pudimos visitar nuestro campamento y acceder a nuestras provisiones. También pudimos comunicarnos de nuevo con Zambo, que había quedado aterrado por el espectáculo, visto desde lejos, de una avalancha de simios precipitándose por el borde del acantilado.

—¡Vengan, amos, vengan! —gritó con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. ¡El diablo les va a coger seguro si se quedan ahí arriba!

—¡Esa es la voz de la cordura! —dijo Summerlee con convicción—. Hemos tenido aventuras más que suficientes y no son adecuadas ni para nuestro carácter ni para nuestra posición. Le recuerdo su palabra, Challenger. A partir de ahora dedica usted sus energías a sacarnos de este horrible país y llevarnos de vuelta a la civilización.

CAPÍTULO XV

Nuestros ojos han visto grandes maravillas

Escribo esto día a día, pero confío en que, antes de llegar al final, pueda decir que la luz brilla por fin entre nuestras nubes. Estamos retenidos aquí sin medio alguno de escapar, y ello nos reconcome amargamente. Sin embargo, puedo imaginar perfectamente que llegará el día en que nos alegremos de haber sido retenidos, contra nuestra voluntad, para contemplar algo más de las maravillas de este lugar singular y de las criaturas que lo habitan.

La victoria de los indios y el aniquilamiento de los hombres-mono marcaron el punto de inflexión de nuestra suerte. A partir de entonces fuimos, en verdad, dueños de la meseta, pues los nativos nos miraban con una mezcla de temor y gratitud, ya que con nuestros extraños poderes les habíamos ayudado a destruir a su enemigo hereditario. Por su propio bien, quizá se alegrasen de ver partir a gente tan formidable e impredecible; pero ellos mismos no han sugerido ningún medio para que pudiéramos alcanzar las llanuras de abajo. Según pudimos deducir de sus señas, existía un túnel por el que se podía acceder al lugar, cuya salida inferior habíamos visto desde abajo. Por él, sin duda, tanto los hombres-mono como los indios habían llegado a la cima en distintas épocas, y Maple White con su compañero había tomado el mismo camino. El año anterior, sin embargo, se había producido un terrible terremoto, y el extremo superior del túnel se había derrumbado y desaparecido por completo. Los indios ahora no podían sino sacudir la cabeza y encogerse de hombros cuando expresábamos por señas nuestro

deseo de bajar. Puede que no puedan, pero también puede que no quieran, ayudarnos a escapar.

Al término de la campaña victoriosa, los hombres-mono supervivientes fueron expulsados a través de la meseta —sus lamentos eran horrorosos— y establecidos en las inmediaciones de las cuevas indias, donde serían desde ese momento una raza servil bajo la mirada de sus amos. Era una versión tosca, cruda y primigenia de los judíos en Babilonia o de los israelitas en Egipto. Por las noches oíamos, desde entre los árboles, un lamento prolongado, como si algún Ezequiel primitivo llorara la grandeza perdida y evocara las glorias extintas de la Ciudad de los Monos. Leñadores y aguadores: en eso se habían convertido desde entonces.

Habíamos regresado a través de la meseta con nuestros aliados dos días después de la batalla y habíamos acampado al pie de sus riscos. Hubieran querido que compartiéramos las cuevas con ellos, pero lord John no quiso oír hablar del asunto, considerando que eso nos pondría en su poder si abrigaban intenciones traicioneras. Mantuvimos, pues, nuestra independencia y tuvimos las armas a punto para cualquier emergencia, sin dejar por ello de mantener las relaciones más amistosas. Visitábamos también con frecuencia sus cuevas, que eran lugares verdaderamente notables, aunque nunca hayamos podido determinar si eran obra del hombre o de la naturaleza. Todas se hallaban en el mismo estrato, excavadas en una roca blanda que yacía entre el basalto volcánico que formaba los rojizos acantilados sobre ellas y el granito duro que constituía su base.

Las entradas se hallaban a unos veinticuatro metros del suelo y se ascendía a ellas por largas escaleras de piedra, tan estrechas y empinadas que ningún animal de gran tamaño podría subirlas. En el interior eran cálidas y secas, y se abrían en pasillos rectos de longitud variable que penetraban en la ladera de la colina, con paredes lisas de color gris decoradas con numerosas y excelentes pinturas realizadas con palos carbonizados que representaban los

distintos animales de la meseta. Si todo ser vivo desapareciera del lugar, el explorador del futuro encontraría en las paredes de estas cuevas pruebas abundantes de la extraña fauna —dinosaurios, iguanodontes y lagartos de agua— que había habitado la tierra hasta época tan reciente.

Desde que supimos que los enormes iguanodontes eran mantenidos como rebaños domésticos por sus dueños, siendo meras despensas ambulantes, habíamos concebido la idea de que el hombre, aun con sus armas primitivas, había establecido su dominio sobre la meseta. No tardaríamos en descubrir que no era así, y que seguía allí por mera tolerancia.

Fue al tercer día de haber establecido nuestro campamento cerca de las cuevas indias cuando ocurrió la tragedia. Aquel día el profesor Challenger y el profesor Summerlee habían salido juntos hacia el lago, donde algunos nativos, bajo su dirección, se dedicaban a arponear ejemplares de los grandes lagartos. Lord John y yo habíamos permanecido en el campamento, mientras un buen número de indios se dispersaba por la ladera cubierta de hierba frente a las cuevas, ocupado en distintas tareas. De pronto se oyó un agudo grito de alarma, con la palabra «Stoa» resonando en cien bocas a la vez. Por todas partes hombres, mujeres y niños corrían enloquecidos en busca de refugio, trepando en estampida por las escaleras y metiéndose en las cuevas.

Al alzar la vista, los veíamos agitar los brazos desde las rocas y hacernos señas para que nos uniéramos a su refugio. Los dos habíamos empuñado ya nuestros rifles de repetición y salimos corriendo para ver cuál era el peligro. De pronto, del cercano cinturón de árboles emergió a la carrera un grupo de doce o quince indios que huían por su vida, y pisándoles los talones, dos de aquellos monstruos espantosos que habían perturbado nuestro campamento y me habían perseguido en mi viaje en solitario. De forma parecían sapos horribles y se movían a base de saltos sucesivos, pero de tamaño eran de una corpulencia increíble, mayores que el elefante más grande. Nunca antes los habíamos

visto salvo de noche, pues son en efecto animales nocturnos, excepto cuando se les perturba en sus guaridas, como había ocurrido en este caso. Nos quedamos pasmados ante la visión: sus pieles manchadas y verrugosas tenían una iridiscencia curiosamente pisciforme, y la luz del sol las hacía brillar con un tornasolado siempre cambiante mientras se movían.

Sin embargo, apenas tuvimos tiempo de observarlos, porque en un instante habían alcanzado a los fugitivos y estaban sembrando entre ellos una matanza terrible. Su método consistía en arrojarse con todo su peso sobre cada uno por turno, dejándolo aplastado y destrozado, para saltar después en persecución de los demás. Los desgraciados indios gritaban aterrorizados, pero resultaban impotentes, por mucho que corrieran, ante el propósito implacable y la horrible agilidad de aquellas criaturas monstruosas. Caían uno tras otro, y cuando mi compañero y yo pudimos acudir en su ayuda, no quedaban ni media docena con vida. Pero nuestra ayuda fue de escasa utilidad y únicamente nos puso en el mismo peligro. Desde unos doscientos metros vaciamos nuestros cargadores, disparando bala tras bala contra las bestias, con no más efecto que si las hubiéramos acribillado con bolitas de papel. Su lenta naturaleza reptiliana no sentía las heridas, y los resortes de su vida, sin centro nervioso especial sino distribuidos a lo largo de sus médulas espinales, no podían ser alcanzados por ningún arma moderna. Lo máximo que pudimos hacer fue frenar su avance distrayendo su atención con el destello y el estruendo de nuestras armas, dando así tiempo tanto a los nativos como a nosotros mismos para alcanzar los peldaños que llevaban a la seguridad. Pero donde las balas cónicas explosivas del siglo XX resultaban inútiles, podían triunfar las flechas envenenadas de los nativos, sumergidas en el jugo del estrofanto y empapadas después en carroña en descomposición. Tales flechas habrían sido de poco valor para el cazador que atacase a la bestia, ya que su acción en aquella circulación torpe era lenta y, antes de que sus fuerzas flaquearan, la criatura podría alcanzar y matar a su agresor. Pero ahora, mientras los dos monstruos nos acorralaban hasta el mismo pie de la escalera, una lluvia de dardos salió silbando

por cada grieta del acantilado sobre ellos. En un instante quedaron emplumados de flechas, y aun así, sin el menor signo de dolor, arañaban y babeaban con rabia impotente los peldaños que los llevarían a sus víctimas, trepando torpemente unos metros para deslizarse de nuevo hasta el suelo. Pero al fin el veneno hizo efecto. Uno de ellos lanzó un gruñido sordo y profundo y desplomó su enorme y aplastada cabeza sobre la tierra. El otro saltó describiendo un círculo errático con agudos y lastimeros alaridos y, tendido luego en el suelo, se retorció de agonía durante unos minutos antes de quedarse también rígido e inmóvil. Con gritos de triunfo, los indios bajaron en tropel de sus cuevas y bailaron una frenética danza de victoria en torno a los cuerpos muertos, enloquecidos de alegría porque dos de los más peligrosos entre todos sus enemigos habían sido abatidos. Aquella noche descuartizaron y retiraron los cuerpos, no para comerlos —pues el veneno seguía activo—, sino para evitar que engendrassen una pestilencia. Los grandes corazones reptilianos, sin embargo, cada uno del tamaño de un cojín, seguían allí, latiendo lenta y acompasadamente, con una suave subida y bajada, en una horrible vida independiente. Solo al tercer día los ganglios se fueron apagando y aquellas cosas espantosas quedaron por fin inmóviles.

Algún día, cuando disponga de mejor escritorio que una lata de carne y de herramientas más útiles que un cabo de lápiz gastado y un último cuaderno hecho jirones, escribiré un relato más completo de los indios accala, de nuestra vida entre ellos y de los atisbos que tuvimos de las extrañas condiciones de la maravillosa Tierra de Maple White. La memoria, al menos, nunca me fallará, pues mientras en mí haya aliento de vida, cada hora y cada acto de aquel período permanecerán tan vívidos y nítidos como los primeros sucesos extraños de la infancia. Ninguna nueva impresión podrá borrar las que están grabadas tan hondo. Cuando llegue el momento, describiré aquella maravillosa noche de luna sobre el gran lago cuando un joven ictiosaurio —extraña criatura que a simple vista parecía mitad foca, mitad pez, con ojos cubiertos de hueso a ambos lados del hocico y un tercer ojo fijo en lo alto de la cabeza— quedó enredado en una red india y casi vuelca nuestra canoa antes

de que lo remolcáramos hasta la orilla; la misma noche en que una serpiente de agua verde salió disparada entre los juncos y se llevó arrollado entre sus anillos al timonel de la canoa del profesor Challenger. Contaré también aquella gran cosa blanca nocturna — hasta hoy ignoramos si era bestia o reptil— que habitaba un pestilente pantano al este del lago y revoloteaba en la oscuridad con un tenue destello fosforescente. Los indios le tenían tal terror que no se acercaban al lugar, y aunque nosotros realizamos dos expediciones y la vimos en ambas, no pudimos abrirnos paso a través del profundo cenagal en que vivía. Solo puedo decir que parecía más grande que una vaca y despedía el olor almizclado más extraño. Contaré también el enorme pájaro que un día persiguió al profesor Challenger hasta ponerle a cubierto entre las rocas: un gran pájaro corredor, mucho más alto que un avestruz, con un cuello como de buitre y una cabeza cruel que lo convertía en una muerte andante. Mientras el profesor Challenger trepaba a ponerse a salvo, un picotazo de aquel salvaje y curvo pico le arrancó el tacón de la bota como si lo hubiera cortado con un escoplo. En aquella ocasión las armas modernas sí resultaron eficaces, y la gran criatura, de unos cuatro metros de la cabeza a los pies —*phororachus*, según nuestro jadeante pero exultante profesor—, cayó ante el rifle de lord Roxton en un revoloteo de plumas agitadas y patas que pateaban, con dos implacables ojos amarillos mirando fijamente desde el centro. Que me sea dado ver ese aplastado y feroz cráneo en su vitrina entre los trofeos del Albany. Por último, daré cuenta sin falta del toxodonte, el colosal cobaya de tres metros, con sus dientes de escoplo salientes, al que dimos muerte mientras bebía en el amanecer gris a orillas del lago.

Todo esto lo escribiré algún día con más extensión, y entre estos días más agitados esbozaría con ternura aquellas hermosas tardes de verano, cuando con el cielo azul profundo sobre nosotros yacíamos en buena camaradería entre los altos hierbajos junto al bosque y nos maravillábamos de las extrañas aves que planeaban sobre nosotros y de las curiosas criaturas nuevas que salían de sus madrigueras para observarnos, mientras sobre nuestras cabezas las

ramas de los arbustos se combaban bajo el peso de frutos
suculentos, y a nuestros pies flores extrañas y hermosas nos
atisbaban entre la hierba; o aquellas largas noches de luna en que
yacíamos sobre la superficie centelleante del gran lago y
contemplábamos con asombro y reverencia los enormes círculos que
se expandían desde el súbito chapuzón de algún monstruo
fantástico; o el destello verdoso, muy abajo en las profundidades del
agua, de alguna extraña criatura en los confines de la oscuridad.
Estas son las escenas en las que mi mente y mi pluma se recrearán
con todo detalle en algún día futuro.

Pero me preguntaréis: ¿por qué estas experiencias y por qué esta
demora, cuando vosotros y vuestros compañeros deberíais haber
estado ocupados día y noche en idear algún medio de regresar al
mundo exterior? Mi respuesta es que no había ninguno de nosotros
que no trabajara con ese fin, pero que nuestros esfuerzos habían
resultado en vano. Un hecho descubrimos muy pronto: los indios no
harían nada para ayudarnos. En todo lo demás eran nuestros amigos
—podría decirse casi que nuestros devotos esclavos—, pero cuando
se les sugería que nos ayudaran a fabricar y transportar un tablón
que pudiera tender un puente sobre la sima, o cuando queríamos
que nos proporcionaran tiras de cuero o lianas para trenzar cuerdas
que nos facilitaran el descenso, nos encontrábamos con una
negativa afable pero invencible. Sonreían, guiñaban los ojos,
sacudían la cabeza, y eso era todo. Incluso el viejo jefe nos
respondía con la misma obstinada negativa, y solo Maretas, el joven
al que habíamos salvado, nos miraba con nostalgia y nos indicaba
con sus gestos que lamentaba ver frustrados nuestros deseos.
Desde su triunfo definitivo sobre los hombres-mono nos
consideraban superhombres que llevaban la victoria en los cañones
de sus extrañas armas, y creían que mientras permaneciéramos con
ellos la fortuna les sería propicia. Una esposa de piel rojiza y una
cueva propia eran ofrecidas libremente a cada uno de nosotros si
olvidábamos a los nuestros y habitábamos para siempre en la
meseta. Hasta el momento todo había sido cordial, por mucho que
nuestros deseos distasen de los suyos; pero teníamos la firme

certeza de que nuestros planes reales de descenso debían mantenerse en secreto, pues teníamos razones para temer que, llegado el momento, pudieran intentar retenernos por la fuerza.

A pesar del peligro que representan los dinosaurios (que no es grande salvo de noche, pues, como quizá ya he dicho, sus hábitos son en su mayoría nocturnos), en las últimas tres semanas me he llegado dos veces hasta nuestro antiguo campamento para ver a nuestro negro, que seguía haciendo guardia al pie del acantilado. Mis ojos escrutaban ávidamente la gran llanura con la esperanza de divisar a lo lejos la ayuda por la que habíamos rezado. Pero las largas extensiones sembradas de cactus seguían extendiéndose, vacías y desnudas, hasta la lejana hilera de cañaverales.

—Pronto vienen ya, señor Malone. Antes de que pase otra semana, los indios vuelven y traen cuerda y le bajan. —Tal era el alegre grito de nuestro excelente Zambo.

Tuve una extraña experiencia cuando regresaba de aquella segunda visita, que me había tenido una noche alejado de mis compañeros. Volvía por el itinerario bien conocido y había llegado a un punto a poco más de un kilómetro y medio del pantano de los pterodáctilos cuando vi aproximarse un objeto extraordinario. Era un hombre que caminaba dentro de una armazón hecha de cañas dobladas, de modo que quedaba encerrado por todos lados en una jaula en forma de campana. Al acercarme me quedé aún más pasmado al ver que era lord John Roxton. Al verme, se deslizó de debajo de su curiosa protección y avanzó hacia mí riendo, aunque, según me pareció, con cierto embarazo en su actitud.

—Vaya, jovencito —dijo él—, ¡quién iba a pensar que le encontraría aquí arriba!

—¿Qué diablos está usted haciendo? —pregunté.

—Visitando a mis amigos los pterodáctilos —dijo.

—¿Pero por qué?

—Animales interesantes, ¿no le parece? Pero poco sociables. Maneras muy bruscas con los desconocidos, como usted recordará. De modo que construí esta armazón que les impide ser demasiado insistentes en sus atenciones.

—¿Pero qué quiere usted en el pantano?

Me miró con ojos muy interrogadores y leí vacilación en su rostro.

—¿No cree que otras personas además de los profesores pueden querer saber cosas? —dijo al fin—. Estoy estudiando a las bonitas criaturas. Con eso tiene usted suficiente.

—Sin ánimo de ofender —dije.

Recobró el buen humor y se echó a reír.

—Sin ánimo de ofender, jovencito. Voy a conseguirle un polluelo del diablo al profesor Challenger. Eso es parte de mis cometidos. No, no quiero su compañía. Yo estoy a salvo dentro de esta jaula, y usted no. Hasta luego, y estará de vuelta en el campamento al anochechar.

Se dio la vuelta y le dejó adentrarse en el bosque con su extraordinaria jaula a su alrededor.

Si el comportamiento de lord John en aquella época era extraño, el del profesor Challenger lo era más aún. Diré que parecía ejercer una atracción extraordinaria sobre las mujeres indias, y que siempre llevaba una gran y frondosa rama de palmera con la que las espantaba como si fueran moscas cuando sus atenciones se tornaban demasiado acuciantes. Verle caminar como un sultán de opereta cómica, con aquella insignia de autoridad en la mano, la barba negra erizándose frente a él, las puntas de los pies marcando cada paso, y un séquito de muchachas indias de ojos asombrados detrás de él, cubiertas con sus escuetos paños de corteza, es una de las imágenes más grotescas que me llevaré conmigo. En cuanto al profesor Summerlee, estaba absorto en la vida insectil y aviar de la meseta, y empleaba todo su tiempo (salvo la considerable porción

dedicada a increpar al profesor Challenger por no sacarnos de nuestros apuros) en limpiar y montar sus especímenes.

El profesor Challenger tenía por costumbre alejarse solo cada mañana y regresar de cuando en cuando con expresión de solemne trascendencia, como quien carga con el peso total de una gran empresa sobre sus hombros. Un día, rama de palmera en mano y su horda de devotas admiradoras detrás, nos condujo hasta su taller secreto y nos reveló el secreto de sus planes.

El lugar era un pequeño claro en el centro de un palmar. En él se encontraba uno de aquellos géiseres de barro hirviente que ya he descrito. Alrededor de su borde había diseminadas varias tiras de cuero cortadas de piel de iguanodonte, y una gran membrana arrugada que resultó ser el estómago seco y raspado de uno de los grandes lagartos de agua del lago. Aquel enorme saco estaba cosido por un extremo y solo dejaba un pequeño orificio en el otro. En esa abertura se habían insertado varias cañas de bambú cuyos extremos opuestos estaban en contacto con embudos cónicos de arcilla que recogían el gas que borboteaba a través del barro del géiser. Pronto el flácido órgano comenzó a expandirse lentamente y a mostrar tal tendencia a elevarse que el profesor Challenger ató las cuerdas que lo sujetaban a los troncos de los árboles circundantes. En media hora se había formado un buen globo de gas, y las sacudidas y tensiones de las tiras de cuero demostraban que era capaz de una fuerza de ascensión considerable. El profesor Challenger, como un padre complacido ante su primogénito, permanecía de pie, sonriendo y acariciándose la barba, en silencioso y satisfecho regodeo mientras contemplaba la creación de su mente. Fue el profesor Summerlee quien rompió primero el silencio.

—¿No pretenderá usted que subamos en ese artefacto, profesor Challenger? —dijo con voz agria.

—Lo que pretendo, mi querido Summerlee, es ofrecerle una demostración tan convincente de sus capacidades que, después de verla, estoy seguro de que no tendrá el menor reparo en confiarse a él.

—Puede usted quitárselo de la cabeza ahora mismo —dijo el profesor Summerlee con resolución—. Nada en el mundo me induciría a cometer semejante locura. Lord John, confío en que usted no dará su aprobación a tal insensatez.

—Endiabladamente ingenioso, lo llamo yo —dijo nuestro par—. Me gustaría ver cómo funciona.

—Así será —dijo Challenger—. Durante varios días he aplicado toda la fuerza de mi cerebro al problema de cómo hemos de descender de estos acantilados. Nos hemos convencido de que no podemos bajar escalando y de que no existe ningún túnel. Tampoco somos capaces de construir ningún tipo de puente que nos lleve de vuelta al pináculo del que vinimos. ¿Cómo encontrar entonces un medio de transportarnos? Hace algún tiempo señalé a nuestro joven amigo aquí presente que el géiser desprendía hidrógeno libre. La idea de un globo se me presentó de forma natural. Debo admitir que me desconcertó un tanto la dificultad de encontrar una envoltura que contuviese el gas, pero la contemplación de las enormes entrañas de esos reptiles me proporcionó la solución al problema. ¡Contemplad el resultado!

Introdujo una mano por el frente de su andrajosa chaqueta y señaló con orgullo con la otra.

Para entonces el saco de gas se había hinchado hasta alcanzar una rotundidad considerable y tiraba con fuerza de sus amarras.

—¡Locura de verano! —resopló Summerlee.

Lord John estaba encantado con toda la idea. —Listo el viejo, ¿eh? —me susurró, y luego, en voz más alta, dirigiéndose a Challenger—: ¿Y la barquilla?

—La barquilla será mi siguiente preocupación. Ya tengo planeado cómo ha de construirse y sujetarse. Mientras tanto, me limitaré a mostrarles cuán capaz es mi aparato de sostener el peso de cada uno de ustedes.

—¿De todos a la vez, supongo?

—No, forma parte de mi plan que cada uno descienda por turnos a modo de paracaídas, y que el globo sea recuperado por un medio que no tendré dificultad alguna en perfeccionar. Si puede sostener el peso de uno y dejarlo descender suavemente, habrá cumplido todo lo que se le pide. Ahora les mostraré su capacidad en ese sentido.

Sacó un trozo de basalto de buen tamaño, con una muesca en el centro para que pudiera atársele fácilmente una cuerda. Dicha cuerda era la que habíamos traído con nosotros a la meseta tras haberla empleado para escalar el pináculo. Tenía más de treinta metros de longitud y, aunque era delgada, resultaba muy resistente. Había preparado una especie de collar de cuero del que colgaban numerosas correas. Este collar se colocó sobre la cúpula del globo y las tiras colgantes se reunieron por debajo, de modo que la presión de cualquier peso quedara distribuida sobre una superficie considerable. Luego se ató el trozo de basalto a las correas, y se dejó que la cuerda colgara de su extremo, pasándola tres veces alrededor del brazo del profesor.

—Voy a demostrar ahora —dijo Challenger con una sonrisa de grata expectativa— la capacidad de carga de mi globo. —Y dicho esto, cortó con un cuchillo las diversas amarras que lo sujetaban.

Jamás estuvo nuestra expedición en peligro más inminente de aniquilación total. La membrana inflada se disparó hacia arriba con una velocidad espantosa. En un instante, Challenger salió despedido de sus pies y arrastrado tras ella. Apenas tuve tiempo de rodear con mis brazos su talle ascendente cuando yo mismo fui lanzado al aire. Lord John me aferró las piernas con una presa de ratonera, pero noté que él también estaba despegando del suelo. Por un momento tuve la visión de cuatro aventureros flotando como una ristra de salchichas sobre la tierra que habían explorado. Pero, felizmente, la cuerda tenía un límite de resistencia, aunque al parecer no lo tenía la potencia de elevación de aquella infernal máquina. Se oyó un chasquido seco y caímos en un montón sobre el suelo, cubiertos de rollos de cuerda. Cuando pudimos ponernos en pie a duras penas,

vimos muy lejos, en el azul profundo del cielo, una mancha oscura donde el trozo de basalto se alejaba veloz.

—¡Espléndido! —exclamó el intrépido Challenger, frotándose el brazo herido—. ¡Una demostración de lo más minuciosa y satisfactoria! No habría podido anticipar semejante éxito. Dentro de una semana, caballeros, les prometo que se habrá preparado un segundo globo, y que podrán contar con realizar con seguridad y comodidad el primer tramo de nuestro viaje de regreso. —Hasta aquí he ido escribiendo cada uno de los acontecimientos anteriores conforme ocurrían. Ahora concluyo mi relato desde el viejo campamento donde Zambo ha esperado tan largo tiempo, con todas nuestras dificultades y peligros que nos quedan atrás como un sueño sobre la cima de esas vastas moles rojizas que se alzan sobre nuestras cabezas. Hemos descendido sanos y salvos, aunque de la manera más inesperada, y todos estamos bien. En seis semanas o dos meses estaremos en Londres, y es posible que esta carta no llegue mucho antes que nosotros mismos. Nuestros corazones ya anhelan y nuestros espíritus vuelan hacia la gran ciudad madre que alberga tanto de lo que amamos.

Fue precisamente la tarde de nuestra peligrosa aventura con el globo casero de Challenger cuando el cambio llegó a nuestra fortuna. He dicho que la única persona que nos había mostrado alguna señal de simpatía en nuestros intentos de marcharnos era el joven jefe al que habíamos rescatado. Él era el único que no deseaba retenernos contra nuestra voluntad en una tierra extraña. Nos lo había dado a entender por su expresivo lenguaje de señas. Aquella tarde, después del anochecer, bajó hasta nuestro pequeño campamento, me entregó a mí (por alguna razón siempre había dirigido sus atenciones hacia mí, quizá porque era yo el más cercano a su edad) un pequeño rollo de corteza de árbol y, señalando solemnemente hacia la hilera de cuevas que había sobre él, se llevó el dedo a los labios en señal de secreto y se escabulló de vuelta con los suyos.

Llevé la tira de corteza a la luz del fuego y la examinamos juntos. Tenía unos treinta centímetros de lado, y en la cara interior había una singular disposición de líneas, que aquí reproduzco:

Estaban trazadas con esmero en carbón sobre la superficie blanca, y a primera vista me parecieron una especie de partitura musical tosca.

—Sea lo que sea, puedo jurar que tiene importancia para nosotros —dije—. Lo leí en su cara cuando me lo entregó.

—A no ser que hayamos dado con un bromista primitivo —apuntó Summerlee—, lo cual, a mi entender, sería uno de los desarrollos más elementales del hombre.

—Claramente es algún tipo de escritura —dijo Challenger.

—Parece el concurso de enigmas de una guinea —comentó lord John, estirando el cuello para echarle un vistazo. Y de repente extendió la mano y se apoderó del acertijo.

—¡Por San Jorge! —exclamó—. Creo que lo tengo. El muchacho dio en el blanco desde el primer momento. ¡Miren aquí! ¿Cuántas marcas hay en ese papel? Dieciocho. Pues bien, si se paran a pensarlo, hay dieciocho aberturas de cueva en la ladera que tenemos encima.

—Señaló hacia las cuevas cuando me lo entregó —dije yo.

—Bien, eso lo aclara todo. Esto es un plano de las cuevas. ¡Vaya! Dieciocho seguidas, unas cortas, otras hondas, otras con ramificaciones, igual que las vimos. Es un mapa, y aquí hay una cruz. ¿Para qué sirve la cruz? Está puesta para marcar una que es mucho más profunda que las demás.

—¡Una que atraviesa! —exclamé.

—Creo que nuestro joven amigo ha resuelto el enigma —dijo Challenger—. Si la cueva no atraviesa, no entiendo por qué esta persona, que tiene todos los motivos para querernos bien, habría llamado nuestra atención sobre ella. Pero si es así y sale por el

punto correspondiente al otro lado, no tendremos que descender más de unos treinta metros.

—¡Treinta metros! —gruñó Summerlee.

—Pero nuestra cuerda tiene todavía más de treinta metros —exclamé—. Seguramente podríamos bajar.

—¿Y los indios de la cueva? —objetó Summerlee.

—No hay indios en ninguna de las cuevas que hay sobre nuestras cabezas —dije—. Todas se utilizan como graneros y almacenes. ¿Por qué no subir ahora mismo a explorar el terreno?

Hay en la meseta una madera bituminosa seca —una especie de araucaria, según nuestro botánico— que los indios utilizan siempre para las antorchas. Cada uno de nosotros cogió un haz de esta madera y subimos por los escalones cubiertos de maleza hasta la cueva en particular que estaba marcada en el dibujo. Estaba, tal como había dicho, vacía, salvo por un gran número de murciélagos enormes que revoloteaban alrededor de nuestras cabezas a medida que avanzábamos. Como no deseábamos atraer la atención de los indios sobre nuestros movimientos, avanzamos a tientas en la oscuridad hasta haber doblado varias curvas y penetrado a una distancia considerable en la caverna. Solo entonces encendimos las antorchas. Era un hermoso túnel seco de paredes grises y lisas cubiertas de símbolos nativos, con un techo curvado que se arqueaba sobre nuestras cabezas y arena blanca y reluciente bajo los pies. Avanzamos por él a toda prisa hasta que, con un profundo gemido de amarga decepción, nos detuvimos en seco. Ante nosotros se alzaba una pared de roca a plomo, sin la menor grieta por la que pudiera haber pasado un ratón. No había escapatoria por allí.

Nos quedamos con el corazón encogido mirando aquel obstáculo inesperado. No era consecuencia de ninguna convulsión, como en el caso del túnel ascendente. La pared del fondo era exactamente igual que las laterales. Era, y siempre había sido, un callejón sin salida.

—No importa, amigos míos —dijo el indomable Challenger—. Tienen todavía mi firme promesa de un globo.

Summerlee gimió.

—¿Será que estamos en la cueva equivocada? —sugerí.

—De nada sirve, muchacho —dijo lord John, con el dedo sobre el plano—. Diecisiete desde la derecha y segunda desde la izquierda. Esta es la cueva, sin duda.

Miré la marca a la que apuntaba su dedo y lancé un grito repentino de alegría.

—¡Creo que lo tengo! ¡Sígueme! ¡Sígueme!

Apresuré el paso de vuelta por donde habíamos venido, con la antorcha en la mano. —Aquí —dije, señalando unas cerillas en el suelo—, fue donde encendimos.

—Exacto.

—Pues bien, está marcada como una cueva bifurcada, y en la oscuridad pasamos la bifurcación antes de encender las antorchas. A la derecha según salimos deberíamos encontrar el brazo más largo.

Así era. No llevábamos recorridos treinta metros cuando una gran abertura negra se abrió ante nosotros en la pared. Nos adentramos en ella y vimos que nos encontrábamos en un pasaje mucho más amplio que el anterior. Lo recorrimos a toda prisa con anhelante impaciencia durante centenares de metros. Entonces, de pronto, en la oscuridad del arco que teníamos delante, vimos un destello de luz rojo oscuro. Lo contemplamos asombrados. Una lámina de fuego uniforme parecía cruzar el pasaje y cerrar nuestro camino. Nos apresuramos hacia él. De él no emanaba ningún sonido, ningún calor, ningún movimiento, pero aun así la gran cortina luminosa brillaba ante nosotros, plateando toda la cueva y convirtiendo la arena en joyas pulverizadas, hasta que al acercarnos más reveló un borde circular.

—¡La luna, por San Jorge! —exclamó lord John—. ¡Ya estamos al otro lado, muchachos! ¡Hemos atravesado!

Era en efecto la luna llena la que brillaba directamente por la abertura que daba a los acantilados. Era una pequeña hendidura, no mayor que una ventana, pero suficiente para todos nuestros propósitos. Asomando el cuello por ella pudimos ver que el descenso no era excesivamente difícil y que el suelo llano no quedaba demasiado lejos. No era de extrañar que desde abajo no hubiéramos observado el lugar, pues los acantilados se curvaban hacia afuera por encima y un ascenso en ese punto habría parecido tan imposible que habría desalentado una inspección minuciosa. Nos convencimos de que con la ayuda de nuestra cuerda podríamos encontrar la manera de bajar, y regresamos llenos de alegría a nuestro campamento para hacer los preparativos de la tarde siguiente.

Lo que habíamos de hacer, teníamos que hacerlo con rapidez y en secreto, pues incluso en esa última hora los indios podrían retenernos. Dejaríamos atrás nuestras provisiones, salvo los fusiles y los cartuchos. Pero Challenger tenía ciertos enseres voluminosos que ardía en deseos de llevarse, y un paquete en particular, del que no me está permitido hablar, que nos dio más trabajo que cualquier otro. El día transcurrió lentamente, pero al caer la oscuridad estábamos listos para partir. Con gran esfuerzo subimos nuestras cosas por los escalones y luego, mirando atrás, echamos un último y prolongado vistazo a aquella extraña tierra, que temo quedará pronto vulgarizada, presa de cazadores y prospectores, pero que para cada uno de nosotros era un país de ensueño lleno de encanto mágico y romanticismo, una tierra donde habíamos osado mucho, sufrido mucho y aprendido mucho: NUESTRA tierra, como siempre la llamaremos con entrañable afecto. A nuestra izquierda, las cuevas vecinas proyectaban cada una su rojiza y acogedora luz de hoguera en la oscuridad. Desde la ladera que había debajo de nosotros se alzaban las voces de los indios mientras reían y cantaban. Más allá se extendía la vasta extensión de los bosques, y en el centro, reluciendo vagamente entre la penumbra, estaba el gran lago, madre de monstruos extraños. Justo cuando mirábamos, un agudo y vibrante grito, el llamado de algún extraño animal, resonó nítidamente en la oscuridad. Era la propia voz de la Tierra de Maple

White despidiéndose de nosotros. Nos dimos la vuelta y nos adentramos en la cueva que llevaba a casa.

Dos horas más tarde, nosotros, nuestros bultos y todo cuanto poseíamos estábamos al pie del acantilado. Salvo por el equipaje de Challenger, no encontramos dificultad alguna. Dejándolo todo donde habíamos descendido, partimos de inmediato hacia el campamento de Zambo. A primera hora de la mañana nos aproximamos a él, pero solo para encontrar, para nuestro asombro, no una hoguera sino una docena sobre la llanura. El grupo de rescate había llegado. Eran veinte indios del río, con estacas, cuerdas y todo lo que pudiera servir para tender un puente sobre la sima. Al menos no tendremos ya ninguna dificultad para transportar nuestros bultos cuando mañana empecemos a abrirnos camino de regreso hacia el Amazonas.

Y así, con ánimo humilde y agradecido, cierro este relato. Nuestros ojos han visto grandes maravillas y nuestras almas se han templado con lo que hemos soportado. Cada uno es a su manera un hombre mejor y más profundo. Puede que cuando lleguemos a Pará nos detengamos a reabastecernos. Si es así, esta carta llegará con un correo de antelación. Si no, llegará a Londres el mismo día que yo. En cualquier caso, querido señor McArdle, espero estrecharle la mano muy pronto.

CAPÍTULO XVI

¡Una procesión! ¡Una procesión!

Deseo dejar aquí constancia de nuestra gratitud a todos nuestros amigos del Amazonas por la gran amabilidad y hospitalidad que nos dispensaron durante el viaje de regreso. Quiero dar las gracias de manera muy especial al señor Peñalosa y otros funcionarios del Gobierno brasileño por las disposiciones especiales con que facilitaron nuestro camino, y al señor Pereira de Pará, a cuya previsión debemos el equipo completo para presentarnos con decencia ante el mundo civilizado, que encontramos preparado a nuestra llegada a aquella ciudad. Parecía una pobre correspondencia a toda la cortesía recibida que engañásemos a nuestros anfitriones y bienhechores, pero dadas las circunstancias no teníamos otra alternativa, y por la presente les comunico que solo malgastarán su tiempo y su dinero si intentan seguir nuestras huellas. Incluso los nombres han sido alterados en nuestros relatos, y estoy muy seguro de que nadie, por muy minucioso que sea su estudio, podría acercarse a menos de mil seiscientos kilómetros de nuestra tierra desconocida.

La agitación suscitada en aquellas partes de América del Sur que tuvimos que atravesar nos pareció puramente local, y puedo asegurar a nuestros amigos de Inglaterra que no teníamos la menor idea del revuelo que el simple rumor de nuestras experiencias había causado en toda Europa. No fue hasta que el Ivernia se encontraba a ochocientos kilómetros de Southampton cuando los mensajes inalámbricos de periódico en periódico y agencia en agencia,

ofreciendo sumas enormes por un breve mensaje de respuesta sobre nuestros resultados reales, nos mostraron hasta qué punto estaba en tensión la atención no solo del mundo científico, sino del gran público. Acordamos entre nosotros, sin embargo, que no se haría ninguna declaración definitiva a la prensa hasta haber reunido a los miembros del Instituto Zoológico, pues en calidad de delegados era nuestro deber indeclinable presentar el primer informe al organismo que nos había encomendado la investigación. Así pues, aunque encontramos Southampton lleno de periodistas, nos negamos en redondo a facilitar información alguna, lo que tuvo el efecto natural de concentrar la atención del público en la reunión anunciada para la noche del 7 de noviembre. Para dicho acto, la Sala Zoológica, escenario en que se había iniciado nuestra empresa, resultó ser demasiado pequeña, y solo en la Queen's Hall de Regent Street se encontró cabida suficiente. Hoy es de dominio público que los organizadores habrían podido atreverse con el Albert Hall y aun así habrían encontrado el espacio insuficiente.

La gran reunión quedó fijada para la segunda noche tras nuestra llegada. Para la primera, cada uno de nosotros tenía sin duda sus propios asuntos urgentes que atender. De los míos no puedo hablar todavía. Puede que, conforme se alejen de mí, sea capaz de pensar en ellos, e incluso de hablar de ellos, con menos emoción. Al comienzo de esta narración he mostrado al lector cuáles eran los resortes de mi acción. Quizá sea justo que continúe el relato y muestre también sus resultados. Y sin embargo, puede llegar el día en que no quisiera que hubiera sido de otro modo. Al menos fui empujado a tomar parte en una aventura maravillosa, y no puedo sino estar agradecido a la fuerza que me impulsó.

Y ahora llego al último y supremo momento memorable de nuestra aventura. Mientras me devanaba los sesos pensando en cómo describirlo mejor, mis ojos cayeron sobre el número de mi propio periódico de la mañana del 8 de noviembre, con el relato completo y excelente de mi amigo y compañero de redacción Macdona. ¿Qué puedo hacer mejor que transcribir su crónica, titulares incluidos? Reconozco que el periódico se mostró exuberante

en el asunto, como tributo a su propia iniciativa de enviar a un corresponsal, pero los demás grandes diarios no se quedaron muy atrás en sus crónicas. Reproduzco, pues, lo que escribió el amigo Mac:

EL NUEVO MUNDO GRAN REUNIÓN EN LA QUEEN'S HALL
ESCENAS DE ALBOROTO INCIDENTE EXTRAORDINARIO ¿QUÉ FUE?
DISTURBIOS NOCTURNOS EN REGENT STREET (Especial)

"La muy comentada reunión del Instituto Zoológico, convocada para escuchar el informe del Comité de Investigación enviado el año pasado a América del Sur con el fin de comprobar las afirmaciones del profesor Challenger sobre la persistencia de vida prehistórica en aquel continente, se celebró anoche en la gran Queen's Hall, y puede afirmarse con seguridad que es probable que quede como una fecha señalada en la historia de la ciencia, pues los actos fueron de un carácter tan notable y sensacional que nadie de los presentes tiene visos de olvidarlos jamás." (¡Oh, colega plumífero Macdona, qué monstruosa frase de apertura!) "Las invitaciones quedaban teóricamente reservadas a los socios y sus amigos, pero este último término es muy elástico, y mucho antes de las ocho, hora fijada para el comienzo de los actos, todas las partes de la Gran Sala estaban abarrotadas. El gran público, sin embargo, que con total falta de razón se consideraba agraviado por su exclusión, tomó las puertas por asalto a las ocho menos cuarto, tras una prolongada refriega en la que varias personas resultaron heridas, entre ellas el inspector Scoble de la División H, que por desgracia se fracturó una pierna. Tras esta invasión injustificada, que no solo llenó todos los pasillos, sino que llegó a ocupar el espacio reservado a la prensa, se calcula que casi cinco mil personas aguardaban la llegada de los viajeros. Cuando por fin aparecieron, tomaron sus asientos en la parte delantera de un estrado que ya albergaba a los más destacados científicos no solo de este país, sino de Francia y de Alemania. Suecia también estaba representada, en la persona del profesor Sergius, el famoso zoólogo de la Universidad de Upsala. La entrada de los cuatro héroes de la ocasión fue la señal de una notable demostración de bienvenida: todo el público se puso en pie y los

vitoreó durante varios minutos. Sin embargo, un observador perspicaz podría haber detectado ciertos indicios de disconformidad en medio de los aplausos, e intuido que los actos prometían ser más animados que armoniosos. Cabe afirmar con toda seguridad, no obstante, que nadie habría podido prever el giro extraordinario que tomarían en realidad.

"Del aspecto de los cuatro aventureros poco hay que decir, pues hace tiempo que sus fotografías aparecen en todos los periódicos. Muestran escasas huellas de las penalidades que según se dice han sufrido. Puede que la barba del profesor Challenger sea más espesa, los rasgos del profesor Summerlee más ascéticos, la figura de lord John Roxton más enjuta, y que los tres estén tostados a un tono más oscuro que cuando partieron de nuestras costas, pero cada uno parecía gozar de una salud excelente. En cuanto a nuestro propio representante, el conocido atleta y jugador internacional de rugby E. D. Malone, parece estar en perfecta forma, y mientras pasaba la vista por entre la muchedumbre, una sonrisa de afable satisfacción iluminaba su honrado aunque más bien corriente semblante." (¡Está bien, Mac, espera a que te tenga a solas!)

"Cuando se restableció la calma y el público volvió a sus asientos tras la ovación tributada a los viajeros, el presidente, el duque de Durham, se dirigió al auditorio. Manifestó que no se interpondría —dijo— más que un momento entre aquella vasta asamblea y el festín que le aguardaba. No le correspondía a él anticipar lo que el profesor Summerlee, portavoz del comité, tenía que decirles, pero era rumor general que su expedición había sido coronada por un éxito extraordinario. (Aplausos.) Al parecer, la época romántica no había muerto, y existía un terreno común en el que las más descabelladas imaginaciones del novelista podían encontrarse con las investigaciones científicas del buscador de la verdad. Solo añadiría, antes de sentarse, que se alegraba —y todos ellos se alegrarían— de que estos caballeros hubieran regresado sanos y salvos de su difícil y peligrosa empresa, pues no puede negarse que cualquier desastre sufrido por semejante expedición habría infligido una pérdida casi irreparable a la causa de la ciencia zoológica.

(Grandes aplausos, en los que se observó que el profesor Challenger participaba.)

"La intervención del profesor Summerlee fue la señal de otro extraordinario estallido de entusiasmo, que se repitió a intervalos durante todo su discurso. Dicho discurso no se reproducirá in extenso en estas columnas, por razón de que en un suplemento se publica el relato completo de todas las aventuras de la expedición, de la pluma de nuestro propio corresponsal especial. Bastará, pues, con algunas indicaciones generales. Tras describir la génesis del viaje y rendir un generoso tributo a su amigo el profesor Challenger, acompañado de una disculpa por la incredulidad con que habían sido acogidas sus afirmaciones, ahora plenamente vindicadas, expuso el curso real de su viaje, omitiendo cuidadosamente toda información que pudiera ayudar al público en cualquier intento de localizar esta notable meseta. Habiendo descrito, en términos generales, su recorrido desde el río principal hasta el momento en que llegaron realmente al pie de los acantilados, mantuvo en vilo a sus oyentes con su relato de las dificultades halladas por la expedición en sus repetidos intentos de escalarlos, y describió finalmente cómo lograron salir adelante en su desesperado empeño, que costó la vida a sus dos devotos servidores mestizos." (Esta sorprendente interpretación de los hechos fue el resultado de los esfuerzos de Summerlee por no sacar a relucir ningún asunto comprometido en la reunión.)

"Habiendo conducido a su auditorio en la imaginación hasta la cima, y dejándolos varados allí a causa de la caída de su puente, el profesor procedió a describir tanto los horrores como los atractivos de aquella tierra notable. De aventuras personales dijo poco, pero hizo hincapié en la rica cosecha que la ciencia había obtenido de las observaciones de la maravillosa vida animal, aviar, entomológica y vegetal de la meseta. Particularmente rica en coleópteros y lepidópteros, cuarenta y seis nuevas especies de los primeros y noventa y cuatro de los segundos habían sido capturadas en el transcurso de unas pocas semanas. Sin embargo, el interés del público se centraba naturalmente en los animales de mayor tamaño,

y especialmente en los que se suponía extintos desde hacía mucho tiempo. De ellos pudo ofrecer una lista considerable, aunque no dudaba de que se ampliaría notablemente cuando el lugar fuera investigado con más detenimiento. Él y sus compañeros habían visto al menos una docena de criaturas, la mayoría de lejos, que no correspondían a nada de lo actualmente conocido por la ciencia. Con el tiempo serían debidamente clasificadas y estudiadas. Puso como ejemplo una serpiente, cuya muda de piel, de color púrpura intenso, medía unos quince metros y medio de longitud, y mencionó una criatura blanca, supuestamente mamífera, que emitía una fosforescencia bien marcada en la oscuridad; así como una gran polilla negra, cuya mordedura los indios consideraban muy venenosa. Dejando a un lado estas formas de vida enteramente nuevas, la meseta era muy rica en formas prehistóricas conocidas, que en algunos casos se remontaban al Jurásico temprano. Entre ellas mencionó el gigantesco y grotesco estegosaurio, que el señor Malone había visto en una ocasión en un abrevadero junto al lago, y que estaba dibujado en el cuaderno de bocetos de aquel aventurero americano que fue el primero en penetrar en este mundo desconocido. Describió también el iguanodón y el pterodáctilo, dos de las primeras maravillas con que se habían topado. Luego mantuvo al auditorio en vilo con una descripción de los terribles dinosaurios carnívoros, que en más de una ocasión habían perseguido a miembros del grupo, y que eran los más formidables de todas las criaturas con que se habían encontrado. De ahí pasó al enorme y feroz pájaro, el fororaco, y al gran alce que todavía merodea por aquellas tierras altas. Sin embargo, no fue hasta que bosquejó los misterios del lago central cuando se despertó el pleno interés y entusiasmo del auditorio. Había que pellizcarse para asegurarse de que uno estaba despierto al escuchar a este sensato y práctico profesor describir en tonos fríos y mesurados los monstruosos lagartos-pep de tres ojos y las enormes serpientes acuáticas que habitan esta encantada extensión de agua. A continuación habló de los indios y de la extraordinaria colonia de simios antropoides, que podría considerarse un estadio superior al pitecántropo de Java, y que se acercaba por tanto más que cualquier

forma conocida a esa creación hipotética denominada el eslabón perdido. Por último, describió entre cierta hilaridad el ingenioso pero sumamente peligroso invento aeronáutico del profesor Challenger, y concluyó un discurso de lo más memorable con el relato de los métodos mediante los cuales el comité logró por fin encontrar el camino de regreso a la civilización.

"Se esperaba que los actos concluyeran allí, y que una moción de agradecimiento y felicitación, presentada por el profesor Sergius de la Universidad de Upsala, fuera debidamente secundada y aprobada; pero pronto resultó evidente que el curso de los acontecimientos no estaba destinado a fluir con tanta suavidad. Los síntomas de oposición habían sido patentes de vez en cuando durante la velada, y ahora el doctor James Illingworth, de Edimburgo, se levantó en el centro de la sala. El doctor Illingworth preguntó si no debería someterse a votación una enmienda antes que una resolución.

"EL PRESIDENTE: —Sí, señor, si ha de haber una enmienda.

"EL DR. ILLINGWORTH: —Excelencia, ha de haberla.

"EL PRESIDENTE: —Entonces procedamos a votarla de inmediato.

"EL PROFESOR SUMMERLEE (poniéndose de pie de un salto): — ¿Puedo explicar, Excelencia, que este hombre es mi enemigo personal desde nuestra controversia en el Quarterly Journal of Science sobre la verdadera naturaleza del Bathybius?

"EL PRESIDENTE: —Me temo que no puedo entrar en asuntos personales. Continúe.

"El doctor Illingworth no fue escuchado con claridad en parte de sus observaciones a causa de la obstinada oposición de los amigos de los exploradores. También hubo algunos intentos de tirarlo hacia abajo. No obstante, siendo un hombre de complexión enorme y dotado de una voz muy poderosa, dominó el tumulto y logró concluir su discurso. Era evidente, desde el momento en que se levantó, que contaba con varios amigos y simpatizantes en la sala, aunque formaban una minoría entre el auditorio. La actitud de la mayor parte del público podría describirse como de neutralidad atenta.

"El doctor Illingworth comenzó sus observaciones expresando su gran estima por el trabajo científico tanto del profesor Challenger como del profesor Summerlee. Lamentaba mucho que se hubiera atribuido a sus palabras ningún sesgo personal, ya que estaban dictadas íntegramente por su deseo de verdad científica. Su postura, de hecho, era en esencia la misma que la adoptada por el profesor Summerlee en la última reunión. En aquella última reunión, el profesor Challenger había formulado ciertas afirmaciones que su colega había puesto en duda. Ahora era ese mismo colega quien salía a hacer las mismas afirmaciones y esperaba que nadie las cuestionase. ¿Era esto razonable? («Sí», «No», y una prolongada interrupción, durante la cual se oyó al profesor Challenger pedir desde el palco de prensa permiso al presidente para echar al doctor Illingworth a la calle.) Hace un año, un hombre dijo ciertas cosas. Ahora cuatro hombres decían otras aún más sorprendentes. ¿Habría de constituir esto una prueba definitiva cuando los asuntos en cuestión eran del carácter más revolucionario e increíble? Existían ejemplos recientes de viajeros llegados de lo desconocido con ciertos relatos que habían sido aceptados con demasiada facilidad. ¿Iba el Instituto Zoológico de Londres a ponerse en esa misma posición? Reconocía que los miembros del comité eran hombres de carácter. Pero la naturaleza humana era muy compleja. Incluso los profesores podían dejarse arrastrar por el deseo de notoriedad. Como las mariposas nocturnas, a todos nos gusta revolotear a la luz. A los cazadores de piezas mayores les gustaba estar en disposición de eclipsar los relatos de sus rivales, y los periodistas no eran reacios a los golpes de efecto sensacionales, incluso cuando la imaginación tenía que auxiliar a los hechos en el proceso. Cada miembro del comité tenía su propio motivo para sacar el máximo partido de sus resultados. («¡Vergüenza! ¡Vergüenza!») No tenía ningún deseo de ser ofensivo. («¡Sí que lo tiene!» e interrupción.) La corroboración de estos maravillosos relatos era en realidad de la índole más endeble. ¿A qué se reducía? A unas fotografías. {¿Era posible que en esta era de ingeniosa manipulación las fotografías pudieran aceptarse como prueba?} ¿Qué más? Se tenía el relato de una huida y un descenso por cuerdas que impedía la presentación

de especímenes de mayor tamaño. Era ingenioso, pero no convincente. Se tenía entendido que lord John Roxton afirmaba poseer el cráneo de un fororaco. Solo podía decir que le gustaría ver ese cráneo.

"LORD JOHN ROXTON: —¿Está llamándome mentiroso este individuo? (Alboroto.)

"EL PRESIDENTE: —¡Orden! ¡Orden! Doctor Illingworth, debo pedirle que concluya sus observaciones y presente su enmienda.

"EL DR. ILLINGWORTH: —Excelencia, tengo más que decir, pero me inclino ante su decisión. Propongo, pues, que, si bien se le den las gracias al profesor Summerlee por su interesante discurso, toda la cuestión sea considerada «no probada» y remitida a un Comité de Investigación más amplio, y posiblemente más fiable.

"Es difícil describir la confusión provocada por esta enmienda. Una gran parte del auditorio expresó su indignación ante semejante afrenta a los viajeros con ruidosas muestras de desacuerdo y gritos de «¡No se vote!», «¡Retírela!», «¡Que le echen!». Por otro lado, los descontentos —y no puede negarse que eran bastante numerosos— aplaudieron la enmienda con gritos de «¡Orden!», «¡A la presidencia!», y «¡Juego limpio!». Se produjo una trifulca en los bancos del fondo, y se intercambiaron golpes libremente entre los estudiantes de medicina que abarrotaban aquella parte de la sala. Solo la influencia moderadora de la presencia de gran número de señoras impidió un disturbio en toda regla. De repente, sin embargo, hubo una pausa, un silencio, y luego un silencio absoluto. El profesor Challenger estaba de pie. Su presencia y sus modales son peculiarmente imponentes, y cuando levantó la mano para pedir orden, todo el auditorio se calmó expectante para escucharle.

"—Muchos de los presentes recordarán —dijo el profesor Challenger— que escenas similares de necedad y falta de educación marcaron la última reunión en la que pude dirigirme a ellos. En aquella ocasión el principal culpable fue el profesor Summerlee, y aunque ahora está escarmentado y contrito, el asunto no podía

olvidarse del todo. Esta noche he escuchado sentimientos similares, aunque aún más ofensivos, de labios de la persona que acaba de sentarse, y aunque supone un deliberado esfuerzo de condescendencia descender al nivel mental de esa persona, me esforzaré por hacerlo, a fin de disipar cualquier duda razonable que pueda existir en la mente de cualquiera. (Risas e interrupción.) No necesito recordar a este auditorio que, aunque el profesor Summerlee, como jefe del Comité de Investigación, ha sido puesto a hablar esta noche, soy yo el verdadero impulsor de este asunto, y que es principalmente a mí a quien debe atribuirse cualquier resultado satisfactorio. He conducido sanos y salvos a estos tres caballeros al lugar mencionado, y he conseguido, como han oído, convencerles de la exactitud de mi relato anterior. Habíamos esperado encontrar a nuestro regreso que nadie fuera tan obtuso como para discutir nuestras conclusiones conjuntas. Sin embargo, escarmentado por mi experiencia anterior, no he venido sin las pruebas que puedan convencer a un hombre razonable. Como explicó el profesor Summerlee, los hombres-mono manipularon nuestras cámaras cuando saquearon nuestro campamento, y la mayoría de nuestros negativos quedaron inutilizados. (Abucheos, risas y «¡A otro perro con ese hueso!» desde el fondo.) He mencionado a los hombres-mono, y no puedo dejar de decir que algunos de los sonidos que ahora llegan a mis oídos me traen a la memoria con toda viveza mis experiencias con esas interesantes criaturas. (Risas.) A pesar de la destrucción de tantos negativos de incalculable valor, en nuestra colección queda todavía cierto número de fotografías corroborativas que muestran las condiciones de vida en la meseta. ¿Les acusaban de haber falsificado estas fotografías? (Una voz: «Sí», y una considerable interrupción que terminó con la expulsión de la sala de varios individuos.) Los negativos estaban a disposición de los expertos para su inspección. Pero ¿qué otras pruebas tenían? Dadas las condiciones de su huida, era naturalmente imposible transportar gran cantidad de equipaje, pero habían rescatado las colecciones de mariposas y escarabajos del profesor Summerlee, que contenían muchas especies nuevas. ¿No era esto una prueba? (Varias voces: «No».) ¿Quién ha dicho que no?

"EL DR. ILLINGWORTH (levantándose): —Nuestra postura es que tal colección podría haberse realizado en otros lugares que no fueran una meseta prehistórica. (Aplausos.)

»PROFESOR CHALLENGER: "Sin duda, señor, hemos de inclinarnos ante su autoridad científica, aunque debo reconocer que el nombre no me resulta familiar. Dejando de lado, pues, tanto las fotografías como la colección entomológica, paso a la variada y exacta información que traemos con nosotros sobre puntos que jamás antes habían sido esclarecidos. Por ejemplo, acerca de las costumbres domésticas del pterodáctilo..." (Una voz: "¡Paparruchas!", y alboroto). "Digo que, sobre las costumbres domésticas del pterodáctilo, podemos arrojar un torrente de luz. Puedo exhibirles, sacándola de mi cartapacio, una imagen de esa criatura tomada del natural que les convencería de..."

»DOCTOR ILLINGWORTH: "Ninguna imagen podría convencernos de nada".

»PROFESOR CHALLENGER: "¿Necesitaría usted ver la cosa misma?"

»DOCTOR ILLINGWORTH: "Sin duda".

»PROFESOR CHALLENGER: "¿Y lo aceptaría?"

»DOCTOR ILLINGWORTH (riendo): "Fuera de toda duda".

»Fue en este punto cuando surgió la sensación de la velada, una sensación tan dramática que jamás puede haber tenido parangón en la historia de las reuniones científicas. El profesor Challenger alzó la mano en el aire a modo de señal, y al instante se vio a nuestro colega, el señor E. D. Malone, levantarse y dirigirse al fondo de la tarima. Un instante después reapareció en compañía de un negro gigantesco, cargando ambos entre los dos un gran cajón de embalaje cuadrado. Era evidentemente de gran peso, y fue trasladado lentamente hacia delante y depositado frente a la silla del profesor. Todo rumor se había acallado entre el público y todos estaban absortos en el espectáculo que tenían ante sí. El profesor Challenger retiró la parte superior del cajón, que formaba una tapa

corredera. Asomándose al interior de la caja, chasqueó los dedos varias veces y desde los asientos de la prensa se le oyó decir, con voz zalamera: "¡Ven, ven, bonito, bonito!". Un instante después, con un ruido de arañazos y traqueteo, una criatura de lo más horrible y repugnante surgió de abajo y se encaramó al borde del cajón. Ni siquiera la inesperada caída del duque de Durham sobre la orquesta, que se produjo en aquel momento, pudo distraer la petrificada atención del vasto auditorio. El rostro de la criatura era como la más desaforada gárgola que hubiera podido concebir la imaginación de un loco constructor medieval. Era maligno, horrible, con dos ojillos rojos tan brillantes como puntas de carbón ardiente. Su larga boca salvaje, que mantenía entreabierta, estaba llena de una doble hilera de dientes como de tiburón. Tenía los hombros encorvados, y en torno a ellos llevaba envuelto lo que parecía un descolorido chal gris. Era el diablo de nuestra infancia en persona. Se produjo un tumulto entre el público; alguien chilló, dos damas de la primera fila cayeron desvanecidas de sus sillas, y hubo un movimiento general en la tarima para seguir a su presidente hacia la orquesta. Por un momento hubo peligro de pánico general. El profesor Challenger alzó las manos para apaciguar el alboroto, pero el movimiento alarmó a la criatura que tenía a su lado. Su extraño chal se desplegó de pronto, se extendió y se agitó como un par de alas coriáceas. Su dueño se abalanzó hacia sus patas, pero demasiado tarde para sujetarla. Había saltado de su percha y giraba lentamente en torno al Queen's Hall con un seco aleteo correoso de sus alas de tres metros, mientras un olor pútrido e insidioso impregnaba la sala. Los gritos de la gente de las galerías, alarmada por la cercana proximidad de aquellos ojos incandescentes y aquel pico asesino, excitaron a la criatura hasta el frenesí. Volaba cada vez más raudo, golpeándose contra las paredes y las arañas en un ciego frenesí de pavor. "¡La ventana! ¡Por amor de Dios, cierran esa ventana!", bramaba el profesor desde la tarima, brincando y retorciéndose las manos en una agonía de aprensión. ¡Ay, su advertencia llegó demasiado tarde! En un momento la criatura, golpeándose y topando a lo largo de la pared como una enorme polilla dentro de un tulipa de gas, dio con la abertura, embutió su odiosa mole a través

de ella, y desapareció. El profesor Challenger se desplomó en su silla con el rostro hundido entre las manos, mientras el público exhalaba un largo y hondo suspiro de alivio al comprender que el incidente había concluido.

»Entonces... ¡oh, cómo describir lo que ocurrió entonces!, cuando la plena exuberancia de la mayoría y la plena reacción de la minoría se unieron para formar una gran ola de entusiasmo que rodó desde el fondo de la sala, cobrando volumen a su paso, barrió la orquesta, sumergió la tarima y arrebató a los cuatro héroes sobre su cresta". (¡Bien hecho, Mac!). "Si el público había hecho menos que justicia, desde luego que la enmendó con creces. Todos estaban en pie. Todos se movían, gritaban, gesticulaban. Una densa muchedumbre de hombres que vitoreaban rodeaba a los cuatro viajeros. "¡Arriba con ellos! ¡Arriba con ellos!", clamaban cien voces. En un momento, cuatro figuras se elevaron por encima de la multitud. En vano forcejearon por soltarse. Quedaron retenidos en sus elevados puestos de honor. Habría sido difícil hacerlos bajar aunque se hubiera querido, tan densa era la muchedumbre a su alrededor. "¡A Regent Street! ¡A Regent Street!", sonaban las voces. Hubo un remolino en la apiñada multitud, y una lenta corriente, llevando a los cuatro sobre sus hombros, se encaminó hacia la puerta. En la calle, la escena era extraordinaria. Aguardaba una congregación de no menos de cien mil personas. La apretada muchedumbre se extendía desde el otro lado del Hotel Langham hasta Oxford Circus. Un rugido de aclamación saludó a los cuatro aventureros cuando aparecieron, muy por encima de las cabezas de la gente, bajo las vívidas lámparas eléctricas del exterior de la sala. "¡Una procesión! ¡Una procesión!", era el grito. En una densa falange, bloqueando las calles de lado a lado, la muchedumbre se puso en marcha, tomando la ruta de Regent Street, Pall Mall, St. James's Street y Piccadilly. Quedó detenido todo el tráfico central de Londres, y se reportaron numerosos choques entre los manifestantes, por un lado, y la policía y los taxistas, por otro. Por fin, no fue sino después de medianoche cuando los cuatro viajeros quedaron liberados a la entrada de los aposentos de lord John Roxton en el Albany, y cuando la exuberante

muchedumbre, tras haber cantado a coro "Son unos compañeros excelentes", concluyó su programa con "Dios salve al rey". Así terminó una de las veladas más memorables que Londres ha visto en bastante tiempo".

Hasta aquí mi amigo Macdona; y puede tomarse como un relato bastante fiel, aunque florido, de lo acaecido. En cuanto al incidente principal, fue una desconcertante sorpresa para el público, pero no, apenas hace falta decirlo, para nosotros. El lector recordará cómo conocí a lord John Roxton precisamente en la ocasión en que, con su crinolina protectora, había ido a buscar al "polluelo del diablo", como él lo llamaba, para el profesor Challenger. He insinuado también los apuros que nos dio el equipaje del profesor cuando abandonamos la meseta, y si hubiera descrito nuestra travesía podría haber dicho bastante de las fatigas que pasamos para halagar con pescado podrido el apetito de nuestro inmundo compañero. Si no he hablado mucho de ello antes, fue, por supuesto, porque el ferviente deseo del profesor era que no se dejara filtrar ningún posible rumor del irrefutable argumento que portábamos hasta que llegase el momento en que sus enemigos habrían de ser confundidos.

Una palabra sobre la suerte del pterodáctilo londinense. Nada puede darse por cierto en este punto. Está el testimonio de dos mujeres asustadas de que se posó sobre el tejado del Queen's Hall y permaneció allí como una diabólica estatua durante algunas horas. Al día siguiente salió en los periódicos de la tarde que el soldado Miles, de los Coldstream Guards, de guardia ante Marlborough House, había abandonado su puesto sin permiso, y que por ello fue sometido a consejo de guerra. El relato del soldado Miles, según el cual dejó caer el fusil y huyó a la carrera por el Mall porque, al levantar la vista, había visto de pronto al diablo entre él y la luna, no fue aceptado por el tribunal, y sin embargo bien puede guardar relación directa con el asunto que nos ocupa. El único otro testimonio que puedo aducir procede del cuaderno de bitácora del SS Friesland, un transatlántico holandés-americano, que afirma que a las nueve de la mañana siguiente, hallándose Start Point a unos dieciséis kilómetros por su aleta de estribor, fueron rebasados por

algo entre una cabra voladora y un murciélago monstruoso, que se dirigía a prodigiosa velocidad hacia el sur y el oeste. Si su instinto de regreso al hogar lo guió por la línea correcta, no cabe duda de que en algún lugar de los páramos del Atlántico el último pterodáctilo europeo halló su fin.

¡Y Gladys... oh, mi Gladys! Gladys del lago místico, que ahora habrá de ser rebautizado como el Central, pues jamás alcanzará ella la inmortalidad a través de mí. ¿Acaso no entreví siempre cierta fibra dura en su naturaleza? ¿No sentí, incluso en la época en que me enorgullecía obedecer su mandato, que era a buen seguro un pobre amor el que podía empujar a un amante a la muerte o al peligro de ella? ¿No vi siempre, en mis pensamientos más sinceros, siempre recurrentes y siempre desechados, más allá de la belleza del rostro y, escrutando el alma, no discerní las dos sombras gemelas del egoísmo y de la veleidad que se cernían sombrías en su fondo? ¿Amaba ella lo heroico y lo espectacular por su propio noble valor, o era por la gloria que pudiera, sin esfuerzo ni sacrificio, reflejarse sobre sí misma? ¿O son estos pensamientos la vana sabiduría que llega después de los hechos? Fue el mayor golpe de mi vida. Por un momento me convirtió en un cínico. Pero ya, mientras escribo, ha pasado una semana, y hemos tenido nuestra trascendental entrevista con lord John Roxton y... en fin, quizá las cosas podrían ir peor.

Permíteme contarle en pocas palabras. No me había llegado carta ni telegrama alguno a Southampton, y alcancé la pequeña villa de Streatham hacia las diez de aquella noche, en un febril estado de alarma. ¿Estaba muerta o viva? ¿Dónde estaban todos mis sueños nocturnos de los brazos abiertos, el rostro sonriente, las palabras de elogio para su hombre que había arriesgado la vida por complacer su capricho? Ya había descendido de las altas cumbres y pisaba con los pies bien plantados en la tierra. Y, sin embargo, algunas buenas razones que se me dieran aún podrían elevarme una vez más hasta las nubes. Me precipité por el sendero del jardín, aporreé la puerta, oí la voz de Gladys dentro, pasé de largo ante la doncella que me miraba boquiabierta y entré a grandes zancadas en la salita. Estaba

sentada en un canapé bajo, junto al piano, bajo la pantalla de la lámpara de pie. En tres pasos crucé la habitación y tomé sus dos manos entre las mías.

—¡Gladys! —exclamé—. ¡Gladys!

Ella alzó la vista con asombro en el rostro. Había cambiado de algún modo sutil. La expresión de sus ojos, la dura mirada hacia arriba, el pliegue de los labios, me resultaban nuevos. Retiró las manos.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo.

—¡Gladys! —exclamé—. ¿Qué ocurre? Tú eres mi Gladys, ¿no es así... la pequeña Gladys Hungerton?

—No —dijo ella—, soy Gladys Potts. Permítame presentarle a mi marido.

¡Qué absurda es la vida! Me encontré inclinándome mecánicamente y estrechando la mano de un hombrecillo de pelo rojizo que estaba acurrucado en el hondo sillón que en otro tiempo había estado consagrado a mi propio uso. Hacíamos reverencias y sonreíamos el uno frente al otro.

—Mi padre nos deja quedarnos aquí. Estamos preparando nuestra casa —dijo Gladys.

—Ah, sí —dije yo.

—¿No recibiste mi carta en Pará, entonces?

—No, no recibí ninguna carta.

—¡Oh, qué lástima! Lo habría aclarado todo.

—Está del todo claro —dije yo.

—Le he contado todo a William sobre ti —dijo ella—. No tenemos secretos. Lo siento mucho. Pero no pudo ser tan hondo, ¿verdad?, si pudiste marcharte al otro extremo del mundo y dejarme aquí sola. No estarás resentido, ¿verdad?

—No, no, en absoluto. Creo que me voy a marchar.

—Tome algún refrigerio —dijo el hombrecillo, y añadió, en tono confidencial—: Siempre pasa así, ¿no es cierto? Y no puede ser de otro modo, a menos que se tuviera poligamia, solo que al revés; ya me entiende. —Rió como un idiota, mientras yo me dirigía a la puerta.

Ya la había franqueado cuando un súbito y fantástico impulso se apoderó de mí, y volví junto a mi afortunado rival, que miró nervioso hacia el pulsador eléctrico.

—¿Responderá a una pregunta? —dije.

—Bueno, dentro de lo razonable —dijo él.

—¿Cómo lo hizo? ¿Ha buscado un tesoro escondido, o descubierto un polo, o cumplido condena junto a un pirata, o cruzado el Canal volando, o qué? ¿Dónde está el hechizo del romance? ¿Cómo lo consiguió?

Se me quedó mirando con una expresión desesperada en su pequeño rostro vacuo, bonachón y desaliñado.

—¿No le parece que todo esto es un poco demasiado personal? —dijo.

—Bueno, solo una pregunta —exclamé—. ¿Qué es usted? ¿Cuál es su profesión?

—Soy pasante de procurador —dijo—. Segundo oficial en Johnson y Merivale, Chancery Lane, número 41.

—¡Buenas noches! —dije, y me desvanecí, como todos los héroes desconsolados y con el corazón roto, en la oscuridad, con la pena, la rabia y la risa hirviendo todas dentro de mí como un puchero a borbotones.

Una escena más, y habré terminado. Anoche cenamos todos en los aposentos de lord John Roxton, y, sentados juntos después, fumamos en buena camaradería y repasamos nuestras aventuras. Resultaba extraño, en aquel entorno trocado, contemplar los viejos rostros y figuras tan conocidos. Estaba Challenger, con su sonrisa de

condescendencia, sus párpados caídos, sus ojos intolerantes, su barba agresiva, su enorme pecho que se hinchaba y resoplaba mientras sentaba cátedra ante Summerlee. Y también Summerlee, allí estaba con su corta pipa de brezo entre su fino bigote y su gris barba de chivo, su rostro ajado proyectado hacia delante en ávido debate mientras cuestionaba todas las proposiciones de Challenger. Por último, estaba nuestro anfitrión, con su recio rostro de águila y sus fríos ojos azules de glaciar, con siempre un destello de diablura y de humor en sus profundidades. Tal es la última imagen de ellos que me he llevado conmigo.

Fue después de la cena, en su propio santuario —la estancia del resplandor rosado y los innumerables trofeos—, cuando lord John Roxton tuvo algo que decirnos. De un armario había sacado una vieja caja de cigarros, y la depositó ante sí sobre la mesa.

—Hay una cosa —dijo— de la que tal vez debería haber hablado antes, pero quería saber con un poco más de claridad dónde estaba parado. De nada sirve levantar esperanzas para luego dejarlas caer. Pero ahora se trata de hechos, no de esperanzas, para nosotros. Quizá recuerden aquel día en que encontramos la colonia de pterodáctilos en la ciénaga, ¿eh? Pues bien, algo en la disposición del terreno me llamó la atención. Tal vez a ustedes se les haya escapado, así que se lo diré. Era un respiradero volcánico lleno de arcilla azul. —Los profesores asintieron.

—Pues bien, en el mundo entero solo he tenido que ver con un lugar que fuese un respiradero volcánico de arcilla azul. Era la gran mina de diamantes De Beers, en Kimberley, ¿eh? Así que ya ven, se me metieron los diamantes en la cabeza. Improvisé un artilugio para mantener a raya a aquellas apestosas bestias, y pasé allí un día feliz con una azada de mano. Esto es lo que saqué.

Abrió su caja de cigarros y, volcándola, derramó sobre la mesa unas veinte o treinta piedras en bruto, que variaban desde el tamaño de una alubia hasta el de una castaña.

—Tal vez piensen que debería habérselo dicho entonces. En fin, así debería haberlo hecho, solo que sé que hay muchas trampas para el incauto, y que las piedras pueden tener cualquier tamaño y, sin embargo, valer poco cuando el color y la consistencia no dan la talla. Por eso las traje de vuelta y, el primer día en casa, llevé una a Spink y le pedí que la hiciera tallar a la ligera y la tasara.

Sacó del bolsillo una cajita de píldoras y dejó caer de ella un hermoso diamante centelleante, una de las piedras más finas que he visto jamás.

—Ahí está el resultado —dijo—. Tasa el conjunto en un mínimo de doscientas mil libras. Por supuesto, repartimos a partes iguales entre nosotros. No quiero oír hablar de otra cosa. Y bien, Challenger, ¿qué hará usted con sus cincuenta mil?

—Si de veras persiste en su generoso parecer —dijo el profesor—, fundaría un museo privado, que ha sido durante mucho tiempo uno de mis sueños.

—¿Y usted, Summerlee?

—Me retiraría de la enseñanza, y así hallaría tiempo para mi clasificación definitiva de los fósiles de la creta.

—Yo emplearé lo mío —dijo lord John Roxton— en equipar una expedición bien organizada y echar otro vistazo a la querida y vieja meseta. En cuanto a usted, joven, usted, por descontado, gastará lo suyo en casarse.

—Todavía no —dije yo, con una sonrisa apesadumbrada—. Creo que, si me acepta usted, preferiría ir con usted.

Lord Roxton no dijo nada, pero una mano morena se tendió hacia mí por encima de la mesa.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB